



**Entrevista a
Anthony Giddens**

**Benedict Anderson:
Exodus**

**Juan B. Justo en
Estados Unidos**
P. Geli y L. Prislei

**Conflictos en la
frontera con el indio**
S. Ratto

Honor y delito
Beatriz Ruibal

Fiestas federales
Ricardo Salvatore

En debate:
S. Bandieri y la
historia regional.
J. Gallego
¿Revolución o
invención?

**Historia y
Educación:**
Marcelo Lagos



ENTREPASADOS(

REVISTA DE HISTORIA
AÑO VI - NUMERO 11 - FINES DE 1996

11

ENTREPASADOS(

REVISTA DE HISTORIA
AÑO VI - NUMERO 11 - FINES DE 1996



11

**Juan B. Justo
en Estados Unidos**

**Conflictos en la
frontera con el indio**

**Honor y delito en
Buenos Aires**

**Fiestas federales en
la época de Rosas**

**La historia regional:
entre lo micro y lo
macro**

**Entrevista a Anthony Giddens
Benedict Anderson: las grandes
migraciones y la nacionalidad en el
mundo contemporáneo**

ENTREPASADOS

REVISTA DE HISTORIA

AÑO VI - NUMERO 11 - FINES DE 1996

Artículos

Apuntes de viaje - Juan B. Justo en los Estados Unidos 7

Consejo de Dirección **Director**

Ema Cibotti Juan Suriano

Silvia Finocchio

Patricio Geli

Mirta Zaida Lobato

Lucas Luchilo

Gustavo Paz

Leticia Prislei Buenos Aires a fines del siglo XIX 35

Fernando Rocchi

Juan Suriano

Diseño Gráfico

Mabel Penette

ENTREPASADOS es una revista semestral que abre un espacio para el debate y la producción histórica. El comité de dirección recibe todas las contribuciones que enriquezcan el campo del quehacer historiográfico. Las opiniones expresadas en los artículos firmados son responsabilidad de los autores.

Registro de la propiedad intelectual en trámite

Suscripciones: En Argentina U\$S 24 (dos números)

En el exterior, vía superficie U\$S 30 (dos números); vía aérea U\$S 40 (dos números)

Entrepasados recibe toda su correspondencia, giros y cheques a nombre de Juan Suriano, Casilla de Correo N° 28, (1657) Loma Hermosa, Buenos Aires. Tel.: 769-9013.

Distribución Internacional: Cochabamba 248, D. 2, Tel.: 361- 0473, Fax: 361-0493, E-mail: cambeiro@cnea.edu.ar. Bs. As., Argentina.

Las ilustraciones de este número son del artista uruguayo Pedro Figari.

Foto de tapa: Buenos Aires, 1930. (Gentileza familia Zabiuk).

Este número recibió apoyo económico de la **Fundación Antorchas**.

Composición y armado: Omega Laser Gráfica, Callao 157, P. B. "C", Capital Federal.

Impresión: Next Print S.R.L., 4 de febrero 2666. S. Martín.

Indice

Artículos

Apuntes de viaje: Juan B. Justo en los Estados Unidos 7
Patricio GELI y Leticia PRISLEI

Conflictos y armonías en la frontera bonaerense,
1834-1840 21
Silvia RATTO

El honor y el delito. Buenos Aires a fines del siglo XIX 35
Beatriz C. RUIBAL

Fiestas Federales: Representaciones de la
República en el Buenos Aires rosista 45
Ricardo SALVATORE

En Debate

Entre lo micro y lo macro: la historia regional.
Síntesis de una experiencia 71
Susana BANDIERI

¿Revolución o Invención?
Moses Finley, Tulio Halperín Donghi
y el análisis histórico de la política 101
Julián GALLEGO

Galería de textos

Exodus 119
Benedict ANDERSON



Entrevista

La sociología actual ante la globalización,

los fundamentalismos y la identidad

Entrevista a Anthony Giddens

por José Mauricio DOMINGUEZ, Mónica HERZ

y Claudia REZENDE

139

Historia y Educación

La historia local y regional de la enseñanza

Marcelo LAGOS

155

Reseñas y Comentarios de Libros

Hugo Vezzetti

Aventuras de Freud en el país de los Argentinos.

De José Ingenieros a Enrique Pichón-Rivière

Reseña de Dora BARRANCOS

171

Aníbal Arcondo

En el reino de Ceres.

La expansión agraria en Córdoba, 1870-1914

Reseña de Daniel REYNOSO

174

James Brennan

El Cordobazo, las guerras obreras en Córdoba

178

Reseña de John FRENCH

Apuntes de viaje: Juan B. Justo en los Estados Unidos

Patricia GEL y Leticia PRIST

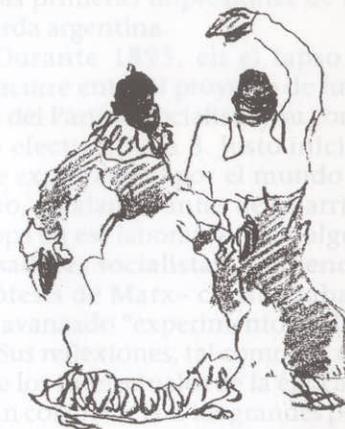
Artículos

Un país que en América ha visto
agravada que América, (...) he querido
considerarla, aunque no sea más que pa-
ra saber, por lo menos, lo que debie-
mos esperar o temer de ella"
Méjico de Tocqueville

La imagen de la sociedad civil y po-
lítica norteamericana opera como
un punto de referencia creciente
en el pensamiento político argentino
del siglo XIX. Su presencia ya resulta
advertible en las reflexiones de los le-
trados revolucionarios que habrían de
manejar el uso de esta alusión com-
parativa a fin de sancionar indicios que
contribuyeran a elaborar las estrate-
gias de legitimación del nuevo orden.
Años más tarde asume una configura-
ción modelica con la Generación del
37, especialmente en Sarmiento y Al-
vear, quienes visualizarían en los Es-
tados Unidos—desde una selección di-
ferenciada—un repertorio de formas
de socialidad pública y privada que
no podían ser soslayado en las proyec-
ciones modernizantes de las repúblicas
norteamericanas. Sin embargo, en las
estratagemas de la centuria se aceleró
la transformación de la "her-

mana república exitosa" en una po-
tencia que amenaza el imaginario
equilibrio argentino. En este con-
texto, el artículo de Patricia GEL y
Leticia PRIST, "Apuntes de viaje: Juan
B. Justo en los Estados Unidos", nos
presenta un progresivo sesgo crítico. Si bien
la guerra hispano-norteamericana
exacerba el tono de las posturas que
cuestionan a los Estados Unidos como
residencia del paradigma de la nación
liberal, la recusación fragmentaria de
ese país se habría practicado con ante-
rioridad al 98, oscilando entre el reco-
no hacia la política exterior "yanqui"
(v. g. Primer Congreso Panamericano
de Washington) y la reprobación del
curso de un proceso modernizador
que expulsó de sus beneficios a gran-
des contingentes de la población (v. g.
Escenas norteamericanas y *Nuestra Amé-
rica* de José Martí). En el momento de
estas miradas variadas se intentó de
intelectuales argentinos.

Durante 1893, cuando se funda-
ción del Partido Radical, se concretó
un viaje de estudio a los Estados
Unidos. En ese momento se abrió
un debate que se atribuyó a
Europa y a América. Algunos
pensadores socialistas, tomando la
hipótesis de Marx—que planteó
el más avanzado "experimento so-
cialista". Sus relaciones, tanto
entre los países que se iban a
construir, habían de ser remitidas a la



Entrevista

La sociología social ante la globalización
los fundamentos de la sociología
Entrevista a Antonio Giddens
por José Manuel Domínguez, Manuel Pérez
y Susana Riquelme

Historia y Geografía

La historia social y espacial de la emigración
Argentina 1850-1914

Artículos

Historia

Historia de Brasil en el siglo XIX
El primer viaje de la Compañía de Jesús
Brasil de José BARRAGOS

Historia

El rol de la mujer en la historia
La emigración obrera en Córdoba, 1870-1914
Historia de Daniel REYNOSO

Historia

El rol de la mujer en la historia
El rol de la mujer en la historia en Córdoba

Historia de una FRENCH



148

156

171

174

178

Apuntes de viaje: Juan B. Justo en los Estados Unidos

Patricio Geli*-Leticia Prislei**

“Confieso que en América he visto algo más que América; (...) he querido conocerla, aunque no sea más que para saber, por lo menos, lo que debemos esperar o temer de ella”
Alexis de Tocqueville

La imagen de la sociedad civil y política norteamericana opera como un punto de referencia creciente en el pensamiento político argentino del siglo XIX. Su presencia ya resulta advertible en las reflexiones de los letrados revolucionarios que habrían de inaugurar el uso de esta alusión comparativa a fin de sumar indicios que contribuyeran a elaborar las estrategias de legitimación del nuevo orden. Años más tarde asume una connotación modélica con la Generación del 37, especialmente en Sarmiento y Alberdi, quienes visualizarían en los Estados Unidos –desde una selección diferenciada– un repertorio de formas de sociabilidad pública y privada que no podría ser soslayado en las proyecciones modernizantes de las jóvenes repúblicas sudamericanas. Sin embargo, en las estribaciones de la centuria la acelerada transformación de la “her-

mana república exitosa” en una potencia que amenaza el imaginario equilibrio americano habrá de conferir a las nuevas visiones una cuota mayor de complejidad donde se acentuaría un progresivo sesgo crítico. Si bien la guerra hispano-norteamericana exacerba el tono de las posturas que cuestionan a los Estados Unidos como residencia del paradigma de la nación liberal, la recusación fragmentaria de ese país se habría practicado con anterioridad al 98, oscilando entre el recelo hacia la política exterior “yanqui” (v. g. Primer Congreso Panamericano de Washington) y la reprobación del curso de un proceso modernizador que expulsa de sus beneficios a grandes contingentes de la población (v. g. *Escenas norteamericanas* y *Nuestra América* de José Martí). En el marco de estas miradas variadas se habrán de inscribir las primeras impresiones de la izquierda argentina.

Durante 1895, en el lapso que transcurre entre el proyecto de fundación del Partido Socialista y su concreción efectiva, Juan B. Justo inicia un viaje exploratorio por el mundo moderno, recalando antes de su arribo a Europa en ese laboratorio que algunos pensadores socialistas –siguiendo la hipótesis de Marx– consideraban el más avanzado “experimento capitalista”. Sus reflexiones, tal como era usual entre los intelectuales de la época que solían colaborar con los grandes periódicos, habrán de ser remitidas a *La*

* UBA
** (Univ. del Comahue/ UBA)

Vanguardia bajo la forma de artículos que al poco tiempo serán agrupados en un folleto titulado *En los Estados Unidos. Apuntes para un periódico obrero*. El subtítulo adquiere la connotación de una clave hermeneútica que advierte sobre el sentido último que el autor adjudica a estas notas de viaje. ¿Por qué resulta importante para los obreros argentinos conocer los rasgos definitorios de la sociedad norteamericana finisecular? Las razones, no exentas de un tono didáctico, se bifurcan en un doble plano de significación que no deja de vincularse con el estado de carencia teórica desde donde pensar un canon explicativo socialista que permitiese vislumbrar el denominador común de la modernización en el paisaje diverso de los países nuevos. El primero alerta sobre la eventualidad de que en la dinámica del capitalismo estadounidense estén desplegándose contradicciones que podrían llegar a estar larvadas en el todavía relegado desarrollo argentino. Es decir, tornar evidentes a través de imágenes anticipatorias los posibles problemas que se avecinan para su prevención y las experiencias de la vida obrera norteamericana que buscarían recordar al incipiente movimiento proletario local su alícuota de compromiso con una misión histórica mundial. El segundo se atiene a una perspectiva comparativa en donde el detenimiento en las peculiaridades de la sociedad descripta persigue la finalidad de pensarse en la diferencia.

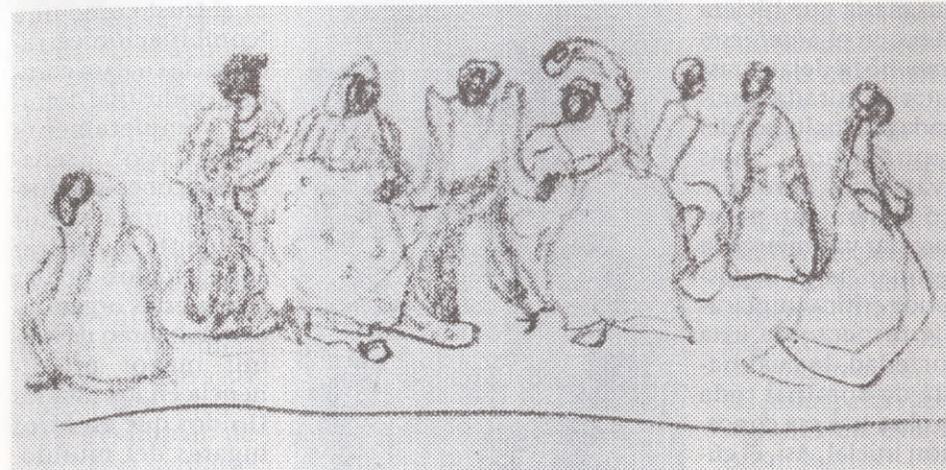
El folleto se encuadraría en líneas generales dentro de los márgenes del ensayo sociológico argentino de la época, guardando cierta distinción con los de su género debido a la recurrente combinación de dos niveles de registro. En lo referente a la vía de acceso a la dimensión cultural, se inscribe dentro de la tendencia ensayística dominante al incrustar –con valor de

sinécdoque– ejemplos particulares que apelando a una economía simbólica, condensan en sí mismos los atributos de un sujeto colectivo. Pero, al mismo tiempo, exhibe una obsesión científicista expresada en la necesidad de sostener la argumentación mediante una prolífica exposición de datos cuantitativos que hacen inteligibles los trazos generales de la estructura económico-social del país.

Aunque no debiera necesariamente deducirse que esta disposición se habrá de regir por una lógica mecánicamente determinista, la secuencia narrativa pergeñada por el joven Justo, es a primera vista la esperable de un intelectual socialista, en el sentido que el tratamiento del objeto de estudio sigue el orden estructura económica-clase-cultura. De esta manera, la heterogeneidad de fenómenos sociales que presentan los Estados Unidos encontrarían su clave explicativa en las nuevas modalidades que asume la producción industrial a gran escala. Una entrada actualizada al análisis de los Estados Unidos demanda como prerequisite descartar la validez de aquellas oberturas anteriores que partían de la excepcionalidad de la organización político-jurídica o de la sociabilidad religiosa de los padres peregrinos.

El conjunto de artículos enviados a *La Vanguardia* serían ideados como una respuesta a la siguiente pregunta: ¿cómo compatibilizar la vertiginosidad del desarrollo científico y tecnológico con el sistema político liberal que lleva más de un siglo? Y es precisamente en Norte América, modelo único de una expansión capitalista sin trabas, donde conviene estudiar la evolución del problema:

“Llegamos ahora a una nueva época. Las máquinas han tenido tiempo de desarrollar toda su acción, en medio del progreso científico incesante y de las instituciones políticas y sociales

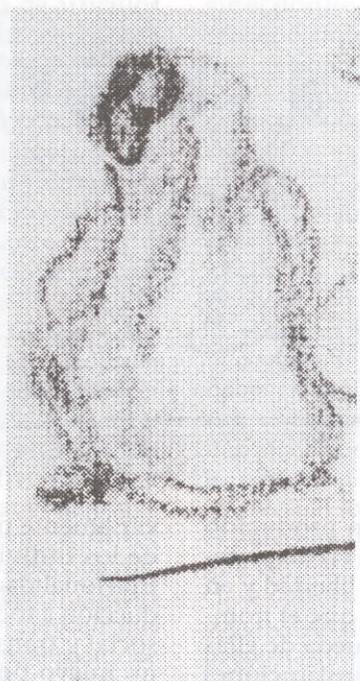


de hace un siglo. Se han producido anomalías y conflictos en el cuerpo social. Los que aman en la libertad y en la democracia algo más que el nombre, se preguntan qué queda de ellas hoy, bajo el imperio de instituciones en otro tiempo republicanas y libres. Y a este respecto el pueblo norteamericano reclama de nuevo la atención del mundo. Su vida tiene el valor de un experimento”¹.

Paraíso del espíritu burgués, este país nuevo constituye, entonces, un enorme experimento histórico pues su despliegue se encuentra desprovisto de los males europeos y de los vicios sudamericanos: obstáculos feudales, militarismo, inestabilidad institucional, presencia de vecinos competitivos, incapacidad económica de la clase gobernante y exclusión de la población extranjera del ejercicio de los derechos políticos. Sin embargo, esta ventaja comparativa no debiera opacar ese rasgo que por antonomasia distingue a la sociedad estadounidense, el estallido caótico de las fuerzas productivas. A partir de este dato irrecusable se iría perfilando la hipótesis que articula la argumentación a lo largo del trabajo: la ciega libertad desenfrenada de las fuerzas económicas es in-

versamente proporcional a la libertad de los individuos, propagándose la irracionalidad desde la esfera de la producción a todos los ámbitos de la vida social y transmutándose, incluso, en un nuevo tipo de barbarie. Como alguna vez ya se señalara procurando desmontar abordajes unilíneales al universo justiano², se está en presencia de un intelectual a quien no se puede adjudicar una confianza desmesurada en el papel pedagógico del progreso de las fuerzas productivas. Esta convicción que asoma tempranamente en el pensamiento de Justo y que habrá de prolongarse en el curso de su obra posterior conlleva como contracara, y esto es muy notorio en el caso argentino, la persistente creencia en que los procesos históricos de su tiempo deben estar custodiados por una gama de dispositivos ético-institucionales que reaseguren su direccionalidad. En el transcurso de los seis primeros capítulos el autor ofrece un panorama general de las principales variables de la economía norteamericana que, aunque sucinto, está construido con una acertada eficacia que ubicaría rápidamente al lector militante. Las páginas preliminares que evocan el elogio del ímpetu transformador de la

burguesía que hiciera Marx en el *Manifiesto comunista* dejan traslucir la mirada fascinada por los logros del capitalismo más avanzado, pero que no hacen sino preanunciar y aumentar la resonancia de la posterior crítica implacable respecto de esta sociedad, la cual habrá de dominar toda la obra tras esa concepción inicial. Así, el cúmulo de datos sobre la producción y la circulación será puesto al servicio de la verificación empírica de la ley de la creciente concentración del capital, con el objeto de demostrar que el mo-



delo de república igualitaria tantas veces ponderado por los tratadistas de la primera mitad del siglo XIX ha tocado a su fin. La bancarrota y sucesiva pauperización del arquetípico *farmer*, de los artesanos y de los pequeños capitalistas en un país donde la incumbencia estatal se reservaría al ámbito del ejército, el correo y la educación, librándolo todo a la iniciativa de los particulares, trastoca a los ojos de Justo la libre competencia que otrora fuera una condición de progreso en un fenómeno barbarizante que amenaza liquidar los mejores valores de la modernidad³. La estadía del viajero argentino se cruza, para el análisis de estos nuevos actores que son los *trusts*, con algunas de las recientes reflexiones de Hobson en *The evolution of modern capitalism* (1894). El libro del economista inglés que habría de inaugurar la teorización sistemática del nuevo capitalismo monopolista caracteri-

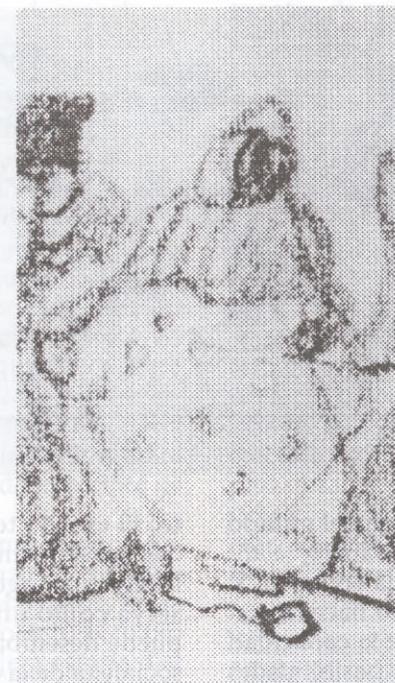
za al *trust* como una "combinación cerrada" en la cual un complejo industrial domina completamente un mercado⁴. y señala las razones -que Justo procurará seguir fielmente e ilustrar con ejemplos- por las cuales estas organizaciones habrán de asumir mayor prominencia en los Estados Unidos que en otros lugares del mundo. Cuatro factores serían, entonces, los que posibilitarían su proliferación: 1. la existencia de una enorme red ferroviaria que articula el conjunto de las actividades económicas 2. el

control de las tarifas aduaneras por parte de los grandes grupos de acuerdo a sus intereses 3. el alto grado de corrupción de la política norteamericana producto de las estratagemas de las cuales se valen los *trusts* para obtener cargos municipales y estatales con el objeto de evadir impuestos y violar impunemente las leyes 4) la ausencia, a diferencia de Europa, de obstáculos al enriquecimiento desenfrenado provenientes de la legalidad o de la costumbre que dan lugar a un singular tipo de empresario cuyos atributos distintivos son la audacia para realizar grandes proyectos, un aguzado sentido de la oportunidad y la inescrupulosidad⁵.

En la lectura de Justo la emergencia de este tirano moderno, lejos de constituir -como podría interpretarse en cierta clave positivista- un estadio superior ordenador, potenciaría el grado de irracionalidad del caos imperante

en la sociedad norteamericana, al aumentar la alta cuota de violencia con que se venían rigiendo las relaciones sociales (incendios y voladuras intencionales de los bienes de capital de los competidores, sangrientas represiones de las huelgas que afectan a los *trusts* y la sumisión en el desamparo de una franja significativa de la población). Preocupante observación que a modo de precavida advertencia alerta llegada desde un futuro hipotético a un país como la Argentina que debiera inexorablemente distanciar de su largo y reciente pasado violento.

La segunda parte de la secuencia narrativa hace referencia a la vida de las diferentes clases sociales estadounidenses. En este tema Justo principia su itinerario anunciando el cumplimiento de la profecía que ya en su momento anticipara Tocqueville: la disolución de la igualdad a raíz de la eventual aparición de una aristocracia y una servidumbre industriales. Según el liberal francés el proceso histórico norteamericano se vería afectado por un doble movimiento contradictorio resultante de la temprana industrialización. Por un lado, la tendencia a la creciente uniformización de la gran mayoría de los habitantes, y por otro, la progresiva profundización del abismo que habría de diferenciar a dicha mayoría respecto de un contingente más acotado integra-

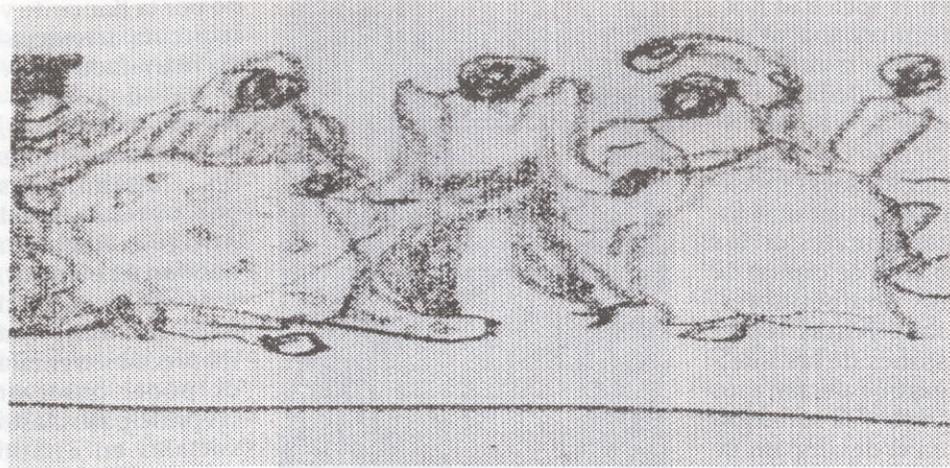


do por la flamante y reducida aristocracia manufacturera⁶.

País de contrastes por excelencia, los Estados Unidos no contaminados por los resabios del Antiguo Régimen habrían de permitir, y de allí su calidad experimental, la inapreciable ventaja de poder observar las principales clases sociales en estado puro. Justo ve confirmarse esta aseveración teórica en los resultados que arroja el censo de 1890 sobre la distribución de la riqueza, según el cual se evidenciaría la existencia de

tres sectores distintivos: la gran masa trabajadora, una elite restringida y una clase media en situación precaria o amenazada subsistencia que se derivan del propio proceso de concentración del capital. La contundencia de la bipolaridad social habría de ser apuntalada a su vez por medio del uso de analogías con el Viejo Mundo que también estarían puestas al servicio de horadar el mito de la república igualitaria, pues es en América donde los males de Europa se explicitarían más palmariamente⁷.

La comprobación de los contrastes seguiría tres vías probatorias: la exhibición de datos cuantitativos extraídos de censos nacionales, informes de organismos oficiales y de periódicos; la descripción de las condiciones de vida de las clases populares -casi un subgénero de la literatura socialista- y el recurso de la explicación por la biografía paradigmática y los símbolos.



La narración abocetada del mundo obrero se centrará en el trabajo, la alimentación, el vestido y la vivienda. Si bien la denuncia de Justo hace hincapié en la distancia entre la capacidad productiva del país y las posibilidades de consumo del pueblo, e incluso en la verificación de la presencia en esta nación de los males endémicos del capitalismo como la explotación de las mujeres y los niños (v. g. *sweating system*), no obstante habrá de conceder a modo de conclusión que el nivel de vida de los trabajadores norteamericanos es de una excepcionalidad manifiesta⁸.

En este sentido, llaman su atención los salarios medios más elevados que en Europa, el criterio higienista con el cual están conformados algunos barrios obreros, la calidad de la alimentación pese a las fluctuaciones de los precios y la baratura de los libros. Constataciones que no dejan de acarrear una carga problemática al momento de ser transmitidas, porque la proclamada tendencia a la inevitable pauperización de las mayorías asalariadas mal se avendría con los extendidos y palpables frutos de un bienestar que todavía se encontraría tan alejado de la realidad de los obreros argentinos, supuestos interlocutores del tex-

to. El escollo teórico -cuya exclusividad no sería únicamente atribuible al intelectual argentino sino que se observa como un lastre del cual no se puede desembarazar el pensamiento socialista de la época- se habrá de vadear procurando hacer pie en otra estrategia de argumentación: los contraejemplos. Una muestra de estos últimos estaría constituida por las recurrentes y masivas oleadas de desocupados que vagan por las grandes ciudades, más aún en Norte América donde las crisis periódicas se encontrarían acentuadas a causa de la constante innovación tecnológica que expulsaría mano de obra del mercado y de la organización industrial a gran escala que resultaría más sensible a las convulsiones de la economía. Otras dos figuras convocadas al estrado de los testimoniantes para probar la inestabilidad del bienestar serían el "mendigo pulcro" y el trabajador inmigrante. El primero representaría la fragilidad de la prosperidad de los habitantes de las grandes ciudades que podría desembocar en situaciones patéticas:

"En Nueva York, en medio de la magnificencia de Broadway, todavía se encontraba la clase especial de mendigos propia de las ciudades nortea-

mericanas. Son jóvenes, de aspecto sano, u hombres con la expresión de largos años de vida honrada, válidos, limpios, que se acercan al que pasa y le piden una limosna porque están sin trabajo. No huelen a alcohol y lo que quieren no es dinero sino comer. Bien lo ve quien desconfía de su miseria y los acompaña a donde pueden calmar su hambre. Tal vez alguno de ellos, si después de comer, le sobran algunos centavos, se crea obligado a devolverlos (...) Admitiendo que haya entre ellos individuos perezosos y sinvergüenzas ¿no ha sido siempre necesaria una honda perturbación social para que se haya desarrollado esta clase de mendigos?"⁹.

Mientras que el segundo encarnaría la principal amenaza del relativo buen pasar de los asalariados, en la medida que el renovado flujo de mano de obra barata extranjera estaría dispuesto a aceptar condiciones de vida cada vez más desfavorables respecto de las ya establecidas en el mercado local.

Simultáneamente el supuesto sosiego material se vería jaqueado por otras manifestaciones de un caos que para Justo devendría funcional y, al mismo tiempo, en marca definitoria de la sociedad norteamericana. Pues, a la inestabilidad económica y social signada por el despilfarro de la riqueza, la improvisación de las fortunas con sus consecuentes quebrantos, la febril especulación financiera¹⁰, la proliferación de ocupaciones inútiles y parasitarias, se habrá de sumar un retroceso significativo del "orden público" con motivo de la agudización de la lucha de clases. Durante el transcurso del folleto los enunciados se van orientando a conformar la imagen de un país que se ha salido de cauce. Las fuerzas productivas aparecerían irracionalmente desatadas y las descarnadas relaciones capitalistas carentes de ele-

mentos de contención y modelación como podría ser la presencia de un estado efectivamente ordenador, capaz de armonizar los intereses intersectoriales. Diagnóstico agravado por la ausencia de auténticos contralores surgidos de la sociedad civil y aptos para revertir los efectos perniciosos de la estructura. En este sentido, los Estados Unidos se le revelan como una nación teñida de una alta carga de violencia cuya expresión más notoria sería la reincidente germinación de verdaderos focos de guerra social. Esta es la lectura justiana de las sangrientas huelgas que habrían de conmover a ese país durante las dos últimas décadas del siglo XIX. La pérdida de peso específico de la dimensión política -que se traduciría en que las representaciones





alguna vez inventadas para dirimir simbólicamente los conflictos se han tornado anacrónicas— habilitaría la irrupción de conductas barbarizantes portadoras de reminiscencias atávicas que aparecerían reforzadas por su homologación con las modalidades políticas sudamericanas¹¹.

Otra vía comprobatoria de los contrastes, no exenta de una finalidad pedagógica, será construida a través de historias de vida publicadas en diversos periódicos a las cuales se les habrá de conferir el valor de tipos ideales que resumen los rasgos de un sujeto colectivo. Mediante este procedimiento que desentona con la aridez de la narración se habrá de caracterizar el mundo de los millonarios y de diferentes estratos obreros.

Para el caso de los nuevos ricos habrá de transcribir la semblanza de Russell Sage aparecida en el *Boston Daily Standard*. El cuadro narra sucintamente la biografía del clásico *self-made-man* norteamericano, reconocimiento oblicuo de la movilidad social en ese país. Pero también la convicción —y aquí se filtraría un sesgo ético— de que el vertiginoso ascenso conllevaría un plus de inescrupulosidad (negocio del alcohol, degradación de la política y especulación financiera) que daría cuenta de los cambios en la cultura de la clase dominante, al poner en relieve su apartamiento de la tradición virtuosa construida a partir de los padres fundadores de la nación en la cual solían abreviar la elite dirigenzial para su autolegitimación. Por el contrario, la vida de los obreros se describe en tono ascético, tomando como indicadores los presupuestos familiares correspondientes a un maquinista de ferrocarril y a un zapatero publicados por el periódico socialista neoyorquino *The People* dirigido por Daniel De León, fundador del *Socialist Labour Party*. El primero representa el arquetipo del "trabajador consciente" cuyo nivel de vida decorosa y su destreza técnica lo habrían de alejar del peligro del embrutecimiento que supondría la pobreza, mientras que el segundo se encontraría entrampado en los vaivenes del mercado, no pudiendo rebasar los estrechos límites que le marcaría la lu-

cha por su propia subsistencia. Sin embargo, la difusión de estos dos presupuestos que resultarían comparativamente más elevados que los disponibles por los obreros argentinos, debería acompañarse de su inescindible contracara: la inseguridad y la represión inusitadas e intrínsecas al sistema, a fin de prevenir a los mismos contra el equívoco de instalar el modelo norteamericano en su horizonte.

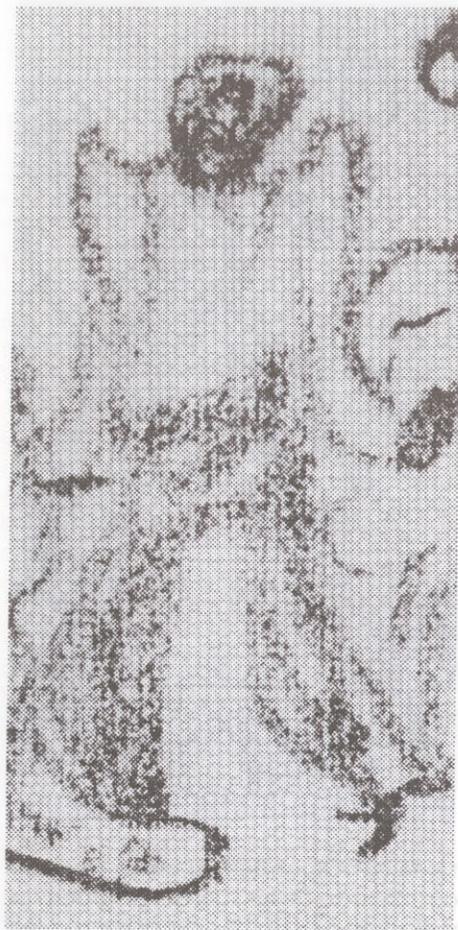
En este sentido, Justo remata sus argumentos exhumando una figura emblemática —la estatua del *policeman* en el barrio obrero— que condensaría los valores de la nueva clase dominante en ciertas prácticas coactivas y que, simultáneamente, a través de una economía de discurso que el mismo género escogido le impondría, habría de contribuir con eficacia a resaltar el conflictivo contraste social:

"En Filadelfia, en Boston, en Nueva York, el héroe de la clase rica es todavía el prócer o el guerrero de la independencia. En Chicago es el gendarme. En la Randolph Street, en medio de un populoso barrio obrero, se eleva la estatua del 'policeman', en actitud enérgica, invitando al pueblo a estarse quieto"¹².

El tercer momento de la secuencia narrativa del ensayo procurará avocarse al examen del clima cultural, dentro del cual se encontraría subsumida la esfera de lo político, con el objeto de demostrar el atraso intelectual de los Estados Unidos. En este punto asoma en Justo —y de allí que no sea encuadrable en los parámetros de la vulgata segundo-internacionalista— una postura que pretendería abrirse espacio entre las rigideces del determinismo, así como también una concepción multilineal del desarrollo, que se habrán de ir afianzando en su obra posterior. En el caso particular de la sociedad norteamericana el análisis justiano arranca de la observación de la fal-



ta de correspondencia entre el grado de adelanto de las fuerzas productivas y el nivel de conciencia existente. La ausencia de la irrupción de epifenómenos mentales pertinentes a la gran industria se atribuiría a la mediación de las peculiaridades de la historia de la experiencia social que habrían de inhabilitar la emergencia de un crecimiento armónico. Imagen invertida de Alemania, en donde el avance del pensamiento se habría anticipado al económico y al político, la República del Norte exhibiría "una inteligencia nacional en retardo" que el viajero argentino adjudicaría a la absorbente actividad industrial y comercial propia de un capitalismo que crecería sin obstáculos y que condicionaría exclusivamente las dotes intelectuales a cues-



tiones de índole práctica. El problema que significaría explicar la ausencia de la correspondencia se intentaría resolver rápidamente –a través de un cambio de referente teórico– invocando la idea de selección natural del medio y acudiendo al archivo comteano. El resultado no puede ser más lapidario. Los norteamericanos poseen una incapacidad manifiesta para desarrollar un pensamiento científico propio:

“(…) en el campo de la teoría, en la elaboración de las ideas generales, en la síntesis de los conocimientos científicos de detalle los norteamericanos no han hecho, ni parecen por ahora

ser capaces de hacer nada. No han descubierto una ley científica de gran alcance, no han producido un gran filósofo. (...) en los Estados Unidos se desprecian las especulaciones científicas superiores, que aunque fecundas en enseñanzas para ciertas ramas de la actividad humana nunca son coronadas por una patente de invención. (...) Con cuanta razón Comte no vio en el pueblo americano más que una colonia industrial europea, sin función propia en la evolución intelectual de la humanidad”¹³.

Esta aseveración podría ser inscripta en una línea de continuidad de signo descendente que articularía las principales visiones rioplatenses de los Estados Unidos que circularán en la segunda mitad del siglo XIX. Así, en Sarmiento ya se advierte una ponderación de la facultad de los norteamericanos para divulgar y adaptar los conocimientos por encima de la aptitud para generar creaciones originales¹⁴; luego en Justo esa desproporción deviene en una ineptitud condicionada por un medio que invalida en términos de mercado el progreso del pensamiento científico, y habrá de prolongarse en el *Ariel* de Rodó para quien el estigma del utilitarismo habría provocado una unilateralización de la conciencia colectiva, obstruyendo, de este modo, el surgimiento de expresiones espirituales capaces de desbordar los límites de la cultura mesocrática.

Un tópico clásico de la literatura política que habrá de abordar a los Estados Unidos está constituido por el estudio de la religión como componente modelador insoslayable del orden social. En este sentido, Tocqueville argüía que la religión actuaba como el último y gran moderador que desde la sociedad civil estadounidense educaba al poder político, no alterando esta finalidad la multitud de sectas existentes. Media centuria más tarde,

las impresiones del joven Justo se dirigen a mostrar la inviabilidad de aquella conclusión. Impedimento para la consecución del estadio positivo, el “frangollo religioso que lo invade todo” conforma una valla de contención capaz de neutralizar los efectos pedagógicos de la técnica, al tiempo que, subvirtiendo la fórmula comteana, lejos de amalgamar a los individuos mediante una sintonía sentimental uniforme, contribuiría a fragmentar peligrosamente el tejido social, impregnando de un halo místico la actividad científica y potenciando la mistificación republicana¹⁵.

También la dimensión de lo político se vería, entonces, afectada por esta irracionalidad corrosiva que habría



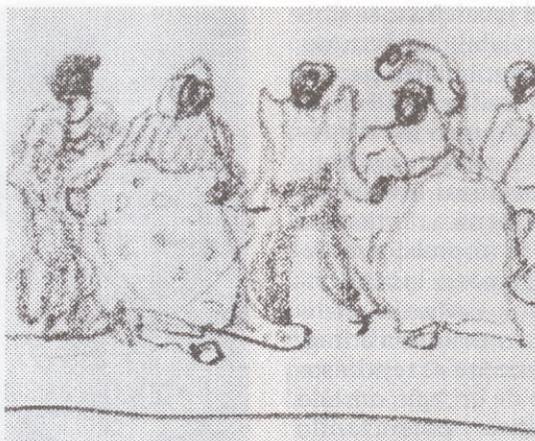
vaciado el contenido de las viejas prácticas democráticas, dejando paso a una gigantesca simulación que oscurecería la dominación de clase¹⁶. Paradójicamente, la diagnosis de la modalidad política norteamericana traería reminiscencias de los males de la política criolla argentina. A modo de un espejo distorsionante que sólo receptiona los efectos negativos de la dinámica estructural, el caos económico norteamericano habría de



refractar en una serie de formas degradadas de la vida pública: administración estatal corrupta y carente de rumbo, legislación contradictoria, partidos tradicionales sin programas definidos, maquinarias electorales venales, democracia paródica y la irrupción del populismo.

Resulta interesante su pronóstico sobre el movimiento populista. Provisto de un aparente discurso socialista, tal como demostraría el programa de la Convención de Omaha de 1892, esta fuerza política habría logrado emerger como una alternativa de peso frente a los dos partidos tradicionales (básicamente medianos propietarios de tierras y minas endeudados) que correrían el riesgo de arruinarse debido a las fluctuaciones existentes en la paridad oro-plata vigente. Sin embargo, para Justo, las claves en que descansaría este fulgurante ascenso se tornarían en señales que vaticinarían su fugacidad. El populismo, una expresión más del caos económico imperante, estaría condenado de antemano por contener en su seno grupos con intereses contrapuestos, pero sobre todo, por el desconocimiento flagrante de las leyes de la economía capitalista

al creer ilusoriamente que la relación de paridad entre el oro y la plata podía establecerse independientemente de las reglas del mercado. La propuesta populista encierra, entonces, un cariz doblemente peligroso ante el



cual la clase obrera debe estar precavida, no sólo aparta a los trabajadores del genuino pensamiento socialista, sino que en lo inmediato empeora sus condiciones de vida al promover una estampida inflacionaria que deterioraría sus salarios.

Tras este bosquejo panorámico de los principales rasgos de esta nación del Nuevo Mundo, el joven médico habrá de concluir que allí reina un "cuadro de mentira, anarquía y corrupción". Valido de la llave hermenéutica del caos, los Estados Unidos se despliegan ante su mirada como una región de la modernidad que carente de una auténtica vertebración racional amenazarían eclosionar en una vertiginosa fragmentación incontrollable. No obstante, hacia las últimas líneas de su ensayo Justo habrá de desandar el camino de la sumatoria de argumentaciones críticas que podrían llegar a contrariar la vigencia de una esperanza socialista. En efecto, el tono optimista del desenlace marca una abrupta ruptura con el balance realizado. En esta reconversión final la eventualidad del cambio se cifraría, por un lado, en la confirmación de que la República del Norte se encuentra inscripta en el curso previsible y uniformador

de la evolución con lo que se atenuarían las peculiaridades del proceso estadounidense conducentes a un callejón sin salida; y por otro, en la súbita recuperación de las experiencias sociales acumuladas por el pueblo de

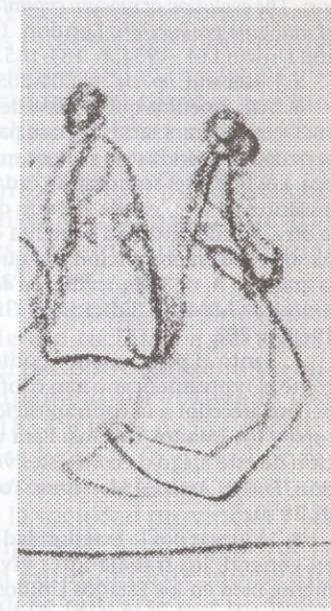
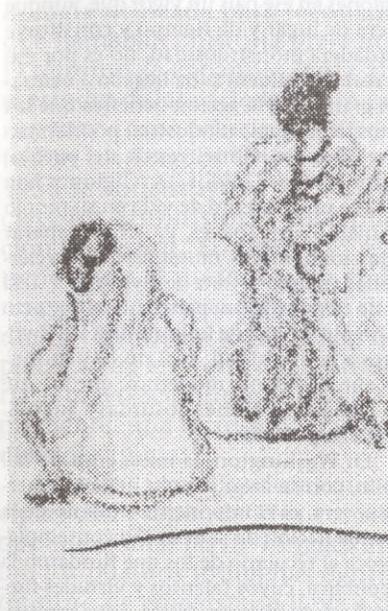
ese país que hasta el momento habían quedado fuera del análisis. Así Justo anticipará para los Estados Unidos un pronóstico similar al que en su momento formulara Marx sobre Inglaterra: la polarización creciente de la sociedad generada al ritmo del capitalismo más desarrollado habrá de facilitar la rápida propagación del socialismo. Pero también reproduciría los mismos problemas planteados al caso inglés, pues el resonante vaticinio contrastaría con la ausencia temporaria del sujeto consciente capaz de encarnarlo. Las condiciones de emergencia de ese sujeto se localizarían, entonces, en un cúmulo de tradiciones culturales que complementando los dictados de la economía, una vez cruzadas con la teoría socialista, lograrían encauzar los conflictos sociales en busca de un nuevo orden:

"El pueblo norteamericano es menos inteligente e instruido que educado y enérgico. Su evolución intelectual está en retardo. Pero están tan arraigados sus hábitos de libre examen, de discusión, de voto, y de respeto a la decisión de la mayoría (...). Para el trabajo social valen más ciertas prácticas fáciles y comunes a la generalidad de los individuos, que las

ideas que hacen fructíferas esas prácticas. Indudablemente sin las ideas, de nada pueden servir las prácticas. Pero es más fácil adquirir nuevas ideas, que adquirir nuevas costumbres"¹⁷.

Las impresiones de este viaje habrían de gravitar en sus reflexiones posteriores. Aunque modelo no imitable, ni estricto futuro realizado de la Argentina, los Estados Unidos enseñarían que las diversas realidades nacionales requerirían ser pensadas trascendiendo las tentaciones canónicas, especialmente en aquellos países nuevos donde la denuncia de las crisis pe-

riódicas del capitalismo no debiera eludir el hacerse cargo de los también recurrentes momentos de prosperidad. Sin embargo, esta última no podría quedar librada al juego descontrolado de las fuerzas productivas que derivaría en distorsiones de la conducta colectiva. Observación más que pertinente para el caso argentino donde la modernización *in fieri* abría un espacio para imaginar proyectos de ingeniería social. Diseñar una compleja red que custodie el rumbo del naciente capitalismo argentino será la tarea a la cual el joven Justo se habrá de abocar de ahora en más ■



Notas

1. Juan B. Justo, *En los Estados Unidos. Apuntes escritos en 1895 para un periódico obrero*. Buenos Aires, La Vanguardia, 1928, 2ª. ed., p. 3-4
2. Patricio Geli-Leticia Prislei, "Una estrate-

gia socialista para el laberinto argentino. Apuntes sobre el pensamiento político de Juan B. Justo". En: *Entrepasados. Revista de historia*, Buenos Aires, Fines de 1993, N° 4-5

Conflictos y armonías en la frontera bonaerense, 1834-1840

Silvia Ratto*

3. "Pero en la época de los ferrocarriles y de las grandes ciudades, a medida que ha avanzado la centralización, el individuo ha podido menos en su lucha con las grandes empresas, la guerra entre éstas ha sido cada vez más destructiva y violenta, y la "libre competencia", en otro tiempo elemento de libertad y de progreso, ha pasado a ser un agente de atraso y de opresión". Juan B. Justo, *op. cit.*, p. 17.

4. "The American term *Trust* is here adopted as the most convenient term to describe a consolidation of capital within a trade that is large enough and strong enough to control to an appreciable extent the supply and the selling price of the articles with which it deals. (...) Unity in the organization of an industry commanding a market is the essential feature of the Trusts, is thus identified with a monopoly in that the real ownership of the whole or the bulk of a supply is vested in it". J. Hobson, *The evolution of modern capitalism. A study of machine production*. London, Georg Allen and Unwin Ltd., 1954, p. 184-185.

5. J. Hobson, *op. cit.*, p. 204-205.

6. "Así, a medida que la masa de la nación se vuelve a la democracia, la clase particular que se ocupa de la industria se hace más aristocrática. Los hombres se muestran cada vez más semejantes en una, y cada vez más diferentes en la otra, y la desigualdad aumenta en la pequeña sociedad en proporción a lo que decrece en la grande". A. de Tocqueville, *La democracia en América*. Madrid, Ediciones Guadarrama, 1969, p. 202.

7. Tanto el pensamiento político europeo como el norteamericano han conferido un papel esclarecedor a la contraposición entre Europa y los Estados Unidos. Para una ampliación de este juego de contrastes ver: M. Salvadori, *Europa América Marxismo*. Torino, Einaudi, 1990.

8. "A juzgar por la exterioridad de las cosas, en general, los trabajadores viven pasablemente bien en los Estados Unidos. En las ciudades no se ve sino gente bien vestida, entre la que no es siempre fácil distinguir a los obreros por el traje". Juan B. Justo, *op. cit.*, p. 44.

9. Juan B. Justo, *op. cit.* p. 56-57.

10. " (...) se entregan ciegos a la lucha, en que unos venden lo que no tienen, otros han comprado lo que no necesitan, otros entregan por un lado lo mismo que están comprando por otro (...)". Juan B. Justo, *op. cit.*, p. 52-53.

11. Refiriéndose a la gran huelga ferroviaria de Chicago de 1894 Justo señala: "Por tres semanas el comercio estuvo completamente in-

terrupto. Grandes incendios de vagones, prendidos quién sabe por quien, voladuras de puentes, descarrilamientos, fueron las notas más grises del cuadro. Caballería e infantería del ejército federal acamparon en las calles de la gran ciudad de los lagos, dándole el aspecto de una capital sudamericana en tiempos de revuelta". Juan B. Justo, *op. cit.*, p. 63-64.

12. Juan B. Justo, *op. cit.*, p. 64.

13. Juan B. Justo, *op. cit.* p. 66-67.

14. "(...) la parte más característica de aquel pueblo: es su actitud para apropiarse, generalizar, vulgarizar, conservar y perfeccionar todos los usos, instrumentos, procederes y auxilios que la más adelantada civilización ha puesto en manos de los hombres. En esto los Estados Unidos son únicos en la tierra". D. F. Sarmiento, *Viajes*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1981, p. 456.

15. "Circunstancias especiales han dado a las religiones en ese país un vigor que, aunque está fuera de lugar y de tiempo y constituye una verdadera monstruosidad, no es por eso menos real. Su influencia ha llegado a neutralizar en gran parte la acción benéfica que los adelantos de la técnica industrial podrían haber ejercido sobre la inteligencia del pueblo. (...) en los Estados Unidos las religiones han encontrado un elemento de vida en su propio antagonismo. Incapaces ya de prosperar uniendo a los hombres, muestran todavía cierta vitalidad cuando se trata de dividirlos. (...) El Estado no tiene religión, pero casi no hay acto ni documento oficial de importancia sin invocaciones a la divinidad; casi no hay monumento, aún de los más modernos, que no esté afeado por inscripciones absurdas". Juan B. Justo, *op. cit.*, p. 67-69.

16. "En Washington, la masa enorme del Capitolio, con su arquitectura helénica, hermosa y severa, es el imponente símbolo de la más grande nación de la tierra. Su contemplación evoca el recuerdo de los que fundaron la gran república, cuyos talentos y virtudes fueron dignos de la historia clásica. Sólo con tristeza se vuelve a la actualidad. Hoy en ese grandioso templo de la política, no hay más que apariencia. Dentro de él se albergan la mentira y el fraude, todo lo dominan la ambición rastrea y el interés mezquino". Juan B. Justo, *op. cit.*, p. 82-83.

17. Juan B. Justo, *op. cit.*, p. 86-87. Para una profundización de las tradiciones culturales del socialismo norteamericano ver: Paul Buhle, *Marxism in the USA. From 1870 to the present day*, London, Verso, 1987.

Introducción

Al comienzo de este siglo el término *ethnohistoria* comenzó a ser utilizado entre los antropólogos sociales ingleses en referencia a la metodología utilizada para reconstruir lo que llamaban "historia pre-europea". El término se expandió hasta abarcar el estudio de las sociedades sin escritura y tuvo como principal centro de difusión los Estados Unidos donde, en 1953 se constituyó la "American Society for Ethnohistory" cuya publicación trimestral "Ethnohistory" se mantiene hasta el presente. Sin embargo no existe consenso sobre qué designa dicho término. La discusión que se plantea gira en torno a si la ethnohistoria es una disciplina autónoma o, simplemente, una técnica de trabajo para otras disciplinas¹.

Aquellos investigadores que participan de la segunda idea consideran que encapsular las investigaciones sobre los pueblos indígenas dentro del término de *ethnohistoria* lleva a darles un "tratamiento especial" que contribuye a perpetuar su exclusión como parte integrante de los estudios históricos y, por el contrario, insisten en la

* Becaria UBA-CyT. Instituto de Historia Argentina y Americana, "Dr. Emilio Ravignani". Agradezco los comentarios de Noemí Goldman, Gustavo Paz y Jorge Gelman a distintas versiones de este trabajo.

necesidad de incluirlas en problemáticas más generales de historia económica, social y aún política². En ese sentido, en un reciente trabajo que reseña las investigaciones más recientes sobre la problemática indígena en Argentina y Chile, Kristine Jones resalta los escasos estudios que han intentado incluir dentro del marco de las historias nacionales el cómo y por qué los mapuches, puelches y tehuelches decidieron su participación en los movimientos de independencia en ambos países y el impacto que esas decisiones tuvieron en las historias nacionales³.

El objetivo de este trabajo es hacer nos eco de ese reclamo a partir del análisis del período comprendido entre la campaña al sur realizada por Rosas en 1833 y fines de esa década. Durante ese lapso la frontera bonaerense fue escenario de una gran tensión entre la sociedad provincial y las tribus pampeanas. Sostenemos que la clave para entender este momento histórico debe buscarse por un lado, en la decisión política del gobierno bonaerense de consolidar su dominio sobre tierras hasta el momento fuera de su control militar y, por otro lado, en la inexistencia de un poder centralizado en la sociedad blanca y, en consecuencia, la presencia de distintos sectores de la misma representados por las provincias. Los indígenas que habitaban la pampa percibieron ambas circunstancias y pusieron en jue-



go diversas estrategias para hacer frente a la nueva situación.

Estado de la cuestión

Entre marzo de 1833 y abril de 1834 Rosas realizó su conocida expedición al desierto. Si bien no existe unanimidad de criterios sobre los resultados de la campaña⁴ hay acuerdo en considerar que finalizada la misma, se vivió una etapa de relativa paz en la frontera bonaerense hasta la caída de Rosas. Decimos relativa porque algunos trabajos señalan la existencia de acciones bélicas luego de la expedición. Sin embargo estos enfrentamientos son tomados como acontecimientos aislados lo que lleva a que se desdibuje la real dimensión de estos hechos que deben ser entendidos como estrategias de la sociedad indígena en su conjunto para frenar el avance de la sociedad blanca⁵.

En estos trabajos, el devenir de la sociedad indígena durante la etapa rosista tomaba dos caminos⁶: los indios enemigos serían perseguidos mediante campañas punitivas cuya mayor expresión fue la expedición de 1833-1834 y los indios amigos se introducirían en el sistema del negocio pacífico⁷. De tal manera, no se planteaban situaciones intermedias como la sublevación de indios amigos que pasaban a engrosar las filas rebeldes o, en forma inversa, el pedido de paces de indios enemigos. En esta línea argumental se hace evidente que el indígena tomaba la forma de un sujeto pasivo sobre el que recaía la acción de la sociedad blanca⁸.

La elección de este período radica en que, contrariamente a lo sostenido en la historiografía argentina, la fase posterior a la campaña de 1833 no produjo una pacificación inmediata en la frontera sino que, por el contrario y hasta fines de esa década se vivieron momentos de gran tensión en la misma. Podemos señalar tres puntos centrales en esta historia que guiarán el relato: 1. el declive de la tribu de los boroganos como grupo indígena más poderoso de las pampas. 2. la sublevación de parcialidades amigas que, unidas a contingentes chilenos que arribaron permanentemente a las pampas, mantuvieron en jaque a la frontera sur. 3. una nueva embestida del ejército provincial a las tolderías indígenas en Salinas Grandes que derivó en el pedido de paces por parte de varios grupos indígenas, entre ellos, del cacique chileno Calfucurá que se instaló en Salinas Grandes.

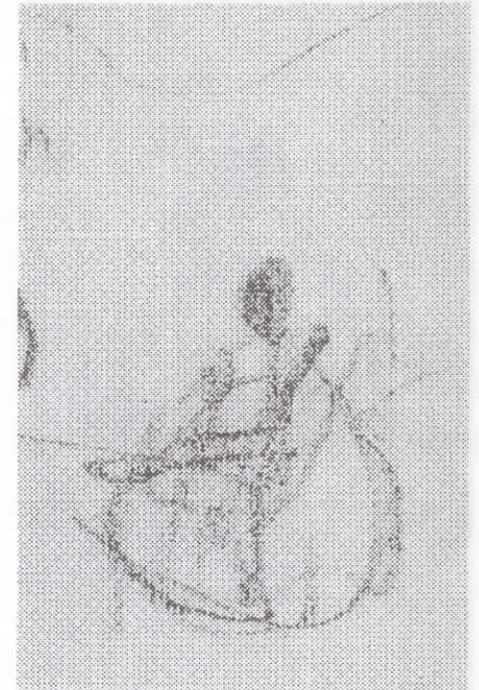
El ocaso de los boroganos como resultado de los conflictos intra e intertribales. 1834-1836

Entre el fin de la campaña expedi-

cionaria al sur y el término del año 1836, el sistema del negocio pacífico perdería a uno de los más importantes (en términos numéricos) grupos amigos: los boroganos. El punto inicial del ocaso de los boroganos se sitúa en el ataque sufrido por la tribu en septiembre de 1834, en Masallé, donde encontraron la muerte los caciques Rondeau y Melin. El relato que realiza la historiografía sobre este hecho refleja claramente la subsunción de enfrentamientos intertribales a la intervención "blanca", en este caso precisamente, a la intervención personal de Rosas⁹. Nuestra argumentación, por el contrario, si bien tomará como punto de partida una acción externa como fue la exigencia constante de Rosas de atacar a los indios enemigos de la provincia, se centrará en los conflictos que esta demanda originó al interior de la tribu borogana así como los efectos que produjo en sus relaciones con otros grupos indígenas.

La tribu de los boroganos, procedente de Chile, se había instalado por Guaminí y Salinas Grandes en la década de 1820 constituyendo a partir de entonces el mayor poder indígena de la zona. Su relación con el gobernador de Buenos Aires era una historia constante de alianzas y traiciones. Si bien participaban del negocio pacífico que formalmente implicaba la amistad y defensa de la provincia de Buenos Aires, no abandonaron su relación con los ranqueles, tribu fuertemente hostil al gobierno bonaerense, ocultando y en ocasiones acompañando sus incursiones sobre la frontera bonaerense lo que llevaba a una situación de crónica inestabilidad en sus relaciones con Rosas.

Este juego de lealtades contradictorias pondría en evidencia un patrón de relaciones entre las tribus y las autoridades fronterizas definido como *sistema inestable de alianzas*¹⁰ en donde



eran frecuentes las rupturas en el interior de los grupos indígenas, entre sectores a favor y en contra de las paces con los blancos. Para lograr una mejor comprensión de las causas que podían llevar a estos conflictos intratribales es necesario destacar otros aspectos que hacen a la dinámica de la sociedad indígena como son el grado de cohesión de las tribus y la solidez de su red de alianzas intertribales.

Los estudios clásicos de Service y Sahlins caracterizan a las sociedades tribales como organizaciones políticas con una débil autoridad de jefatura. Los trabajos recientes de Bechis y Palermo¹¹ sobre los cacicazgos del área pampeana coinciden con esta noción de "jefaturas típicamente laxas" que podían llevar, si el cacique no conseguía ratificar permanentemente su autoridad, a un proceso de "desgranamiento de la tribu" en donde algunos grupos menores buscaban mejor ubicación dentro de otras parcialidades¹².



Con respecto a los contactos intertribales, durante el siglo XVIII el mantenimiento de circuitos de intercambio de bienes entre las etnias y fundamentalmente el comercio de ganado en pie hacia Chile había llevado a la concertación de alianzas entre parcialidades¹³. En algunos casos estas uniones eran fugaces y se realizaban con el único objetivo de lanzar un malón sobre los establecimientos fronterizos de manera que, producido éste, los grupos se separaban¹⁴. En otros casos el objetivo podía ser asegurarse el acceso o paso por territorios controlados por otros grupos de manera que era necesario que estos acuerdos fueran duraderos concertándose uniones matrimoniales que podían derivar en la reubicación de grupos familiares en su nuevo hogar¹⁵.

Retomando nuestro planteo, es necesario enfatizar el carácter inestable de las alianzas realizadas entre algunas parcialidades indígenas y los gobier-

nos provinciales y las variaciones que se producían en función de las también cambiantes condiciones impuestas por ambas partes. Centrando el enfoque en la perspectiva indígena, en la medida en que las exigencias del gobierno pusieron en peligro o entraron en contradicción con otros intereses de las tribus se produjo la ruptura al interior de la parcialidad (conflicto intratribal) y, en forma más drástica, llevó al fin de la alianza (la sublevación de la tribu).

En el caso de los boroganos son visibles momentos muy definidos de conflicto intratribal originados en "ajustes" que intentó realizar Rosas en el esquema de relaciones establecido y que involucraban la relación de la tribu con los ranqueles y los chilenos del cacique Calfucurá. Nos detendremos brevemente en este episodio con el fin de resaltar la importancia de los acontecimientos internos de la tribu para comprender la evolución de los contactos entre la sociedad criolla y la indígena.

Al finalizar la expedición al sur de 1833 y ante el escaso éxito de la división que debía actuar sobre los ranqueles, Rosas presionó a los boroganos para que incursionaran sobre aquellos y rescataran los cautivos existentes en las tolderías. En este proceso comienza a percibirse una división entre los jefes de la tribu borogana. Mientras el cacique principal Cañuquir, hacía pocos esfuerzos por conseguir la devolución de los cautivos privilegiando el mantenimiento de las relaciones con los ranqueles, sus pares Rondeau y Melin no dudaron en utilizar la fuerza para hacer cumplir la orden de Rosas lográndose la incorporación de grupos ranqueles a la tribu¹⁶.

Paralelamente y ante la posibilidad de que las exigencias de Rosas se convirtieran en un ataque directo a la tribu¹⁷ los boroganos decidieron pedir el

auxilio de indígenas chilenos con la promesa de obtener ganado en la frontera. Al conocerse estos contactos, Rosas convocó un parlamento donde, ignorando la investidura de Cañuquir para las negociaciones de paz, invitó al encuentro al cacique Rondeau que se reflejaba como más adepto que el primero. Esta intromisión de Rosas en la estructura de poder de la tribu incrementó el conflicto intratribal que se estaba gestando. En la carta enviada por Rondeau el 29 de febrero anunciando su próximo arribo al parlamento, se reflejaba el efecto causado en la tribu por su elección como representante

"... yo vengo señor y hermano no a quitarle el derecho y la facultad que le tenemos dado a nuestro antiguo mayor a Cañuquir que el esta lleno de facultades para trabajar las paces, hasta concluir la Ayudarle si se puede en todo lo posible. Pero no quitarle el empleo... Mis compañeros casiques y capitanes no havian querido que yo viniera y costo muchos argumentos y disputas para que me dejasen venir..."¹⁸.

En el parlamento Rosas recriminó duramente el llamado hecho a los chilenos haciendo responsables a los boroganos de cualquier ataque que pudiera sufrir la frontera¹⁹. Esta advertencia habría llevado a Rondeau a retroceder en su "invitación" a los chilenos para incursionar sobre la provincia. No obstante el arribo de éstos ya se había producido y a mediados de 1834 se incorporaron a la tribu unos 500 indios de lanza chilenos bajo las ordenes de Calfucurá. De manera que para esa fecha la tribu borogana había reunido a grupos ranqueles, víctimas en distintas oportunidades de acometidas boroganas y un número importante de indios chilenos que habían visto cortadas sus intenciones de atacar los establecimientos fronterizos. En este



contexto, sostenemos que el ataque de Masallé realizado el 8 de septiembre en el que fueron asesinados los caciques Rondeau y Melin fue protagonizado por indígenas existentes en las tolderías boroganas que fueron apoyados por sectores boroganos²⁰.

Luego de Masallé la tribu borogana se dispersó ante el temor de un nuevo ataque. Algunos grupos buscaron la protección del gobierno instalándose en las cercanías del Fuerte Mayo en tanto otros se acercaron a las autoridades de Bahía Blanca. Solo un pequeño sector borogano bajo el mando del cacique Cañuquir intentó mantener su autonomía permaneciendo en Salinas Grandes y en contacto con los ranqueles. En lo que podría llamarse la segunda etapa en el ocaso de los boroganos jugó un papel decisivo el accionar del coronel de blandengues de Bahía Blanca, Francisco Sosa, quien dirigió los asuntos referentes a indios con una

autonomía total de decisión lo que lleva a la necesidad de matizar la noción sobre el poder absoluto de Rosas.

Sin mediar consulta con Rosas, el 22 de diciembre de 1834, Sosa comunicaba la incorporación a Bahía Blanca de algunos caciques boroganos con 300 indios de pelea. En una extensa carta, el comandante general de campaña recriminó duramente al coronel por tomar esa decisión. En esta carta se destaca el interés de Rosas por conservar la amistad de los boroganos, a pesar de sus frecuentes "infidelidades", en razón de la estratégica ubicación espacial que detentaban. Equidistante de Bahía Blanca y Federación la ocupación de Guaminí por una tribu "amiga" impedía el ingreso de partidas indígenas que pudieran atacar las estancias del sur de la provincia²¹. Pero a pesar de la insistencia de Rosas de mantener la alianza, Sosa había decidido actuar y en dos campañas sucesivas terminó con el foco rebelde²².

Estrategias indígenas: negociaciones con las provincias y alianzas intertribales

Los ataques del gobierno obligaron a los grupos indígenas rebeldes a implementar distintas estrategias. Algunas parcialidades utilizando su capacidad de negociación se dirigieron a las provincias del interior para concertar paces en tanto se aliaban con otras tribus protagonizando importantes malones sobre la frontera bonaerense. Estas alianzas intertribales que incluían a grupos chilenos serían una constante de todo el período reflejando la necesidad, señalada por varios autores, de hablar de un área pan-araucana que integre los procesos chilenos, pampeanos y patagónicos²³.

Entre 1836 y 1840 se produciría un

pasaje constante de contingentes chilenos seducidos por la "invitación" de grupos locales para incursionar la frontera en busca de ganado constituyendo malones de gran envergadura. Nuevamente aquí es necesario caracterizar el tipo de alianza que se formalizaría entre las etnias pampeanas y sus vecinas. En general, primarían las uniones momentáneas y circunscriptas al logro de un único objetivo: la obtención del ganado. Logrado esto, los chilenos mayoritariamente regresaban a su región de origen para comercializar el botín por lo que las fuerzas rebeldes no incrementaban en forma permanente su poderío. No siempre estos encuentros fueron pacíficos sino que en ocasiones descansaban sobre viejos conflictos que intentaban ser superados para el éxito de la empresa. Sin embargo, este "deseo de paz" no fue siempre exitoso y los ajustes de cuentas se producían luego de la incursión o aún antes de llevarse a cabo el malón. A pesar de esto, en ocasiones las migraciones chilenas derivarían en la instalación definitiva de algunos grupos en las pampas. En otras, en la captación de parcialidades que regresaban a Chile.

Negociaciones con las provincias

Luego de los ataques recibidos por el ejército expedicionario y por los boroganos, la tribu ranquel intentó afianzar la relación con otras provincias fronterizas para asegurar que no serían agredidos por ellas. Acá se plantea un tema importante y es la política diferenciada de los indios con respecto a las provincias fronterizas²⁴. La situación de los ranqueles en este sentido era muy particular; asentados entre los parajes de Nahuel Mapú, Trenel, El Cuero, La Jarilla, Trapal, Leubucó y Poitahué su campo de acción incluía



las provincias de Mendoza, San Luis, Córdoba, Santa Fe y Buenos Aires²⁵. Esto les permitía tener un campo de negociación más amplio optando por pactar con la provincia que les propusiera condiciones más beneficiosas.

El negocio pacífico en Buenos Aires significaba la entrega de bienes que ayudaban a la manutención de la tribu; pero la contrapartida era que la tribu debía ubicarse a inmediaciones de un fuerte, donde pudiera ser "controlada" por las autoridades militares de la campaña. El pacto con el resto de las provincias fronterizas tenía alcances más limitados: el compromiso formal de los caciques de no invadir la provincia, medida que garantizaban con la entrega de rehenes (hijos de caciques o personas de influencia en la tribu); la obtención de regalos por parte del gobierno²⁶ y el intercambio de cautivos. Estas condiciones eran más beneficiosas que un pacto con Buenos Aires ya que no implicaban la sujeción o el control directo de la tribu que se mantenía en su habitat y se le exigía que no robaran *en la provincia con la que pactaban* lo que les dejaba

las manos libres para incursiones en otras²⁷.

Sin embargo, esta estrategia fue una solución a corto plazo para los ranqueles. Haciendo uso de la delegación de poderes que habían hecho las provincias de San Luis y Córdoba para los asuntos de indios y fracasado el intento de utilizar a los boroganos como fuerza de choque contra los ranqueles, a comienzos del año 1836, Buenos Aires impulsó una campaña conjunta entre las tres provincias. Los ataques recibidos desde 1833 produjeron efectos de importancia en la tribu ranquel. De los 600 indios de pelea con que contaba en enero de 1833²⁸ quedaba algo menos de la mitad, gran parte de los cuales se retiraron hacia Neuquén para dejar seguras sus familias y solicitar refuerzos chilenos²⁹.

Alianzas intertribales

Las incursiones del coronel de blandengues de Bahía Blanca, Francisco Sosa sobre el grupo rebelde borogano le-

jos de conseguir la pacificación del resto de la tribu, derivó en la sublevación de algunas parcialidades amigas inmediatas a Bahía Blanca indignados por las sangrientas campañas sobre Cañuquir³⁰. Por otra parte, la política de Rosas de enfrentar a boroganos y ranqueles llevó, contrariamente a lo buscado, a una mayor unión de estos grupos. Sin embargo las fuerzas que reunían eran verdaderamente escasas³¹ recurriéndose en forma constante al pedido de auxilio de fuerzas chilenas.

Las noticias sobre los posibles malones llevadas a los fuertes por indios escapados de las filas enemigas derivó en un estado de alerta permanente en la frontera, impartándose medidas de seguridad para la parte sur de la provincia³². Sin embargo, las precauciones tomadas no fueron suficientes y dos importantes malones cayeron sobre el cantón de Tapalqué en octubre de 1836³³ y enero de 1837. El último contaba con refuerzos chilenos totalizando 2.000 indios de pelea y arrasó "con los ganados de toda la costa del arroyo Azul y sus dependencias hasta la distancia de tres leguas del pueblo de Azul"³⁴. Luego del ataque la fuerza indígena se dividió regresando los chilenos con el ganado.

En agosto de 1837 una nueva fuerza chilena liderada por el cacique Calfucurá se integró a los indígenas rebeldes. En este caso las rivalidades intertribales se produjeron en el momento mismo de la reunión entre los recién llegados y los boroganos³⁵. La fuerza resultante alcanzaba a 1700 indios de pelea, que cayó sobre la fortaleza de Bahía Blanca el 14 de agosto³⁶. Finalizada la incursión, se produjo una división entre los mismos caciques chilenos regresando algunos a su tierra en tanto otro grupo permaneció en las pampas uniéndose a los restos de ranqueles y boroganos³⁷.

La expedición a Salinas Grandes y el pedido de paces de algunos grupos rebeldes.

Si bien la mayoría de los malones realizados fueron exitosos en su objetivo de obtener ganado, el constante flujo hacia Chile y los enfrentamientos entre las tribus llevaron a que los grupos que permanecían en las pampas no incrementaran apreciablemente su poderío. Paralelamente y como consecuencia de la zozobra experimentada en la frontera por las constantes incursiones indígenas, el gobierno realizó una expedición sobre las mismas tolderías enemigas en la región de Salinas Grandes. Esta campaña contuvo por un tiempo la agresividad indígena e introdujo nuevos enfrentamientos entre los rebeldes: algunos mantuvieron su hostilidad hacia el gobierno bonaerense requiriendo el auxilio de nuevos contingentes chilenos y otros decidieron acercarse a negociar con las autoridades fronterizas.

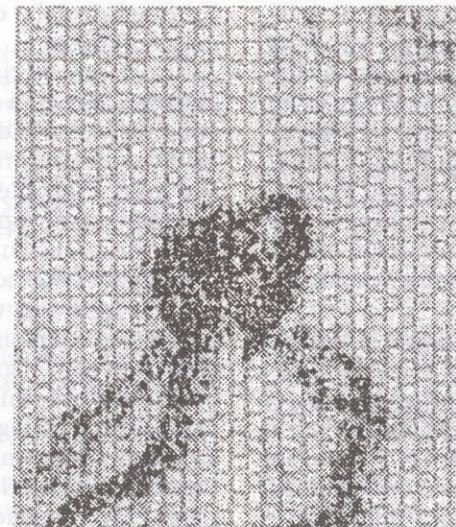
La campaña a Salinas Grandes se extendió desde octubre de 1837 hasta enero de 1838³⁸ y la consecuencia principal fue la separación de la coalición indígena. Mientras los ranqueles mantenían su negativa a negociar con Buenos Aires, varios grupos boroganos, faltos de recursos y extenuados por los constantes enfrentamientos tanto con el ejército blanco como con otras tribus, optaron por pactar con el gobierno bonaerense. Esta era la presa indicada para el negocio pacífico en el período: una tribu acosada por el hambre y por sus enemigos. A la inversa, el negocio pacífico era una excelente opción para esta tribu ya que le ofrecía, por un lado, la protección ante el ataque de sus enemigos, amparándose en la frontera y por otro la entrega de raciones que ayudaba a su subsistencia³⁹.

En enero de 1838 comenzaron las primeras negociaciones de algunos

grupos boroganos que produjeron un doble efecto. El pase de caciques rebeldes, concedores de los paraderos de asentamiento de los indígenas, implicaba el peligro de que el ejército llegase hasta las mismas tolderías, situación que repercutiría en enfrentamientos entre los grupos "pacifistas" y "rebeldes" y en la resistencia de estos últimos a que algunas parcialidades se acercaran al gobierno⁴⁰.

El éxito de la campaña a Salinas con la atracción de grupos boroganos, llevó a que hasta mediados de 1839 no se verificaran malones de importancia sobre la frontera bonaerense. Pero la paz no sería demasiado duradera ya que el 20 de agosto una fuerza de 1.100 indios de lanza, ranqueles, chilenos recién llegados y restos boroganos, atacaron el cantón de Tapalqué⁴¹ en lo que sería el último avance de importancia hasta mediados de la década de 1840. El malón habría significado una fuerte derrota para los indígenas y derivó en duros enfrentamientos entre los coaligados⁴². Ante el revés experimentado, los caciques chilenos se retiraron hacia Chile llevando consigo a buena parte de los caciques boroganos⁴³.

Los ranqueles, que habían resistido el "canto de sirena" del negocio pacífico, mostrarían nuevamente su versatilidad para pactar con las provincias. A comienzos de 1840 enviaron chasques a los gobiernos de Córdoba y San Luis para ajustar paces⁴⁴, pero fueron desviados hacia Buenos Aires "pues que a el solo le habían dado todos los Go-



biernos la facultad de ajustar las paces con los Indios". De la lectura de las condiciones del gobernador para hacer las paces⁴⁵ se deduce que el principal objetivo de los caciques era rescatar a sus hijos cautivos quienes, a poco de iniciar las negociaciones lograron escapar y regresar a las tolderías. Significativamente los con-

tactos con Buenos Aires se paralizaron y la atención de la tribu se centró en las provincias de Córdoba y San Luis donde serían cortejados alternativamente por unitarios y federales con el objeto de conseguir su adhesión o, al menos, su neutralidad.

Esta etapa de extrema conflictividad se cierra con el nuevo arribo del cacique Calfucurá a las pampas, esta vez para iniciar negociaciones de paz con el gobierno de Buenos Aires. Hacia junio de 1841, las fuerzas chilenas que contaban con 37 caciques, 500 indios de lanza, 100 de machete y bola y 100 muchachos se situaron, con el consentimiento de Rosas, en las inmediaciones de Salinas Grandes⁴⁶. A partir de entonces, cualquier intento de los indios chilenos de incursionar sobre la frontera bonaerense estaría intermedio por Calfucurá.

Conclusiones

El objetivo de este trabajo fue hacer hincapié en la necesidad de incluir el estudio de los grupos indígenas dentro de problemáticas más abarcado-

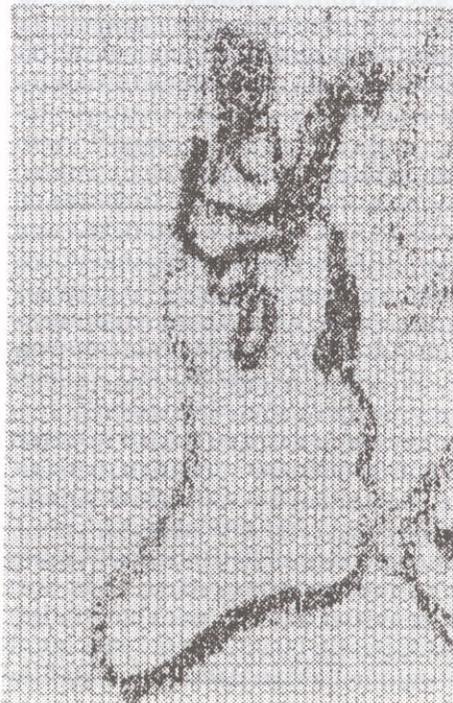
ras. En este sentido tratamos de relacionar las estrategias indígenas con el contexto político de la época, lo cual no significó subsumir esas acciones en "respuestas inducidas" por la sociedad criolla sino que hemos intentado buscar la explicación de las mismas tanto en los acontecimientos que se producían en el interior de las tribus como en las maniobras de los gobiernos provinciales.

Así, hemos señalado que la campaña al sur realizada en 1833 y 1834 demostró a los grupos indígenas que el gobierno bonaerense estaba decidido a consolidar su dominio territorial sobre una amplia zona aún escasamente poblada. El hecho llevó a que se incrementara la hostilidad indígena como rechazo a esta nueva situación. Sin embargo esta ofensiva, que se extendería hasta fines de la década no partió exclusivamente de los grupos que no pudieron ser totalmente derrotados por las fuerzas expedicionarias. Los boroganos y los chilenos de Venancio Coñuepan, otrora "amigos", disgustados por la política agresiva del gobierno hacia las tribus enemigas y la exigencia cada vez mayor de acompañar al ejército, se sublevaron y pasaron a engrosar las filas rebeldes. La recurrencia permanente al llamado de indígenas chilenos, permitió a los grupos locales mantener su agresividad por un corto período: el éxodo de los chilenos, luego de las incursiones, volvía a restar fuerzas a la coalición indígena.

Este hecho, sumado a que la acción del ejército con la ayuda de importantes contingentes de indios amigos resultaba exitosa para contener los malones indígenas llevó a que se intentaran nuevas estrategias: algunas agrupaciones decidieron deponer su hostilidad y concertar paces con el gobierno bonaerense; otras, conscientes de la existencia de poderes provinciales autónomos optaron por aliarse al sec-

tor que brindaba condiciones de paz más ventajosas.

El período se cierra con la instalación de Calfucurá en Salinas Grandes con una fuerza nada desdeñable, a través del acuerdo con el gobierno de Buenos Aires. Probablemente, para el cacique chileno esta opción se vinculaba al hecho de que los malones sobre la frontera bonaerense no habían producido el éxito esperado; en ese contexto, un pacto con Rosas significaba la percepción de ayuda en ganado y artículos de consumo y el dominio de Salinas Grandes, área con innegable valor estratégico. Para el gobierno, representaba reeditar la experiencia de los boroganos: contar con un aliado, aunque no fuera totalmente incondicional, en el punto de convergencia de distintas rastrilladas provenientes de Chile que actuaría como barrera de contención de los indígenas chilenos ■



Notas bibliográficas

1. Excedería el objetivo de este artículo reseñar la gran cantidad de trabajos escritos sobre este debate. Por nombrar solo alguno de ellos ver J. Axtell: "Ethnohistory: an historian's viewpoint", en *Ethnohistory* 26, 1979; B. Trigger: "Ethnohistory: problems and prospects" en *Ethnohistory* 29, 1982; K. Shepard: "The state of ethnohistory", en *Annual Review of Anthropology* 20, 1991.

2. J. Merrell: "Some thoughts on colonial historians and American Indians", en *William and Mary Quarterly*, 46, 1989; F. Jennings: "A growing partnership: historians, anthropologists and American Indian History" en *Ethnohistory* 29, 1982.

3. K. Jones: "Comparative ethnohistory and the southern cone", en *Latin American Research Review*, vol. 29, No. 1, 1994. En el mismo sentido, Martha Bechis sostiene que para entender los cambios producidos en las relaciones entre los indígenas de Pan-araucanía y los gobiernos criollos, éstas deben inscribirse en un contexto común, en un marco de referencia cuyo nivel de abstracción sea lo suficientemente alto como para comprender los sucesos más significativos en esa relación y propone como marco de análisis la conformación de los estados nacionales (M. Bechis: "Instrumentos para el estudio de las relaciones interétnicas en el período formativo y de consolidación de Estados nacionales", en C. Hidalgo y L. Tamagno, *Etnicidad e identidad*. CEAL, Bs. As., 1992).

4. Mientras para algunos significó la incorporación de una importante extensión de tierra (A. Saldías: *Historia de la confederación argentina*. Buenos Aires, Hyspamérica. 1987, I: 296; J. C. Walther: *La conquista del desierto*. Buenos Aires, Eudeba. 1970: 234), para otros representó la consolidación de un espacio ya ocupado (A. Allende: "Las fronteras del Estado de Buenos Aires", en: *Trabajos y Comunicaciones* N 1, UNLP. 1949; T. Halperín: *Argentina, de la independencia a la confederación rosista*. Buenos Aires, Paidós. 1972).

5. Podemos citar como ejemplo dos trabajos ideológicamente contrapuestos pero que concluyen por presentar una historia totalmente parcelada. En un extremo, los estudios incluidos en la obra colectiva *Política seguida con el aborígen*, centran su atención en el protagonista blanco, el ejército y los relatos se circunscriben a las tácticas militares empleadas, el "botín" obtenido y las recompensas logradas por los oficiales intervinientes. En el otro extremo, el padre Hux que no oculta su simpatía

por el otro protagonista, el indio, realizó una serie de biografías de caciques que actuaron en el país que si bien aportan importantes datos (los que no siempre son exactos) al ser presentados en una rígida división de relatos personales caen en el mismo defecto de ofrecer una historia fragmentada.

6. Nos referimos, entre otros, a A. Del Valle: *Recordando el pasado. Campañas por la civilización*. Buenos Aires, s/e. 1926, R. Muñiz: *Los indios pampas*. Buenos Aires, Ed. Bragado. 1966, D. Schoo Lastra: *El indio del desierto*. Buenos Aires, Goncourt. 1977, Walther: *op. cit.* En los últimos años, se están realizando investigaciones centradas específicamente en el estudio de la sociedad indígena pampeana, desde distintas perspectivas, siendo de destacar los trabajos de Martha Bechis, Raúl Mandrini y Miguel Angel Palermo.

7. La política indígena de Rosas conocida con el nombre de "negocio pacífico de indios" consistía en sus rasgos más generales en la instalación de tribus amigas sobre la línea fronteriza, en las inmediaciones de un fuerte con el compromiso de defender la frontera de incursiones externas; este servicio era retribuido mediante la entrega de raciones mensuales consistentes en ganado yeguarizo y artículos de consumo (ver S. Ratto: "El 'negocio pacífico de los indios': la frontera bonaerense durante el gobierno de Rosas", en *Siglo XIX* No. 15. México. 1994).

8. Debemos mencionar, como un intento por superar este esquema, el trabajo de Luchetti y Spinelli que, centrado en el período 1840-1852, señala la existencia de relaciones muy complejas en la zona fronteriza de Chapaleufú existiendo vínculos conflictivos y pacíficos entre la población blanca y los grupos indígenas circundantes (J. Luchetti y G. Spinelli: "Relaciones blanco-indígena en la frontera de Chapaleufú, Azul y Tapalqué (1840-1852)". Tesis de licenciatura, UNCPBA. 1994) Este planteo sobre la complejidad de las relaciones fronterizas, generadoras no solo de violencia sino también de múltiples contactos e intercambios, cuenta con una abundante producción en la historiografía chilena (ver R. Mandrini: "Frontera y relaciones fronterizas en la historiografía argentino-chilena. A propósito de un reciente libro de Sergio Villalobos", en *Boletín del Instituto Dr. Emilio Ravignani* No 3. UBA. 1991).

9. Existe una versión fuertemente arraigada en la historiografía argentina que fuera pre-

sentada por primera vez por Grau y retomada por todos los autores posteriores que trataron el tema, según la cual Rosas "le da permiso [a Calfulcurá] para que mate a los dos caciques mayores Rondeau y Melin" (Grau: *El fuerte 25 de Mayo en Cruz de Guerra*. La Plata, 1949).

10. Según la caracterización realizada por Leiva en su trabajo sobre el avance de la frontera en Chile (*El primer avance a la Araucanía. Angol 1862*. Chile, Universidad de la Frontera, 1984)

11. M. A. Palermo, "La compleja integración hispano-indígena del sur argentino y chileno durante el período colonial", en: *América Indígena* LI: 1, 1991; M. Bechis: "Los lideratos políticos en el área araucano-pampeana en el siglo XIX: autoridad o poder?", en *I Congreso Internacional de Etnohistoria*. UBA, 1989.

12. En el caso de los boroganos, a su llegada a las pampas, la agrupación se caracterizaba por la pluralidad existiendo seis caciques mayores que representaban a la tribu. Con el tiempo y vinculado a la necesidad de centralizar en una sola persona las relaciones con el gobierno, el cacique Cañuquir comenzó a perfilarse como el jefe principal (Martha Bechis: "*Política indígena pampeana en una carta borogana de 1830*". Mimeo. s/f).

13. La importancia del comercio de ganado en pie entre tribus pampas y chilenas ha sido señalada por cantidad de autores. Ver, entre otros, los trabajos de Mandrini, Palermo y León Solís.

14. R. Mandrini y S. Orтели: *Volver al país de los araucanos*. Buenos Aires, Sudamericana 1992: 58.

15. M. A. Palermo: *op. cit.* La relación de los boroganos con los ranqueles parecería responder más al segundo tipo de contacto ya que las fuentes mencionan constantemente la existencia de toldos boroganos dentro de la tribu ranquel lo que apoyaría la idea de una relocalización de grupos.

16. En distintas comunicaciones del escribiente de los boroganos, Pablo Millalicán, se evidencia el distanciamiento entre los caciques "... el gran suplicador y rogador Cañuquir dicen que anduvo rogando y suplicando otra vez a lo del cacique Marileu y Mulato [boroganos] y en fin ya no hay que darle a Cañuquir de suplicador con sus indios solo Rondeau y Melin an echo fuerza haora para darle cumplimiento al señor general en este tema". *Archivo General de la Nación* (en adelante AGN) Sala X, 27. 6. 1.

17. Esta sensación de inseguridad se trasladaba en las cartas de Millalicán quien informaba

en enero de 1834 que "Los caciques boroganos dicen lo siguiente: tienen muchas ganas de darnos guerra, nos aborrecen de muerte, por eso dicen no hallan como cansarnos, por eso dicen nos apuraran tanto sin darnos alivio, dicen ya somos despreciados" (Carta a Delgado del 17/1/1834, en AGN, X, 24. 9. 1).

18. AGN, X, 24. 9. 1. Coincidiendo con la percepción del cacique, el escribiente de los boroganos en carta al cacique Venancio, de fecha 27/2/1834 vuelve a plantear la resistencia a que sea Rondeau quien represente a la tribu: "... ha costado tanto conseguirlo que fue un triunfo sacarle el si a los casiques y los demas cabezas Cañuquir el que resistia mas." AGN, X, 24. 9. 1.

19. Relato de Rosas a Bustos en una carta posterior de fecha 14/11/1834, en AGN, X, 24. 9. 1.

20. La correspondencia de Millalicán con distintas autoridades de la frontera apoyaría esta hipótesis: por un lado, Millalicán siempre mencionó el ataque como una *traición*, lo que hace referencia a que los atacantes debían tener un vínculo amistoso con sus víctimas: "*Los entregantes según dicen, que an sido Antibil, Llanquitar, Mariqueu, Cheuquepil, solo Marileu dicen que lloro las muertes de los dos caciques...*"; por otro, en una carta dirigida a Manuel Delgado se refiere a la complicidad de los mismos boroganos en esta acción. Carta de fecha 3/10/1834 en AGN, X, 24. 8. 6.

21. Carta de Rosas a Sosa, 31/12/1834, en AGN, X, 24, 8, 6.

22. Martiniano Rodríguez, comandante de Bahía Blanca, reconocía en carta a Rosas, que "desde antes de atacarlos la primera ocasion le desaprove al finado Pancho el haserlo sin las necesarios superiores instrucciones y aun hubo de disgustarse por ello y tan solo por contemporisar con el me resolví a acompañarlo...". El mismo Rosas se quejaba de que el ataque "ustedes lo hicieron no solo sin darme parte primero cuando tuvieron tiempo para ello sino que cuando me dirigieron el aviso fue despues que ya estaban de regreso en Bahía..." (Ambas cartas en AGN, X, 25. 3. 2).

23. Como señala Palermo, a comienzos de la década de 1980, los trabajos de Martha Bechis y León Solís fueron los primeros en plantear la necesidad de tomar como unidad de análisis los territorios indígenas de Chile, pampa y patagonia ("El revés de la trama. Apuntes sobre el papel económico de la mujer en las sociedades indígenas tradicionales del sur argentino", en *Memoria Americana*, No. 3, UBA. 1994).

24. Es un lugar común en la historiografía argentina caracterizar a las tribus pampeanas como unitarias o federales en función del grupo al que se aliaban sin que se intentara comprender los móviles políticos que llevaban a los grupos indígenas a pactar con determinados sectores de la sociedad blanca. Análisis más complejos sobre el carácter de estas alianzas se encuentran en los recientes trabajos de Areces y Vangelista que refieren las estrategias de los indios mbayás y guaykurús ante el conflicto de límites entre España y Portugal, sirviendo como "espías sin lealtad definida", integrando los cuerpos expedicionarios en las entradas punitivas "según sus particulares intereses" (N. Areces: "Concepción, frontera norte del Paraguay durante la Gobernación Intendencia, espacio de conflicto colonial", en *Andes. Antropología e historia* No. 5. UNS, CEPIHA, 1992: 54-55) y optando por la alianza con el sector que ofrecía condiciones más ventajosas (Ch. Vangelista: "Los guaykurú, españoles y portugueses en una región de frontera: Mato Grosso, 1770-1830", en *Boletín del Instituto Ravignani* No. 8. UBA. 1993: 67). De manera similar y para el caso chileno, Bengoa: (*Historia del pueblo mapuche*. Chile, Ediciones Sur, 1985) considera que las alianzas indígenas con los políticos de turno deben ser consideradas como estrategias de supervivencia y resistencia ante el avance blanco.

25. R. Pastor: *La guerra con el indio en la jurisdicción de San Luis*. Buenos Aires, Sociedad de Historia Argentina, 1942.

26. Al no contar estas provincias con un ramo presupuestario destinado a solventar esta política pacífica como sucedía en Buenos Aires, los regalos eran esporádicos y sólo ocasionalmente incluían ganado (M. Zabala: "Las fronteras del sur de Córdoba en los años 1844 y 1845", en *Anuario* No. 1. UNC, 1963: 638).

27. Estos pactos aislados que de hecho no implicaban el compromiso de no invadir otros territorios (y la provincia de Buenos Aires se presentaba obviamente como el botín más preciado) fueron duramente criticados por Rosas aunque él mismo había utilizado esta estrategia para descomprimir la presión sobre la frontera bonaerense. En el acuerdo realizado con los boroganos a fines de 1830 figuraba como punto principal, la prohibición de atacar las fronteras de Buenos Aires y Santa Fe. Cuando a los pocos meses, la situación política cambió y los gobiernos federales estaban instalados en todas las provincias limítrofes esta especificación de Rosas se transformó en un boomerang ya que en junio de 1831, los boroga-

nos atacaron Córdoba en nombre de Juan Manuel de Rosas pretextando que creían que el gobierno cordobés todavía era unitario con lo cual cumplían al pie de la letra el tratado celebrado (Bechis: *op. cit.*).

28. Según informe de Rosas en AGN, X, 27. 5. 5.

29. Argentina: *Política seguida con el aborígen*. Comando General del Ejército. Dirección de Estudios Históricos, Buenos Aires, 1973. IV: 344-365

30. M. Baigorria: *Memorias*. Buenos Aires, Eudeba, 1978: 57; M. Hux: *Caciques borogas y araucanos*. Buenos Aires, Marymar, 1991: 44.

31. En una carta de junio de 1836, Sosa informaba a Rosas que "... toda la reunión de la gente de estos caciques son como docientos indios y solo cuentan sesenta armados de lanza..." (AGN, X, 25. 3. 2).

32. Los caciques existentes en Tapalqué e Independencia fueron concentrados en el primer fuerte, el coronel Pedro Ramos se trasladó a la laguna Blanca con una división de 500 veteranos esperando el refuerzo de unos 300 indios amigos y el coronel Prudencio Rosas se encontraba en la costa del arroyo Azul con 300 hombres (Parte del comandante de Tapalqué, Bernardo Echeverría a su par del Fuerte Mayo, Felipe Julianes, fecha 20 de octubre de 1836. AGN, X, 25. 3. 2).

33. Argentina... *op. cit.*, IV: 376.

34. Parte de Aguilera al comandante del fuerte Independencia, Pablo Muñoz, fecha 4 de enero de 1837 (AGN, X, 25. 5. 1).

35. La rivalidad entre los boroganos y Calfulcurá se remontaba a la época de la Guerra a Muerte en Chile en donde los primeros defendían la causa de los españoles y Calfulcurá a los patriotas (M. Bechis: *Interethnic relations during the period of Nation-State formation in Chile and Argentina: from sovereign to ethnic*. Ann Arbor MI, University Microfilms International, 1984: 501). El enfrentamiento habría estado originado en que el refuerzo de ganado ofrecido por los boroganos para "agraciar a Calfulcurá" no había colmado las expectativas de los recién llegados (Carta de Rosas a Del Valle, fecha 29 de septiembre de 1837 AGN, X, 25. 4. 4).

36. Ver informes varios de Rodríguez en AGN, X, 25. 5. 1.

37. Mientras el cacique Guilipan sostenía la idea de regresar a Chile con el botín, los que respondían a Calfulcurá se inclinaban por realizar una nueva invasión, esta vez por el norte de la frontera. Carta de Rodríguez a Rosas de fecha 25 de agosto de 1837 (AGN, X, 25. 5. 1).

38. Argentina, *op. cit.* IV: 400-407

39. En este punto se hace necesario remarcar nuevamente la diversidad de opciones que se planteaban a los grupos indígenas. Mientras los ranqueles contaban con la posibilidad de "recostarse" sobre la frontera de Mendoza y San Luis, los boroganos podían solamente optar entre mantener la alianza, ya no tan provechosa, con los ranqueles o pactar con el gobierno bonaerense.

40. Fue el caso de tres grupos boroganos que habiendo iniciado negociaciones de paz sufrieron el ataque de indígenas chilenos que permanecían en Salinas y que hasta entonces habían estado unidos a ellos, en represalia por lo que consideraban una traición. El ataque en lugar de conseguir un cambio de actitud de los boroganos, al acentuar "la miseria en que viven", llevó a que intensificaran las negociaciones de paz incorporándose al fuerte de Tapalqué en calidad de "amigos" en septiembre de 1838.

41. Ver informe del comandante de Tapalqué de fecha 22 de agosto de 1839 en AGN, X, 27. 7. 6.

42. Las declaraciones de varios prisioneros que lograron regresar a la frontera referían el cruel enfrentamiento entre los grupos atacantes donde "... los indios chilenos se pelearon con los ranqueles en los momentos de irse reuniendo después de la derrota y se mataban unos a otros". Otro testigo coincidía en que al día siguiente de la derrota "se reunieron los derrotados y se pelearon los chilenos con los ran-

queles habiéndose muerto de parte a parte bastantes... y los indios chilenos perseguían de muerte a los ranqueles" (Informe del comandante de Tapalqué, fecha 26 de agosto de 1839, en AGN, X, 25. 7. 1).

43. Carta del comandante de Patagones al fuerte de Bahía Blanca, 7 de diciembre de 1839 (AGN, X, 25. 7. 1).

44. Distintas fuentes coinciden en afirmar la exigüidad de recursos de los ranqueles en esta época, circunstancia que los habría llevado a intentar negociaciones de paz debido a "... la necesidad para tener con que mantenerse [pues] solo comían pasas y otras frutas silvestres..." (Informe desde Bahía Blanca, 20 de abril de 1839, en AGN, 25. 7. 1) El capitanejo Jacinto Lefiau, perteneciente a una tribu amiga y prisionero de los ranqueles, declaraba en mayo de 1839 que "... pidió permiso a Pichun y Paine para salir a buscar animales del campo y raíces para comer y como estos caciques no tenían tampoco como mantenerse ni como darles a ellos para comer [les] dieron licencia... Pichun y Paine están en suma pobreza que no tienen que comer." (Declaración del Capitanejo Lefiau en AGN, X, 25. 6. 6).

45. Informe titulado Capitanejo de Payne, en AGN, X, 25. 8. 3. Este documento fue publicado en la *Revista Azul*, Año 1, No. 4, 1930.

46. Carta del comandante de Bahía Blanca a Rosas de fecha 11 de julio de 1841 en AGN, X, 26. 1. 2.



El honor y el delito. Buenos Aires a fines del siglo XIX

Beatriz Celina Ruibal*

En 1894, la sociedad porteña siguió de cerca las alternativas del juicio a Elena Parsons juzgada por haber asesinado a tiros a Angel Petraglia, quien había escrito cartas anónimas al padre de la acusada en las que ponía en duda su honra. La familia Parsons venía del Uruguay y eran dueños en Buenos Aires de un colegio privado, en el que Elena, menor de 18 años, daba clases de ingreso para el Colegio Nacional. Angel Petraglia, italiano, de 25 años, cuya familia residía en Carmelo, era profesor de matemáticas y subdirector del mismo establecimiento. Según Elena Parsons, en diversas oportunidades había rechazado las propuestas matrimoniales de Angel Petraglia, razón por la cual éste en represalia comenzó a enviar anónimos a su padre en los que ponía en duda su honra.

Elena Parsons, después de un reconocimiento médico de su inocencia pedido por su padre, concurrió a la Policía para solicitar la detención de Petraglia por calumnias. Como no obtuviera la respuesta esperada, se dirigió, acompañada de un hermano de 14 años hasta el domicilio de Petraglia a quien mata de dos tiros de arma de fuego. Finalmente se entrega a las autoridades policiales que concurren al lugar del homicidio y se declara única autora del mismo. En ese momento la Policía detiene también al niño Par-

sons y a Carlos Parsons padre, que también se encontraba en el lugar.

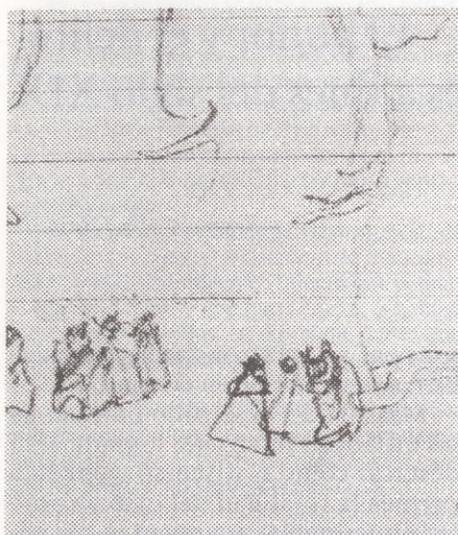
Más allá del desarrollo puntual de las instancias procesales importa aquí destacar como el discurso científico permea la totalidad del caso y como los profesionales argumentan sus posiciones tanto dentro del marco de la corte como con la sociedad en su conjunto. Para la defensa y curiosamente, para el fiscal en la primera instancia Elena Parsons no es responsable de sus actos debido a su condición de mujer histérica. Existía, pues la posibilidad de que Elena Parsons quedase amparada en las causas eximentes de pena del artículo 81 del Código Penal vigente¹ si su delito era un delito pasional cuyo móvil es una "fuerza irresistible" que responde al imperio de una pasión no repudiada por la conciencia colectiva.

Los delitos pasionales y la criminología

Los delitos pasionales fueron objeto de especial atención por parte de los criminólogos de la época. Este tipo de crímenes que concitaban la atención popular en tanto sus supuestos móviles eran el amor y el honor, preocuparon a los teóricos en relación a la problemática de la responsabilidad y de la temibilidad, problemática que separaba en forma irreconciliable a los partidarios de la escuela clásica de los positivistas.

Si el rechazo del libre albedrío, con-

** UBA - UNMDP



El desarrollo de la ciencia positiva, se enfrentaba al criterio de responsabilidad del Código, la locura o del delincuente no lo eximían de responder frente a la sociedad por un delito que era siempre síntoma de anormalidad o de enfermedad. En este sentido, al resolver casos de delitos pasionales, la práctica jurídica se vio enfrentada a diversas contradicciones. Por un lado, si la nueva ciencia no aceptaba el fundamento de la responsabilidad y el derecho penal no había modificado sus conceptos básicos, la lógica del razonamiento llevaba a la absoluta impunidad, ya que si el delito es imputable porqué su autor es libre, la pasión, que anula o disminuye la libertad, debe ser circunstancia atenuante o eximente de la responsabilidad. De ahí que en la práctica jurídica se distinguía entre la pasión "ciega" única eximente de la responsabilidad y la pasión "razonadora". Solución cuestionada por la nueva criminología en tanto no tenía en cuenta que la influencia de las pasiones sobre la razón variaba de un individuo a otro en función de su personalidad. Para la criminología científica, el delito es siempre el producto y el síntoma de

secuencia del desarrollo de la ciencia positiva, se enfrentaba al criterio de responsabilidad del Código, la locura o del delincuente no lo eximían de responder frente a la sociedad por un delito que era siempre síntoma de anormalidad o de enfermedad. En este sentido, al resolver casos de delitos pasionales, la práctica jurídica se vio enfrentada a diversas contradicciones. Por un lado, si la nueva ciencia no aceptaba el fundamento de la responsabilidad y el derecho penal no había modificado sus conceptos básicos, la lógica del razonamiento llevaba a la absoluta impunidad, ya que si el delito es imputable porqué su autor es libre, la pasión, que anula o disminuye la libertad, debe ser circunstancia atenuante o eximente de la responsabilidad. De ahí que en la práctica jurídica se distinguía entre la pasión "ciega" única eximente de la responsabilidad y la pasión "razonadora". Solución cuestionada por la nueva criminología en tanto no tenía en cuenta que la influencia de las pasiones sobre la razón variaba de un individuo a otro en función de su personalidad. Para la criminología científica, el delito es siempre el producto y el síntoma de

anomalías individuales y sociales, por lo tanto, los autores de delitos locos o no, son irresponsables, aunque todos deben responder a la sociedad del acto antisocial cometido. El concepto de "fuerza irresistible" es además, incompatible con los principios de la escuela positivista ya que si el delito es un fenómeno natural, la irresistibilidad es el origen del delito².

Entre los criminólogos, Eusebio Gómez estudió, especialmente, este tipo de delitos. El autor, representante del pesimismo finisecular, observa preocupado que el drama pasional, antes extraordinario, ahora, ocurre diariamente sin que produzca censuras y en algunos casos la opinión pública llega a aplaudirlos. Esto tendría su origen, según el autor, en el concepto del "honor sexual" puramente objetivo y utilitario vigente en la sociedad que representa la preocupación de no chocar con los principios del grupo de que se forma parte, sin considerar el valor ético de esos principios. El honor sexual, así conformado, acepta que la infidelidad de la mujer propia lesiona el honor del ofendido y por consiguiente también tiene el derecho de castigarla con la muerte. Eusebio Gómez, desde la perspectiva del pensamiento laico y racionalista, señala la responsabilidad que le cabe a la legislación en tanto, por un lado, no ha modificado principios metafísicos como la indisolubilidad del vínculo matrimonial y, por el otro, ha mantenido la figura jurídica del "justo dolor" en los juicios contra maridos ofendidos, reconociendo de este modo el derecho de matar³.

Por otro lado, la práctica jurídica, también se vio enfrentada por la toma de posición de la opinión pública frente a estos procesos. Un caso típico de delito pasional, que conmueve a la opinión pública, de acuerdo a Eusebio Gómez, es precisamente el de la mujer seducida y abandonada por su amante

luego de haberla despojado de su honra. Es justamente por esto que la opinión pública mira estos delitos con simpatía, tanto es así que influyen las decisiones de la justicia, y en aquellos países donde existe la institución del jurado el fallo es absolutorio. La represión de estos delitos, pues, dice Eusebio Gómez, debe ser inflexible. No ya como prevención individual, sino ante todo como prevención colectiva, por la sugestión de una rigurosa disciplina moral, base necesaria de la seguridad y el orden⁴.

Eusebio Gómez se refiere al caso de Elena Parsons para negar su carácter de delito pasional. Las anomalías de Elena Parsons no derivan inmediatamente de la pasión; constituyen la base de su personalidad y la pasión ha sido un mero estímulo ocasional. Por lo tanto la anormalidad de su carácter estaría denunciando su temibilidad para la sociedad y no autorizaría la excepción de irresponsabilidad. Elena Parsons entraría dentro de la calificación del "loco moral" equivalente del "delincuente nato" de Lombroso⁵.

El hecho de que las mujeres cometan delitos pasionales crea el espacio para la teorización sobre psicología femenina, a la vez que permite proyectar una mirada sobre la concepción del amor y su relación con la pasión y el delito.

Amor, Pasión y delito

En el origen de los delitos pasionales, dice Gómez, se encuentra el efecto de los atributos característicos del amor: la "misteriosa y trágica" alianza entre el amor y la muerte, el egoísmo de los enamorados y la sugestión que se da entre los dos amantes.

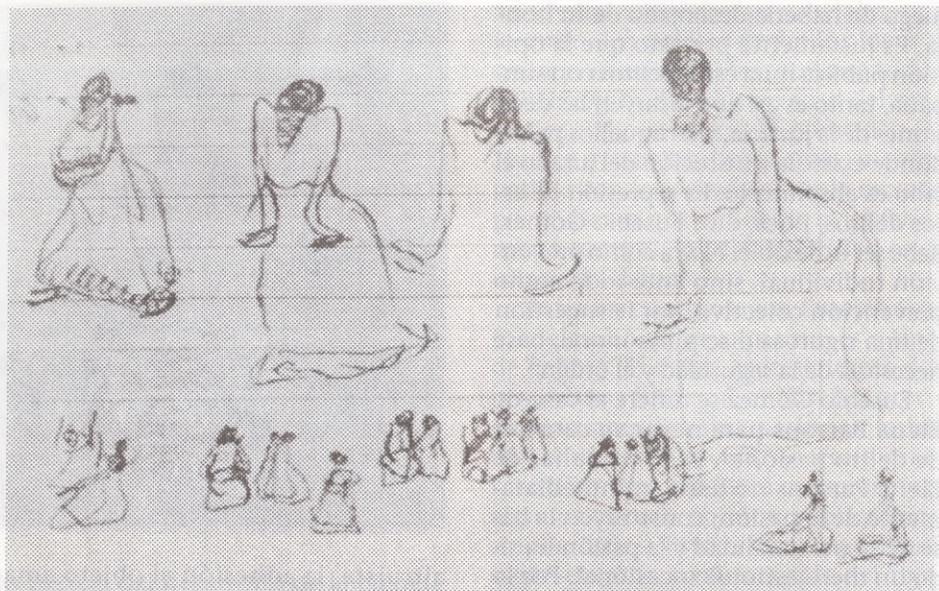
El amor auténtico, dice nuestro autor, siguiendo a Augusto Comte, "se constituye por una tendencia egoísta, el instinto sexual, unida a una inclinación



altruista, la adhesión al objeto amado"⁶. Si estos elementos no logran el equilibrio o la moderación, entonces, sobreviene la pasión que a su vez conduce al delito. Es decir, el amor incluye estados psicológicos favorables a la producción del delito. Si el amor se exalta hasta la pasión, adquiere tintes sombríos y conduce a la muerte, —el suicidio o la muerte del ser amado— como la única forma de satisfacción del egoísmo.

Del mismo modo, los celos —efecto del sentimiento de exclusividad— el otro de los atributos fundamentales del amor, cuando son moderados reflejan la normalidad del amor por razón del completo equilibrio entre el altruismo y el egoísmo que lo complementan; si el equilibrio desaparece con el predominio de la inclinación egocéntrica los celos se vuelven pasionales y conducen al delito.

Finalmente, el último de los atributos del amor, la sugestión, es causa y efecto del amor. En toda relación, uno de los dos amantes se convierte en instrumento de la voluntad del otro; por lo general, cree Gómez, la mujer es el sujeto activo de la sugestión, a ella corresponde la facultad de transformar,



a su antojo, la fisonomía moral de ciertos hombres, "muchas adúlteras consuman, así, [por sugestión] por una mano ajena, el asesinato del marido"⁷.

Además, en el acto sexual la mujer, dice Lombroso, solo goza cuando ella se entrega al ser amado. Ella es feliz solo en tanto hace feliz al otro. Basado en este pensamiento Eusebio Gómez ve el origen de la histeria (por definición femenina) en el amor no correspondido. Sea bajo la forma de exaltación o de la depresión, la histeria es siempre consecuencia de las funciones orgánicas de la mujer y de sus aspiraciones sentimentales irrealizables. El autor arriba así al carácter mórbido de la sensibilidad femenina⁸.

De todos modos la "pasión devoradora" no explica por sí misma los crímenes o suicidios pasionales. La ausencia de sentido moral de estos sujetos proviene de la profunda degeneración creciente en la sociedad contemporánea, cuyos antecedentes se encuentran, como ya se dijo, en la herencia o en el complejo entramado de los factores sociales.

Histerismo, honor y condición femenina

Volviendo al caso que nos ocupa, el juicio a Elena Parsons, el alegato de la defensa, realizado por Manuel Carlés, niega validez científica a la pericia médica⁹. Basándose en las autoridades de la neuropatología intenta demostrar que Elena es efectivamente una histérica, puesto que la histeria es una alteración psíquica no una enfermedad neurológica de la que puedan percibirse síntomas externos, desestimando así, la afirmación del informe médico sobre la premeditación del acto. El histerismo es una neurosis que revela un debilitamiento de la facultad de síntesis psicológica y se manifiesta generalmente por síntomas morales. "Tanto en la ciencia médica, en la patología, como en la ciencia del alma, hay temperamentos morales como los hay físicos, y son los caracteres, hay enfermedades morales como las hay físicas y son las pasiones. Bajo el concepto patológico, puramente neuropático, las pasiones son enfermedades del corazón humano"¹⁰. La

histeria femenina, pues, de acuerdo con el autor, es siempre latente y difícil diagnosticar debido a la ausencia de anomalías físicas que se ocultan temporariamente hasta que una causa externa las hace estallar.

En el sistema de representaciones de Manuel Carlés las nuevas ideas de la medicina y la psiquiatría se combinan, a su vez, con las ideas religiosas sobre la esencia del alma y el discurso clásico sobre "el huracán de las pasiones". Desde la decisión hasta la consumación del delito, Elena Parsons aparece violentada por pasiones irresistibles: "Adormecida la actividad de ese espíritu agitado por la vehemencia de pasiones tan violentas, sus pensamientos siguieron dominados exclusivamente por la ley de la asociación de inquietudes, odios, temor, tristeza, desesperación e ira, (...) que rompieron los equilibrios de su razón"¹¹. El desborde de las pasiones, entonces, adopta la forma de la locura, según Carlés, "(...) produce demencias intermitentes; todo lo que significan las agitaciones del alma, el delirio de la mente, el desenfreno de la razón, se multiplican para impulsar a la joven a matar, a destruir de un golpe terrible la vida del difamador"¹².

La causa externa que moviliza la pasión, en este caso, es el cuestionamiento del honor. Elena Parsons, para quien la idea del honor femenino es un culto, "se sugestiona con la idea del desagravio y al instante se le presenta la necesidad de la inmediata reparación". La defensa del honor es justamente una cuestión fundamental desde el punto de vista del orden social, ya que la conservación del honor de la mujer se relaciona con la estabilidad de la familia. En este sentido, dice Carlés, la sociedad exige a la mujer decencia, honestidad, circunspección y recato, que son las cualidades que deben investir el decoro de su linaje. Cuando esto falta, la mujer desciende en la jerarquía social,



y es entonces que "para conservar su reputación social y la estimación de la familia, emplea todos los medios que están a su alcance. Si esos medios no realizan sus propósitos vésele agitarse violentamente hasta convertirse en instrumento de sus furiosas pasiones nacidas de los obstáculos opuestos a la conservación de su honra"¹³.

La defensa apoya parte de su alegato en los fundamentos que hacen a la mujer dependiente del hombre en la mayoría de las relaciones civiles de acuerdo a la legislación argentina. Mientras el hombre con sus fuerzas físicas y dotes superiores permanece autónomo en el orden jurídico, la compasión hacia el organismo débil de la mujer ha determinado la especial protección legal que la convierte en una incapaz por sí sola del ejercicio de sus derechos y obligaciones civiles. La legislación penal también le ha hecho algunas excepciones, no les aplica la pena de muerte ni la realización de trabajos forzados y las mujeres honestas pueden ser arrestadas en sus propias casas. Ex-

cepciones todas fundamentadas por la debilidad de la naturaleza femenina y "la fatal condición de su organismo". Es que "... estando la mujer constantemente expuesta a crisis que comprometen sus facultades intelectuales, motivadas por enfermedades que el pudor me impide enumerar [E. P. había cometido el delito durante su período menstrual], como se le quiere aplicar con igual rigor esas leyes sancionadas por la robusta salud del hombre?¹⁴".

Es, según Manuel Carlés, esencial a la mujer su indiferencia por lo importante y su pasión por lo frívolo y banal. Al mismo tiempo que su vida esta apartada de lo especulativo, su debilidad física y falta de contacto con el mundo del trabajo serían elementos que contribuirían a apartar a la mujer del vicio y el crimen. Sin embargo, para Manuel Carlés, existe una mujer criminal, ésta es, justamente, aquella que participa de los mismos medios que el hombre, es la mujer de la calle, la de vida disoluta, la que habita en los conventillos; la que es par del hombre en la embriaguez y en el delito de sangre. Pero la acusada no forma parte de esas mujeres desplazadas por el autor hacia la población de los conventillos; Elena Parsons, criada en un hogar distinguido donde la honestidad, el orden y la rectitud han sido ejemplares, es la mujer buena, si bien pusilánime y signada por su propia naturaleza femenina para quién la defensa del honor es "un derecho y un deber al mismo tiempo"¹⁵. Finalmente, concluye, el autor "(...) que la Providencia escribió con la mano de una joven el precio de una muerte que nos evitamos valorar".

En la misma línea de razonamiento, el Juez de sentencia Ernesto Madero, quien la absuelve en primera instancia, sintetiza las ideas sobre la condición femenina y el honor. Elena Parsons, debido a la calumnia, se vio sacrificada "en los más caros ideales de su existen-

cia: como prometida esposa (ella estaba comprometida para casarse con otro joven), roto el vínculo de su compromiso; como mujer, entregado su porvenir al solo amparo de sus débiles fuerzas para el trabajo; como doncella quizás excluida del núcleo social que antes la había acogido con afecto a nombre de su moralidad"¹⁶. Exonerar a Elena Parsons, entonces, condenando el acto de Petraglia, constituye para el Juez Ernesto Madero, una defensa de la honestidad de la mujer que es la base del hogar cristiano, y por lo tanto hace a la conservación del orden social.

Sin embargo, el honor y la conservación del orden social, fueron interpretados en distinta manera por Carlos Malagarriga, abogado de la familia Petraglia.

Honor, tradición y modernidad

"Un sentimiento de viva simpatía se despierta por todas partes en favor de esta joven, cuya conciencia de la honra la llevó a hacerse justicia de manera tan tremenda en un momento de agitación o de arrebato, (...) Si, como lo creemos, resulta del sumario plenamente justificado el móvil que indujo a la señorita Parsons a vengar su honra ultrajada por un calumniador, tendremos, y con nosotros la sociedad que incluir su nombre entre los de aquellas mujeres que han salido de su tiempo y de su raza para realizar actos que en ciertos momentos más favorables, habrían pasado por providenciales(...).

[La Prensa, 7 de agosto de 1894]

La heroína del honor

"Extraordinario interés ha despertado en el público (...) el desen-

lace de una intriga infame y castigo severo de un espíritu mal inspirado que ha tratado de ejercer in-noble venganza echando mano de la calumnia, en su forma más repugnante, para poner en duda el honor de una niña bella y joven (...)" [Tribuna, 6 agosto de 1894]

Carlos Malagarriga, abogado de los Petraglia, centra su discurso en dos ejes. El primero es la presión de la opinión pública, "dueña y señora de estas democracias inorgánicas, las cuales se mueven a impulso del que tiene arte para agitarlas"¹⁷. Ella ha conducido al proceso de glorificación de Elena Parsons que la han convertido en una heroína: las continuas visitas y el envío de flores al lugar de detención, los mensajes de felicitación y las medallas costeadas por suscriptores como así también las constantes crónicas periodísticas y sus informaciones novelescas, todos son hechos que han influido la marcha del proceso, la acción fiscal se ha anulado sin cumplir con los objetivos que le asigna el sistema procesal, es decir convocar el proceso y sostener la acusación.

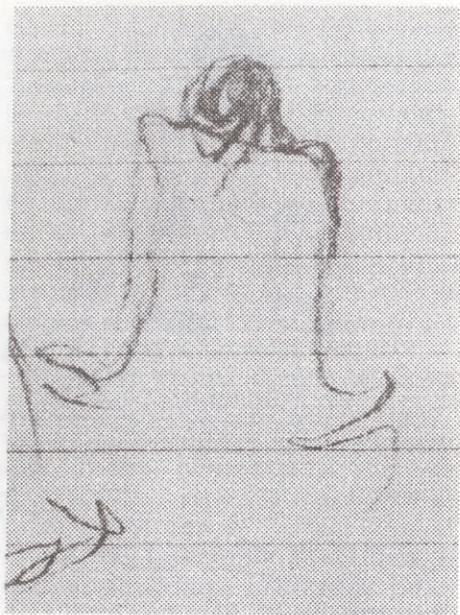
El segundo elemento en torno al cual se construye el discurso de Carlos Malagarriga es la necesidad de concebir la pena como función defensiva social. "El delito futuro no es del todo ajeno al presente, podemos decir que en cierto modo le pertenece, dado el valor que tiene la imitación en la génesis de los delitos..."¹⁸. Tal es así, que: desde el día en que se conoce el crimen de Elena Parsons, agrega, se registraron en Buenos Aires, tres casos que parecieran querer competir con el crimen de aquella. Pero más allá de lo anecdótico, estos hechos dieron pie a Malagarriga para insistir sobre la importancia de la pena como correctivo social y a resaltar las implicancias sociopolíticas de un procedimiento contrario.

Lejos de ser Elena Parsons una crimi-



nal pasional, pertenecería a la categoría de los impulsivos de Garófalo; hay en ella ausencia de sentimientos, un predominio de los prejuicios sobre el honor, de la venganza sobre el deber, y sobre todo, de la necesidad de ejercer dicha venganza por la propia mano. Si los criminales pasionales u ocasionales merecen la consideración social ya que en los móviles determinantes de su delito dominan sentimientos sociales como el honor o el amor, no es éste el caso de Elena Parsons, en quién junto a la pasión social (reparación del honor personal) se mezclan pasiones antisociales (el odio y la venganza). Tampoco se encuentra en Elena Parsons el arrepentimiento sincero, síntoma fundamental de los delitos llamados pasionales. La inculpada, entonces, no habría procedido por impulsión irresistible sino por falta de sentido moral.

De lo que se trata es de distinguir entre el honor en una sociedad basada en valores altruistas y la honra definida en sentido estrecho e individualista. Dicho de otra manera, frente a una Elena Par-



sons que dice de sí misma "mi única religión es la del deber, que consiste en ser buena hija, buena esposa y buena madre", Malagarriga plantea la existencia de sentimientos ególatras que permiten a la acusada cometer un acto criminal en el que el concepto del honor se desvirtúa y merced al cual la sociedad en sí misma peligró. El honor tal como lo concibe Elena Parsons pertenece a una sociedad "tradicional" en la que el estado no se ha consolidado aún. Para Malagarriga, la acción de Elena Parsons y el apoyo popular que la misma genera son síntomas de una sociedad enferma.

El alegato de Carlos Malagarriga, es en realidad una pieza de reflexión sociopolítica. Los grandes principios que han dominado en Argentina respondieron a necesidades del momento, pero hoy son insuficientes. No alcanza poblar para construir el desierto como quería Alberdi. No alcanza tampoco, educar, hacer escuelas como había planteado Sarmiento. Ni la inmigración ni la educación alcanzan para constituir el plan definitivo de la vida

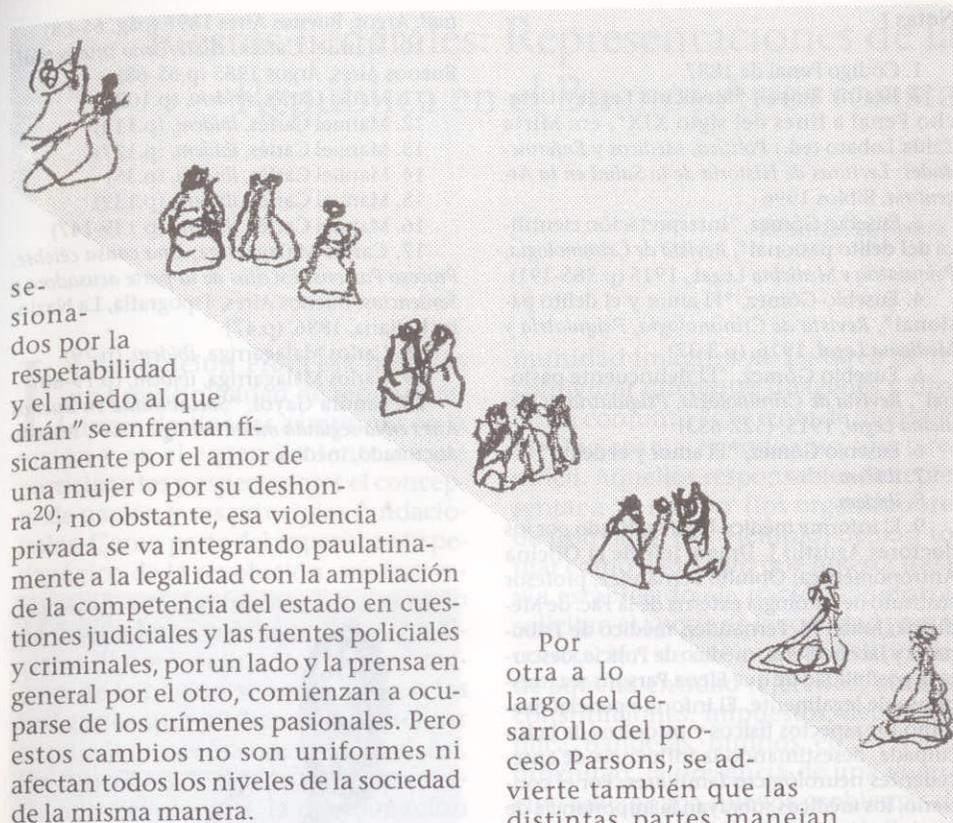
de nación. El individualismo es el mal que aqueja a una sociedad que se hace eco y festeja el ejercicio de la venganza.

Citando a Ferri, insiste sobre el papel del derecho como fuerza específica del organismo social y sobre la particular importancia que éste tiene en las sociedades jóvenes como la Argentina, en las que la fuerza de la tradición no puede actuar como aglutinante. Solo el Derecho es capaz de dar cohesión a lo incoherente "por la razón del modo de agruparse los elementos vivos de nuestra sociedad". La función normalizadora y ejemplificadora del derecho son claves en el discurso de Carlos Malagarriga, porqué tal como expresa, citando a Tarde: "los delitos no son más que los accidentes ferroviarios de una sociedad lanzada a todo vapor, (por lo tanto) no hay que olvidar que un tren más rápido exige un freno más firme"¹⁹.

Elena Parsons fue condenada en última instancia. El Código Penal vigente hubiese justificado, quizás, una solución contraria. Pero la misma anomalía en que su abogado pretendió fundar la exención de la pena, se oponía a la clasificación del delito como pasional e indicaba, según las nuevas ideas, la mayor responsabilidad social de la imputada, por razón de su mayor temibilidad.

A modo de conclusión

La sociedad porteña hacia fines del siglo XIX, es una sociedad conmovida por fuertes transformaciones aunque todavía muy tradicional, es una sociedad donde los conflictos y la violencia privada se va integrando a la legalidad. Si bien muchos conflictos se resuelven todavía en el espacio privado, donde la venganza privada es una práctica común en los distintos ámbitos de sociabilidad, tales como los cafés y sus alrededores, en los cuales los hombres "ob-



se-sionados por la respetabilidad y el miedo al que dirán" se enfrentan físicamente por el amor de una mujer o por su deshonor²⁰; no obstante, esa violencia privada se va integrando paulatinamente a la legalidad con la ampliación de la competencia del estado en cuestiones judiciales y las fuentes policiales y criminales, por un lado y la prensa en general por el otro, comienzan a ocuparse de los crímenes pasionales. Pero estos cambios no son uniformes ni afectan todos los niveles de la sociedad de la misma manera.

El progresivo proceso de secularización y el creciente rol de la ciencia conducen al fuerte peso del saber médico en la cultura, la política y la organización del estado. En la esfera pública, la medicalización se manifiesta con el surgimiento del higienismo y su percepción de la sociedad como un organismo enfermo, como así también, en el discurso médico alienista que con el desarrollo de la criminología, correlaciona la locura con el delito, y conduce al concepto de locura moral, en el cual, la locura ya no es solo un cuadro psiquiátrico sino que incluye también la perversión de los sentimientos o de las costumbres. Conceptos que serán utilizados tanto en las distintas instancias del juicio como por los criminólogos que estudian posteriormente el caso.

Por otra a lo largo del desarrollo del proceso Parsons, se advierte también que las distintas partes manejan una serie de valores sociales respecto de la mujer. Hemos visto como Manuel Carlés se refería a las virtudes que toda mujer debe tener, como insistía en la dependencia "natural" de la mujer respecto del hombre. Hemos visto transformarse a la honra femenina en un elemento insustituible para la ubicación de la mujer en la sociedad en un concepto del honor, concebido como suprema virtud y como un bien que una persona puede quitar a otra y debe restituirse. Junto a esta concepción individual del honor aparece en Carlos Malagarriga o en los criminólogos, una concepción del honor subordinada a la legalidad en la cual las propuestas elaboradas a partir de los datos de la ciencia no se oponen a los beneficios de la solidaridad ■

1. Código Penal de 1887
2. Beatriz Ruibal, "Medicina Legal y Derecho Penal a fines del siglo XIX", en: Mirta Zaida Lobato (ed.) *Política, Médicos y Enfermedades: Lecturas de Historia de la Salud en la Argentina*. Biblos 1996
3. Eusebio Gómez, "Interpretación científica del delito pasional", *Revista de Criminología, Psiquiatría y Medicina Legal*, 1915 (p.385-391).
4. Eusebio Gómez, "El amor y el delito pasional", *Revista de Criminología, Psiquiatría y Medicina Legal*, 1916, (p.3-37)
5. Eusebio Gómez, "El delincuente pasional", *Revista de Criminología, Psiquiatría, y Medicina Legal*, 1915, (522-653)
6. Eusebio Gómez, "El amor y el delito" ...
7. *ibidem*.
8. *ibidem*.
9. El informe médico legal realizado por los doctores Agustín J. Drago, jefe de la Oficina Antropométrica; Obtulio Fernández, profesor sustituto de Patología externa de la Fac. de Medicina; Julián M. Fernández, médico de Tribunales y Jacobo Berra, médico de Policía, descarta la posibilidad de que Elena Parsons sea irresponsable legalmente. El informe pericial examinó los aspectos físicos y psíquicos de la inculpada, desestimando la influencia de antecedentes neurológicos familiares. Por el contrario, los médicos subrayan la importancia de la educación recibida por Elena Parsons—en la cual no habrían tenido cabida las ideas religiosas— como así también su inclinación por la lectura de novelas románticas, en la confirmación de un débil desarrollo del sentido moral. Esto parece estar en la raíz, siempre según los peritos, de la equivocada noción que tiene Elena Parsons de su papel en la sociedad "con conceptos también erróneos de los derechos y deberes de su sexo". Los peritos están de acuerdo en señalar que la inculpada no es una histérica, sino una "candidata a serlo", que las modalidades de su carácter, serían "una exageración del modo de ser femenino" y que la lógica de su actuación desde el momento que decide la venganza hasta su ejecución indican que no ha sido víctima de una "impulsión irresistible" que perturbase su razón, sino que tal como ella confiesa, ha procedido en defensa de su honor calumniado. Esto implica que mediante su propia voluntad pudo haber evitado "los arranques pasionales". El informe concluye sugiriendo se atenúe la responsabilidad de la inculpada teniendo en cuenta su edad, sexo, y educación. En M. Carlés, *Histerismo intelectual*, Argos, Buenos Aires 1895 (pág. 65-68)

10. Manuel Carlés, *Histerismo intelectual*, Buenos Aires, Argos 1985 (p.65-68)
11. Manuel Carlés, *ibidem*, (p.102)
12. Manuel Carlés, *ibidem*, (p.113)
13. Manuel Carlés, *ibidem*, (p.127)
14. Manuel Carlés, *ibidem*, (p.35)
15. Manuel Carlés, *ibidem*, (p.139)
16. Manuel Carlés, *ibidem*, (p.139-147)
17. Carlos Malagarriga, *Una causa célebre. Proceso Parsons. Escritos de la parte acusadora y Sentencias*. Buenos Aires, Tipografía, La Nazionale Italiana, 1896, (p.47)
18. Carlos Malagarriga, *ibidem*, (p.79)
19. Carlos Malagarriga, *ibidem*, (p.79-80)
20. Sandra Gayol, "Sociabilidad en Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX", tesis de doctorado, inédita.



Fiestas Federales: Representaciones de la República en el Buenos Aires rosista

Ricardo Salvatore*

La Revolución Francesa produjo una multiplicidad de representaciones destinadas a imprimir en la visión y en el entendimiento de sus participantes y espectadores el concepto de nación y sus principios fundacionales. Como parte del experimento pedagógico de la revolución, sus festivales atrajeron el esfuerzo entusiasmado de diseñadores, propagandistas y activistas. Por un momento, la construcción de la nación se equiparó con las imágenes que pudiesen representar adecuadamente esa nueva entidad. Así, los concursos de diseño para representar a la Revolución, la diagramación del culto al Ser Supremo, las diferentes estatuas de la Libertad, y el arreglo del Campo de Marte con su confusa y polivalente superposición de símbolos (pirámides, globos aerostáticos, árboles de libertad, carros romanos, columnas griegas, pabellones chinos) formaban parte de un grandioso proyecto de representación destinado a constituir y a comunicar la idea de la Revolución a sus actores y detractores¹.

Si el nacimiento de una nación moderna implicó tanta concentración de la creatividad revolucionaria, cuanto más energía y creatividad requeriría el crear la ilusión de la persistencia de 'la nación' en situaciones en las cuales las guerras civiles y la fragmentación política amenazan con quebrar aquella co-

munidad imaginaria. La tarea de reconfigurar diferentes imágenes y ritos en un conjunto coherente de mensajes ideológicos era, en todo caso, una tarea difícil. Aquellos responsables de representar a 'la nación' (los organizadores de festivales, por ejemplo) debían tomar como dado algo que no está todavía establecido—la nación— mientras sollicitan el apoyo de la sociedad para la concreción de acciones constitutivas de aquella entidad (ejércitos, censos, constituciones, impuestos, deuda pública, banderas, himnos, etc.)². A esta dificultad, la presencia de una guerra civil adicionaba nuevos problemas de representación. Las guerras civiles dividían a 'la nación' y hacían evidente la naturaleza ficcional del colectivo de referencia. Como una fuerza que disrumplía la tranquilidad y generaba tensiones acerca de la distribución de sus costos monetarios y humanos, la guerra civil debía ser presentada como una anomalía temporal, pero necesaria, del proceso de construcción de una nación. Si, adicionalmente, el modelo de gobernancia y la ideología proyectada desde el centro de poder aparecía como un compromiso entre un pasado revolucionario y un presente estable y ordenado, entonces la representación debía producir también una continuidad ideológica: un arreglo híbrido de símbolos ambiguos y polisémicos al cual pudiesen relacionarse tanto los defensores del orden como los sostenedores de la libertad.

* Universidad Torcuato Di Tella.



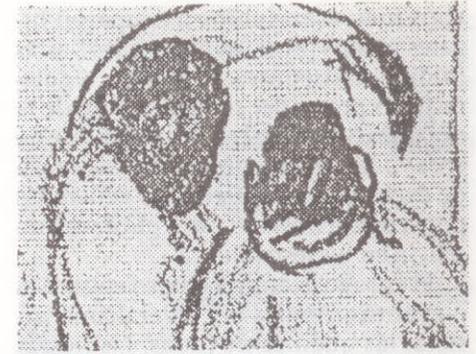
Las fiestas federales, un conjunto de prácticas rituales y representacionales que se hicieron comunes en la provincia de Buenos Aires durante la administración de Juan Manuel de Rosas (1829-1852), crearon esta ilusión³. En aquellas se recreó, con ayuda de un lenguaje religioso y maniqueo, la contienda principal que definía el presente y el futuro de la República (la lucha entre unitarios y federales) y se invitó a los presentes a compartir una re-interpretación importante, significativa, del mensaje ideológico de la post-independencia. El enemigo unitario fue representado como un ser que, posesionado por fuerzas diabólicas, había traicionado a la nación y adoptado el disfraz de los patriotas. La buena República (la Santa Federación) a su vez, fue presentada como un ente orgánico sin disensiones internas, un organismo amenazado por una guerra que sólo podía ser entendida en relación a un pasado muy remoto (la guerra de moros y cristianos) pero librada en beneficio de un estado moderno. Los concurrentes a estas fiestas fueron espectadores del alumbramiento de otra república construida en oposición a las repre-

sentaciones que los unitarios hacían de la Dictadura. Esta era una república (o patria, o nación) ordenada por la ley y la razón, liderada por bravíos y desinteresados generales, unida como una familia, celebrando con su gobernador la persistencia de los valores de libertad, fraternidad e igualdad, convenientemente adaptados al ideario rosista.

Mi intención en este ensayo es mostrar como el Rosismo presentó en las fiestas federales una visión comprensiva de los logros de la República desde la revolución de independencia, de la naturaleza de la confrontación entre unitarios y federales, y de la relación entre Rosas, el "pueblo", y las instituciones que mediaban el poder. Las fiestas federales, al menos a un nivel, pueden ser vistas como parte de un intercambio comunicativo entre gobernantes y gobernados acerca del significado de la Federación y de la guerra contra los unitarios. Mi tesis central es que estas fiestas representaron la continuidad ideológica entre el rosismo y el radicalismo de la post-independencia, apelando a formas de entendimiento religiosas y festivas. Re-establecer las credenciales revolucionarias del nuevo

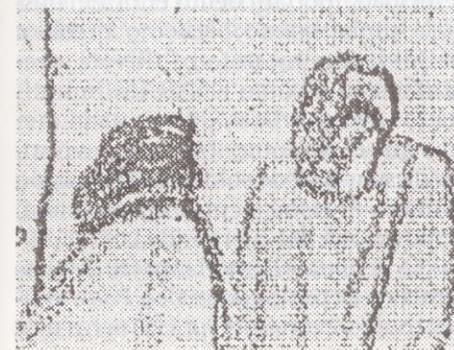
régimen rosista (los poderes extraordinarios del ejecutivo, la nueva administración de la justicia, la co-existencia de un ejército regular y de milicias compulsivas, la documentación forzada de los movimientos de personas, la registración de la propiedad, etc.) requirió el uso repetido de festividades patrióticas y militares para instalar en la conciencia de los representados una nueva pedagogía de gobierno.

Las formas de celebrar el federalismo rosista combinaron formas de auto-representación del estado autocrático con una invitación republicana a los ciudadanos a congregarse y servir a la federación⁴. Examinó en este ensayo la semiótica política implícita en estos intercambios comunicativos a fin de lograr una mejor comprensión de las bases sociales del estado rosista. La continuidad en las prácticas rituales y de los símbolos de la República durante el período de Rosas nos obligan a reconsiderar nociones heredadas acerca de los fundamentos ideológicos del régimen, acerca de su relación con los sectores populares, y acerca del grado en que el rosismo echó raíces en la cultura popular. Muchos historiadores que presentaron al rosismo como una dictadura que aterrorizó a sus oponentes y eliminó las libertades ganadas durante la post-independencia ven también al régimen como popular. Algunos han visto la emergencia del Rosis-



mo como un producto de la barbarie del habitante de campaña (Sarmiento), otros como el resultado del infantilismo político de la plebe (Ramos Mejía), otros como un compromiso Hobbesiano entre propietarios atemorizados y el estado (Lynch, Ibarguren), cuando no como una extrapolación en la arena política de las relaciones sociales propias de la estancia (Ansaldo)⁵.

En lugar de concentrarme en los aspectos represivos, paternalistas, o claramente manipuladores del régimen, propongo examinar una de sus principales formas de representación —las fiestas federales— para mejor entender la naturaleza del régimen. En la medida en que el Rosismo pudo re-semantizar la retórica de la revolución de independencia, el apoyo de los paisanos aparece menos problemático. La semiótica del federalismo rosista, sugiero en este ensayo, sirvió para replicar expresiones y valores imbricados en la cultura popular de Buenos Aires (formas de actuar en política que combinaban el republicanismismo con el catolicismo). Esta analogía entre la auto-representación del rosismo y las prácticas políticas de los habitantes de la campaña apuntan a la existencia de una comunicación efectiva entre los dos sujetos, Rosas y "su pueblo". Por otra parte, la organización y la ejecución de las fiestas federales indican que una parte importante de los vecinos apoyó al régimen. Otros mu-



chos fueron excluidos u ocuparon lugares menos prominentes en las fiestas (indios, transeúntes, y soldados regulares). Sin pretender ser un estudio de la organización social en la campaña, este ensayo también apunta a la existencia de exclusiones y diferencias generadas por la política estatal y a explicar su presencia en los festivales.

El ensayo examina cuatro episodios o eventos rituales del federalismo rosista: las quemadas de judas, las fiestas mayas y julianas, el culto al dictador, y los festejos a héroes militares. En la conclusión, se resume el argumento central del ensayo y se proveen algunas reflexiones sobre lo que las fiestas federales nos dicen acerca de las bases sociales del régimen rosista.

De Sacralidad y Política (Quema de Judas)

En febrero de 1845, en aproximación a los festejos de Semana Santa, Rosas ordenó al Parque de Artillería la confección de ocho judas de trapo representando las figuras de los unitarios Rivera y Paz (cuatro de cada uno)⁶. Estos muñecos, que serían colgados en los lugares más concurridos y visibles de la ciudad (en las plazas de la Victoria, de Monserrat, de Lorea, Plaza Nueva, y de la Concepción, frente a la Policía, en la Alameda frente a la Capitanía del Puerto, y dos en Santos Lugares) debían sintetizar el significado del federalismo y, por ello, estaban cargados de simbología política. Naturalmente, los judas debían estar vestidos de unitarios: "chapona celeste = Calzón largo celeste = Zapatones grandes del color negro común = gorra redonda cuero de mono, con cintillo celeste ... = Corbata Celeste". Para distinguir más claramente a los unitarios, los muñecos no deberían tener bigote (un requisito de los celadores federales) sino una "patilla de U an-

gosta, que bajará de las orejas por la barba", moda francesa, propia de "cageti-llas". Por si algún distraído no leyera el mensaje político de los colores y el detalle de la barba, había letreros para hacer más clara la lectura: "En la Chapona una Divisa grande celeste con este letrero: ¡Vivan los Salvages Unitarios! ¡Mueran los Defensores de la Libertad Americana!" –una inversión que ratificaba elementos claves de la ideología federal: el "salvagismo" de los unitarios y la asociación de la causa federal con la "Libertad Americana".

Las manos de los judas de trapo estaban repletas de mensajes. "En la mano derecha la bolsa con los dineros por que Judas vendió a nuestro Redentor Jesús" –una clara invitación a asociar todo unitario con el carácter mercantil, con el dinero, con la traición que conduce al sufrimiento. Utilizando una metáfora tan antigua como el catolicismo, Rosas presentaba la "libertad e independencia" de los pueblos como un bien amenazado por una traición ancestral. La simbiosis entre el símbolo religioso y el político, sin embargo, no acaba aquí. Cuatro de los judas debían portar en su mano izquierda una "tablita" con el siguiente mensaje: "Soy el Salvage Unitario Pardejón Rivera, desertor inmundo de la Causa Santa de la Libertad del Continente Americano, enemigo de Dios y de los hombres; fugué el primero, el 6 de Diciembre tiré la espada, tiré el vestuario, tiré papeles que revelan toda mi ferocidad, todo mi delito enorme: busco la tumba: bramo: blasfemo: tiemblo: palpito: suspiro: muero". Rivera, presentado aquí como jefe de los "amotinados decembristas", no es nada menos que el demonio. Una vez desvestido de su ropaje de soldado, el demonio unitario muestra su propia naturaleza, se posesiona del cuerpo (de la República), lo debilita y llena el espacio de blasfemias y de ruidos animales. Pero, al final muere, exorcizado por la fuerza mo-

ral del federalismo. Al festejar la muerte de este demonio, los federales celebraban la vitalidad y santidad de la república. Con la quema de estos judas –programada para el sábado y domingo de Pascuas, en sucesión cuidadosa– el regocijo de la resurrección de Jesús se transformaba en una algarabía republicana: lo que renacía de la muerte del demonio unitario, del traidor comerciante, es el alma misma de la república.

Esta no es una interpretación caprichosa, es parte de la política semiótica del estado rosista que recurre a los mitos, tradiciones, y polaridades cognitivas más acendrados en la cultura popular de su tiempo. No sin razón dirá J. M. Ramos Mejía, que el rosismo trató de hacer de la política un sentimiento y de reemplazar, tanto en el lenguaje como en las prácticas populares, lo católico por lo federal⁷. A pesar de esta vuelta al pasado, los ritos federales tienen un carácter moderno. Se refieren a conflictos que están orientados, no a una renovación religiosa, sino al sostenimiento del estado republicano y de las prácticas políticas que lo hacen posible. Este uso político de los mitos, el léxico, y los formalismos religiosos servía indudablemente a una poderosa razón de estado: legitimar los medios violentos de la política con recurso a una confrontación moral transcendente. El Bien debía eliminar al Mal.

Pero además, las quemadas de judas tienen un valor didáctico: nombrar y reconocer al enemigo, poner caras y nombres propios al demonio que amenaza destruir la independencia y la tranquilidad de la república. Según lo recuerda el viajero A. Moureé, estos muñecos de trapo se difundieron a lo largo y a lo ancho de la Confederación, llevando un mensaje claro y visible. "He visto quemar, en calidad de Judas al general Flores, Presidente de la República del Ecuador, al general Santa Cruz, al general Paz, a los generales Lavalle y



Rivadavia de Buenos Aires, y a los generales Rivera y Pacheco de Montevideo. "...¿Se creará que esta época, el Rey de los franceses, Luis Felipe I, la Reina de Inglaterra, Victoria, los señores Defautis, Thiers, Guizot y tantos otros, han sido quemados como Judas? En la larga lista que podríamos ofrecer se vería figurar a todos los personajes destacados del momento⁸. En las circunstancias cambiantes de las relaciones internacionales y de las guerras civiles, los gobernados necesitaban recordar e identificar a los enemigos de la Patria. ¿Qué mejor oportunidad para este ejercicio de memoria que la Semana Santa, con su evocación de la traición, el sufrimiento y la muerte?

Conmemorar la traición de los unitarios, nombrar al enemigo de la patria tenía una trascendente significación para la cultura política de la época. Las resonancias del discurso inaugural de

Rosas de 1835 –la promesa de persecución implacable “al impío, al sacrilego, al ladrón, al homicida y sobre todo al pérfido y traidor que tenga la osadía de burlarse de nuestra buena fe” que implicaba una representación maniquea de la sociedad política– se hacían sentir en las notas oficiales, las narraciones de los soldados, los letrados de los Judas y el lenguaje cotidiano. Los enemigos eran la encarnación del Mal. Veamos si no cómo llaman los federales a los unitarios: “impíos”, “enemigos de la religión santa del Estado”, “ocultos vestidos con la máscara que conviene a sus logias infernales”, “unitarios logistas”, “viles masones”, “viles hijos”, “asesinos”, “traidores”, “esclavos de los orgullosos franceses”⁹.

La quema de los judas era también una fiesta participativa y abierta, muy diferente de los desfiles corporativos del antiguo régimen. En lugar de seguir el orden estamental del período colonial, sus procesiones seguían un ordenamiento republicano: los funcionarios y jefes militares primero, los religiosos junto a militares de más bajo rango, y finalmente el pueblo, sin distinciones ni emblemas corporativos¹⁰. Todo el pueblo podía asistir y acompañar, con los “vivas” y “muertas” del caso, la representación de la muerte del demonio unitario. La conmemoración de un hecho religioso se había secularizado al punto de convertirse en una celebración cívico-patriótica. Los festejos del Sábado Santo comprendían “iluminaciones” de edificios principales y casas, lanzamiento de cohetes y un baile público por la noche, elementos que, como veremos, eran propios de las fiestas mayas y julianas. La iglesia, al parecer, había perdido el control de los rituales y las representaciones, poniendo su instrumental simbólico al servicio de la fiesta republicana¹¹.

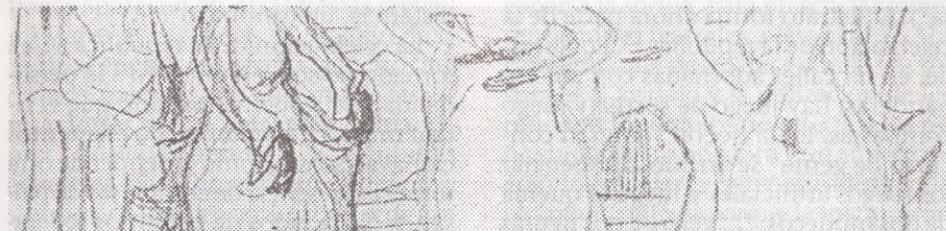
Recordando la Independencia (Fiestas Mayas y Julianas)

En 1832, el juez de paz de San Nicolás relataba así las fiestas del 25 de mayo:

“Ellas dieron principio con una general y completa iluminación desde la víspera, y al amanecer o salir del sol la salva de artillería y fusilería, siguiéndose sucesivamente en el día 25 una solemne misa cantada con Te Deum, en acción de gracias al día de nuestra regeneración política con músicas, tambores, y tres descargas de fusil por las compañías cívicas de ciudadanos lo mejor uniformados con asistencia de las autoridades, y todo este vecindario; concluyó la salva con grandes aclamaciones por nuestra libertad política, por las autoridades constituidas de la Provincia, y tranquilidad de la República Argentina, y últimamente por la permanencia en el Gobierno del Señor D Juan Manuel de Rosas, sucesivamente se siguió la diversión de Toros, atados a soga en la Plaza, en que el paisanaje se divirtió altamente en los tres días 25, 26, y 27 dándose en la noche del veinte y cinco un famoso baile en lo posible lo mejor, el que fue adornado con un gran ramillete de todos licores y dulces de que disfrutó sin distinción todo este vecindario, siendo su concurrencia extraordinaria, y muy lucida por la asistencia de más de cincuenta jóvenes en lo mejor adornados y vestidos, y guardándose todo orden; En los días segundo y tercero a más de las diversiones de Toros ya dichas, [hubo] músicas, a las autoridades y al Público; En el último día se vistió una compañía de mozos de acaballo con vestimenta de gauchos y enmascarados, todos con sus insignias federales, danzaron en las calles al son de música, y jugando últimamente el Juego de sortija, se concluyó dando vivas a las autoridades de la Provincia y en particular al Señor Gobernador ac-

tual; en la noche del mismo día se repitió otro baile público, y otros más particulares en toda la población, concluyéndose dicho baile con las mismas aclamaciones. Los tres días de la festividad se hallaban todas las calles adornadas con arcos que se habían hecho con simetría, y en la casa de mi habitación se fijó la bandera de la Patria en la que se hallaba en un lado el sol, y en el otro el retrato de V. E. la que se enarboló con una grande salva de camaretas”¹².

Este extraordinario documento nos presenta fiestas cívicas en donde se mezclan ingredientes Rabelesianos (los prolongados bailes, las libaciones, las comidas ‘públicas’, los disfraces, las diversiones de toros y el juego de sorti-



ja) y Republicanos (las aclamaciones a la ‘libertad política’, los desfiles de ciudadanos en armas, las insignias, las banderas, las salvas de artillería) –lo religioso (la misa) está sin duda subordinado al segundo elemento¹³. Esta confluencia de lo festivo-popular con lo cívico-patriótico es indicativa de las nuevas formas de representar lo político en la época del estado autocrático.

En primer lugar, es esta una fiesta de ciudadanos, donde se aminoran las distinciones sociales, donde se encuentran en un mismo nivel la autoridad y el corpus cívico por excelencia, el vecindario. En esta fiesta, el vecindario se torna en público que celebra a la autoridad y es agasajado por ella. Es un espectácu-

lo en el que sus dos principales actores son el gobierno y el pueblo, representantes y representados. El ‘paysanaje’, vestido de sus dos ropajes –el de gauchos enmascarados y el de milicianos de la patria– asume sus derechos ciudadanos de modo evidente: disparando fusiles, aclamando a la patria, ocupando el espacio público con danzas y juegos. En segundo lugar, lo que se festeja son también hechos modernos: la “regeneración” y “libertad política” adquirida, el “orden y tranquilidad” de la campaña, y la figura del Dictador, que simboliza la unión de ciudadanos bajo la ley. Es el significado de Mayo revestido del orden y la tranquilidad rosista.

Al disfrazarse de ‘gauchos’ o al compartir licores y comidas ‘sin distinción’

los paisanos celebran también la igualdad del nuevo orden. Las casas iluminadas, los bailes, las salvas de fusiles y los vistosos uniformes aluden al viejo proyecto iluminista-revolucionario de activar políticamente a un pueblo inerte. Esta activación-iluminación ha significado en la práctica poner elementos de la cultura popular (sus entretenimientos) al centro de las celebraciones patrias. Pero, a su vez, los límites dentro del cual se permiten las expresiones de patriotismo (los mandatorios tres días de festejos, el uso de armas sólo en desfiles y salvas, los “vivas” y “muertas” que inician y culminan cada actividad) muestran la adaptación de aquel proyecto al nuevo ideario de un orden le-

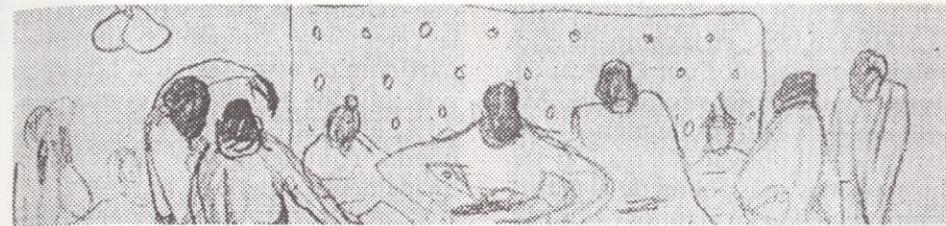
gal y moral autoritario. La República ya no es celebrada por todos: el vecindario excluye a los transeúntes, vagos y mal entretenidos; las mujeres no se mencionan; la disensión ideológica no es ya permitida.

Diez años después, otro relato de las fiestas mayas (esta vez en Ranchos) adiciona algunos detalles significativas¹⁴. En la noche del 24 hay repiques de campana y fuegos artificiales, en la madrugada del 25 salvas de cañones y la entonación del himno. Seguidamente el juez de paz, los principales empleados civiles y militares y "muchos militares" caminan por las calles entonando canciones patrias. Al mediodía una comitiva conduce el retrato de Rosas del juzgado de paz al templo de la iglesia, allí el cura oficia una misa ("y la asistencia de los fieles fue en extremo numerosa"). El Retrato forma ahora parte de la celebración de la república¹⁵. Por la tarde, en las calles adornadas con arcos y banderas, hay juego de sortija y luego comparsas. En la noche "un gran concurso de gente" se arremió a presenciar los fuegos artificiales y luego la quema de dos muñecos: "... veíanse dos figuras pendientes al aire; la una, vestida de celeste, representaba una muger; la otra, en traje militar, con morlón, casaquilla corta del mismo color, y un aspecto horrendo, era conocido bajo el nombre de Mascarilla. Hízose la señal con repiques de campana y cohetes voladores; y en seguida, fueron abrasados estos simulacros de la unidad, en medio de la algazara del pueblo, el estrépito de las bombas, y los gritos de alegría universal". Este es un segundo elemento novedoso: la introducción de la quema de judas como parte de la celebración del nacimiento de la patria. Sólo que ahora el demonio unitario tiene una doble encarnación, varón-mujer. Luego de la quema se organizaron tres bailes, porque la multitud no podía agruparse en uno solo.

El día 26 reprodujo similares rituales "pero lo que especialmente merece describirse es el paseo popular que se emprendió, después de la festividad religiosa... Dos largas filas de ciudadanos, muchos de ellos con una bandera en la mano, abrían el paso: las comparsas, vestidas a la Turca, marchaban en seguida de dos en dos: el retrato de SE precedido de muchas Señoras con una banderita cada una, era conducido por dos Señoras principales, que alternativamente se mudaban: dos federales distinguidos, con banda carmesí, penacho colorado en el sombrero, y sable en mano, componían la guardia de honor. Durante la marcha, entonáronse por personas de ambos sexos, canciones federales, acompañada de la música, en medio del mas expresivo júbilo, disparando, de distancia en distancia, un cañonazo".

La celebración de la república se ha tornado no sólo en un culto a la personalidad del gobernador, sino que el ritual mismo ha incorporado elementos carnavalescos. ¿Cómo entender de otra forma la presencia de comparsas de paisanos disfrazados de beduinos federales? "Presentáronse las comparsas sobre lucidos caballos, adornados con testera y casbaleles. Componíase su traje de un gracioso turbante con su media luna y penacho colorado, una chaquetilla encarnada unos y otros blanca, unas bombachas, y una banda terciada".

Si la quema de Judas es un instrumento didáctico para presentar a la población la idea de una república orgánica amenazada por poseídos anarquistas, que representan el paseo del Retrato y las comparsas de beduinos? Con respeto al primer elemento simbólico, Pilar González Bernaldo ha sugerido que el mismo viene a llenar un vacío iconográfico producido por la ausencia del monarca en una sociedad política imaginada en términos premodernos¹⁶. Mi interpretación es sólo ligera-



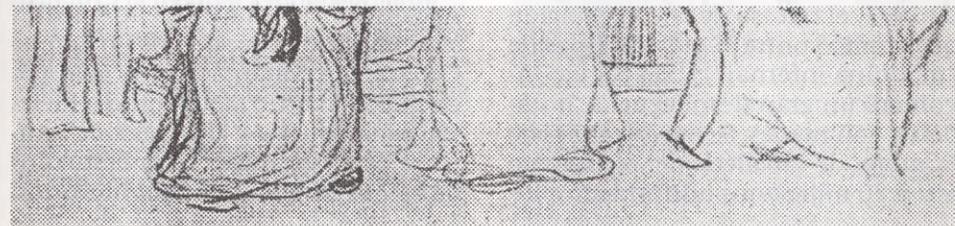
mente diferente de ésta: el Retrato de Rosas sintetiza, reduce una serie de elementos definitorios de la causa federal, simboliza la unión defensiva de la nación y no necesariamente ocupa la misma posición que el rey en el imaginario popular. Mientras que el soberano es la cabeza, está arriba de su pueblo, Rosas el "Gran Ciudadano" permanece al costado (remito al título siguiente).

El segundo elemento es más difícil de interpretar. Las comparsas con disfraces aparecen en otras fiestas cívico-militares para reducir por medio de la mofa al enemigo, pero los 'gauchos beduinos' parecen una alegoría de las aspiraciones de los paisanos: nomadismo, independencia, habilidades ecuestres y lujo en el vestir. Tal vez, se sienten ciudadanos a caballo de un imperio en potencia. Independiente de la lectura que los paisanos hacen de este motivo, se ve aquí claramente el rol del disfraz en la representación de lo político. Los paisanos se disfrazan para saludar a la república; es decir, no se presentan frente a la autoridad en su vestido tradicional sino en el de miliciano, soldado federal o beduino.

Comparadas con las fiestas mayas anteriores a 1829, las 'fiestas federales'

muestran tanto similitudes como diferencias¹⁷. Los líderes revolucionarios habían acostumbrado al pueblo porteño a fiestas que brillaban por sus decoraciones, sus estruendos y sus luces. Ellos hicieron de estas fiestas un espectáculo, en el que los espectadores contemplaban maravillados el globo aerostático, los fuegos artificiales, las bandas de música, y a la tarde, luego de las salvas de artillería, escalaban cucañas, probaban suerte en el "rompecabezas" y jugaban a la sortija, para presenciar representaciones teatrales a la noche¹⁸. Un elemento que desaparece con la era rosista es el agasajo y la utilización de los niños en los festejos (se ofrecía a los niños un maestro de canto y un almuerzo, eran los escolares quienes rodeaban la pirámide), tal vez porque la instrucción escolar había perdido importancia dentro del proyecto de construcción nacional. Otras prácticas que se abandonan son la de entregar premios para muchachas huérfanas, viudas de veteranos e inválidos durante los festejos y la de dar libertad a unos pocos esclavos. Continúa, sin embargo, la práctica de indultar presos durante las fiestas patrias.

Es importante remarcar que, mientras en la capital, es el estado el que sol-



venta los gastos (que Vogel sitúa entre \$1,500 y \$13,000), en la campaña estos festejos son pagados por las recaudaciones del mismo vecindario. Así, aquellas poblaciones de menores recursos se ven obligadas a realizar 'demostraciones' más pobres de su patriotismo, debiendo en algunos casos postergar las celebraciones por falta de fondos¹⁹. Otra importante característica de las fiestas patrias en la campaña es su popularidad. En la estimación del juez de paz de San Nicolás participaron en la celebración del 9 de julio de 1832 no menos de 2,000 jinetes, además de la "gente de a pie". La presencia de numerosos paisanos de Santa Fe obligó al juez de paz a redoblar la vigilancia y apostar partidas en cada trecho del camino para evitar desórdenes²⁰.

Culto al Dictador

Ramos Mejía encontró en los festejos de noviembre de 1839 'la chispa colosal' que encendió el fuego del culto al dictador²¹. Con la noticia del levantamiento del sur, el pueblo de la capital se enfervorizó para condenar el atentado y dar gracias al retorno de la pax rosista. Casas engalanadas, cañonazos, marchas con el Retrato, poemas alusivos y el carruaje del dictador tirado por los miembros de la SPR marcaban el comienzo de un culto personalista que alimentaría el terror²².

Casi dos años más tarde, la campaña replicó estos festejos ante un nuevo atentado contra la figura del Restaurador. Como muchos otros pueblos de campaña, Dolores festejó, en agosto de 1841, el fracaso de la conspiración que atentó contra la vida de Rosas (la "máquina infernal")²³. El festejo involucró un gran despliegue de hombres y voluntades. Se movilizaron 500 hombres de caballería del regimiento Sto y 80 milicianos uniformados, los

que rodearon la plaza y presenciaron las ceremonias. Un público numeroso participó de estos festejos. Los vecinos, guiados por cuatro "comisionados", arreglaron la plaza hasta que quedó "completamente vestida muy lúcidamente y digna de mirarse".

El arreglo de la plaza, por el esplendor de sus decorados y la complejidad de su simbología, causa sorpresa y admiración. Al centro los vecinos construyeron, con bastidores de madera y lienzo, un gran farol en forma de pirámide que, por sus dimensiones (ocho metros de altura y 5 metros de base), iluminaba toda la plaza²⁴. En su tope se izaba una bandera federal y en cada uno de sus seis escalones había carteles con poemas al dictador y banderas. Circundaban al farol-pirámide 24 columnas con banderas iluminadas por candilejas y 8 faroles de bastidores de lienzos en forma de 'pilastras' (columnas cuadradas) -los bastidores habían sido pintados con "rosas al temple" y adornados con banderolas. El mismo tipo de faroles (20 de ellos), sólo que asentados sobre pedestales pintados en blanco y rojo punzó, iluminaba el contorno de la plaza. Al frente de la plaza y adyacente al salón de baile, se erguía el pedestal de dos columnas ("con un muy lucido trofeo todo pintado y floreado de grandes rosas al Temple") que sostenía el retrato de Rosas. Una guardia de honor de la compañía de cívicos custodiaba este retrato y su correspondiente "bandera Nacional". Dos grandes arcos, también adornados con banderas y candilejas, se habían ubicado en las bocacalles de la plaza para el juego de sortija.

Los juegos no estaban ausentes de este diseño: "... en barrios entremedios se acomodaron con simetría un Rompe Cabezas, un columpio y una maroma en que se divirtió la juventud e hicieron barías pruebas y juguetes, una comparsa de mogigangas²⁵ con bestuarios de monos los unos y de figurones otros.

También hubo un toro Artificial que se jugó de Noche con mucho aplauso del público, y todo imbuído y dirigido por el Comisionado encargado de la Compostura de la plaza..." Y, en las calles circundantes, entre un juego de sortija y otro, se lucían las comparsas.

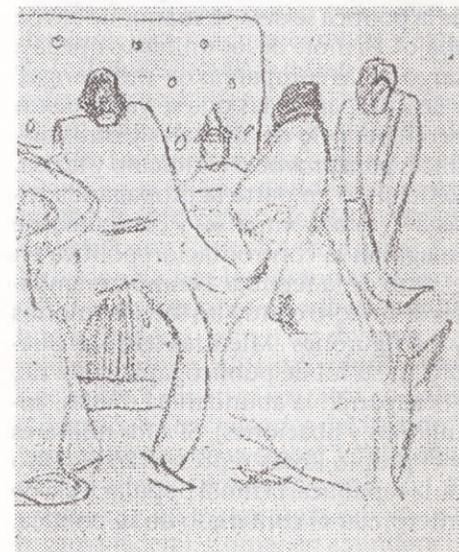
El decorado, realizado con el financiamiento y trabajo de los vecinos federales, era una réplica del escenario diseñado para las fiestas mayas en la capital. Idénticas pirámides, columnatas y pilastras se construían anualmente en Buenos Aires (probablemente desde 1821) para magnificar e iluminar la memoria del nacimiento de la nación. La pirámide era sin duda una réplica de aquella instalada en 1811 en la Plaza de la Victoria para recordar los eventos de mayo²⁶. Ahora convertida en un gran farol, la pirámide podría representar a la luz que vertía el dictador sobre su pueblo: todos los honores, las banderas y las luces menores se orientaban hacia ella. El poder exigía reverencia y brindaba, en contraprestación, conocimiento y razón.

Esta interpretación, sin embargo, se contradice con otro detalle del diseño. Curiosamente, el retrato de Rosas se ubica al frente de la plaza, es decir, relativamente lejos del centro del escenario. Es posible que el diseñador haya querido enfatizar la diferencia entre Rosas el custodio de la independencia y Rosas el iluminado mandatario o que, simplemente, la luz central representara otro poder, mayor que el propio Rosas: la voluntad soberana, la nación. De ser así, este diseño estaría representando más que un culto personalista, un tributo a la república independiente.

El propio arreglo de los elementos del diseño convalida esta interpretación. El escenario está atiborrado de signos patrios -hay no menos de 33 banderas y 76 banderolas en la plaza-. El retrato de Rosas custodia una bandera y el centro mismo de la escena, el

gran farol, no es más que el pedestal de una gran bandera. Resulta curioso que, para celebrar la vida de Rosas, tanto el Retrato de este como los nombres de los jefes militares sean tributarios de los símbolos de la nación. Los versos inscriptos en los escalones de la pirámide (así como también aquellos que ilustran el retrato) nos ayudan a leer la simbología del escenario. Estos versos son un canto al heroísmo, a la generosidad, al patriotismo y a los "aciertos" del dictador y también una alabanza a los generales federales vencedores de Quebracho y de San Cala²⁷. Rosas, dicen los versos, ha defendido con acierto 'Nuestra Independencia' y ha prodigado generosos premios y excepciones a viudas, militares y hacendados. Las otras autoridades, las luces menores, también han contribuido a mantener la 'Libertad', y en premio, son nombrados en los carteles que penden de cada una de las 'pilastras'²⁸.

La simetría de todo el diseño (columnas, pilastras y faroles menores organizados en forma concéntrica) sin duda evoca el orden de esta peculiar república: un orden basado en la interac-





ción autoritaria entre el gobernador y su cuerpo de agentes civiles y militares. Pero éste no es un orden sin vida, un esqueleto sin carnes ni nervios. La estructura de poder rosista busca distintas formas de interacción (festiva, coercitiva, propagandística, militarista) con el 'pueblo', entendido éste como el conjunto de "vecinos federales". Aparte de la evocación a las victorias militares y a la persona del dictador, la plaza y las calles contienen las expresiones carnavalescas y festivas del pueblo, el verdadero heredero de la revolución. La presencia de juegos para niños y adultos sugiere la necesidad de enfatizar el otro aspecto del sacrificio militar: la república rosista, parece decir este diseño, debe también ser una fiesta popular.

Es más, la verdadera representación de la política se deja en manos de 'los de abajo'. La mofa de los unitarios queda a cargo de las compañías de 'mojigangas' y las comparsas, las que se valen de un rico repertorio de animales y otros disfraces para provocar el ridículo y la risa. Reflejando en parte la propaganda rosista²⁹, estas comparsas y compañías se imaginan la confrontación política en el seno de la república como los embates de un toro contra los salvajes monos y los 'figurones'. Mientras tanto, el pueblo en su rol de público, aplaude y ríe, anticipando la abundancia (bailes, comilonas y libaciones). Si a los militares y el propio Rosas representan el culto de la república, la mofa popular trata de interpretar el contenido de su política.

La risa y la burla, que en Rabelais representan un triunfo sobre la muerte en un contexto de hambrunas y enfermedad, aparecen aquí como una catarsis política; sirven para reforzar la confianza de los vecinos acerca del triunfo del federalismo, desplazando sus miedos y preocupaciones³⁰.

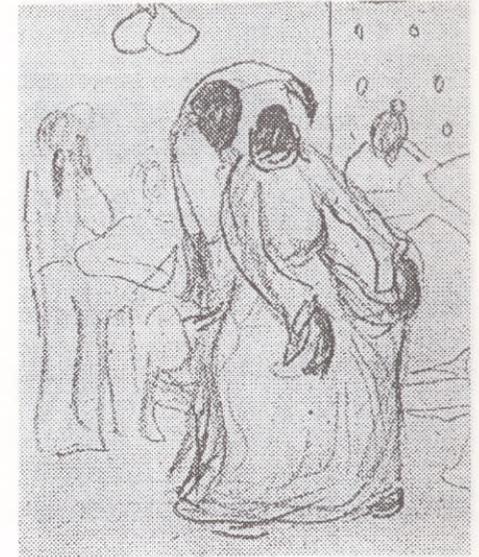
La vida de esta república, tal vez es obvio decirlo, no se reduce a la política. También se celebran en estos festejos las destrezas ecuestres de los paisanos, las habilidades acrobáticas y el ingenio de jóvenes y las preferencias del público federal por los bailes y las apuestas. El poder aparece en relación a esta 'otra vida' de la república como un observador permisivo y paciente. Observemos sino la práctica, tan corriente en ésta como en todas las festividades federales, de trasladar de un punto a otro "el Retrato de S.E." Una comitiva de vecinos lleva el retrato de Rosas desde la plaza hasta el baile primero, y luego desde allí hasta la iglesia, donde otro "trofeo" espera a esta nueva santidad; una guardia de vecinos armados custodiará su permanencia. El dictador aparece aquí como cómplice de una subversión fundamental al orden pre-revolucionario: el poder secular, surgido de la fiesta popular invade el santuario de la iglesia. Los vecinos federales que, en la mañana anterior habían agradecido a Dios las victorias obtenidas, ahora se instalan en el templo para agradecer a Rosas la continuidad de la Independencia, del orden y de la bonanza económica³¹.



Los festejos del cumpleaños de Rosas convalidan esta noción. Para agasajar al "Héroe Argentino, Primer Magistrado de la Confederación Argentina y único Sostén de la Libertad e Independencia de los Pueblos", los jueces de paz organizaban complejos rituales que incluían una misa con Te Deum, el tradicional traslado del Retrato, las marchas de vecinos por las calles del pueblo exclamando 'vivas' y 'muertas' y la comida y los brindis donde se repetían elogios, aclamaciones, y otras "expresiones federales"³². Estos ritos implicaban una personalización de la causa y de la idea de república, la invasión de lo religioso por el poder secular, y la afirmación de formas intimidatorias de hacer política.

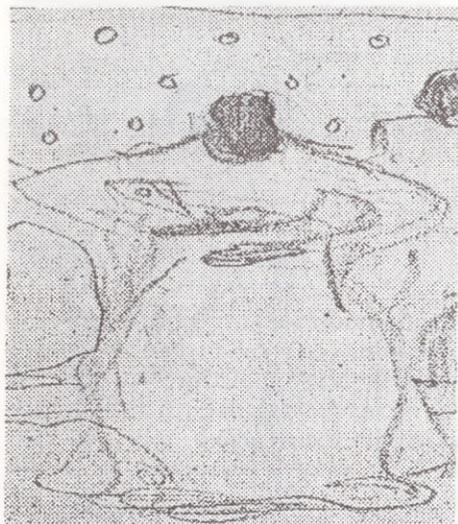
Homenaje a los Héroes de la Patria

Todo estado cuyo sostenimiento y legitimidad depende del éxito de sus campañas militares necesita construir y sostener el culto a sus héroes. Pagar tributo a sus generales, agasajarlos y premiarlos al regresar de sus campañas contribuye a representar la aventura militar como una empresa colectiva, compartida por el 'pueblo'. Al exaltar los 'sacrificios' y 'abnegación' del héroe militar, se naturalizan y hacen exigibles los sacrificios del pueblo que sostiene con sus impuestos y contribuciones los ejércitos y las campañas. Aunque aplicable a cualquier tipo de imaginario político, el culto de los héroes adquiere especial significación en procesos de construcción nacional. El estado rosista, surgido de un proceso de desintegración nacional, promueve también la exaltación de sus héroes. La forma en que lo hace y el lenguaje en que lo expresa reflejan las peculiares características de este estado, a medio camino entre la democracia representativa y la autocracia militar. Las prácticas cí-



vicas-festivas de los vecinos federales apelan al imaginario de la 'república amenazada' en términos propios del liberalismo de la independencia.

En mayo de 1839 los vecinos de Arrecifes celebraron las victorias de Pago Largo, Jungay y Altos de Córdoba con cuatro días de festejos³³. Una suscripción de vecinos logró reunir \$1,800, "bastante para costear una orquesta, bacas para comer con cuero, y disponer una mesa de convite, y salas de baile bien provistas de refrescos". Se organizaron bailes, misa, asado con cuero, cantos patrióticos y juego de sortija. La única arenga política se escuchó en la iglesia, donde el cura exhortó a los federales a unirse en defensa de la Santa Causa y a dar gracias a la Providencia por las victorias obtenidas. Las expresiones de adhesión y júbilo se hicieron oír en las diversas comidas o festejos. Allí, individuos pertenecientes a diversos estratos sociales ("principales hacendados del Partido", "gran número de vecinos" y "el público") se allegaron para renovar, con su presencia y sus expresiones, sus votos a la causa federal. Comer en abundancia



era parte importante de los festejos, pero este placer se interrumpía constantemente para expresar a viva voz los nombres de la causa y de sus enemigos en interminables brindis. Gritar estos nombres, hasta el "enagenamiento", ayudaba a consolidar a la comunidad política (los vecinos federales) frente al enemigo común. El rito reproducido una y otra vez unía los logros del federalismo ("el orden, la abundancia y la alegría") con una visión maniquea de la sociedad política³⁴.

Los ruidosos festejos de las victorias federales no podían ser ignorados por los vecinos. Por lo general, ellos involucraban descargas de fusiles, cañones o cohetes y repiques de campanas, además de marchas de grupos de individuos gritando vivas y muera, al son de marchas militares o cánticos patrióticos³⁵. En un contexto donde prevalecía el analfabetismo, estos eventos contribuían a difundir las noticias de la guerra e, indirectamente, ayudaban a la construcción de una memoria colectiva (la historia de la Confederación), organizada en base a una efemérides de batallas y revoluciones. Las 'restauraciones' de 1829 y 1833 así como el as-

censo de Rosas al poder eran mojones importantes en aquella historia³⁶.

Siete años después de la "segunda restauración", el pueblo de Areco celebró el aniversario de este suceso con los rituales de costumbre. Hubo casas iluminadas, reunión en el juzgado, marchas por las calles con música, vivas y cohetes, quemas de tarjetas celestes y de judas, casas embanderadas, misa, paseo del Retrato, juego de sortija y agasajo (carne con cuero y baile de cilito y pericón). Tal vez por ser una celebración 'popular', las demostraciones de 'júbilo' se llevaron a cabo bajo un clima de nivelación social. "La reunión era pura federal, sin etiqueta", comentó luego el juez de paz orgulloso de que los vecinos, pobres y ricos, cumplieron la instrucción de vestirse todos con chiripá³⁷. Esta nivelación de apariencias representaba para los vecinos federales un recordatorio de la fidelidad de las "restauraciones" a uno de los objetivos de Mayo: el principio de igualdad ante la ley. Esta igualdad, sin embargo, estaba predicada en la guerra, es decir, en la división de la sociedad política en dos bandos, dos visiones contrastantes, dos religiones. En la plaza, mientras los adultos quemaban tarjetas celestes para amedrentar a supuestos unitarios, los niños 'federales' jugaban a la guerra federal, apresando y castigando con chicotes a los pequeños que hacían de unitarios³⁸.

Otros eventos contribuían a reproducir el escenario de guerra permanente. Visitas de generales amigos de la causa o de representantes diplomáticos generaban un despliegue ceremonial que, aunque más formal y menos participativo, mantenía a los vecinos al tanto de la evolución de la guerra y de sus cambiantes alianzas. La visita del gobernador Estanislao López al pueblo de Areco en 1837 mereció los siguientes honores: saluciones de un 'ciudadano benemérito' local,

un discurso por el capitán de milicias, calles y plaza ornamentadas, formación de infantería, saludos de cañón, y acompañamiento de vecinos a caballo hasta el poblado vecino³⁹. Similar protocolo fue ofrecido al año siguiente a un enviado militar inglés. Se eligieron los 25 "vecinos más lucidos y juiciosos", milicianos todos, vestidos de colorado, para acompañar al visitante desde Areco a Villa Luján⁴⁰. Sin estar en el frente de batalla, los vecinos-ciudadanos se sentían partícipes así de los devenires de las guerras civiles.

También la iglesia contribuía a exaltar los logros de la causa federal, entremezclando sus propios rituales (las procesiones y misas) con los del estado. En la celebración de la victoria sobre los sublevados de Dolores y Monsalvo que realizaron los vecinos de Rancho, una procesión en torno a la imagen de la virgen del Pilar concluyó con vivas a la federación, de boca del cura local⁴¹. Estado e iglesia se unían para constituir una memoria colectiva basada en victorias militares, traiciones y alianzas de grandes jefes.

En el altar de la patria federal, generales como Pacheco, Echagüe y Quiroga estaban muy cercanos a la cúspide, seguidos por aquellos generales destacados en campañas más cortas o locales (Prudencio Ortiz de Rosas, Vicente González, entre otros). Pero sin duda, la cúspide del altar cabía a un héroe más político y menos guerrero. Rosas, sin haber comandado tropas y por el sólo hecho de permanecer en el campo soportando la comidilla de la política porteña, se transformó en 1831 en el héroe del momento⁴². Una proclama del J P de San Nicolás en relación a este hecho, nos permite examinar los elementos del discurso que hicieron posible esta asombrosa construcción⁴³.

Rosas, como todo héroe ha tenido su cuota de sacrificios; regresa a la Capital "después de haber soportado con



heroísmo las penalidades, y toda clase de sufrimientos, que son consiguiertes al dilatado tiempo que ha permanecido en medio de un campo, expuesto constantemente a la intemperie, y a la inclemencia de las Estaciones". A pocos debe haber satisfecho este símil entre el sacrificio del guerrero y los inconvenientes causados a un hacendado por los chismeríos de ciudad y las lluvias. Para que el mote de héroe funcione, es necesario recurrir a una acepción diferente del término, que evite esta disonancia entre guerrero y hacendado-político. Más adelante en la proclama, el heroísmo de Rosas deviene de ser cabeza de una jerarquía militar (los verdaderos héroes guerreros) que, con sus sacrificios ha salvado al país de un mal mayor.

"Grandes Sacrificios han sido necesarios para Salvar la Patria: mas el héroe que hoy preside dignamente los destinos de la Provincia, ha sabido prodigarlos sin número, ni medida y segundados sus planes, sus miras, y sus sabias medidas por el Guerrero de la República Argentina: el Exmo Sor General en Jefe del Exto.

Confederado Brigadier Estanislao López y por los esfuerzos magnánimos de los Valientes Jefes de uno y otro Ejército, los Pueblos han recuperado su libertad, y hoy se hallan en posesión plena de sus augustos y sacrosantos derechos." Y más adelante explica: "La grande obra de la salvacion de la republica: -la obra maestra de arrancarla del poder de los tiranos; y de fijar de un modo solido he indestructible el sistema sagrado de Federación, estaba reservada a los Exmos Sres Gobernadores D Estanislao Lopez y D Juan Manuel Rosas; Gloria inmortal, ciudadanos a los dos Héroeos de la República Argentina!".

La nueva constelación de poder (los caudillos provinciales unidos en el Pacto, los generales del ejército federal) reclama legitimidad por una batalla política que se presenta en los términos del lenguaje de la independencia. La lucha contra la tiranía, la recuperación de la derechos de los pueblos, la reconquista de la libertad presentan claramente la idea de la república amenazada por la acción disolvente de los anarquistas unitarios. Esta vez, los enemigos son otros, pero el lenguaje es el mismo. La proclama termina convocando a los "ciudadanos de todas las clases" a "demostrar de un modo público el próximo Domingo nuestro eterno reconocimiento a los libertadores de la República" con las tradicionales "iluminaciones", "marchas" y "diversiones". Se interpela a lo que se considera el cuerpo de la república (los ciudadanos) a actuar políticamente (demostraciones públicas) en celebración de los héroes de la república. El intento de recrear el nexo entre jerarquía militar y pueblo a través del culto a los héroes se inscribe en el léxico del republicanismo independentista y no puede prescindir de los elementos festivos populares que caracterizan las prácticas ciudadanas del período.

Conclusiones

En este ensayo, he argumentado en favor de una reinterpretación de las *fiestas federales* como un ejercicio de comunicación entre el estado rosista y su base social de apoyo. Deteniéndome en cuatro episodios de actividad ritual relacionada al poder del estado, he tratado de examinar lo que podría llamarse la política semiótica del estado rosista y su resonancia en la cultura popular. Debo ahora resumir mi argumento principal y presentar algunas reflexiones finales.

En relación a la política semiótica del federalismo, de la evidencia presentada pueden derivarse tres generalizaciones. La primera se refiere a la sacralización del lenguaje político, la segunda a la continuidad del imaginario revolucionario, y la tercera a la complejidad, polisemia, y ambigüedad de los símbolos utilizados en estas fiestas.

a. Recurrir a un lenguaje e imágenes fuertemente cargados de simbología del catolicismo facilitó la construcción y comunicación de una nueva (o diferente) comunidad política imaginaria. La demonologización del adversario político fue un recurso que correspondía bien a la idea de república moral orgánica, temporariamente dividida y amenazada por las fuerzas del mal. La Federación se pensó como una gran familia de hermanos unidos en guerra santa contra sus enemigos, los unitarios. Estos constituían el objeto más visible de la furia federal simplemente porque ellos amenazaban desde adentro esta unidad providencial de la nación. La santidad atribuida a las demandas y consignas del partido federal -la preservación de la independencia y de los derechos de los pueblos- sirvió para validar la necesidad del unanimismo. Todos debían apoyar la causa federal, porque ésta era santa y porque ella representaba al cuerpo de la nación

constituido en república. Estos argumentos, por su jerarquía, desplazaban otras proposiciones más mundanas y fragmentarias, como la defensa de libertades individuales o la necesidad de disenso político. La idea de una guerra santa era también apropiada para comunicar las dramáticas implicancias de la alianza entre los unitarios y los poderes extranjeros en un período de crecientes presiones imperiales.

b. La habilidad de Rosas de representar al federalismo (rosista) como una continuación del proyecto ideológico de Mayo ya él mismo como el defensor y heredero del legado de la independencia estuvo predicada en una vasta re-semantización del vocabulario político de Mayo y, en especial, aquel del Jacobinismo porteño⁴⁴. El concepto de Libertad, construido durante la revolución francesa en oposición al poder monárquico absoluto y a la dependencia señorial fue durante este período asimilado al concepto de Independencia, la libertad de los Americanos de la tiranía española⁴⁵. El Federalismo Rosista también re-significó el término Igualdad. Bajo la nueva terminología, Igualdad significaba dos cosas: primero, igualdad de los ciudadanos frente a la ley, en particular, el derecho de todos los ciudadanos de petitionar al gobierno; y segundo, cierta uniformidad de las apariencias, en particular, la uniformidad del vestido y las 'expresiones.' La idea de Fraternidad -una comunidad de individuos unidos en hermandad bajo la inspiración de principios comunes- fue traducida en la idea de Federación, un término flexible que significaba la unión o pacto entre diferentes pueblos o provincias de un mismo territorio, una hermandad de 'pueblos' antes que de individuos⁴⁶. La República, inicialmente concebida como un espacio de deliberación de los ciudadanos virtuosos que representaban a la voluntad popular fue reempla-



zada por otra comunidad imaginaria, a la vez más radical y más conservadora. Más radical porque suponía llevar a la práctica el igualitarismo predicado por los Jacobinos porteños; más conservadora, porque ella subordinaba la preservación de la Libertad (Independencia) al objetivo de Orden, un orden que, entronizado en el estado y sus representantes, no reconocía la posibilidad de disenso político.

c. El Republicanismo Rosista representado en las fiestas federales incor-

poró una variedad de concepciones a fin de definir o construir los pilares de la nación: el orden legal imaginado por los filósofos de la ilustración y del utilitarismo; la necesidad de poderes extraordinarios en las manos del ejecutivo para conducir los asuntos de gobierno en un ambiente político volátil y tendiente a la fragmentación; y la demanda de apoyo unánime de parte de la ciudadanía, imaginados como seguidores de una sola causa. Las contradicciones entre estos principios organizativos –la legalidad, la autocracia, el unanimismo– son aparentes. Los poderes extraordinarios en poder del ejecutivo violaban el principio de legitimidad del sistema judicial predicado en la ley estatutaria. De manera similar, la demanda de expresiones unánimes de parte del electorado violaba el principio de representación, ya que lo que se esperaba de la ciudadanía no era la elección de representantes que pudiesen llevar demandas privadas a la esfera pública sino un consenso pasivo a las políticas que emanaban del poder del Dictador. Estas contradicciones podían articularse únicamente en el contexto de una república amenazada y de una guerra santa de reparación.

Las *fiestas federales* articulaban estos tres principios con un abanico de símbolos que indicaban el compromiso entre lo viejo y lo nuevo, proyectaban las varias capas del modelo de gobernanza imaginado por Rosas y, hasta cierto punto, compartido por los vecinos-ciudadanos. No debería sorprender entonces, encontrar que los símbolos utilizados en estas celebraciones proponían una serie de definiciones acerca del estado, la patria, y la comunidad política (la República) que contenían tanto elementos de continuidad como de ruptura. Las diferencias visibles con las fiestas del régimen colonial refuerzan la idea de una continuidad entre las celebraciones rosi-

tas y las fiestas patrias del período post-independiente (1810-1828)⁴⁷. Con algunas excepciones menores, el diseño de los festivales de la post-independencia se mantuvo intacto en las fiestas federales, adicionando sólo algunas innovaciones: la procesión a voces, el retrato, los paisanos vestidos de turcos, la quema de judas. Estas incorporaciones no deben interpretarse como una regreso nostálgico al pasado colonial sino como parte de una re-semantización del discurso revolucionario bajo las nuevas condiciones creadas por la guerra civil, los bloqueos de potencias extranjeras y las demandas populares por la efectivización de derechos civiles y políticos prometidos por los líderes de la independencia.

A su vez, los festejos del federalismo rosista muestran cambios más significativos. Carentes de la ansiedad post-revolucionaria por representar a un nuevo organismo colectivo, la nación, las fiestas federales intentaron sólo re-interpretar a ese colectivo imaginario. Así, los episodios del ritual político rosista que hemos examinado muestran la transición de una pedagogía de la libertad y de la soberanía a una celebración comunitaria de la continuidad de la república. Esto implica un cambio sustancial en la forma de comunicación entre el gobierno y el “pueblo” que se corresponde con el nuevo modelo de gobernanza: la autocracia respaldada por la opinión unánime del pueblo ciudadano.

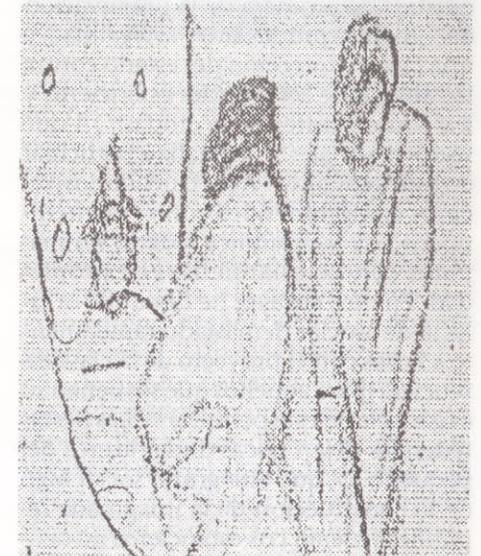
La República Federal imaginada por Rosas y sus seguidores dejaba mucho sin ser definido. Los límites territoriales a los cuales los términos patria y nación debían referirse, por ejemplo, eran bastante flexibles, aludiendo a veces al territorio que los líderes de la independencia trataron de convertir en nación, otras veces a la provincia de Buenos Aires, y en ocasiones a territorios más limitados circunscriptos por rela-

ciones familiares y afectivas (la tierra nativa o patria chica). Los términos Confederación y Federación también tenían significados ambivalentes. Mirada como una entidad política, la federación correspondía a una territorialidad muy imprecisamente definida; aludía a un pacto político entre diferentes provincias, que cambiaba en número y composición, así como en control efectivo del territorio. Esto podría explicar por qué Rosas trató, en su discurso a los soldados (1833), de distinguir entre una federación ideal y la federación real. Vista como una fuerza ideológica, la federación fue una causa y, como tal, expansible en su significado en relación a las fluctuaciones de la política y de los hechos de guerra.

Tal vez, la misma imprecisión de la terminología rosista acerca del significado del federalismo proveía el espacio necesario para la articulación de un imaginario de nación sin su correspondiente base territorial. Conceptos poco rígidos y precisos como federación, nación y federalismo sirvieron para ensayar la construcción de una República Moral (la Santa Federación) compatible con la identidad tanto de provincianos como de porteños. Un imaginario que enfatizaba la preservación de los derechos de los pueblos (otra ambivalencia que confundía derechos de los individuos, de las comunidades y de la nación) en desmedro de demandas territoriales permitió a los seguidores del federalismo asociarse a la Santa Causa sin renunciar a sus afiliaciones y simpatías locales y provinciales.

Por otra parte, la recepción del federalismo rosista (la doctrina, la causa, la república imaginada) por el “pueblo” fue facilitada por la profusión de imágenes y proposiciones que contenían mensajes similares u orientados en la misma dirección. El modelo de gobernanza desplegado en las fiestas federales encontraba su confirmación en

otras representaciones: sermones religiosos, proclamas militares, discursos en la Cámara de Representantes y otras interacciones comunicativas entre el gobierno y sus representados. Es más, la interacción que privilegiaban las fiestas federales (las contribuciones, las expresiones verbales, los servicios personales, el vestirse como federal) replicaban una forma de actuar en po-



lítica que parecía estar generalizada entre los paisanos. La participación de vecinos ciudadanos en estas fiestas habla de la adhesión de pequeños productores, comerciantes, y peones fijos a la causa del federalismo. Qué tipo de adhesión o con qué intensidad es difícil de precisar. Tal vez se trataba de una adhesión poco profunda a un ideal que de todas maneras dejaba muchos resquicios para la interpretación. Pero esto es sólo una especulación.

No podemos contestar, con la evidencia disponible, a la pregunta de cómo respondieron los ciudadanos (vecinos y transeúntes, milicianos y solda-

dos, jóvenes y viejos) a estos rituales del federalismo. Por ello, conviene reformular la pregunta. ¿Qué podían ver los asistentes a estas fiestas? ¿Que mensajes podían derivar de ellas? Muy probablemente, algo similar a lo que el régimen proyectaba –en la medida que las representaciones desde el poder incluían como supuestos su recepción por los sectores populares: una república amenazada por un pequeño grupo de “anarquistas”, la promesa de la preservación del orden, la propiedad, y la legalidad, y una cierta protección del estado contra los abusos de los grandes estancieros y los comerciantes de la ciudad. ¿A qué sectores sociales se invitaba a participar en esta República? A los ciudadanos-vecinos comprometidos con el mantenimiento de la república federal sin mayores condicionamientos de propiedad. En otro ensayo, he discutido la falacia de asociar demasiado rápidamente a Rosas con el proyecto de la clase estanciera (para aquellos que sostienen su existencia en este período)⁴⁸. Las fiestas federales dejan pocas dudas acerca del pequeño rol que este grupo social jugó en la construcción de la imaginada república federal. Los estancieros no ocuparon ningún lugar especial en las fiestas o en los símbolos de la república; ellos participan de los bailes, asado y juegos como cualquier otro paisano, vestidos de poncho y chiripá.

La evidencia aquí presentada no cierra o completa la cuestión de la recepción de la política semiótica del estado Rosista en la cultura popular o la cuestión más general acerca de la popularidad o respaldo del régimen rosista. Para completar nuestra entendimiento de estas cuestiones sería necesario más investigación acerca de otras formas de representación (poesía, pintura, teatro) así como también acerca de las elecciones y otras prácticas políticas del período. Mi lectura del proceso comunicativo implicado en las fies-

tas federales apunta, sin embargo, a afirmar la existencia de una relación más compleja y recíproca entre el gobierno y los gobernados que aquella que se traduce del modelo del caudillismo. El conocimiento de los paisanos de eventos de la política nacional e internacional, su rol en la construcción de la memoria histórica de la Federación, y los modos de expresar sus simpatías políticas no pueden simplemente dejarse de lado como el producto del fanatismo religioso de las sectores populares. El régimen rosista no parece ser, a la luz de esta evidencia, el resultado de una transformación demoníaca de una sociedad civil Rousseauiana en un estado Hobbesiano moldeado por la mano de los hacendados. Como mi lectura de las fiestas federales deja ver, el régimen rosista se basó en parte en el consentimiento y apoyo de los vecinos, muchos de los cuales eran pequeños productores con una definida identidad política (federales). Sin ser el producto del barbarismo del medio ambiente –la tesis Sarmientina– el Republicanismo Rosista proyectó un modelo de gobernancia y una ideología que contenía tanto la civilidad de las comunidades campesinas como las brutalidades de la guerra prolongada, una guerra que se juzgaba esencial para la continuidad de la república y para la fortaleza moral de aquellas comunidades.

Las fiestas federales, por otra parte, reforzaban la unanimidad de opiniones y la igualdad de apariencias y no dejaban lugar para la representación de otras divisiones dentro de la comunidad, es especial, la división entre vecinos y transeúntes y la división entre cristianos e indios. Estas divisiones encontraron poca resonancia en las fiestas federales. Vestidos de uniforme, los paisanos sin tierra y los peones transeúntes eran obligados a contribuir servicios a la nación de una forma que

contradecía las promesas de igualdad y libertad hechas por la República. Estos paisanos estuvieron presentes en las fiestas federales, custodiando desde afuera la celebración de otros, esperando la oportunidad de desertarse. Los indios pampas tuvieron peor suerte, estuvieron ausentes de las festividades de la República. A pesar de que contribuyeron con servicios militares a la guerra contra los unitarios, sólo fueron invitados a participar en la República como subordinados, como estados tribales cautivos del gobernador-padre Rosas. En cuanto trataron de poner distancia con la guerra civil o resistieron su reemplazamiento forzado o su dependencia humillante de los “auxilios”, encontraron por lo general la promesa de acuchillamiento antes que derechos civiles y políticos. La invitación de la República fue para ellos fatal, no sólo en un sentido iconográfico. También estuvo ausente del sistema de representaciones de las fiestas federales la cuestión del género, las divisiones entre varones y mujeres y su diferente relación con el estado. Pero, al contrario que los indígenas, las mujeres de zonas rurales parecían haber ganado visibilidad en los festivales de la Federación, una visibilidad que, sin desafiar su rol tradicional como vehículos de la religión y como madres y esposas de los soldados, las presentaba como actores políticos.

El estado rosista trató de encontrar



una forma de gobernancia que pusiera un fin a la era de “anarquía” social y política de los 1820s. Irónicamente, la tranquilidad de la campaña y algunos de los derechos proclamados por los líderes de la post-independencia se hicieron compatibles sólo en un sistema que presentaba a la nación como una comunidad orgánica luchando una guerra santa. Aún más irónico es el hecho de que los paisanos de Buenos Aires reinterpretaran una vieja danza colonial, disfrazados de Moros, para expresar su apoyo al estado rosista y su desafío a los invasores extranjeros (Francia en particular). La nación francesa, de cuya iconografía revolucionaria los federales habían tomado prestado más de unos pocos motivos y símbolos, aparecía ahora (1838-40, 1845-47) como una entidad ordenada y represora, desbordante de ambiciones imperiales. Su poder militar y naval podía ser apreciado de cerca por los paisanos: se lo podía ver en el bloqueo del puerto de Buenos Aires, en el pillaje de las costas del Paraná, en las tropas que ayudan a Rivera, el mismo general uruguayo a quien los paisanos aprendieron a asociar con el enemigo, un personaje a quien habían visto quemarse en forma simbólica en las fiestas de Pascua, asociado con el mismo demonio, conjurando contra la República ■



1. Véase Mona Ozouf, *Festivals and the French Revolution*, traducción de Alan Sheridan (Cambridge: Harvard University Press, 1988). Una reproducción de imágenes (grabados, pinturas, y croquis) de estas representaciones puede verse en Delegation a l'Action Artistique de la Ville de Paris, *Fetes et Revolution* (París: Imprimerie Alençonnaise, 1989). Otros trabajos importantes sobre representaciones de la república son Ronald Paulson, *Representations of Revolutions* (New Haven: Yale University Press, 1983), Pierre Nora, ed., *Les lieux de mémoire*, 3 vols. (París: Gallimard, 1984-1992); y Maurice Agulhon, *Marianne into Battle. Republican Imagery and Symbolism in France, 1789-1880*. (Cambridge: Cambridge University Press, 1981).

2. Sobre los debates acerca de la existencia o no de una entidad llamada "nación" y la implicación de estos debates en los diseños de la organización nacional (unidad, federación, confederación), véase José Carlos Chiaramonte, "El Mito de los Orígenes en la Historiografía Latinoamericana", *Cuadernos del Instituto Ravignani*, N° 2, Buenos Aires, 1993.

3. Por limitaciones de espacio no desarrollo aquí la relación entre sistemas políticos o regímenes de gobernancia y representaciones rituales. El lector puede encontrar excelentes análisis sobre esta relación en: Catherine Bell, *Ritual Theory, Ritual Practice* (New York y Oxford: Oxford University Press, 1992); Clifford Geertz, *Negara: The Theatre State in Nineteenth Century Bali* (Princeton: Princeton University Press, 1980); Victor Turner, *Dramas, Fields and Metaphors* (Ithaca: Cornell University Press, 1974); y David Kertzer, *Ritual, Politics, and Power* (New Haven: Yale University Press, 1988).

4. Por largo tiempo, la noción del federalismo rosista como una forma de republicanism permaneció negada. Natalio Botana, por ejemplo, no incluye a los ideólogos del rosismo dentro de la que él llama "tradicción republicana" —véase *La Tradición Republicana* (Buenos Aires: Sudamericana, 1984). Sólo recientemente, la asociación entre federalismo rosista y republicanism ha recibido la atención que merece —véase Jorge Myers, *Orden y Virtud* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1995).

5. José María Ramos Mejía, *Rosas y su tiempo* (Buenos Aires: Lajouane, 1907); John Lynch, *Argentine Dictator. Juan Manuel de Rosas, 1829-1852* (Oxford: Clarendon Press, 1981); Waldo Ansaldi, "Soñar con Rousseau y despertar con Hobbes", en *Estado y sociedad en el pensamiento nacional* (Buenos Aires: Cánta-

ro, 1989), 21-108. Estos son sólo algunos de los trabajos que han interpretado el sistema político rosista. Una bibliografía más amplia puede encontrarse en Roberto Etchepareborda *Rosas Controvertida historiografía* (Buenos Aires Pleamar 1972) y, más recientemente, Diana Quattrochi-Woisson, *Los males de la memoria* (Buenos Aires: Emecé, 1995).

6. Cmte del Parque a Rosas, Bs. As., Feb. 20 1845, AGN X 43-4-5. Para una descripción más general de las fiestas de Semana Santa en este período, véase Jimena Sáenz, "Semana Santa en el Buenos Aires de Rosas", *Todo es Historia*, año 2, N° 24 (Abril 1969), 62-65.

7. Ramos Mejía, *Rosas y su tiempo*, vol. 1, 217-218.

8. Amedeé Moure, *Montevideo y Buenos Aires a mediados del siglo XIX* (Bs. As.: Ed Perrot, 1957), 57.

9. Ramos Mejía, *Rosas y su tiempo*, vol. 1., 265.

10. Este ordenamiento es similar al seguido en la tradicional procesión de Corpus Christi. Véase Jimena Sáenz, "Semana Santa en el Buenos Aires de Rosas", *Todo es Historia*, año II, N° 24 (abril 1969); y "La procesión de Corpus Christi en Buenos Aires", *Todo es Historia*, año II, N° 26 junio 1969).

11. También la iglesia contribuía a reforzar los rituales público-políticos permitiendo el uso de los templos para transmisiones de mando y otras funciones de estado. El ritual de transmisión de mando para los jueces de paz incluía una buena dosis de religiosidad y buenos modales. El juez saliente debía buscar al entrante a su casa y conducirlo al templo, donde se realizaba la ceremonia de juramento en presencia del cura, el alcalde y tres vecinos. Las velas, el paño, la imagen de Cristo y los evangelios, eran requisitos del ceremonial para la validez del acto de asunción. Al concluir el juramento, el cura ordenaba tres repiques de campana, dando publicidad al evento. Hermógenes Martínez a Rosas, San Antonio de Areco, Feb. 7, 1832, AGN 21-5-7.

12. J P José Núñez a Rosas, San Nicolás, Mayo 30, 1832, AGN X-21-7-1.

13. Uso el término Rabelesiano para referir a los componentes carnavalescos y festivos de los ritos populares (los disfraces, las comidas abundantes, las libaciones y bailes ininterumpidas, etc.), aunque soy consciente de que faltan en este relato otros componentes de aquellas fiestas campesinas representadas por Rabelais (las exageraciones, el grotesco, los insultos, la risa, y la

constante alusión a la regeneración de los cuerpos). Ver Mikhail Bakhtin, *Rabelais and His World* (Bloomington: Indiana University Press, 1984).

14. J P Ranchos a Rosas, Jun. 6, 1842, AGN X 21-5-2.

15. Pilar González sugiere que hacia 1839-40 el Retrato de Rosas comienza a invadir la esfera pública; se da entonces una superabundancia de objetos con la figura del dictador. "La Creation d' Une Nation", 360.

16. El retrato de Rosas invade lo público, como reflejo de un imaginario colectivo: la comunidad federal. El retrato también reemplaza la ausencia física de Rosas. Pilar González Bernaldo, "La Creation d'Une nation", Tesis de doctorado, Universidad de París I, París, 1992, esp. 360-362. Más central a la tesis de la autora es la propuesta sobre la movilización, bajo formas aparentemente republicanas, de fidelidades tradicionales.

17. Para una descripción de los festejos de la post-independencia y su costo, véase Hans Vogel, "Fiestas patrias y nuevas lealtades". *Todo es Historia*, año 25, N° 287. Véase también Hebe Clementi, *Las fiestas patrias* (Buenos Aires: Leviatán, 1984).

18. Un programa de actos de las fiestas mayas de 1828, además de los detalles de los preparativos, puede encontrarse en AGN X 36-2-2.

19. Cnel. Edecán de S E a J P Lobos, Bs. As., Agosto 9, 1836, AGN X 21-1-7.

20. Juan Núñez a Rosas, Jul. 14, 1832, AGN X-21-7-1.

21. Ramos Mejía, *Rosas y su época*, 253.

22. Una descripción completa de estos festejos puede leerse en *La Gaceta Mercantil*, Agosto 10 1839, p. 1.

23. J P Dolores a M Corvalán, Dolores, Agosto 10 1841, AGN X 21-1-2.

24. "Todo aparecía iluminado por dentro, de modo que la Claridad que despedía con lo regular de sus dimensiones presentaba este solo cuerpo por sí una vista magestuosa y agradable con las grandes banderas con que estaba adornado".

25. Mogiganga: "Fiesta pública que se hace con disfraces ridículos, enmascarados los hombres, especialmente en figuras de animales. / Obrilla dramática para hacer reír". *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española* (Madrid: Espasa-Calpe, 1950), p. 1019.

26. Miguel A. Scenna, "La pirámide de la Patria", *Todo es Historia*, año 11, N° 10 (Febrero 1968) 74-83.

27. Dicen los versos: "Al Retrato de SE", "El Patriotismo Ardiente nos inspira / daros una

guardia de honor en este día, / Y al son del Véllico instrumento/ ¡Viva el Restaurador es Ntro acento! / Y como todo en Voz es un portento / se inflama nuestro pecho de Alegría / Deseando demostrar con melodía / Nuestra gratitud, Ntro Respeto..." "En el Pirámide 1o" "Los aciertos de Vuestra mano son Mayores / Que cuantos ojos hoy espectadores / Y Vuestra previsión Siempre realisa / Lo que Ntra Independencia. más presisa / Mil premios mil excepciones, / a la Viuda, al Militar, al hacendado / Les prodiga con gusto nuestra mano: / Tanto bien Sor que has esparsido / Sólo del Patriota Federal es conocido"... "2o" "...!Qué grandiosa enteresa! / !Qué decidido Patriotismo! / Nobles Representantes !Qué heroísmo! / Sostener llesa Ntra Iependencia / Esa reproducción de ocho de Junio / Del Salvagismo ha sido el infortunio / Esa Sanción, esa Centencia; / De las Vidas, los haveres, y la fama / será de las Naciones cultas Celebrada." "3o" "Ilustres Amigos del inbito Rosas, / Nobles Confederados, Nobles Compatriotas, / Vuestra fidelidad, Vuestra constancia / Umillo de los Salvages la Arrogancia / En la posteridad el Tiempo mismo / Sabrá testificar tanto heroysmo." "4o" "Gefes de la Federación / Sois el garante / Mantened la Libertad / Siempre Triunfante / La Patria agradecida / Hoy os proclama / Vensedores en Quebracho / Y en San Cala".

28. Ellos son el Gral. Pacheco, el Gral. Prudencio Ortiz de Rosas, el edecán Manuel Corvalán, el Cnel. Narciso del Valle, el Cnel. Vicente González, el Cnel. Juan Aguilera, el Cmte Pedro Rosas y Belgrano y el mismo J P de Dolores.

29. Hay un paralelo muy notable entre esta representación y el lenguaje 'animalesco' del Gaucho Pancho Lugares (Luis Pérez). Ver Ramos Mejía, *Rosas y su época*.

30. Véase Mikhail Bakhtin, *op. Cit.* y Peter Burke, *Popular Culture in Early Modern Europe* (Aldershot: Scolar Press, 1994), cap. 7. Por una interpretación diferente véase Robert Scribner, "Reformation, Carnival and the Woldd Turned Up-side Down", *Social History* 3 (1978), 303-29;

31. El contenido político-carnavalesco de las fiestas es generalmente negado en interpretaciones que presentan a la festividad popular como "dramas sociales" que evocan la explotación colonial en tiempos de ajuste neoliberal. Véase, por ejemplo Julian Laite y Norman Long, "Fiestas and Uneven Capitalist Development in Central Perú", *Bulletin of Latin American Research*, 6:1 (1987), 27-53.

32. J P Gda de Luján a Rosas, Gda de Lujan, Abr. 5 1842, AGN X 21-2-3.

33. Probablemente los festejos por las victorias federales contra "el tirano Santa Cruz" tuvieron lugar en muchos otros pueblos. Además de los festejos en Arrecifes tenemos noticias de similares festejos en Villa Luján. J P de Va Luján a Rosas, Va Lujan, Mar 23, 1839, AGN X 21-7-5.

34. "En seguida se dirigió el pueblo a los lugares en que estaba preparada la carne con cuero y vino en abundancia para el desayuno, y entre vivas y música desahogó abundantemente su gozo. Llegada la hora de comer, el infrascripto acompañado del cura y de los vecinos más notables conocidos por Federales, se dirigió a casa de la buena patriota y federal Da Dominga Carrasco a cuyo celo y buen gusto se había encomendado la preparación de una mesa de convite. El orden, la abundancia y alegría reinaron en ella. Los brindis que se sucedían sin cesar no alcanzaban a espesar todo el júbilo y entusiasmo de los concurrentes: los nombres tan dulces de Patria, Federación y el de Ntro Ilustre Restaurador de las pronunciados con una especie de enagenamiento/ y al son de una música alegre, llevaban al último grado la excitación en que todos estaban y las imprecaciones contra el tirano y unitario Sta Cruz, el foragido Frutos Rivera y el cabecilla asesino Juan Lavalle con los demás unitarios e inocuos enemigos de la Independencia Americana parecían redoblar el rencor que los hacía pronunciar". J P Arrecifes a Gral Edecán de Gob, Arrecifes, Mayo 10 1839, AGN X 20-9-7.

35. J P de Dolores a Rosas, Dolores Mayo 1 1839, AGN X 21-1-2.

36. Para la celebración del aniversario del ascenso de Rosas al poder, véase J P Va Luján al Oficial Mayor del Minist. Gob., Va Luján, Abr. 29, 1837, AGN X 21-7-5.

37. J P sustituto de Areco a Rosas, S A Areco, oct. 16, 1840, AGN X 21-5-7.

38. "... el Subteniente Dn José Ma Obregón formó dos Divisiones de los niños en la Plaza, una hera los federales, y otra los Salvages unitarios, formaron su acción y fueron los vencedores los federales, donde los prisioneros enemigos los Castigaban con chicotes retirandose a la Casa del que firma, quien les tiró unos cobres..." Ibid.

39. J P de Areco a Rosas, S A Areco, Abr. 24, 1837, AGN X 21-5-7. Similar recibimiento se ofreció en 1842 al general Echagüe. S A Areco, Ene 25, 1842, AGN X 21-5-7.

40. Gral. Edecán de Se a J P de Areco, Bs. As,

Mar 7, 1838, AGN X 21-5-7. Igual recibimiento recibió del pueblo de Luján un ministro de Chile en 1839. J P de Va Luján a Rosas, Va Luján, Mar 23, 1839, AGN X 21-7-5.

41. J P Ranchos a Rosas, Ranchos, Ene 28, 1840, AGN X 21-5-2.

42. Las campañas de 1831 fueron muy exitosas para las fuerzas federales. En este año el general Paz cayó prisionero, Pacheco derrotó a Pedernera, y Quiroga obtuvo una aplastante victoria en Ciudadela.

43. Proclama del J P José Núñez, San Nicolás, Nov. 26, 1831, AGN X-21-7-1.

44. Véase Noemí Goldman, "Los 'Jacobinos' en el Río de la Plata: modelo, discursos y prácticas (1810-1815)", *Cuadernos Americanos*, 5:17 (Setiembre-octubre 1989), 156-78. Véase además Carlos Ibarguren, *Las sociedades literarias y la revolución argentina (1800-1825)* (Buenos Aires: Espasa Calpe, 1937).

45. Interpretaciones populares del término "libertad" variaban, por supuesto, de aquellas enunciadas desde posiciones de poder. Véase Silvia Mallo, "La libertad en el discurso del estado, de amos y esclavos, 1780-1830", *Revista de Historia de América*, 112 (1991), 121-146.

46. El uso de Federación y Confederación como términos intercambiables refleja, no la ignorancia de los actores acerca de los arreglos institucionales a que estos términos refieren, sino más bien la indefinición y ambigüedad de la comunidad política a que se trata de presentar como un todo.

47. Contrastadas con las festividades coloniales que celebraban el compromiso del pueblo con el rey, las fiestas federales carecieron del orden jerárquico típico de una sociedad altamente estratificada. Para un examen de las fiestas de la colonia, véase José Torre Revello, *Del Montevideo del siglo XVIII: fiestas y costumbres* (Montevideo: El Siglo Ilustrado, 1929); Arturo Warman, *La danza de moros y cristianos* (México, D.F.: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1972); Carlos F. Duarte, "Las fiestas de Corpus Christi en la Caracas Hispánica", *Boletín de la A.N.H.* (Caracas), 20:279 (Julio-Setiembre 1987), 675-92; Rodrigo de Carvajal y Robles, *Fiestas de Lima por el nacimiento del Príncipe Baltazar Carlos Lima. 1632* (Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1950).

48. "Autocratic State and Labor Control in the Argentine Pampas. Buenos Aires, 1829-1852". *Peasant Studies*, 18:4 (verano de 1991).

Entre lo micro y lo macro: la historia regional. Síntesis de una experiencia

Sergio Zanetti

Cinco años después...

Hace algo más de cinco años atrás, los colegas del grupo fundador de "Entrepasados" tenían la gentileza de invitarme a publicar un artículo en el primer ejemplar de la revista. Esto no sólo había muy bien de la calidad humana del grupo, habida cuenta de que la invitación se produjo después de la presentación de una ponencia de mi autoría en las Primeras Jornadas Interescuelas-Departamentos de Historia, realizadas en la Universidad Nacional de La Plata en octubre de 1988, cuando mi trabajo era todavía prácticamente desconocido; sino que también lo hace de su abierta disposición profesional para dar a conocer investigaciones de carácter regional sobre áreas del país absolutamente marginales a las de mayor reflexión historiográfica, cuando éstas no necesariamente contaban todavía con espacios de publicación que no fueran los estrictamente locales. Hoy, cinco años después, no solamente "Entrepasados" se ha convertido en una publicación de reconocido prestigio nacional e internacional, que acaba de publicar su décimo número, sino que también la validez operativa de la reconstrucción histórica regional y su producción, aún en áreas mar-

ginales, tienen un espacio de reconocimiento en la historiografía argentina. Cabe preguntarse, entonces, ¿cómo se ha desarrollado la cuestión?

En Debate

¿Microhistoria, historia local o historia regional?

Ahora bien ¿cómo denominamos nuestro objeto de estudio aquellos que consideramos que hacer "historia provincial" no sirve para alcanzar niveles explicativos adecuados? Particularmente cuando se trata de historiar áreas rezagadas y marginales como las propias, cuya situación "provincial" recién se definió como tal sobre mediados de la década de 1950? Pero, por sobre todo, ¿cómo hacerlo cuando, a pesar de la crisis de los paradigmas científicos, se conserva la pulsión manifiesta a la idea de "provincialidad"? En otras palabras ¿cómo superar la riqueza de la "provincialidad" a la vista de la "nacionalidad"?

En este artículo se propone una más reciente alternativa que opera en la cotidianeidad de la "historia". Consiste en por ahora recurrir a un paradigma de referencia casi el único que ha sobrevivido con éxito la crisis de los paradigmas: con el "micro" se refiere al "provincial" que sólo



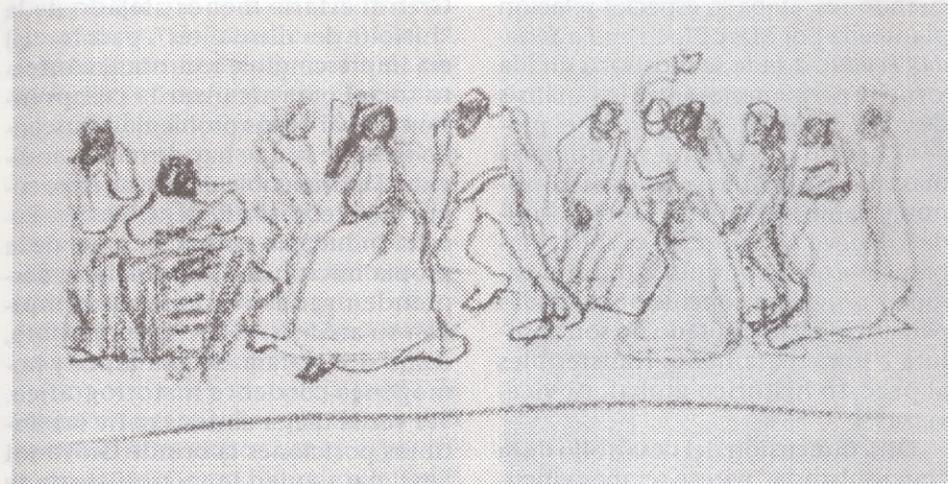
conduce a una "historia indiferente"¹, la validez operativa de la microhistoria es hoy objeto de múltiples reflexiones, particularmente referidas a sus posibles aportes a la construcción historiográfica. Así como buena parte del actual éxito internacional de la propuesta quizá derive de la habilidad literaria de sus cultores italianos y de su ámbito particular de difusión, especialmente en el caso de Ginzburg², gran parte de la discusión en torno a ella generada posiblemente se deba a la falta de un texto teórico-sistemático que defina con claridad la posición de estos autores en los comienzos de su producción, de hecho desconocida en las obras más significativas sobre la historiografía internacional publicadas en español en la década pasada³. Para reconstruir entonces el modelo epistemológico que pueda llegar a existir detrás de la propuesta de los "microhistoriadores", deberá atenderse a las definiciones de sus mismos cultores en distintos trabajos, especialmente en los más recientes.

Ya en la primera mitad de la década de 1970, Edoardo Grendi iniciaba la defensa de un modelo cognoscitivo microanalítico para la historia, muy influenciada en la Italia de esos años por la larga duración y el éxito de la historia totalizante de Braudel, propugnando en cambio el estudio de las relaciones sociales en un universo más reducido. Pero el término "microhistoria" como tal parece haber sido utilizado primeramente por Giovanni Levi allá por 1978 y rápidamente adoptado por el resto de sus compañeros de *Quaderni Storici*. De todas maneras, cabe marcar algunas diferencias importantes entre los autores que adscriben a esta nueva propuesta, que luego retomaremos.

En sus comienzos, esta manera de denominar las características particu-

lares de su quehacer historiográfico fue utilizada por los autores italianos con un nuevo sentido, al menos en el intento de superar el que inicialmente le había conferido George Stewart, o los alcances absolutamente ilimitados que pretendiera darle en su obra el autor mexicano de "Pueblo en vielo..."⁴, verdadero cultor de lo que en términos generales podríamos denominar "historia local". Giovanni Levi y Carlo Ginzburg reconocen, en cambio, haberse sentido atrapados por el término "microhistoria" sólo en relación a su referencia implícita a un universo de análisis de escala reducida. Hacen constar, sin embargo, que rechazan cualquier connotación negativa en el sentido expresado por Fernand Braudel, para quien la "microhistoria" se equiparaba con la "histoire événementielle"⁵.

Sin duda que esta necesidad de buscar precisiones en torno al término, no hace otra cosa que expresar la confrontación teórica e ideológica de fines de los años '70 entre los autores italianos y el modelo totalizante y estructural que caracterizara la producción de los historiadores franceses, reunidos en torno de "Annales" durante las décadas anteriores. Compartiendo el rechazo a las concepciones "etnocéntricas y teleológicas" que caracterizaran a la historiografía burguesa del siglo XIX, que había derivado en una particular tendencia a unificar los planos narrativo y conceptual en pos de la afirmación de las respectivas identidades nacionales⁶, los autores italianos proponían cambiar la "historia serial" –por las limitaciones cognoscitivas que implicaba seleccionar sólo como objeto de conocimiento lo que era repetitivo– por la "microhistoria", que limitaba su objeto de estudio usando documentación muy puntual, que analizada convenientemente podía incorporar cues-



tiones relevantes sobre un proceso más amplio. Aún reconociendo el carácter científico de la investigación cuantitativa, hacían notar sus dudas sobre la validez de la historia serial en su perspectiva de larga duración para la reconstrucción de la historia social⁷. De allí la importancia otorgada al microanálisis –comunidad, aldea, grupo de familias o incluso un individuo– y al uso del método nominativo –seguimiento del nombre para la reconstrucción de las familias y de las redes de relaciones sociales–; así como la preferencia por documentos específicos para la reconstrucción de períodos de corta duración que permitiesen explicar las coyunturas⁸.

De todas maneras, aunque estos autores niegan en su versión más extrema la posibilidad de construir una historia universal, pretenden no caer tampoco en el escepticismo de las posiciones relativistas de los últimos años, que rechazan la posibilidad del conocimiento global del pasado. En esos casos, la tendencia a fragmentar los estudios históricos, como expresión más característica del postmodernismo historiográfico, derivaría en una bien recibida reducción al ejercicio narrativo⁹. La microhistoria ita-

liana, por lo contrario, sostiene en la mayoría de sus versiones la necesidad de no perder de vista el contexto, rescatando la heterogeneidad de una realidad cuya aprehensión es a la vez "...la máxima dificultad y la máxima riqueza potencial de la microhistoria". Si bien es al propio Ginzburg a quien más se lo identifica con la versión de la microhistoria especialmente sujeta a la singularidad, aquella que busca elementos fuera de la normalidad –lo "excepcional", generalmente escondido– para definir estructuras fundamentales de las culturas, el mismo autor confiesa en sus últimos escritos, con la habilidad literaria que lo caracteriza, que su autorretrato en el campo de la microhistoria es asimilable a los cuadros de Boccioni, "...donde la calle entra adentro de la casa, el paisaje adentro de la cara, lo exterior invade lo interior, el yo es poroso"¹⁰.

Sin embargo, las relaciones entre micro y macrohistoria no parecen estar plenamente resueltas para los microhistoriadores italianos. En ese sentido, resulta sumamente significativo que para Ginzburg la mejor versión del significado de microhistoria la brinde un historiador no profesional, Siegfried Kracauer, muerto en 1966,

cuando rescataba la especial relación planteada por Marc Bloch en *La Sociedad Feudal*, donde se mostraba un ida y vuelta permanente entre los análisis de corta duración –lo micro– y el proceso histórico global. Esto no haría más que afirmar el carácter discontinuo y cambiante de la realidad, donde lo nuevo –la ruptura– es sólo comprensible en la continuidad con el pasado y donde las conclusiones válidas para un espacio limitado no son absoluta e inmediatamente transferibles al proceso histórico global, ni viceversa¹¹.

Otra dimensión del desarrollo de la “microhistoria” parece ser más vinculante con la historia social, donde su práctica historiográfica consiste en reconstruir a un nivel más reducido los mecanismos que funcionan en una sociedad en su conjunto. Quizá el aporte más significativo en este sentido, entre los mismos italianos, sea el de Edoardo Grendi, para quien la noción de contexto es particularmente importante. De hecho, Grendi defiende el análisis de las relaciones sociales, cuya densidad sólo podría ser captada al reducirse la escala de observación¹², pero siempre apuntando a una lectura total que requiere de otras miradas disciplinarias. Los documentos para Grendi admiten lecturas cualitativas que pueden resultar reveladoras para el análisis histórico –lo “excepcional-normal” aplicado al problema de las fuentes– y, en este sentido, también polemiza con los “annalistas” y su tendencia a la serialización mediante el exclusivo uso de fuentes cuantificables. Para ciertos autores, este principio que rescatamos aleja a Grendi de algunos de sus colegas de la microhistoria italiana, para quienes lo “excepcional-normal” es directamente aplicado al objeto de estudio, como en el caso de Ginzburg, y no sólo al problema de las fuentes¹³. En este sentido,

Grendi estaría menos alejado de la “*histoire des mentalités*”, para la cual era imprescindible recurrir al contexto social para alcanzar la comprensión global de los problemas, buscando siempre lo que hay de menos individual e irrepetible en los sujetos, como bien recuerda Roger Chartier. Resulta indudable entonces, que de la propia microhistoria italiana se desprenden varias versiones que impiden su análisis, al menos por ahora, como si se tratara de una única y homogénea corriente historiográfica. Tal vez la mejor síntesis entre las distintas posiciones la brinde Giovanni Levi, para quien la microhistoria se sintetiza en los siguientes rasgos: “...la reducción de escala, el debate sobre la racionalidad, el pequeño indicio como paradigma científico, el papel de lo particular (sin oponerse, sin embargo a lo social), la atención a la recepción y al relato, una definición específica de contexto y el rechazo del relativismo”¹⁴. Para Levi, la construcción del mundo social debe entonces reflejar los conflictos y negociaciones que le dan movilidad y eso sólo se lograría en un terreno de observación más reducido.

En una dimensión más próxima a esta última posición, Roger Chartier sostiene que la reconstrucción de las infinitas redes y lazos sociales permite valorar el rol de los individuos y sus estrategias como parte también de las estrategias colectivas y, en este sentido, la “microhistoria” puede convertirse en una perspectiva muy útil para la historia social¹⁵. La historiografía francesa prefiere entonces tomar a la microhistoria como una forma posible de construir e interrogar a la historia social. Esto, seguramente influenciada por la simultánea crisis de su propio modelo de construir la historia social sobre fines de la década de los '70, para el cual lo único, singular

e irrepetible, no podía ser en modo alguno objeto de estudio científico y, consecuentemente, la escala de observación no era una variable empírica atendible en sí misma¹⁶. La escala de análisis es, en cambio, esencial en la definición de la microhistoria francesa, pero no lo fundamental de ella. Importa mucho más su aporte a la posibilidad de construir una historia social desde el individuo o grupo de individuos que se relacionan a su vez con otros individuos o grupos, tejiendo una variada y compleja trama de interacciones sociales que tienen a su vez distintas expresiones espaciotemporales. Como bien dice Jacques Revel, es la vuelta “...al viejo sueño de una historia total, pero esta vez reconstruida a partir de la base” [...] “El proyecto es hacer aparecer, detrás de la tendencia general más visible, las estrategias sociales desarrolladas por los diferentes actores en función de su posición y de sus recursos respectivos, individuales, familiares, de grupos, etc.”¹⁷.

Siguiendo a Serna y Pons, la microhistoria en su conjunto debe ser entendida entonces como una corriente de construcción historiográfica surgida en Italia a finales de los '70, como crítica a una historia serial que parecía agotada y había conducido en ocasiones a lecturas unilaterales y teleológicas¹⁸. Complementando esta definición con los aportes de Revel, el enfoque microhistórico enriquecería particularmente el análisis social, volviendo a sus variables más complejas y dinámicas¹⁹. Las adhesiones que actualmente provoca el modelo de la microhistoria y su éxito internacional, entendemos que se debe justamente a su visualización como una alternativa posible para enfrentar la crisis del marxismo y de los intentos explicativos generales aplicados a los procesos locales. En ese sentido, algunos de sus



aportes se consideran una transición menos traumática desde el marxismo a otras formas de análisis histórico, nutridas incluso de sus variantes renovadoras más recientes. Dicen, por ejemplo, los mismos Ginzburg y Poni, “una de las primeras experiencias del estudioso de la microhistoria es, de hecho, la escasa y a veces nula relevancia de las divisiones (empezando por las cronológicas) elaboradas a escala macrohistórica” [...] “...el término estructura es ambiguo, los historiadores lo identifican preferentemente con la larga duración. Quizá haya llegado el momento de acentuar, más bien, en la noción de estructura, la característica de sistema, que engloba, como ha demostrado Jakobson, tanto la sincronía como la diacronía” (resaltados de la autora SB)²⁰.

Los historiadores españoles también reclaman para su país "...un tipo de historia local que se proponga, como mínimo, relacionar los individuos y los grupos con las estructuras y los procesos sociales. Un tipo de historia local que, de este modo, no se apartaría del marco histórico general de las teorías y de los procesos sociales, sino simplemente de la historia nacional como punto de referencia -lo que determina el tipo de análisis- sin convertirse a cambio en una suma de historias particulares contrapuestas a una historia nacional²¹. Igual decimos desde Argentina quienes tenemos idéntica preocupación, sólo que lo llamamos "historia regional". De lo que se trata, en síntesis, es de construir una historia en términos más matizados, que pueda poner en suspenso algunas de las verdades más recurrentes y no contrastadas de la historia nacional, pero sin perder de vista el contexto sin el cual las visiones restringidas pierden significado, buscando siempre la reformulación de los análisis socio históricos en términos de procesos.

Si deseamos entonces la denominación de "historia local" por su alcance absolutamente restringido a un espacio que también aparece delimitado de antemano, y consideramos que la "microhistoria" sólo es posible si se inscribe en espacios de contextualización más amplios y no pierde contacto con la totalidad, nos vamos necesariamente acercando al objeto de nuestra preocupación. En este último sentido, algunas de las versiones de la microhistoria parecen más próximas a lo deseable, particularmente la francesa que rescata especialmente la idea de contexto pero, cabe aclarar, como lo hace el propio Jacques Revel, que esa noción de contexto requiere rechazar de plano toda idea de "...contexto unificado y homogéneo, en el

interior del cual y en función del cual los actores determinarían sus opciones". Es decir, el historiador no debería nunca partir del contexto, sino "...construir la multiplicidad de contextos que son necesarios a la vez a su identificación y a la comprensión de comportamientos observados".

Y aquí nos aproximamos nuevamente al problema de la definición de la escala de observación. Es en este punto donde el concepto de "historia regional", impuesto por el uso en la historiografía argentina y latinoamericana, puede volverse operativo, sobre todo si se evita su delimitación anticipada y se atiende a las relaciones sociales que de última permitirán su definición como ámbito regional, permitiendo avanzar en niveles explicativos del comportamiento de la sociedad en un ámbito más reducido, aunque no excesivamente "micro". Tales relaciones siempre responden a realidades macrosociales más amplias, las enriquecen y aún pueden llegar a corregir sus interpretaciones generalizantes. En definitiva, tal vez lo que importe no sea la denominación que demos a la escala de observación de nuestro objeto de estudio, sino la manera de abordarlo...

Haciendo historia regional...

Nadie duda de que la producción historiográfica argentina pasa hoy por una profunda revisión, producto también de la aguda crisis de los paradigmas científicos, cuyos resultados han sido la complejización de las visiones del pasado y la desmitificación de muchos de los antiguos planteos. Aún en temas que parecían agotados, referidos a las áreas de tratamiento más privilegiadas, se revisan viejos conceptos a la luz de las últimas propuestas. En este panorama de la histo-

riografía actual, los estudios regionales alcanzan una nueva dimensión porque las investigaciones más acotadas sirven especialmente para la complejización de los problemas. En este nuevo sentido, los avances son muy importantes, particularmente los referidos a las áreas de mayor desarrollo historiográfico²².

No quiere decirse con esto que no haya habido anteriormente producción historiográfica que de común recibía la denominación de "historia regional" pero, en general, se entendían por ello los tratamientos circunscriptos a las "historias provinciales", de carácter casi siempre institucional²³, sin que se manifestara en éstas un particular interés por definir otros espacios de análisis históricos más comprensivos. El auge de la historia nacional, por otra parte, impidió a estos trabajos, salvo honrosas excepciones, un reconocimiento superador del alcanzado en los ámbitos de influencia de la propia provincia. Aún así, no puede desconocerse la validez de estos estudios, la mayoría de los cuales se encuentran mencionados en el capítulo correspondiente a la Historiografía de la Historia Regional, en las Actas de las Segundas Jornadas del Comité Argentino del Comité Internacional de Ciencias Históricas, reunido en Paraná en agosto de 1988²⁴. Esta obra, verdadera puesta a punto del estado de la cuestión en la historiografía argentina sobre fines de la década del '80, donde claramente se visualiza la conjunción de tendencias propia de esos años, nos exime de mayores comentarios sobre el desarrollo de la "historia regional" en la etapa anterior y de sus autores más representativos. Sí cabe mencionar, sin embargo, como parte de una tendencia general, que lo que hasta allí se denominaba "región" no escapaba fácilmente de los límites políticos provin-



ciales o, a lo sumo, intentaba reflejar macro-regiones geográficas, entendidas como tales a partir de denominaciones de uso común. Esta definición apriorística del objeto de estudio, reflejaba no otra cosa que la enorme influencia de la geografía neopositivista y su concepto de región como objeto de estudio en sí mismo, no comprendiendo, necesariamente, procesos históricos asimilables. Muchas veces, la historia de la región no era otra cosa que la sumatoria de las historias de las provincias supuestamente involucradas en la misma. En otros casos, la región se asimilaba a unidades territoriales artificialmente concebidas, como parte de la "regionalización" a que dieran lugar en América Latina el

auge de las políticas territoriales y de planificación en las décadas del 60-70, producto de las cuales son las denominaciones de NOA, NEA o el mismo Comahue, por ejemplo²⁵.

Sobre la misma época, creemos que la traducción y publicación del artículo de Eric Van Young²⁶ en Argentina, cuyo sugerente título inicial hemos utilizado en este apartado en reconocimiento a ello, aunque no necesariamente compartamos todo su contenido, marcó una divisoria de aguas e inició en el país una fructífera discusión acerca de los alcances teórico-metodológicos de la construcción histórica regional, puesta claramente de manifiesto en los simposios que sobre ese tema comenzaron a incluirse en las sucesivas Jornadas Interescuelas-Departamentos de Historia realizadas a partir del año 1988. La novedad más importante que parecía aportar Van Young, era la de considerar a la región como la "espacialización de las relaciones económicas", en atención a lo cual debía otorgarse especial atención a las relaciones de mercado vigentes en cada momento histórico. De tal manera, sostenía Van Young, que una definición funcional muy simple del concepto de región, "...sería la de un espacio geográfico con una frontera que lo delimita, la cual estaría determinada por el alcance efectivo de algún sistema cuyas partes interactúan más entre sí que con los sistemas externos". De allí surgían, en una versión tal vez demasiado simplificada, los dos modelos interpretativos posibles que el autor sugería para el análisis regional mexicano²⁷. De esta interpretación, aquello de la "espacialización de las relaciones económicas" -cuya paternidad se atribuye injustamente a Van Young, desconociendo los aportes más comprensivos que ya antes había hecho Assadourian- fue masivamente aceptado y reconocido

por quienes desde Argentina intentaban aproximarse a enfoques regionales más novedosos, sirviendo de aquí en más como disparador para una serie de reflexiones.

En las IV Jornadas realizadas en la Universidad Nacional de Mar del Plata en octubre de 1993, el simposio sobre la cuestión regional dio lugar a una interesante discusión, alcanzando una dimensión importante. Mientras Daniel Santamaría²⁸ lanzaba un cuestionamiento teórico desde la crítica post-estructuralista a la validez del concepto de región como categoría analítica, poniendo en duda su operatividad como elemento de explicación histórica y exponiendo las dificultades prácticas que su aplicabilidad le ofrecía para la investigación específica de los espacios mercantiles del período hispano-colonial; otros participantes planteaban, desde distintos ángulos y posiciones, la validez del concepto y de sus posibilidades de aplicación. Ocurre que, cuando de hacer historia regional se trata, el primer problema a resolver parece ser el referido a la delimitación previa del espacio a estudiar, y es allí justamente donde la operatividad del concepto corre el riesgo de volverse nula.

Ya Carlos Sempat Assadourian²⁹, en lo que consideramos la más ajustada aproximación desde la historia al concepto de región, planteaba sobre comienzos de la década de 1970 la necesidad de recuperar la noción de espacio económico frente a las limitaciones que ofrecían para el análisis empírico los recortes territoriales basados tanto en los espacios nacionales como en los locales, unos por demasiado homogeneizadores y otros por excesivamente pequeños. Los espacios económicos debían reconstruirse en el análisis empírico atendiendo a un sistema de relaciones internas y externas que se modificarían en cada

período histórico, uno de cuyos elementos sobresalientes era la circulación de mercancías, pero también el estudio de las relaciones políticas, económicas y sociales. Cuando la mayoría de los trabajos sobre historia colonial se referían a espacios limitados territorialmente, con economías de enclave orientadas "hacia afuera" por la importancia de las más grandes ciudades-puertos, Assadourian descubría un vasto espacio económico que denominaba "peruano", integrado por diversos territorios que más tarde terminarían convirtiéndose en los respectivos estados nacionales (Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Argentina y Paraguay), dentro del cual se conformaban intensas relaciones vinculadas al desarrollo de un importante mercado interno. Dentro de una perspectiva distinta y novedosa, el espacio colonial era visto en un proceso histórico de integración y desintegración regional, donde las formas socioeconómicas sorprendían por su larga duración y donde los factores historiográficamente analizados hasta allí como "externos", se transformaban comprensivamente en elementos "internos" a la región misma³⁰. De esa manera se reconocía cierta "especialización regional" con permanencias de larga duración, pero también se destacaban dinanismos propios que permitían visualizar, en el análisis más "micro", los cambios en las orientaciones y contenidos de las relaciones intra e interregionales. Por supuesto que Assadourian no usaba el término en esos años. Sin embargo, resolvía perfectamente la posibilidad del análisis regional rescatando la singularidad de su objeto de estudio, sin perder de vista la totalidad del proceso histórico en el período estudiado. Lograba, en otras palabras, establecer ese difícil equilibrio entre lo "micro" y lo "macro".

Assadourian confiaba, tal cual lo expresaba en la introducción de su obra más difundida, que los nuevos planteos efectuados sobre la naturaleza del sistema de la economía colonial sirvieran para los estudiosos de otros problemas y de otros tiempos³¹. Sin embargo, a pesar de la influencia de sus trabajos en los estudiosos de la historia colonial, este significativo aporte de Assadourian para la conceptualización regional fue prácticamente desconocido por la historiografía argentina hasta finales de la década de 1980, cuando quienes intentaban continuar los estudios regionales avanzado el siglo XIX buscaban la manera de aportar a una historia nacional demasiado generalizante, inscribiendo su objeto de estudio en contextos lo suficientemente amplios como para permitirles conservar su especificidad y dinámica interna, vol-



viéndolo a la vez operativamente comparable con el conjunto nacional e internacional vigente³². El punto central, siguiendo el ejemplo de Assadourian, parecía ser descubrir las producciones dominantes en cada sociedad y a partir de allí reconstruir las relaciones esenciales de todo el sistema. De esa forma podía ser posible detenerse en ciertas particularidades de una realidad mucho más compleja y comenzar su reconstrucción, privilegiando sólo algunos mecanismos y formas de funcionamiento del espacio elegido y descuidando conscientemente otros que seguramente cobrarían importancia en un trabajo con otras preguntas y otros objetivos³³.

De esta manera, como bien dicen Cardoso y Pérez Brignoli, "...estando en un punto cualquiera, no estaremos dentro de uno, sino de diversos conjuntos espaciales"³⁴, lo cual nos lleva necesariamente a reconocer la existencia simultánea de varios tipos de regiones que se recortan y superponen entre sí. De modo tal que el historiador, como sostiene Pierre Vilar, debe prestar especial atención a los cambios temporales de la espacialidad y a su variación social, porque sus "regiones" cambiarán de acuerdo a la época y a las finalidades de su estudio³⁵. Puede sostenerse entonces que la única manera posible de volver operativo el concepto de región, es su construcción a partir de las interacciones sociales que la definen como tal en el espacio y en el tiempo, dejando de lado cualquier delimitación previa que pretenda concebirla como una totalidad preexistente con rasgos de homogeneidad preestablecidos.

De allí la preocupación por adoptar un enfoque histórico que permitiese aproximarse a la región a partir de las formas adoptadas por la estructuración de las relaciones sociales en el tiempo y el espacio. Para ello suge-

rámos en el simposio de las IV Jornadas Interescuelas, antes mencionado, su consideración como un "sistema abierto"³⁶, como un objeto que se aborda mediante sucesivas aproximaciones que apuntan en su conjunto a la idea de totalidad, donde los sujetos sociales cobran un rol protagónico en relación al proceso de generación, apropiación y distribución del excedente económico. Esto, obviamente, implica encarar el análisis histórico apuntando a la reconstrucción de un modelo de acumulación a escala local y su necesaria relación con el contexto externo, lo cual permitirá comprender las relaciones fundamentales que caracterizan a la sociedad regional en su conjunto, así como también desprender la conformación de las estructuras de poder características del espacio analizado. De tal manera, definimos nuestro objeto de estudio a partir de la organización social del espacio y de las formas adoptadas por el asentamiento de población a partir de la orientación productiva dominante, sus formas de comercialización y sus relaciones de mercado, con especial atención a los mecanismos de producción y reproducción del capital. Las formas de articulación de tales relaciones al interior de la región misma y con otros espacios externos, nos permitió también definir la conformación de un hinterland, fracturado luego a partir de decisiones institucionales que modificaron la articulación de las relaciones sociales y, por extensión, la configuración espacial de la región. En esta propuesta, el espacio -y por ende la región- se interpreta entonces como un resultado de complejos territoriales, donde los subsistemas de producción y circulación aparecen reflejados a través de los flujos y redes de relaciones sociales y de mercado, cuyo conocimiento permite acercarse a un adecuado ni-

vel de diagnóstico regional, sin desconectarlos de las dinámicas del conjunto nacional y del sistema mundial³⁷. Retomando nuevamente a Assadourian, "...viciados desde el inicio, los posibles estudios regionales se transforman en historias lugareñas, una suerte de microsituación autónoma donde apenas resulta visible la relación con otra microsituación semejante. Una revisión necesaria de la falla tradicional tendrá que despojar a la región de su pretendida consistencia propia, con lo cual, en vez de aislarla, la referiremos de manera constante a un sistema o subsistema, es decir, a las relaciones y efectos que determinan la conformación y movimientos de cada región" (Destacados de la autora SB)³⁸. Sí, como dice Pedro Pérez Herrero, la historia regional puede ayudar "...a resolver las tensiones entre generalización y particularización y a reconciliar la perspectiva microscópica con la macroscópica, facilitando la combinación de los distintos enfoques de las ciencias sociales, separados e incluso enfrentados desde la división que el positivismo hiciera de las mismas"³⁹, sólo puede hacerlo, agregamos nosotros, a partir de una perspectiva conceptual como la planteada.

Raúl Fradkin, en una línea de análisis similar, sostenía en el mismo simposio que la región, "... más que un "sistema abierto" es una noción a la que suele acudir frente a la evidencia que se resiste a ser incluida dentro de un espacio físico social delimitado, puede ser vista como el área de mayor densidad de intersección de redes socioespaciales de interacción"⁴⁰. En consecuencia, esta estructura regional, homogeneizada a partir de las formas adquiridas por la acumulación de capital, estaría conformada, en el sentido de complejidad que Mann da al mismo concepto de sociedad,

"...por múltiples redes socioespaciales de poder que se superponen e interceptan". De esa manera, Fradkin rescata también la "teoría de la estructuración" de Giddens como aporte significativo a las cuestiones temporales-espaciales de los fenómenos sociales. En el sentido de esta versión, consideramos que su aporte enriquece y complementa lo anteriormente sostenido.

En la línea conceptual antes expuesta, se comenzó en 1986 la investigación histórica de carácter regional que todavía nos ocupa, cuyos resultados iniciales se incluyeron en el primer número de "Entrepasados" que recordáramos al comienzo. A los efectos de aproximarnos a nuestro primer objeto de preocupación, cual era describir los condicionantes históricos del asentamiento humano en Neuquén, se juzgó necesario reconstruir el funcionamiento de las actividades dominantes en el espacio regional a modo de subsistemas sociales, centrándose el esfuerzo en la identificación de los sujetos intervinientes, la antigüedad de su asentamiento en el área y el rol de los mismos en el proceso productivo, tratando de descubrir los mecanismos de comercialización de cada actividad y seguir la misma desde la etapa de producción hasta su destino final, para definir en



el análisis histórico las estructuras dominantes en el espacio regional y sus modalidades de acumulación características. Esto implicó, a su vez, desarrollar en el tiempo las formas en que se organizaron espacialmente las actividades predominantes en la región y considerar en ambas dimensiones –tiempo y espacio– los cambios y/o supervivencias en el uso de los recursos, en sus formas tecnológicas y en el proceso de producción, transformación, comercialización y consumo final o, lo que es lo mismo, en cada uno de los eslabonamientos del subsistema en que cada actividad productiva está inserta. De esta manera se pudo inferir el comportamiento histórico del proceso de acumulación regional, reconstruyendo sus mecanismos, lo cual permitió identificar a los sujetos sociales involucrados e inferir sus comportamientos en función de sus posibilidades de acumulación, así como desprender estructuras y relaciones de poder derivadas a nivel regional y extrarregional. Asimismo, permitió explicar las desigualdades manifiestas en la antigüedad y preferencia del asentamiento humano en la región, donde las áreas andinas habían gozado de un particular privilegio.

Tales resultados se obtuvieron, sobre todo, a partir del estudio particularizado de la actividad ganadera dominante en el interior rural neuquino luego de la incorporación de la región a las formas capitalistas de producción. Aplicando el marco conceptual antes propuesto, se detectaron los cambios y/o supervivencias en la modalidad de uso de los recursos, en la localización de las poblaciones ganaderas y en las formas tecnológicas de la actividad. Se otorgó fundamental importancia al tema de los mecanismos y flujos de comercialización, por cuanto a partir de su reconstrucción

histórica fue posible identificar y definir las estructuras dominantes dentro del espacio regional, así como los mecanismos originarios de acumulación de capital a través del sistema de circulación de mercancías. Fue posible elaborar así una tipología de los actores sociales involucrados y de su rol en el proceso productivo, de transformación y de comercialización, detectándose la presencia simultánea de grandes estancieros en las tierras de mejor calidad del área andina, junto a pequeños crianceros trashumantes ocupantes de tierras fiscales. Se estableció una periodización acorde con los cambios detectados, distinguiéndose una etapa de auge de la actividad (1880-1930), una de transición (1930-40) y otra de crisis que se extiende hasta la actualidad. Se descubrió, asimismo, que tal crisis estuvo provocada por medidas institucionales que alteraron los flujos de comercialización, cambiando sensiblemente las formas tradicionales del funcionamiento espacial.

Habíamos ya definido, por el propio avance de la investigación, nuestra escala de observación espacio-temporal. Efectivamente, durante buena parte del proceso histórico estudiado y de acuerdo al objetivo específico propuesto, nuestra "región" no era otra cosa que una ancha franja que se extendía por encima de la Cordillera de los Andes, ocupando hacia el este la zona de mejores posibilidades ganaderas del territorio de Neuquén, que se extendía aproximadamente hasta la isoyeta de los 150 mm anuales –factible de representar en un corte longitudinal que atraviesa de norte a sur el territorio por su centro–, en tanto límite natural que separa el área de lluvias y pasturas naturales más cercana a la cordillera, de la árida meseta patagónica oriental. Hacia el oeste, la región se extendía hasta las por-

pías costas del Pacífico, por cuyos puertos salía la producción ganadera no consumida por el mercado interno chileno y exportada a otros puntos de América del Sur. Pudo así definirse claramente una economía complementaria entre un área ganadera de cría, ubicada al este de la Cordillera, y un área de transformación, consumo y comercialización con centro en las provincias del sur chileno. La zona andina norpatagónica pasaba de esta manera a formar parte de la región económica de los más importantes centros urbanos de ese país, transformándose en hinterland de sus principales puertos sobre el Pacífico Sur. La larga perdurabilidad de las relaciones sociales y de mercado en la región así conformada, permitiría también aportar novedades a la generalizada construcción de la historia nacional.

A partir de la propia experiencia...

Cuando se pretendió iniciar una aproximación superadora de la mera descripción histórica a la región sur del país, recién incorporada a la soberanía del Estado nacional argentino sobre la segunda mitad del siglo XIX, previo sometimiento armado de las sociedades indígenas, surgió de inmediato la imposibilidad de pensar al espacio patagónico como bloque uniforme y homogéneo. Si bien se presentaban tendencias y procesos generalizables que permitían cierta "historia común" –no concretada aún, valga decirlo– también aparecían características específicas importantes en los distintos subespacios que lo integran. En el caso del área andina norpatagónica las condiciones de mediterraneidad y aislamiento confirieron al territorio una particular singularidad. La Cordillera de los Andes, especialmente accesible por una importante canti-



dad de valles transversales, sirvió históricamente y desde las primeras etapas de ocupación indígena, de eje vertebrador de un espacio integrado socioeconómicamente con las provincias del sur chileno, que actuó y sobrevivió por encima de los límites políticos y administrativos impuestos al territorio a partir de su conquista militar⁴¹. Esto permitió descubrir en el proceso histórico estudiado cierto grado de especialización regional con su propio esquema de funcionamiento e intercambio y una organización socio-espacial acorde que admitía un tratamiento diferencial. De hecho, no era posible pensar la historia de la región atendiendo solamente a sus límites territoriales, sin considerar la im-

portancia de un área de frontera con existencia propia donde se habría definido históricamente un espacio social de particulares características.

Resulta útil recordar, respecto a la antigüedad de estos contactos, que la cultura indígena mapuche había sufrido, a lo largo de más de 300 años de vida fronteriza, con mayor o menor grado de inestabilidad social, política y militar, distintas formas de aculturación (mestizaje, incorporación del caballo, etc.), provocándose asimismo un acentuado proceso de araucanización hacia el oriente cordillerano con consecuencias muy significativas en las parcialidades indígenas locales. La magnitud del intercambio con la sociedad blanca habría producido en los grupos indígenas regionales el vuelco a la ganadería en desmedro de la agricultura, siendo también la intensa circulación cordillerana vía de difusión e incorporación de nuevos elementos culturales tales como el hierro y la plata, los cereales europeos, el uso del cuero de los animales domésticos, la importancia de la vida pastoril y la complejización de la organización política y militar de los grupos indígenas de la región. Se conformó así un área de frontera donde las especificidades de los distintos grupos indígenas comenzaron a perderse en función de un intenso proceso de "araucanización", producto del mestizaje y de una marcada homogeneización cultural, cuya mayor manifestación sería el uso generalizado de la lengua mapuche⁴².

Ya en el siglo XVIII, y formando parte de esta "sociedad de frontera", los indígenas del Neuquén manejaban una vasta red de caminos y comercio que abarcaba un ancho corredor interregional entre el Río de la Plata y Chile, por el cual circulaban los ganados y bienes diversos del mercado colonial. El norte de la Patagonia

argentina era parte sustancial de tal corredor y la isla de Choele Choele, en la actual provincia de Río Negro, era parador obligado de aprovisionamiento y descanso de los animales. Los grupos indígenas cordilleranos oficiaban así de excelentes intermediarios entre los ganados de las pampas argentinas y la demanda de la sociedad mercantil del valle central chileno. Al respecto, las autoras Varela y Biset, que han dedicado un importante esfuerzo a reconstruir los procesos de cambio y transformación operados en los grupos del área norpatagónica a partir del contacto fronterizo, así como al rol de intermediación que ejercieron al controlar los pasos cordilleranos, dicen que los indígenas, "...cazadores y recolectores en la etapa prehispánica, pastores ecuestres y, finalmente, ganaderos y comerciantes, organizaron su patrón económico en función de la sociedad hispano criolla consumidora de sus productos"⁴³. Es más, el intercambio más reciente de avances de investigación con historiadores chilenos, ha permitido inferir que ese tráfico comercial fue un factor esencial para la conformación del espacio fronterizo que nos ocupa, a través de la complementariedad de las redes que lograron articularse entre la sociedad indígena, que controlaba la Araucanía, y los comerciantes que compraban el ganado para llevarlo al valle central chileno⁴⁴. Desde allí se distribuían importantes cantidades de sal, carnes, cueros y sebo para el propio consumo interno y para su exportación al centro minero potosino y a otros asentamientos hispanos sobre el Pacífico Sur.

Por esa misma razón, aunque la situación de conflicto estaba siempre presente, las relaciones fronterizas siguieron incrementándose durante todo el siglo XVIII, alcanzando niveles muy importantes de intercambio eco-

nómico y social. La complementariedad y articulación de ambos circuitos económicos, que Jorge Pinto Rodríguez denomina indígenas y capitalistas, se habría mantenido hasta la primera mitad del siglo XIX, permitiendo a los indígenas sobrevivir en el espacio fronterizo conformado entre la Araucanía y las Pampas. En esas condiciones, los campos del área andina norpatagónica resultaban excelentes para el acondicionamiento de los ganados antes de someterlos al esforzado cruce de los Andes. Ya sobre la segunda mitad del siglo, al consolidarse los respectivos estados nacionales, perfeccionarse su articulación con el sistema internacional y constituirse definitivamente el mercado capitalista de tierras en ambos países⁴⁵, se terminó por incorporar coactivamente el espacio indígena mediante sendas campañas militares, resolviendo el secular conflicto a favor de los sectores dominantes.

A la expropiación y desafectación de los recursos naturales a las poblaciones indígenas, le siguió la conformación de un marco político e institucional que asegurase el desenvolvimiento de la nueva organización social ahora vinculada a las formas capitalistas de producción. El efecto inmediato de tales medidas en la Patagonia argentina fue el establecimiento de los límites administrativos de los nuevos Territorios Nacionales del Sur (Ley 1532 de 1884) y la fijación de una frontera política en la Cordillera de los Andes, que fue considerada, desde entonces, una barrera aislacionista. Sin embargo, la situación periférica de las áreas cordilleranas de la norpatagonia argentina le impuso a la región una posición de marginalidad respecto al modelo de inserción del país en el sistema internacional vigente, con fuerte orientación atlántica, motivando la supervivencia de los

contactos socioeconómicos con el área del Pacífico por encima de la imposición de tales fronteras.

En principio entonces, cuando los territorios patagónicos con costas sobre el Atlántico aparecían hacia fines del siglo pasado integrándose al sistema nacional e internacional vigente a través de la captación de ganado ovino productor de lana, excedentario de la llanura pampeana por el auge de los cereales y la valorización de la carne refinada por la incorporación del frigorífico, el área andina norpatagónica, con especiales caracteres físicos e histórico-sociales supervivientes del funcionamiento de las sociedades indígenas, seguía manteniendo los viejos contactos con las provincias del sur chileno, con significativa independencia del mercado nacional.

Cabe al respecto recordar la estructura económica dominante en Chile hacia la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX. La demanda internacional de trigo había generado hacia 1850 un incremento importante de los cultivos en detrimento de la ganadería, que fue desalojada primero de los valles centrales chilenos y después de las regiones del sur del país. En consecuencia, aumentó considerablemente en estas últimas el



área sembrada con trigo, cuyo excedente se exportaba a Perú, California, Australia, Uruguay e, incluso, Argentina –recuérdese que a esa fecha la producción cerealera argentina no alcanzaba todavía a satisfacer las necesidades internas–. Hacia fines de siglo Chile no tenía, en consecuencia, carne suficiente como para cubrir su propio consumo y para sostener la producción y el comercio de tasajo y sebo que desde la dominación hispana había realizado con otros centros del Pacífico Sur, como Perú y Ecuador, gracias a la permanente provisión de ganados argentinos por parte de los grupos indígenas cordilleranos⁴⁶. Los ahora Territorios Nacionales del sur del país –particularmente el área andina norpatagónica–, seguirían siendo proveedores habituales de tal demanda. Esta situación se habría visto especialmente favorecida por el hecho de que la provincia de Mendoza, tradicional proveedora de ganado a Chile, incrementase en la misma época su producción vitivinícola transformando sus potreros alfalfados en campos de vides.

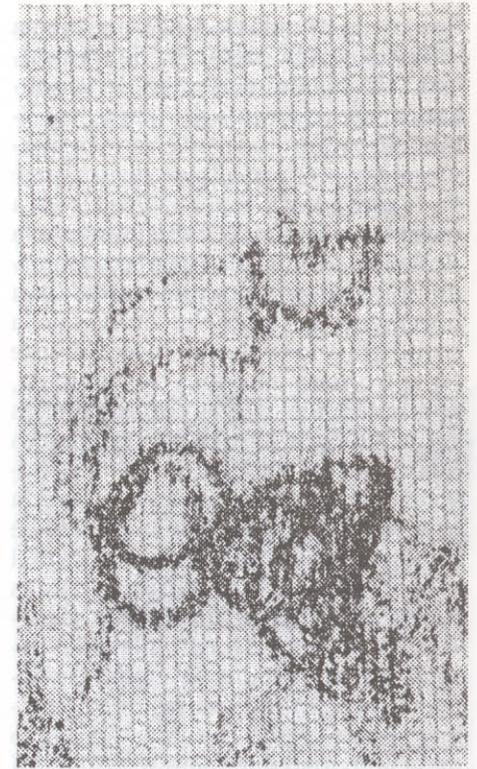
A estos condicionantes histórico-sociales cabe agregar características físicas de singular importancia que hacían de la norpatagonia argentina, por su ubicación al este de la Cordillera de los Andes, un lugar dotado de excelentes condiciones para satisfacer esa demanda. Nos referimos particularmente a sus mejores aptitudes ecológicas, con bosques menos densos, pasturas naturales adecuadas para la alimentación del ganado y valles transversales que facilitan el tránsito de un lado a otro de la cordillera. Chile, en cambio, posee en igual latitud áreas muy boscosas, poco aptas para la ganadería, con la sola excepción de los valles que ya estaban ocupados, según vimos, por el cultivo intensivo de cereales.

El tema de la circulación del ganado a través de la cordillera resultó entonces de vital importancia para reconstruir la compleja red de relaciones económicas y sociales vigentes en el área desde la etapa indígena. Pudo demostrarse así como al antiguo rol de intermediación cumplido por los grupos indígenas en las áreas cordilleranas patagónicas, se agregó a partir de 1880 una intensa actividad ganadera extensiva destinada a satisfacer la demanda de consumo del país trasandino y, particularmente, sus industrias del cuero, sebo y salazón de carnes. Por la misma razón pudo explicarse la modalidad del asentamiento imperante en el área luego de la ocupación militar del espacio, donde la zona cordillerana mostraban la mayor densidad de población, que disminuía en tanto más se alejaba de los centros de consumo⁴⁷. Asimismo, tales condiciones de funcionamiento permitían entender la generalizada práctica de los hacendados chilenos de adquirir tierras de este lado de la Cordillera a los efectos de descargar de ganados sus propios campos. Cabe destacar que esta forma social de producción era muy común en la región, donde grandes productores chilenos desahogaban sus fundos en el sur de Chile, aptos para la agricultura y de limitadas posibilidades para la crianza de ganado mayor⁴⁸.

Es en razón de lo dicho que el movimiento general de intercambios y comunicaciones del interior rural neuquino era especialmente activo y sostenido con Chile, pudiéndose constatar la presencia de un eje central que la Cordillera de los Andes vertebraba. La circulación permanente de hombres y bienes era común a todo el espacio fronterizo y el comercio era fuertemente tributario de las plazas chilenas (Valdivia, Temuco, Victoria, Los Angeles, Chillán, Con-

cepción, etc.) siendo la moneda trasandina, en consecuencia, la de mayor circulación⁴⁹. En el país vecino se colocaban animales en pié, lanas, pelo, cueros, oro, sal, grasa, quesos y algunas plumas de avestruz, en un circuito comercial que ofrecía una serie de variantes: a través de agentes comerciales chilenos que periódicamente visitaban la región; mediante la presencia de los productores locales en las grandes ferias ganaderas de las ciudades chilenas o en acuerdos comerciales efectuados en la misma frontera⁵⁰.

Las relaciones comerciales entre ambos lados de la cordillera tuvieron un carácter complementario y subordinado entre un área de cría y otra de compra y transformación. Mientras Neuquén cubría la insuficiencia de carnes y otros derivados ganaderos como materia prima de actividades de transformación que se realizaban en Chile (curtiembres, graserías, saladeros, fábricas de jabón, textiles, etc.), este país le proveía de los bienes de consumo básicos (vinos, azúcar, cerveza, conservas, fideos, velas, jabón, maderas, artículos de mercería, tienda y papelería, té, café, harina de primera calidad, etc.)⁵¹. Resultaba significativa la venta en Neuquén de productos de transformación de la materia prima que la misma región le proveía, como velas y jabón. La diferencia en fletes era notable con respecto a bienes de consumo que pudieran, eventualmente, llegar desde Buenos Aires, Bahía Blanca u otros puntos del Norte de Patagonia⁵². Con esto no se pretende sostener la falta absoluta de contactos del territorio con otras regiones del país. De hecho, la llegada de la punta de rieles del Ferrocarril Sud a la confluencia de los ríos Limay y Neuquén en 1902 –que provocara el cambio de la capital desde Chos Malal a la ciudad de Neuquén– y, años des-



pués, en 1913, a Zapala, permitiría aumentar la salida alternativa de productos hacia el área del Atlántico (cueros, pelo, lana), particularmente hacia Bahía Blanca, pero el comercio de ganado en pié siguió teniendo como mercado predominante el chileno.

Los contactos sociales en la frontera eran igualmente intensos, acorde con la mayor densidad demográfica del área en cuestión. A la masiva presencia de población de origen chileno correspondían prácticas culturales de igual origen, como el predominio de fiestas tradicionales y el mantenimiento de costumbres tales como contraer matrimonio y anotar el nacimiento de los hijos en ese país. Estas prácticas eran comunes a todo el interior rural del territorio⁵³.

Los permanentes contactos se mantuvieron casi inalterables hasta

fin de la década de 1920, en directa relación con la presencia de franquicias comerciales derivadas de la aplicación de la fórmula de "cordillera libre" al comercio fronterizo, coincidiendo con el período de mayor auge de la ganadería regional⁵⁴. De esta manera, se favorecía especialmente la situación de las áreas fronterizas productoras de ganado, que trasladaban libremente sus animales a través de la cordillera o los vendían directamente en la frontera en época de veranada, con las significativas consecuencias económicas a nivel regional que ya hemos señalado. Esta situación se habría visto profundamente alterada cuando, sobre inicios de la década de 1930, a causa de la crisis internacional y la consecuente toma de medidas proteccionistas, se produjo la supresión de las franquicias comerciales debido a la aplicación de medidas económicas de ambos países que afectaron seriamente el desenvolvimiento de la actividad ganadera regional, así como el funcionamiento espacial del área de frontera en su conjunto⁵⁵. Estas medidas provocaron una primera paralización de las operaciones comerciales hasta que, años más tarde, la situación tuvo un corte definitivo en la década del 40 cuando la fase de industrialización de las economías nacionales supuso para el área mayores barreras aduaneras, hecho con el cual se terminó de descomponer el mercado específico de la producción ganadera regional⁵⁶. Estas decisiones políticas provocaron una verdadera paralización de las transacciones comerciales y, por ende, de las prácticas sociales señaladas, afectando a la totalidad de la región.

Al interrumpirse definitivamente la posibilidad del comercio libre con Chile, el área andina norpatagónica debió necesariamente reorientar su funcionamiento hacia el Atlántico,

reforzando su integración, con mayor o menor grado de marginalidad, al mercado nacional argentino. Recién entonces se habría alterado el comportamiento tradicional del proceso de acumulación regional que tenía su centro en las provincias del sur chileno, de donde, según vimos, provenían la demanda más importante de los productos ganaderos, buena parte de los bienes de consumo, la más importante inversión de capitales y la moneda de mayor circulación en el interior mismo de la región.

La nueva situación habría provocado una serie de consecuencias regionales importantes, tales como la profunda crisis de la ganadería, el despoblamiento de las áreas rurales de la precordillera norpatagónica y la redistribución de roles de los sujetos sociales involucrados en la actividad dominante. Fue así como las unidades productivas más pequeñas, vinculadas a la práctica de una ganadería trashumante, habituadas a comercializar libremente sus animales en pie en el área de frontera, pasaron a depender, por efectos de la reorientación comercial obligada, de la sucesiva intermediación de comerciantes y acopiadores locales. Hemos asimismo demostrado como estos últimos, beneficiados por la nueva coyuntura, se convirtieron en la única vía posible de acceso al mercado nacional por parte de los pequeños y medianos productores, mayoritarios en el área, volviendo a la práctica del trueque e intensificando relaciones sociales precapitalistas. De tal modo, estos grupos mercantiles fueron conformando las estructuras de poder a nivel regional y en su calidad de burguesía comercial accedieron luego al poder político provincial⁵⁷. Los grandes productores ganaderos, localizados en las mejores tierras del sur del territorio y generalmente ausentes del mismo, tuvieron

alternativas económicamente viables, directamente relacionadas a la capacidad de acumulación que nuestra investigación había permitido inferir. El incremento de la marginalidad socioeconómica de los pequeños crianceros, puede a su vez relacionarse con el proceso de despoblamiento rural del interior neuquino y la consecuente migración de sus pobladores al área de Confluencia, para integrarse a la oferta de mano de obra en otro tipo de actividades productivas, permitiendo así, desde la historia, explicar también alguna de las causas de la concentración económica y demográfica en el área de la capital provincial neuquina.

En síntesis, la persistencia de las relaciones comerciales mayoritarias de la zona andina norpatagónica con las provincias del sur chileno hasta bien avanzado el siglo actual, supervivientes de las que ya mantenía la sociedad indígena, y la perdurabilidad de un área de frontera que tiene como eje la Cordillera de los Andes como un espacio social que no se acaba con la mera ocupación blanca del espacio, indican la necesidad de un tratamiento particularizado de la región que debe necesariamente superar los límites político-administrativos. Ello nos conduce, nuevamente, a la posibilidad de referirnos a un espacio territorial distinto y superador de tales límites. Por otra parte, las formas de comercialización y de inversión vigentes en el período estudiado, permiten detectar un proceso de acumulación regional con centro en las ciudades y puertos del Pacífico Sur, definiendo un hinterland que abarca el área oriental de la cordillera. Esto habla particularmente del grado de marginación del área andina norpatagónica respecto del modelo agroexportador argentino, y de su falta de integración territorial y económica al

mercado nacional hasta bien avanzado el siglo XX. Sirve asimismo para comprobar, cómo el cierre de las fronteras comerciales fue una necesidad promovida desde los Estados nacionales por la implementación del modelo sustitutivo de importaciones con posterioridad a los años '30 y '40, para el cual era indispensable la consolidación de los mercados internos.



Aportando a la historia nacional...

Como bien es sabido, el auge de la economía exportadora en la Argentina de la segunda mitad del siglo XIX, derivó en un especial interés historiográfico por develar la "historia nacional" a partir del análisis de la estructura socioeconómica de las regiones especialmente favorecidas por ese desarrollo. Si bien se admitía la persistencia de tendencias comerciales centrífugas en las áreas fronterizas del país, se suponía que la integración territorial lograda a partir de la expansión ferroviaria de los años '80 había finalmente actuado en favor de la conformación de un mercado nacional y, por ende, eliminado definitivamente tales tendencias⁵⁸. Avances más recientes en la investigación histórica regional obligan también a revisar tales conceptos.

Sin duda que la extensión del servicio ferroviario operada en las últimas décadas del siglo pasado y comienzos del actual, al aumentar el nivel de intercambios y modificar el antiguo sistema de transportes, deficiente y caro, se convirtió en el elemento más significativo del acercamiento entre los mercados del interior del país y la ciudad puerto de Buenos Aires. La expansión del Litoral atrajo buena parte de la producción de las provincias, y éstas comenzaron a consumir mercaderías europeas ingresadas por Buenos Aires, que paulatinamente desalojaron a las provistas por los países limítrofes. Algunas regiones desarrollaron en función de las nuevas condiciones existentes ciertas agroindustrias de especialización con destino a satisfacer las crecientes necesidades alimenticias del mercado interno. Tal es el caso del azúcar tucumano y los vinos mendocinos, tema que, como es sabido, también se enlaza con el proceso de consolidación de las estructuras de

poder en el orden nacional y el consecuente sistema de alianzas entre sectores dominantes de distintas regiones del país⁵⁹.

La situación antes descrita ha sido tradicionalmente considerada por la historiografía argentina como aquella por la cual puede hablarse de una efectiva unificación económica en el orden nacional, intensificada a partir de 1880 con el inicio del corte de los vínculos mercantiles alternativos del interior del país, cuando el Estado nacional procedió a consolidar su soberanía mediante la expropiación definitiva de los territorios indígenas de Chaco y Patagonia. Esto, en principio, parece hoy seguir siendo válido para las provincias centrales como Tucumán, Santiago del Estero y Córdoba que se volcaron más rápidamente al Litoral; seguramente para Cuyo por la reconversión productiva vitivinícola; y tal vez para las franjas orientales de las provincias andinas; pero se presenta dudoso para las áreas occidentales de las mismas provincias, donde, de hecho, se habrían mantenido circuitos comerciales alternativos, particularmente ganaderos, vinculados todavía a la demanda de los centros del Pacífico Sur, hasta pasada la década de 1930.

En efecto, en las regiones periféricas al modelo de desarrollo vigente, como es el caso de las áreas andinas, la supervivencia de los mercados tradicionales y de las tendencias comerciales centrífugas parecen haberse mantenido, a la luz de las últimas investigaciones regionales, por encima de la consolidación de las respectivas situaciones nacionales, al menos durante todo el siglo XIX y buena parte del XX. Desde el momento mismo en que resulta posible distinguir la supervivencia de un área —definida acertadamente para el noroeste del país como "espacio mercantil andino"⁶⁰— con su



propio esquema de circulación interna, vinculada a otras regiones como el altiplano boliviano y las economías del Pacífico, y no necesariamente regida por el modelo nacional agroexportador con fuerte orientación atlántica, las cuestiones regionales en las áreas andinas adquieren otro carácter.

La significativa existencia de fuertes lazos mercantiles y una intrincada red de relaciones comerciales articuladas, ha sido particularmente destacada para la etapa colonial por varios autores, especialmente por Carlos Sempat Assadourian, según ya se dijera. Poco se sabe, en cambio, de los aspectos relictuales de tales contactos. En esta línea se inscriben los avances de Erick Langer y Viviana Conti⁶¹, referidos a la supervivencia en las provincias del norte argentino de resabios de los viejos circuitos comerciales orientados hacia el Pacífico hasta la década de 1930, cuando la gran depresión internacional y la llamada Guerra del Chaco terminaron por descomponer definitivamente la antigua estructuración del espacio regional. Los cambios económicos operados entre tanto, en relación al desarrollo



de la agroindustria azucarera en las áreas orientales, habría terminado por convertir al resto del espacio en una zona periférica de la economía nacional con inserción atlántica. En consecuencia, la gran masa de campesinos vinculados a la producción y al consumo, en tanto sujetos sociales característicos de los antiguos circuitos comerciales, se habría visto absolutamente marginada de la nueva estructuración económica regional, integrándose a la oferta local de mano de obra barata. Recién a partir de ese momento, según afirman los autores mencionados, puede decirse que en el norte del país "...la frontera política también actuó como frontera económica". Hasta entonces, con distintos grados de articulación, "... el noroeste argentino constituía, junto con Bolivia y el actual norte chileno, una región cultural, reforzada por vínculos económicos ya tradicionales y fuertes relaciones de parentesco"⁶².

La llegada del ferrocarril a Jujuy sobre comienzos de la década de 1890 y a La Quiaca en 1908 habría contribuido al inicio de la desestructuración de este espacio mercantil en los Andes

centromeridionales. Sin embargo, sobre la misma época, el desarrollo de la economía salitrera en el norte chileno habría reactivado el comercio ganadero de las provincias limítrofes argentinas⁶³. Resabios de estos intercambios fronterizos parecen haberse mantenido en el área, según las versiones historiográficas regionales ya citadas, hasta los años '30. Puede ya adelantarse que la fecha límite resulta significativa por su coincidencia con el inicio del cierre del intercambio fronterizo en el espacio andino que nos ocupa, lo cual estaría indicando la posibilidad de análisis comparativos. De hecho podría sostenerse, con mayor grado de seguridad, la ya adelantada hipótesis de que la crisis del modelo agroexportador, planteada alrededor de esos años y profundizada en los posteriores, habría motivado la redefinición de los espacios nacionales a partir de la toma de medidas proteccionistas del comercio fronterizo en las áreas periféricas del país, seguramente en la búsqueda de consolidar un mercado interno para el proceso de industrialización por sustitución de importaciones.

Las provincias de Tucumán y Catamarca habrían también participado activamente en este espacio mercantil andino durante el siglo XIX, ya sea por la posibilidad de colocar sus ganados y otros productos excedentarios, como por la seguridad de obtener el metálico imprescindible que les permitiera cubrir la importación de otros bienes de consumo, muchos de ellos obtenidos a través de los puertos chilenos⁶⁴. La Rioja, por su parte, habría tenido un activo comercio ganadero orientado hacia Chile hasta avanzado el siglo actual⁶⁵; en tanto que el Chaco habría actuado como tradicional proveedora de mano de obra y ganado al mismo espacio económico. Finalmente, la región de Cuyo, como es sa-

bido, se había conectado muy directamente con el área del Pacífico, aprovechando la expansión minera del norte chileno así como la especialización cerealera de los valles centrales del mismo país. El ganado adquirido en las provincias vecinas se engordaba en los valles alfalfados de Cuyo antes del cruce de la cordillera, y el intercambio con Chile era, hasta avanzada la segunda mitad del siglo XIX, un elemento central en la economía de la región. Merced a la intermediación de los potreros cuyanos, la exportación de vacunos y mulares argentinos servía de complemento a la agricultura y minería trasandina. A cambio, las provincias del oeste argentino recibían de los puertos chilenos efectos europeos, especialmente textiles, que el costo de los fletes encarecía notablemente si procedían de Buenos Aires⁶⁶.

La investigación que nos ocupa ha permitido demostrar que el cambio de orientación productiva de la economía cuyana en esos años, habría fortalecido el rol de intermediación que en la provisión de ganados cumplía también el área andina norpatagónica desde sus etapas indígenas. Asimismo, pudo comprobarse que la llegada del ferrocarril al territorio no actuó como elemento disruptor, al menos de inmediato, de la integración con Chile que tradicionalmente había caracterizado el funcionamiento regional, particularmente en sus áreas de frontera. Sería éste, sin duda, un factor coyuntural de importancia, determinante como ya dijimos de la relocalización de la capital del territorio y muy vinculado al desarrollo de otras actividades productivas –agricultura intensiva bajo riego, explotación de hidrocarburos, etc.– que producirían cambios en el ordenamiento espacial y actuarían como factores de localización de población en las áreas de meseta y en los valles inferiores de

los ríos Neuquén y Limay, en un proceso recién iniciado sobre comienzos de siglo y profundizado particularmente en las últimas décadas. Pero el ferrocarril no incidiría en forma definitiva sobre la organización económica de la región objeto de nuestro estudio, sino hasta el definitivo cierre de la frontera comercial con Chile ya señalado.

En consecuencia, la idea de considerar que el proceso de constitución del mercado interno argentino estuvo indisolublemente ligado a la consolidación del Estado nacional, debería hoy relativizarse a la luz de los avances en las investigaciones regionales. Podría resultar, en cambio, sugerente, avanzar en la problematización de la hipótesis aquí esbozada, respecto a la necesidad de nuevas definiciones nacionales que incorporasen a las áreas periféricas del país como exigencia del modelo de industrialización sustitutiva. Con ello se relacionarían directamente las medidas de cierre comercial de las fronteras y su efecto obligado de cambio en la articulación regional de las áreas andinas.

Como conclusión, y con referencia a los avances de la producción regional en la historiografía argentina contemporánea, nada mejor que hacer nuestras las palabras de Halperín Donghi en la conferencia que pronunciara en el acto de clausura de las V Jornadas Interescuelas-Departamentos de Historia y Iras. Jornadas Rioplatenses Universitarias de Historia, realizadas en Montevideo en septiembre de 1995. Dijo Halperín: "...advierdo [...] que los historiadores están avanzando sobre la misma línea que el General Roca en su "Conquista del Desierto". Hoy comienza a haber una historia de Neuquén y episodios como ése están ocurriendo en muchas partes, lo que es testimonio de ese enriquecimiento de la profesión. Un en-



riquecimiento que es necesario que avance más rápido que el avance de la problematización de la temática histórica. Pero sería muy riesgoso que ese avance de la problematización no siguiera rápidamente y tomara el relevo del avance temático. Es de esperar que eso último ocurra" (resaltados de la autora SB)⁶⁷ ■

1. Véase, por ejemplo, de Josep Fontana, "La historia después del fin de la historia", Barcelona, Crítica, 1992, p. 20, donde el autor critica brevemente pero álgidamente a esta tendencia a la fragmentación de los estudios históricos.

2. Recuérdesse que Leone y Natalia Ginzburg, padres de Carlo, fueron colaboradores directos de Giulio Einaudi en la editorial de igual nombre que se convirtiera en la base de la resistencia intelectual italiana contra el fascismo. Esta misma editorial inició en la década de los '80 la publicación de la colección "Microstorie", dirigida por el mismo Carlo Ginzburg y Giovanni Levi. Por otra parte, el libro *Il formaggio e y vermi* (El queso y los gusanos) causaría un gran impacto, resultando una verdadera "revolución" en términos kuhniianos y provocando una heterogénea y desigual imitación que, a falta de un texto de sistematización teórica, derivó no pocas veces en una fuerte tendencia a las interpretaciones reduccionistas (Véase esta opinión de Justo Serna y Anacleto Pons, en "El ojo de la aguja ¿De qué hablamos cuando hablamos de microhistoria?", en *Revista Ayer* N° 12, Madrid, 1993, pp. 93-133).

3. Pueden citarse, como ejemplos, los libros recomendados en las universidades españolas en esos años: Josep Fontana; *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982; Pelai Pagés, *Introducción a la historia: epistemología, teoría y problemas de método en los estudios históricos*, Barcelona, Barcanova, Temas Universitarios, 1983; S. Juliá, *Historia social/Sociología histórica*, Madrid, Siglo XXI, 1989 y J. Casanova, *La historia social y los historiadores*, Barcelona, 1991.

4. Véase Carlo Ginzburg, "Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella", publicado originalmente en italiano en *Quaderni Storici* N° 2, Nuova Serie, Bologna, Italia, agosto de 1994, pp., 511-539, y en versión traducida por Leticia Prislei y Juan Suriano, en *Entre pasados*, Revista de Historia, Año V, N° 8, comienzos de 1995, pp. 51-73 (Los números de página en adelante referidos corresponden a esta última versión). En este artículo, el autor atribuye la paternidad en el uso del término al norteamericano George Stewart, catedrático de la Universidad de Berkeley, quien en 1959 lo aplicara en el título del estudio sobre la batalla decisiva de la guerra civil de su país. Ginzburg opina que la microhistoria de Stewart, de tan "micro", "...se desliza hacia la reflexión sobre la nariz de Cleopatra" (p. 52). Sobre el texto de Luis González y González (Pueblo en vilo, Mi

crohistoria de San José de Gracia, México, 1968), que se me sugiriera leer cuando comencé a hacer historia regional -tal vez porque quienes me aconsejaban pensaban que era eso lo que quería hacer o porque no encontraban otra cosa que sugerirme-, puedo coincidir con Ginzburg en que aquí "...microhistoria es sinónimo de historia local..." (p. 52), donde lo que importa es rescatar lo típico de un pueblo pequeño e ignorado.

5. *Ibidem*, p. 53 y sgt. Ninguno de los estudios italianos de la microhistoria, a pesar de su heterogeneidad, se reconocería participe de la "histoire événementielle" criticada por Braudel.

6. Sin duda que la historiografía burguesa triunfante del siglo XIX, con su visión exitista de lo económico y excluyente de lo social, había derivado en la necesidad de afirmar tales identidades, motivando en consecuencia los estudios sobre los estados, las sociedades, las economías y las culturas de carácter nacional y construyendo, en suma, sobre esas bases, las historias nacionales. Ante ello se manifiestan igualmente opuestos la "historia serial" y la "microhistoria". *Ibidem*, p. 58.

7. El fin de la ilusión etnocéntrica, curiosamente coincidente con el fenómeno de la globalización mundial, llevaba a tal convencimiento. En consecuencia, sólo una relación estrecha con la antropología permitiría a la historia acercarse a los problemas de la cotidianidad humana (Véase Carlo Ginzburg y Carlo Poni, "El nombre y el cómo: Intercambio desigual y mercado historiográfico", en *Historia Social* N° 10, Valencia, España, Instituto de Historia Social UNED, primavera-verano 1991, p. 64-65).

8. *Ibidem*, p. 67.

9. En este sentido, el propio Ginzburg introduce una crítica a un ensayo muy reciente del autor holandés F. R. Ankersmit ("History and Theory 28, 1989, pp. 137-153) donde se sostiene, entre otras cosas con un ejemplo, que en el pasado los historiadores se ocupaban del árbol, su tronco y sus hojas. En la historiografía postmoderna, y allí radicaría lo rescatable para ese autor, los historiadores se ocupan sólo de las hojas, despreocupándose del conjunto al que pertenecen. Ello daría como producto un resultado de tipo artístico, un retorno a la narrativa y una búsqueda de significados de los fragmentos sólo en relación al presente. La nueva historiografía no tendría así valor cog-

nositivo alguno, cuestión que los microhistoriadores italianos no comparten (C. Ginzburg, "Microhistoria...", *op. cit.*, 1995, pp. 66-67).

10. *Ibidem*, p. 68.

11. Siegfried Kracauer, *History. The last things Before the last*, New York, 1969, citado por C. Ginzburg, *op. cit.*, p. 62.

12. Con clara influencia thompsoniana, producto de su formación en Londres, Grendi sostenía "il protagonismo degli individui e dei gruppi sociali", dando particular importancia a la "rigorosa contestualizzazione" de los estudios históricos. El objeto de la historia social debía ser "...ricostruire l'evoluzione e la dinamica dei comportamenti sociali", en tanto que "il villaggio contadino" o el "cuartiere urbano" parecían ser las áreas privilegiadas para dicho estudio (En Serna y Pons, *op. cit.*, pp. 106-107).

13. En el afán de oponerse a la historia serial, la microhistoria parece haber caído también en algunos extremos, particularmente visibles en el caso de Ginzburg, donde la "historia cultural" de las clases subalternas, reprimida y sepultada por las clases dominantes, interesa como objeto de estudio en sí mismo por su absoluta singularidad, sin importar su representatividad o vinculación con problemas del presente (Un interesante análisis en ese sentido incluyen Serna y Pons en el artículo ya citado).

14. G. Levi, "Sobre microhistoria", *Taller d'Història*, N° 1, Valencia, 1993, p. 3.

15. Véase Noemí Goldman y Leonor Arfuch, "Historia y prácticas culturales. Entrevista a Roger Chartier", en *Entre pasados*. Revista de Historia, Año IV, N° 7, Bs. As., fines de 1994, p. 137-138.

16. Esta y otras características de la historiografía de esos años, así como de la versión francesa de la microhistoria, pueden verse correctamente sintetizadas por Jacques Revel en "Microanálisis e construcción del sociale", escrito originalmente para una publicación alemana y publicado luego en italiano en *Quaderni Storici* N° 2, Nuova Serie, Bologna, Italia, agosto de 1994. Puede verse versión traducida por Blanca Zeberio y Enrique Echevarría en *Anuario del IEHS* 10, Tandil, UNCPBA, 1995, pp. 125-154.

17. *Ibidem*, p. 130.

18. Serna y Pons, *op. cit.*, p. 118.

19. Jacques Revel, *op. cit.*, p. 131.

20. Carlo Ginzburg y Carlo Poni, "El nombre y el cómo...", *op. cit.*, 1991, p. 70.

21. P. Ruiz Torres, "Algunas reflexiones sobre el análisis local y la historia", en Actas del I Congrès International d'Història Local de Ca-

talunya, Barcelona, 1993 pp. 57-67 también del mismo autor "Microhistòria i Historia local", en AA.VV., *L'espai viscut. Colloqui Internacional d'Història Local*, Valencia, 1989, pp. 71-92. Cit. en J. Serna y A. Pons, *op. cit.*, p. 131.

22. Sería muy largo y ajeno al objeto particular de este artículo mencionar a todos ellos. Sin embargo, no podemos dejar de hacerlo con aquellos grupos que de alguna manera hicieron punta en esto de avanzar en los nuevos enfoques regionales. Nos referimos a los colegas de la Universidad de Luján, con sus pioneros Cuadernos de Historia Regional, cuyo primer número viera la luz en diciembre de 1984 bajo la dirección de Haydée Gorostegui de Torres; a los trabajos producidos en la Universidad Nacional de Rosario, encabezados por Marta Bonaudo y su equipo; a aquellos que desde Jujuy y Tucumán abordan el área azucarera del noroeste argentino desde distintos ángulos; a los colegas cordobeses y mendocinos que intentan desentrañar su propia complejidad regional; a los historiadores de la provincia de Buenos Aires que se encuentran abocados a descubrir la complejidad de la historia agraria pampeana desde ámbitos de observación más reducidos -como la joven camada de historiadores del IEHS-; o a aquellos que desde el mismo centro porteño muestran especial preocupación por los abordajes regionales, como puede ser el caso de Noemí Girbal-Blacha. Sin olvidar a mis propios colegas de la Universidad Nacional del Comahue. En fin, nombrarlos a todos sería imposible sin pecar de involuntarias omisiones, valga lo dicho como reconocimiento generalizado.

23. Un claro ejemplo de ello son las "Historias de Provincias" publicadas por Plus Ultra a lo largo de una serie sucesiva de años. Con dispar grado de calidad y de carácter muy heterogéneo, estas historias se circunscribían siempre a los límites provinciales y su contenido pasaba casi exclusivamente por el proceso institucional. Una de las escasas excepciones, o al menos un intento de serlo, de publicación más reciente, es la "Historia de Neuquén" cuya compilación compartimos (Bandieri, S., Favaro, O. y Morinelli, M., *Historia de Neuquén*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1993).

24. Véase AA.VV., "Capítulo III. Historiografía de la historia regional", en comité Internacional de Ciencias Históricas, Comité Argentino, *Historiografía Argentina (1958-1988)*. Una evaluación crítica de la producción histórica argentina, Buenos Aires, Palabra Gráfica y Edit. S.A., 1990, pp. 87 a 147.

25. Muchas de estas denominaciones sur-

gieron como materialización del concepto de "región plan" a partir de la creación del CONADE-Consejo Nacional de Desarrollo-en tanto conceptualización económica del espacio, donde la región se definía como el producto de acciones organizadas en un plan destinado a lograr objetivos de la sociedad regional en el espacio que ésta habitase. Al no cumplirse tales objetivos programados desde el gobierno central, la "región" era sólo una mera expresión de deseos. Esta cuestión es particularmente clara en el caso de la región "Comahue", donde las áreas que la integran se han incluso modificado con el transcurso del tiempo y los cambios en las respectivas políticas nacionales, quedando la utilización del nombre muy vinculada a la Universidad. De todas maneras, se puede considerar cierta individualidad regional en el Norte de la Patagonia que ha vuelto común esta designación, cuya unidad estaría dada, en principio, aunque siempre arbitrariamente, por la cuenca del río Negro.

26. Eric Van Young, "Haciendo historia regional. Consideraciones metodológicas y teóricas", en *Anuario IEHS* N° 2, Tandil, UCPBA, 1987, pp. 255-281. Traducción de Graciela Malgesini. Este trabajo fue presentado originalmente en inglés en la VII Conference of Mexican and US Historians realizada en Oaxaca en el año 1985.

27. *Ibidem*, p. 257, 258. Los modelos interpretativos "solar/olla a presión" (orientación interna) o "embudo/dendrítico" (orientación hacia el exterior) allí propuestos para el estudio de algunas regiones mexicanas, son hoy objeto de replanteos críticos en la búsqueda de construir modelos interpretativos más complejos, que incorporen al mismo tiempo el análisis de la estructura social y de las relaciones sociales de producción (Véase, por ejemplo, Pedro Pérez Herrero, "Los factores de la conformación regional en México (1700-1850): Modelos existentes e hipótesis de investigación", en P. Pérez Herrero, comp., *Región e Historia en México (1700-1850). Métodos de análisis regional*, México, Instituto Mora, UNAM, 1991, pp. 207-236). Antes de conocer esta crítica, ya la autora había señalado tales limitaciones del artículo de Van Young, en S. Bandieri, "Historia y planificación regional: Un encuentro posible", en *Revista Interamericana de Planificación*, Vol. XXVI, N° 101-202, Guatemala, SIAP, enero-junio de 1993, pp. 78-94; luego reiteradas en "Acerca del concepto de región y la historia regional: la especificidad de la Norpatagonia", en *Revista de Historia 5*, Neuquén, UNCo., mayo 1995, pp. 277-297.

28. Daniel J. Santamaría, "El concepto de región a la luz del paradigma de la complejidad. Su aplicación en la investigación histórica. El caso de Jujuy en los siglos XVII y XVIII", en *Revista de Historia* N° 5, Dpto. de Historia, Fac. de Humanidades, Univ. Nacional del Comahue, Neuquén, mayo 1995, pp. 213-223.

29. Los aportes de Assadourian con referencia al tema se encuentran sobre todo en una serie de artículos realizados entre los años 1971 y 1979, publicados en forma conjunta en 1882 bajo el título *El sistema de la economía colonial. Mercado interno. regiones y espacio económico*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1982.

30. *Ibidem*, p. 109.

31. *Ibidem*, p. 16. A pesar de esta expresión de deseos, pocas veces la obra de Assadourian ha servido para el análisis de otros espacios y otros períodos históricos, confirmando aquello de que su reconocimiento en Argentina está más referido a sus aportes sobre la historia colonial que a sus conceptualizaciones teóricas referidas a las posibilidades de tratamiento de la historia regional. Ello puede verse claramente reflejado en el "Homenaje a Carlos Sempat Assadourian" incluido en el *Anuario IEHS* 9 (Tandil, 1994, pp. 9 a 169), con presentación a cargo de Silvia Palomeque, que incluye una completa guía de la producción historiográfica del autor. Como podrá verse en los trabajos incluidos bajo el apartado titulado "Mercados y circuitos mercantiles", salvo el caso de Juan Carlos Grosso y con referencia a México, ninguno de los autores convocados trabaja más allá de la etapa tardocolonial.

32. Los primeros ejemplos de utilización de los aportes conceptuales de Assadourian para los enfoques regionales son, sugerentemente, los de aquellos que estudian áreas generalmente fronterizas y siempre marginales a las dominantes en el período de conformación y consolidación de los estados nacionales. Sin la pretensión de ser absolutamente abarcativos, mencionaremos los trabajos de Silvia Palomeque, particularmente "Notas sobre las investigaciones en historias regionales. Siglos XVIII y XIX" presentado a las III Jornadas Interescuelas-Departamentos de Historia, Buenos Aires, septiembre de 1991 y publicado en *Revista de Historia* N° 5, op. cit., Neuquén, mayo 1995, pp. 117-133; y los trabajos de Eric Langer y Viviana Conti, particularmente, "Circuitos comerciales tradicionales y cambio económico en los Andes Centromeridionales (1830-1930)", publicado en *Desarrollo Económico*, v. 31, N° 121, Buenos Aires, IDES, 1991, pp. 91 y sgtes. En avances más recientes, de V. Conti,

"El norte argentino y Atacama: producción y mercados", en *Siglo XIX*, nueva época, N° 14, julio-dic. 1993. También de Susana Bandieri: "Espacio, economía y sociedad en Neuquén. El auge del ciclo ganadero y la organización social del espacio (1880-1930)", presentado a las Primeras Jornadas Interescuelas-Departamentos de Historia, La Plata, 1988, y publicado en *Entrepasados*, Revista de Historia, Año I, N° 1, comienzos de 1991, pp. 35-79.

33. Carlos Sempat Assadourian, *El sistema...*, op. cit., 1982, Cap. III, p. 109.

34. Ciro Cardoso y Héctor Pérez Brignoli, *Historia Económica de América Latina*, Vol. I, Crítica, Barcelona, 1979, p. 83.

35. Pierre Vilar, "Crecimiento económico y análisis histórico", en P. Vilar, *Crecimiento y desarrollo*, Barcelona, Ariel, 1976, pp. 36-37.

36. Véase de Susana Bandieri, "Acerca del concepto de región...", en *Revista de Historia 5*, op. cit., 1995, pp. 277-297. En la actualidad se registra un resurgimiento del enfoque de sistemas, aunque no se trata ya de la antigua perspectiva sistémica que privilegiaba los aspectos formales y taxonómicos, sino de un "análisis estructural de sistemas" como metodología de análisis social sostenida, en el caso de Latinoamérica, por Rolando García. En esta propuesta, los sistemas son "complejas interacciones entre subsistemas que incluyen, tanto los factores físicos, como los socioeconómicos y políticos" (R. García, *Food Systems and Society: a Conceptual and Methodological Challenge*, URISD, Geneva, 1984, p. 24, cit. en Mario Albornoz, "Filosofía de la ciencia", en Eduardo Martínez, edit., *Ciencia, tecnología y desarrollo: Interrelaciones teóricas y metodológicas*, ONU/UNESCO/CEPAL-ILPES/ CYTED, Venezuela, Nueva Sociedad, 1994, p. 26).

37. El análisis de subsistemas, aplicado en nuestra investigación en sus aspectos conceptuales, fue inicialmente desarrollado por el economista Pablo Levín (*El diagnóstico de subsistemas*, Bs. As., Documento de Trabajo CFI, 1974, policopiado), con los aportes de Juan Iñigo Carrera (*Diseño de modelos cuantitativos para el análisis de subsistemas*, Bs. As., Informe Final Preliminar, CFI, 1981, policopiado) y José Luis Coraggio (*Los complejos territoriales dentro del contexto de los subsistemas de producción y circulación*, Textos de Ciudad N° 2, Quito, Ecuador, 1987). En el caso de las economías regionales de la Argentina, su versión conceptual con variantes se desarrolla en Mabel Manzanal y Alejandro Rofman (*Las economías regionales de la Argentina. Crisis y políticas de desarrollo*, Bs. As., CEAL/CEUR, 1981). También del último

autor una versión anterior de mayor contenido teórico: "Subsistemas espaciales y circuitos de acumulación regional", en *Revista Interamericana de Planificación*, Vol. XVIII, N° 70, México, junio 1984. En el ámbito de las economías regionales norpatagónicas, la aplicación de la metodología en sus aspectos más completos puede encontrarse en Gerardo de Jong, coord. y otros, *Subsistema frutícola del Alto Valle de Río Negro-Neuquén*, Convenio IDRC (Canadá)-UNCo. (Arg.), Univ. Nac. del Comahue, 1986. También en *El minifundio en el Alto Valle del río Negro: estrategias de adaptación*, Neuquén, Imprenta Universitaria, 1994. El concepto es también mencionado, esta vez desde la historia y coincidiendo con lo aquí sostenido respecto a su utilidad para acercarse a la concepción de espacio y región, por Noemí Girbal-Blacha ("Reflexiones sobre la historia rural y la situación agraria de las economías extrapampeanas. El caso del Gran Chaco argentino y la explotación forestal (1895-1930)", en M. Mónica Bjerg y Andrea Reguera, comp., *Problemas de Historia Agraria. Nuevos debates y perspectivas de investigación*, IEHS, Tandil 1996, p. 271).

38. Carlos Sempat Assadourian, *El sistema...*, op. cit., 1982, pp. 136-37.

39. Pedro Pérez Herrero, comp., *Región e Historia en México...*, op. cit., 1991, p. 9. En esta selección de trabajos metodológicos sobre los estudios regionales en México, su compilador valoriza especialmente la operatividad historiográfica del enfoque regional. La región sería, al decir de Pedro Pérez Herrero, "...un ente vivo en permanente movimiento, constituida por un espacio no uniforme, sin una frontera lineal, precisa y con una estructura interna propia, ya sea polarizada, nodal, funcional o sistémica...". A partir de la construcción regional, sostiene, "...lograremos una comprensión más profunda de las interrelaciones entre los factores endógenos y exógenos regionales, evitando así caer tanto en los defectos de las historias "localistas", como en las generalizaciones de las historias homogéneas nacionales". Si bien contiene una interesante proyección de las distintas metodologías empleadas en el análisis histórico regional, Pérez Herrero no alcanza todavía a arriesgar una propuesta teórica uniforme. De todas maneras, da idea de la complejidad del tema y abre los interrogantes necesarios para la construcción de un esquema interpretativo más complejo.

40. Véase Raúl Fradkin, "Antigüedad de asentamiento, orientaciones productivas y capital comercial en la conformación de una estructura regional: Buenos Aires, XVIII y XIX",

en *Revista de Historia* 5, op. cit., 1995, p. 241. Las referencias puntuales a M. Mann y A. Giddens pueden encontrarse, respectivamente, en las págs. 240 y 242.

41. El tema ha sido abordado por la autora en diversas oportunidades. Pueden verse al respecto de S. Bandieri, "La Cordillera de los Andes en el Norte de la Patagonia o la frontera argentino-chilena como espacio social. Un estudio de caso", en *Estudios Fronterizos* N°22, Revista del Instituto de Investigaciones Sociales, México, Univ. Autónoma de Baja California, 1991; y su versión en inglés "The Argentina-Chile frontier as Social Space: A case study of the transAndean economy of Neuquén", en Pascal O. Girot, ed., *The Americas. World Bountaires*, Volumen 4, Routledge, Londres, 1994. De producción más reciente: "Historia regional y relaciones fronterizas en los Andes Meridionales. El caso de Neuquén (Argentina)", en *Siglo XIX. Cuadernos de Historia*, Año IV, N° 12, mayo-agosto de 1995, pp. 49-74.

42. Los estudios más recientes han permitido ajustar viejos conceptos referidos a las formas de organización socioeconómica de las comunidades indígenas en la región. Se solía creer, con un alto grado de generalización, que las prácticas nómades de los primitivos pueblos aborígenes que habitaron el área, habitualmente definidos como recolectores y cazadores con una economía depredatoria basada casi exclusivamente en la actividad malonera –sustracción y arreo de los ganados pampeanos a Chile–, habían impedido la conformación de asentamientos fijos y estables que modificaran el estado natural del paisaje. Hoy se conoce el alto grado de complejización social, económica y política de los grupos indígenas de la región (Véanse al respecto los conocidos aportes de Raúl Mandrini y, en la misma línea de análisis, los estudios regionales de Gladys Varela y Ana Ma. Biset).

43. Véase Gladys Varela y Ana M. Biset, "Entre guerras, alianzas, arreos y caravanas: Los indios de Neuquén en la etapa colonial", en S. Bandieri, O. Favaro y M. Morinelli, *Historia de Neuquén*, Bs. As., Plus Ultra, 1993, pp. 79-80.

44. Esta inferencia pertenece al historiador chileno Jorge Pinto Rodríguez, desarrollada en su trabajo titulado: "Articulaciones económicas en América e intervención borbónica. El caso de la Araucanía y las Pampas", inédito. Agradecemos al autor el habernos facilitado su versión preliminar, preparada como documento de trabajo para su discusión en el encuentro internacional "Los Borbones entre dos mundos", Cochabamba, junio de 1995.

45. *Ibidem*, p. 6.

46. Según Vicuña Mackenna, citado por Asadourian (El sistema..., op. cit. 1982, p. 57) el siglo XVII había sido en Chile el "siglo del sebo" y la ciudad de Concepción –tégase en cuenta su proximidad con el territorio neuquino– concentraba la producción masiva de ese producto con destino a los mercados del Pacífico.

47. El Censo Nacional de 1895, primero que incluyó al Territorio Nacional del Neuquén, muestra la composición y localización de la población radicada en la región. Sobre un total de 14.517 habitantes, más del 80% se localizaba en las áreas cordilleranas. De ellos, el 62% eran extranjeros y el 38% argentinos. De 9.012 extranjeros, el 99% provenían de Chile. Resulta obvia entonces la relación entre el asentamiento de población, su origen y el desarrollo de un espacio fronterizo de intensos contactos.

48. Como ejemplo más destacado de la práctica aludida, cabe mencionar la compra sobre fines de siglo de más de 400.000 ha en el área andina de Neuquén por parte de una "Sociedad Comercial y Ganadera de Chile y Argentina", integrada por capitales de casas comerciales chilenas, exportadoras directas de lanas y cueros a Europa, también propietaria de tierras en ese país. (Véase, Susana Bandieri, dir. et al., "Tenencia de la tierra y estructuras de poder en el área andina de Neuquén. Primeros avances", en *Revista de Historia* 5, op. cit., 1995, pp. 133-153).

49. Esta situación se describe en varias fuentes documentales. Dice por ejemplo el informe del funcionario nacional Gabriel Carrasco a principios de siglo: "...el movimiento de giros o vales de comercio es grandísimo si se tiene en cuenta la poca población [...] la moneda papel chilena que para nosotros carece de valor es recibida corrientemente en el territorio del Neuquén con preferencia sobre la argentina y con premio sobre su cotización en el país que la emitió" (G. Carrasco, *De Buenos Aires a Neuquén*, Bs. As., Imprenta Sudamericana, 1902). Para 1920, la situación no parece haber sufrido importantes modificaciones: "Chilenos son también la mayor parte de los capitales, el comercio y la moneda que circula, especialmente en la parte norte del territorio donde no se conoce otra, a tal punto que cuando la Comisión Inspectora percibió los derechos de pastaje, los pobladores tuvieron que gestionar especialmente el dinero argentino, llegando los bolicheros, que hacían de agencia de cambio, a vender un peso argentino por cinco chile-

nos..." (En Informes Grales. de la Comisión Inspectora del Neuquén, dirigida por el Cptán. de Fragata Ramón Castro, Mrio. de Agricultura, Deción. de Tierras, Tomo XIX, años 1921-22, pp. 37-38).

50. El tema de la comercialización, sus mecanismos y flujos, reconstruidos a partir de una serie muy variada de fuentes, adquiere en este tema una fundamental importancia porque permite identificar y definir en el análisis histórico las estructuras dominantes en el espacio regional, así como los mecanismos originarios de acumulación de capital a través del sistema de circulación de mercancías. Para el movimiento de ganado, las fuentes primarias más importantes utilizadas fueron las guías (documentos extendidos por los Juzgados de Paz para controlar las existencias ganaderas y su comercialización). Aunque incompletas y, seguramente, con un alto nivel de subregistro, son los únicos documentos que permiten una aproximación histórica cuantificable a los movimientos de ganado en la región. Entre las fuentes secundarias, cabe desatacar: A. Arze Bastidas, *Señores de la tierra*, Santiago de Chile, s/e, 1953; A. E. Lafontaine, *Quijotes de poncho*, Bs. As., Kraft, 1968 y G. Carrasco, op. cit., 1902. Los resultados detallados obtenidos del manejo de estas fuentes, pueden verse en S. Bandieri, "Actividades económicas y modalidades de asentamiento", en S. Bandieri, O. Favaro y M. Morinelli, op. cit., 1993, Cap. IV, pp. 147 a 263.

51. El detalle completo de los productos chilenos que consumía la región, se extrajo del Boletín del Mrio. de Relaciones Exteriores, Informe del Cónsul General de Chile en la República Argentina, Santiago de Chile, 1902, p. 232.

52. La excelente descripción regional de Gabriel Carrasco sirve también en esta ocasión para demostrar lo dicho: "Los artículos de primera necesidad cuestan dos y tres veces más que en el litoral argentino, de ello resulta que estando el territorio de Chile a 3 o 4 días de Chos Malal para los viajeros y bastando 8 o 10 para el transporte de las mercaderías entre la cabecera de un ferrocarril chileno y el pueblo nombrado –entonces Capital del Territorio, N. del A.–, la mayor parte del comercio se haga con aquel país..." (G. Carrasco, op. cit., 1902, p. 25)

53. La supervivencia histórica de tales prácticas puede verse claramente reflejada en la descripción que en 1920 hace de la región el Inspector de Tierras Ramón Castro: "...en la zona de precordillera está la mayor parte de la

población del territorio [...] el 80% de la población adulta es chilena, que tiene un inmenso cariño a su tierra y vive inculcando su tradición, usos y costumbres [...] sus hijos son inscriptos en la vecina república..." (En Informes Grales. de la Comisión Inspectora del Neuquén, op. cit., 1921-22, p. 38)

54. Al respecto puede verse, de S. Bandieri, "Cruzando la cordillera... La incorporación de Chile al Mercosur o la integración fronteriza como proyecto político de la norpatagonia argentina", en *Estudios Fronterizos*, Revista del Instituto de Investigaciones Sociales, México, Univ. Autónoma de Baja California, 1996, en prensa.

55. A la aplicación por parte del Estado chileno de un considerable impuesto de internación de \$ 80 por cabeza de ganado vacuno y \$ 9 por lanar, se sumó el adicional del 10% aplicado a las mercaderías de importación por el gobierno argentino por decreto del 6 de octubre de 1931, prorrogado por Ley 11.588. (En Anales de Legislación Argentina, Tomo 1920-1940, pp. 253-254). La cuestión se agravó por la aplicación de los acuerdos de ese mismo año sobre control de cambios, a partir de los cuales comerciantes y productores ganaderos debían necesariamente detenerse en la frontera a los efectos de que se les entregase la documentación de tránsito correspondiente, es decir, debían cumplirse los requisitos impositivos antes de realizarse la operación comercial. Esto alteró sensiblemente la modalidad imperante en las áreas de frontera, donde nunca las transacciones se habían hecho de manera anticipada.

56. Numerosas fuentes documentales hacen referencia a la cuestión: "...el comercio de la zona [...] se ha efectuado desde muchos años atrás exclusivamente con la República de Chile, con cuyo país se establecía una corriente incesante de intercambio. Gran parte de los pobladores llevaban anualmente a aquel país diversos productos y volvían con lo necesario para la subsistencia de todo el año [...] Cerradas ahora las puertas del comercio a causa de los impuestos aduaneros, se ha producido un desequilibrio económico de apreciable magnitud, pues los habitantes ricos o pobres no pueden encontrar mercado propicio para colocar sus ganados y demás a causa de las grandes distancias que los separan de los lugares de consumo o puntos de embarque, a lo que se agregan los fletes a pagar" (en Archivo Histórico Pcial., Libro Copiador de Notas al Mrio. del Interior, febrero 1933, fos. 174-175). Para mediados de la década de 1940, la situación había cambia-

do radicalmente: "Los derechos de aduana para importar y exportar a Chile han modificado fundamentalmente muchas de las costumbres imperantes desde hace años. Ahora se consume mercadería argentina hasta en los lugares próximos a la frontera internacional". (Libro Histórico N° 1, Escuela Nacional N° 15 de Chos Malal, fundada en 1887 –actual Escuela de Frontera N° 3–, 1946, fo. 32).

57. Al respecto puede verse, de S. Bandieri, "Frontera comercial, crisis ganadera y despooblamiento rural. Una aproximación al estudio del origen de la burguesía tradicional neuquina", en *Desarrollo Económico*, Revista de Ciencias Sociales, Vol. 31, N° 122, julio-setiembre 1991, Bs. As., IDES, 1991.

58. Aún en textos de publicación bastante reciente se reitera tal enfoque: "Su aparición [se refiere al ferrocarril] durante los años '60 y '70 significó una verdadera revolución en las comunicaciones [...] El acceso al interior de manufacturas europeas mucho más baratas que las procedentes del Pacífico fueron reorientando hacia el Atlántico a todas las regiones argentinas, revirtiendo las tendencias centrífugas, y operando una unificación económica que sentó las bases para la formación de un mercado nacional" (Jorge Luis Ossoona, "La evolución de las economías regionales en el Siglo XIX", en Mario Rapoport, Comp., *Economía e Historia. Contribuciones a la Historia Económica Argentina*, Bs. As., Ed. Tesis, 1992).

59. Este tema cuenta con una nutrida y variada bibliografía desde el ya clásico artículo de Jorge Balán, "Una cuestión regional en Argentina: Burguesías provinciales y el mercado nacional en el desarrollo agroexportador", en *Desarrollo Económico*, Revista de Ciencias Sociales, N° 69, Bs. As., IDES, 1978.

60. Término éste acuñado acertadamente por Antonio Mitre en "Espacio regional andino y política en el siglo XIX", en *Historia Boliviana*, La Paz, Bolivia, 1982. También citado en E. Langer y V. Conti, *op. cit.*, p. 93.

61. Erick D Langer, *Economic change and rural resistance in Southern Bolivia 1880-1930*, Stanford, Stanford University Press, 1989. También E. Langer y Viviana Conti, "Circuitos comerciales ...", *op. cit.* 1991; y V. Conti, "El norte argentino y Atacama...", *op. cit.*, 1993.

62. E. Langer y V. Conti, *op. cit.*, pp. 92 y 111.

63. Sobre la magnitud y alcances de esta provisión de ganados al mercado norchileno,

nos remitimos al trabajo ya mencionado de Langer y Conti, 1991, pp. 104-105.

64. Hacia la mitad del siglo XIX, los puertos del Pacífico, especialmente Valparaíso, competían ventajosamente con Buenos Aires en la provisión de mercaderías importadas de Europa. (Cfr. Luis A. Romero, "*Las economías del interior*", en *Historia Integral Argentina*, T. 2, Bs. As., Centro Editor de América Latina, 1970, p. 209). De hecho, esta condición parece haberse mantenido en algunas áreas andinas durante un número significativo de años.

65. Dicen al respecto Claudia Natenzon y Gabriela Olivera, ubicándose a fines del siglo XIX, que "...la provincia de La Rioja se encontraba apartada de ese proceso de constitución del mercado interno argentino. Su vinculación mercantil más importante era con el mercado chileno. Desde principios del siglo XIX existía una ruta comercial de ganado en pie a Chile, donde la región oriental de la Rioja (los Llanos) cumplía la función de cría mientras que en los valles intermontanos era invernado el ganado que luego se exportaba en arrias, por los pasos de Copiapó y Jagüel, para alcanzar la región del Norte Chico chileno". Si bien las autoras ubican a "principios de este siglo" el inicio de las dificultades para colocar el ganado vacuno de La Rioja en Chile, por medidas proteccionistas aplicadas por ese país, señalan luego que los censos de 1908 y 1914 registraron los más altos índices ganaderos en la historia provincial, lo cual parece estar indicando que los circuitos mercantiles mencionados persistieron al menos durante las dos primeras décadas y sospechamos que por algún tiempo más si fuera posible su reconstrucción. Posiblemente, como en otras áreas, el corte de principios de siglo sólo fue coyuntural en relación a los conflictos limítrofes de esos años (Véase de las citadas autoras, "La tala del bosque en los Llanos de La Rioja (1900-1960)", en *Desarrollo Económico*, Rev. de Ciencias Sociales, N° 134, Vol. 34, Bs. As., IDES, Julio-septiembre 1994).

66. Véase Luis A. Romero, *op. cit.*, pp. 209 y 212.

67. Reproducida en L. Barreto y E. Bohoslavsky, "Sur, profesionalización y después. Halperín Donghi en Uruguay", en Y ahora qué pasa eh...?, *Revista del CEHUMA*, Centro de Estudiantes de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Comahue, Neuquén, 1996.

¿Revolución o Invención? Moses Finley, Tulio Halperín Donghi y el análisis histórico de la política

Julían Gallego*

Moses Finley, en un trabajo publicado un año antes de su muerte acontecida en 1987, se interrogaba acerca de la pertinencia de la categoría de revolución para el análisis de la antigüedad clásica. La prudente conclusión del autor era que si primaba el deseo familiar subyacente de imponer la universalidad a conceptos e instituciones, entonces la utilidad de la categoría de revolución sería nula, pues cualquier intento de tipo histórico-universal de situar los acontecimientos del mundo greco-romano bajo una idea así concebida, privaría a tal concepto de todo valor para el análisis histórico. Por lo tanto, Finley proponía observar la pertinencia de la categoría de revolución en función de las propias condiciones del mundo antiguo: los importantes cambios en el plano político, como las reformas de Solón, Clístenes o Efialtes en Atenas, o el largo período de crisis que condujo en Roma de la república al imperio¹. Llama la atención que hacia mediados de la década pasada Finley intentara revalorizar la idea de revolución para el análisis de la historia greco-romana, puesto que él había sido uno de los pioneros –incluso en un marco historiográfico muy diferente al actual– en proponer el concepto de invención

para pensar el advenimiento de la política en el mundo griego. En efecto, ya en 1962 se refería a la aparición de la democracia ateniense en estos términos: innovación, invención, algo sin precedentes, no teniendo nada de que partir, son ideas que se suceden en tan sólo cuatro líneas de su texto sobre los demagogos atenienses². De diversas maneras, Finley continuaría con esbozos de este tipo a lo largo de toda su producción historiográfica, concluyendo lógicamente en un estudio global editado en 1983 sobre la política en la ciudad-estado antigua en el que comparaba la polis con la república, y proponía que la política ha sido una invención griega y etrusco-romana. De allí que el escueto título inglés, *Politics in the Ancient World*, haya sido editado en castellano bajo la idea de nacimiento, y en francés directamente bajo la de invención³.

Cabe preguntarse por qué un autor que desde temprano, y más allá de los dictados de la época, planteó abiertamente bajo la idea de invención el problema de la aparición de las instituciones y prácticas políticas greco-romanas, hubo de considerar necesario al final de su producción retomar sus análisis bajo la categoría de revolución, máxime si se tiene en cuenta que, en las últimas dos décadas, sus ideas parecen haber sido aceptadas por la mayoría. Por cierto, muchos son los historiadores que han comenzado a ocuparse de la política en la antigua

* Instituto de Historia Antigua y Medieval "Prof. José Luis Romero", Fac. de Filosofía y Letras, UBA.

Grecia señalando el carácter radicalmente innovador de los helenos a este respecto. El problema ha adquirido desde entonces una formulación más acabada producto de un desplazamiento tanto teórico como metodológico que es menester, de algún modo, poner en relación con circunstancias de nuestro presente. Pero así planteado el asunto se presenta como muy vago e impreciso. Tratemos pues de determinar en qué consiste la situación historiográfica actual, ponderando en este contexto el modo en que los estudiosos del mundo griego han asumido implícita o explícitamente las condiciones hoy vigentes.

Quizá no resulte inapropiado, a pesar de esta presentación, hacernos eco de ciertas afirmaciones recientes de un destacado investigador de la historia argentina y latinoamericana, que ha sostenido que "el problema básico de la etapa de revolución era lo que en el lenguaje que ahora se ha hecho trivial podríamos decir la invención de la política, es decir la creación de un nuevo tipo de actividad que crea nuevos tipos de conexiones; cómo esos nuevos tipos de conexiones que se establecen sobre la base de conexiones previas, cómo relaciones de lo social, basadas en un prestigio entre social y cultural, van a concretarse en relaciones políticas"⁴. Tulio Halperín Donghi se refería así a su propio análisis de los procesos y las consecuencias que tuvieron lugar a partir de la Revolución de Mayo. Llama la atención su constatación —que, por cierto, no carece de fundamento— de que hablar de invención de la política resulta hoy día algo trivial. ¿Qué ha sucedido para que pueda afirmarse esto? ¿Por qué la invención de la política resulta ahora un lugar común, casi sin importancia? El propio autor parece dar una respuesta cuando afirma que hoy "no hay alternativas de fondo, y en la medida que no hay

alternativas de fondo el debate ideológico se hace no sólo muy poco interesante sino también muy poco estimulante". En definitiva, para decirlo una vez más mediante las palabras del historiador argentino, esto "refleja la falta de disenso sobre el presente, la creación de un consenso, en muchos casos resignado, que elimina la tendencia a proyectar el disenso que ya no existe hacia el pasado"⁵.

No parece aventurado diagnosticar que esto obedece a que, en la actualidad, la razón democrática impera todopoderosa en nuestro universo cultural⁶. Esta ideología alimenta hoy en día un sinnúmero de reflexiones políticas, sociológicas e históricas acerca de la democracia, a partir de las cuales los estudiosos buscan discernir, por un lado, cómo funcionaban las prácticas e instituciones de las democracias pretéritas, analizando también las teorías producidas por los propios actores para pensar tales sistemas, y, por el otro, cuáles son las variantes contemporáneas de la democracia, e incluso qué cambios podrían introducirse para mejorar su organización y eficiencia⁷. Sin embargo, creemos que, más allá de sus buenos fines conscientes, estos esfuerzos sólo conducen a un único objetivo: constituir el reinado de la democracia en el telos mismo de la historia, un anhelado deseo por fin satisfecho.

Ahora bien, los análisis históricos sobre la democracia, en particular la ateniense, deben y no deben ser situados en este marco. Deben, en tanto que es preciso reconocer que siempre, necesariamente, ya sea explícita o implícitamente, ha de existir en toda interpretación histórica alguna perspectiva conceptual contemporánea. No deben, porque en el caso de la democracia ateniense —como en muchos otros aspectos de la antigüedad clásica— existe una producción historiográfica



que sobrepasa el interés inmediato que en estos momentos puede despertar el fenómeno griego en función de la democratización a escala planetaria. De todos modos, los historiadores del mundo helénico no están al margen (ni podrían estarlo) de lo que Finley ha denominado con acierto el uso y abuso de la historia⁸. Todo esto nos reconduce al problema señalado por Halperín: ¿de qué modo y bajo qué circunstancias se organiza el disenso o el consenso sobre el pasado, y cómo esto obedece a condiciones que remiten a los procesos del presente?

Ilustrémoslo con un ejemplo de la historiografía reciente. Hace una década y media, en su obra sobre la emergencia de lo político entre los griegos, Christian Meier⁹ ponía claramente su trabajo bajo las nociones de Carl Schmitt, quien había elaborado el concepto de lo político a partir del criterio de la distinción entre amigo y enemigo, cuyo sentido radica en señalar el grado máximo de una unión o separación, asociación o disociación en donde el enemigo no debe ser considerado como moralmente malo sino que es el otro, el extraño, y con esto alcanza para determinar su esencia¹⁰. Actual-

mente, las ideas del teórico alemán han sido reconsideradas bajo una advertencia clara de los riesgos que sus posturas comportan para el funcionamiento jurídico-constitucional del estado de derecho, pues "el ambivalente pensamiento de Schmitt —sostiene Rafael Agapito— fascina por su radicalidad teórica y la agudeza de sus análisis, y suscita al mismo tiempo un justificado temor debido al reduccionismo que para la teoría y el Derecho constitucionales pueden implicar sus propuestas de solución"¹¹. Se nos escapa si el uso que Meier ha hecho de los conceptos de Schmitt generó alguna reacción entre los historiadores de la Grecia antigua o entre los politólogos, teniendo en cuenta lo controvertido del pensamiento de este último. Sin embargo, un artículo reseña aparecido dos años después de la publicación alemana del libro de Meier se contentaba con indicar ciertas críticas tibias a las nociones de Schmitt y pasaba luego a discutir la pertinencia analítica de la categoría de lo político para el análisis de la polis. Según se lee en esta reseña, la noción schmittiana de lo político tiene sus dificultades dado que resulta complicado colocar a los esclavos

vos y metecos—sobre los que Meier habla muy raramente y sólo de manera incidental— en un lugar preciso, pues queda claro que no pueden ser enmarcados en los agrupamientos “amigo” o “enemigo”; su ubicación deviene así extrapolítica. A raíz de esto, el autor de la reseña se pregunta si es posible describir la polis sin tener en cuenta que los esclavos y los metecos estaban dentro de ella, y si es apropiado definir al ciudadano sin hacer referencia a figuras que en un cierto sentido no eran su negación, sino que continuaban siendo contiguas a él¹².

Podríamos apelar aquí nuevamente a los dichos de Halperin para caracterizar la situación actual de la historiografía argentina y aplicarlos a la producción historiográfica reciente sobre la Grecia antigua: las divergencias como las recién señaladas existen, pero mientras unas décadas atrás hubieran estado vinculadas con un proyecto de transformación de la sociedad, hoy, en cambio, “ese proyecto no existe, y la negativa a plantear esta conexión está justificada, pero hace que el debate sea mucho más parecido a los tradicionales debates eruditos, que por otra parte han contribuido mucho al progreso de la historiografía”¹³. Es en este punto donde nos encontramos con la uniformidad que la vigencia de un consenso resignado impone. El mundo académico, al menos dentro de ciertos ámbitos, se ha hecho cargo así de los mandatos de la todopoderosa razón democrática actual. En este sentido, muy recientemente Paul Demont señalaba —en una reseña crítica aparecida en una prestigiosa revista francesa sobre el mundo griego¹⁴— que en los Estados Unidos los análisis sobre la democracia ateniense se inscriben en un campo de discusión que consiste en discernir cómo hacer un uso políticamente correcto de Grecia o, en su defecto, dejar de lado este uso. En Euro-

pa, en cambio, continúa Demont, esto no se percibe con la misma nitidez: aunque se reconozca que en las actuales circunstancias de fines del siglo XX las instituciones democráticas occidentales parecen haber ganado, por vez primera, la partida en los países industrializados, de todos modos, en el Viejo Continente ha resultado menos necesario hacer intervenir la democracia ateniense en los debates políticos contemporáneos. Este hecho conlleva, según Demont, la posibilidad de una mejor comprensión de las particularidades de esta importante invención humana que fue la democracia ateniense en tanto sistema político históricamente datable, pues es necesario de aquí en más estudiar la democracia ateniense sin buscar allí ni un modelo ni un repositorio¹⁵.

La inscripción que da este autor al problema —en un marco en que la democracia aparece como triunfante—, junto con su afirmación acerca de la ausencia de referencias a la democracia ateniense en los debates políticos actuales de Europa, sitúa a los estudiosos de este continente en unas condiciones que, en apariencia, resultan más apropiadas que las de los científicos estadounidenses para abordar la cuestión de la democracia antigua. Esto, evidentemente, nos reconduce al problema señalado al inicio del trabajo: ¿cómo incide la situación presente sobre los trabajos de historia de la Grecia antigua? Veamos entonces sobre qué bases historiográficas Demont establece sus conclusiones. Entre las obras que refiere y comenta críticamente encontramos el importante libro de Josiah Ober sobre la relación entre masas y élite en la democracia ateniense¹⁶. Lo interesante de esta obra es que se presenta como un libro que pretende estar dirigido tanto a los clasicistas y los historiadores de la antigüedad como a los científicos socia-

les y los politólogos, e, incluso, a todos los ciudadanos comunes que puedan eventualmente encontrar en la democracia medios de auto-gobierno y una forma de vida¹⁷. El otro elemento que nos interesa en el presente contexto lo hallamos en el primer capítulo del libro, donde el autor compara la democracia ateniense con la moderna introduciendo en este marco los debates actuales estadounidenses acerca del papel de la élite de acuerdo con las teorías contemporáneas del estado moderno. En tal sentido, la estabilidad y la fuerza de la democracia ateniense residirían, según el autor, en la existencia de una ideología que integraba y, en esa misma medida, sobrepasaba las contradicciones entre élite y masas. El autor llega a sostener entonces que con gusto propondría este modelo para la democracia americana¹⁸. No sabemos hasta qué punto el deseo de Ober de que el libro fuera leído no sólo por especialistas sino también por los ciudadanos comunes se ha cumplido. En todo caso, hemos de reconocer en este trabajo la presencia de las discusiones norteamericanas actuales a las se refería el autor de la reseña antes comentada. Y, asimismo, debemos admitir que la confluencia ideológica entre masas y élite que Ober encuentra en la democracia ateniense, y que con gusto aplicaría a los Estados Unidos, revela no otra cosa que la vigencia en nuestro presente de la todopoderosa razón democrática, aunque es menester reconocer que el autor parece apuntar no tanto a conservar el actual estado de cosas como a reflexionar en torno a “qué debería significar hoy en día la democracia”¹⁹.

Esta propuesta de Ober se inscribe en la línea “anti-elitista” planteada por Finley, quien se explayó sobre las diferencias entre la democracia antigua y la moderna haciendo hincapié en el hecho de que en las sociedades



democráticas actuales, de acuerdo con la formulación elitista de Schumpeter, son los dirigentes de los partidos políticos los que deciden, mientras que en la democracia ateniense ni siquiera Pericles había alcanzado ese poder, pues, periódicamente, tenía que someterse a la confirmación de su línea política en las reuniones de la asamblea, e incluso en ese marco debía confrontar sus propuestas con las de otros oradores, y el pueblo podía retirarle su apoyo dejando así de lado su línea de acción²⁰. En efecto, los ciudadanos comunes atenienses no sólo detentaban la elegibilidad para desempeñar cargos públicos y el derecho a escoger

magistrados, sino también el poder de decidir sobre todos los asuntos políticos, a través de la asamblea y el consejo de los quinientos, y el de juzgar en los tribunales todos los casos importantes. La autoridad quedaba así concentrada en la asamblea; los puestos administrativos, fragmentados y rotativos, eran seleccionados por medio de sorteos; los tribunales populares, la falta de una burocracia a sueldo, todo ello desalentaba la creación de una maquinaria de partido, y, por lo tanto, de una minoría política institucionalizada. La dirección que podían ejercer los líderes políticos era directa y personal, de modo que no existía la posibilidad de que políticos intermediarios actuaran manipulados por aquellos dirigentes que ejercían el poder real entre bastidores. Pericles y otros líderes constituían una élite política; pero esta élite no podía perpetuarse a sí misma a través de un funcionamiento autónomo, sino que para integrar sus filas era necesario que el pueblo, mediante la actuación pública ante todo en la asamblea, reconociera a alguien como un líder y depositara en él, momentáneamente, su confianza. El acceso estaba siempre abierto a nuevos miembros de la élite, y la permanencia continuada en la escena política requería continuada actuación²¹.

Es interesante comprobar, en el prefacio de 1972, cuál es la inscripción que el autor concebía para su comparación entre la democracia antigua y la moderna: "me pareció oportuno hablar profesionalmente, en cuanto historiador de la Antigüedad; mas al mismo tiempo intenté relacionar la experiencia antigua (griega) con un tópico que es objeto de controvertida discusión por parte de nuestros coetáneos: la teoría de la democracia. Este tipo de discurso, que antaño era frecuente, ha caído hoy en desuso"²². A un cuarto de siglo de estas afirmaciones, volve-

mos a encontrarnos aquí con los elementos que hemos tratado de bosquejar en los desarrollos precedentes: la falta de una relación estrecha entre las visiones históricas sobre el pasado y las situación presente. Por cierto, Finley ha tenido una visión pesimista acerca de la inserción de la historiografía en los problemas de actualidad; su intento ha sido, de manera continua, tratar de acotar esta carencia a través no sólo de un sinnúmero de trabajos eruditos sino también mediante gran cantidad de textos destinados al gran público. Sin embargo, en un artículo de 1977 –en consonancia con lo ya indicado en su prefacio de 1972 recién citado– Finley resignadamente señalaba que los historiadores son adeptos, hoy por hoy, a la idea de que el progreso historiográfico consiste en disponer de una casuística mucho más rica, es decir, instrumentos intelectuales y técnicos cada vez más precisos. El autor rescata entonces del olvido a un historiador importante, Theodor Mommsen, que, al recibir el premio Nobel de literatura en 1902 en especial por su historia de Roma, sufría ya el rechazo por parte de sus colegas, aunque tenía gran resonancia en un público de amplio espectro. Más recientemente, se le ha formulado otra crítica: la obra de Mommsen es confusa porque introduce al lector en dos pasados, el de los romanos y el de las luchas políticas del siglo XIX. Finley es claro al respecto: mejor dos pasados que ninguno, señalando así la falsa creencia en que pueda estudiarse y escribirse historia de manera aséptica y desideologizada²³. La situación historiográfica presente –caracterizada por Halperín como un consenso resignado– es lo que aflora de las precisiones de Finley. Aunque éste está menos convencido que Halperín en reconocer que nuestros debates académicos –cada vez más eruditos y cada vez menos explícita-

mente implicados en el terreno ideológico– constituyan un progreso en la historiografía; de allí que en el título de su texto la palabra progreso aparezca entrecomillada.

Volvamos a los trabajos sobre los que Paul Demont construye su perspectiva crítica. La actitud de Ober, implicado como está en las discusiones que se plantean en su país sobre la democracia, aparece contrastada con el análisis de Mogens H. Hansen sobre la democracia ateniense²⁴, uno de los libros más valiosos de los últimos tiempos sobre la cuestión, que muestra una prudente y silenciosa distancia respecto de los problemas políticos actuales. El propio Hansen nos indica el por qué de esta distancia: en las naciones europeas las instituciones políticas del estado nunca han llegado a tener tanta importancia como la que alcanzaron en la antigua polis griega; en este siglo incluso las instituciones han tendido a importar menos aun. A partir de entonces la ciencia política se ha desligado del estudio de la morfología de las instituciones políticas focalizando sus intereses en las fuerzas extra-institucionales que inciden en la toma de decisiones políticas. Es a causa de esto que Hansen señala que aplicar mediante una extrapolación los criterios de análisis de los sistemas políticos modernos a la antigua polis griega puede ser engañoso o, en todo caso, peligroso. "Yo aprecio mucho –dice Hansen– los nuevos estudios de los grupos políticos, la estructura social y la opinión pública... pero ellos no deben llevar a una minimización de la importancia de las instituciones políticas"²⁵. Podemos concluir que si en el caso de Ober lo que primaba eran las teorías recientes sobre la democracia inscritas en el marco de la razón democrática universal, en Hansen en cambio se impone el interés meticuloso en detallar las formas instituciona-



les de la democracia griega fuera de las controversias del presente, es decir, un análisis erudito despojado de todo tipo de confrontación que no gire en torno a la pertinencia de tal o cual hipótesis para la mejor comprensión histórica del fenómeno. No obstante, cabe preguntarse si la postura adoptada por Hansen está menos expuesta a los avatares del presente que la decidida toma de partido de Ober: ¿el hecho de privilegiar un análisis institucional no implica de por sí, más allá de cuestiones metodológicas, una decisión que se inscribe –quiérase o no– en la desideologización de los estudios históricos que señalábamos de entrada a través de las elaboraciones de Halperín? Esto no quita un ápice a ambos análisis, por lo demás, sólidamente docu-

mentados y argumentados en el plano del discurso histórico; pero nos indica cómo se han posicionado los estudiosos ante el reubicamiento de las fuerzas políticas ocurrido entre los '80 y los '90. Es claro que el examen de la democracia ateniense, como tema propio de la historiografía moderna sobre Grecia, ha estado signado por la situación contemporánea en torno a la democracia; pero no siempre las circunstancias condujeron a una comparación, a un uso o, incluso, a un abuso de la experiencia antigua en función de los problemas actuales.

Parece evidente entonces que la brecha entre los estudios académicos y los debates políticos contemporáneos tiende a ensancharse: el consenso diluye los antagonismos de fondo; nadie parece querer salirse de los dictados de la todopoderosa razón democrática. En consecuencia, las controversias —cuando las hay— quedan inmediatamente emplazadas en el marco democrático universal de nuestro fin de milenio. Ahora bien, el punto más sintomático de estos deslizamientos tanto epistemológicos como ideológicos tal vez nos lo brinde la situación historiográfica en torno al problema de cómo pensar la política en la Grecia antigua. Ya hemos visto de qué modo Finley había abierto la posibilidad de localizar este objeto de análisis bajo la categoría de invención. Señalamos también la amplia aceptación de sus ideas, formuladas a comienzos del '60, a partir de los '80. Hemos indicado asimismo nuestra perplejidad por la vuelta a la categoría de revolución hacia mediados de los '80 por parte del propio Finley, cuando el lenguaje de la invención que él había adoptado un poco en soledad ya resultaba si no trivial al menos sí un patrimonio de la historiografía sobre la antigüedad clásica. Advertimos de pasada que en el caso de Halperín Donghi el movimiento pare-

ce ser inverso: lo que hacia comienzos de los '70 se inscribía bajo la categoría de revolución, a mediados de los '90 el propio autor lo ha resignificado con el lenguaje de la invención de la política, o incluso como radical novedad, momento radicalmente innovador. Planteemos entonces nuevamente la pregunta: ¿a qué se debe este cambio de conceptos? ¿Se trata simplemente de una pura moda, u obedece a una transformación más “radicalmente innovadora”? Para formularlo sin eufemismos: ¿por qué la lengua de la revolución ha cedido su lugar a la de la invención, y a qué se debe que esto último sea hoy algo trivial, como señala Halperín?

En los años '60 y '70 la historiografía contemporánea sobre la Grecia antigua giraba en torno a un eje delimitado, de algún modo, por las problemáticas marxistas. No es que todos los autores se identificaran inmediatamente con el método o la teoría marxistas, y menos aun con una política concebida desde sus postulados. Pero en los análisis históricos de la antigüedad clásica la pregunta por el lugar de la economía en la sociedad, su relación con la política o la magnitud de la esclavitud²⁶, tenía en las propuestas marxistas uno de los sustentos del debate, y, en muchos casos, estaba en la base de las soluciones adoptadas, se reconociera conscientemente o no este hecho. En forma sintética, podemos decir que los estudios así concebidos se inscribían en el campo de aquellos análisis que intentaban ver las determinaciones causales o estructurales de la dinámica social del mundo griego, y, paralelamente, cómo actuaba lo económico sobre lo político. Unificando de manera esquemática las ideas fundamentales de estos trabajos, puede precisarse que la sociedad antigua albergaba dos contradicciones: una fundamental y determinante, la



contradicción entre relaciones de producción y fuerzas productivas definida a nivel de la estructura económica del modo de producción, y otra principal y dominante, contradicción delineada en el plano de la comunidad cívica de los ciudadanos, que los propios antiguos habrían percibido cuando se referían a las oposiciones entre ricos y pobres. Lo que se intentaba articular en estos estudios era el reflejo de la instancia económica en la instancia política, es decir, cómo las condiciones sociales y la base económica de las clases, según se definían a nivel de la contradicción fundamental, actuaban sobre la contradicción principal delimitada en el terreno político de los manifiestos conflictos civiles y sociales entre los ciudadanos²⁷.

Uno de los elementos básicos en estos análisis era la importancia asignada al fenómeno esclavista, pues, desde un punto de vista u otro, se creía —y, en muchos casos, se sigue creyendo aun— que o bien el “modo de producción esclavista” o bien la “sociedad esclavista” determinaba de un modo u otro los procesos sociales del mundo greco-romano²⁸. En este contexto, un punto fundamental de de-

bate radicaba en saber si habían existido o no revoluciones en el mundo clásico, y con ello todos los elementos derivados: clases sociales, la existencia o no de una conciencia de clase, el sujeto revolucionario, etc. Algunos, tratando de precisar el concepto de revolución para poder aplicarlo al análisis histórico de la antigüedad, enunciaron una distinción entre las revoluciones antiguas y las revoluciones modernas. Así, mientras en éstas habría un sujeto revolucionario, en aquéllas se trataría de cambios en las estructuras económico-sociales sin que hubiera un agente claro de esos cambios. Este asunto nos devuelve a los problemas señalados por Finley sobre la noción de revolución, que en ciertas formulaciones dio paso a una teleología de la historia, pues algunos sostuvieron que todo cambio profundo en la base económica de la sociedad que condujera a una nueva formación social, como la transición del mundo antiguo al feudalismo, debía ser necesariamente producto de una revolución resultado de las luchas de clases²⁹.

A partir de los '80, como ya vimos, la política comenzó a ser apreciada en

su "autonomía" ya no relativa sino en función de los límites precisos de los mecanismos y el juego interno propios de esta esfera de lo social. Esta corriente, en efecto, se ha movido en una dirección diferente de la anterior y ha tendido a poner de relieve que la política ha sido una invención indeducible a partir de aquellos elementos que serían "sus" antecedentes, pues éstos no podrían dar razón del por qué de dicha invención. En este sentido, lo hemos visto ya, es Finley el que ha abierto la posibilidad de pensar de otro modo. Su producción es, en verdad, sintomática, ya que, por un lado, al abordar cuestiones económico-sociales debió hacerse cargo de problemas muchas veces planteados por los trabajos de índole marxista, mientras que, por el otro, se mantuvo al margen de los criterios marxistas de análisis —por momentos combatiéndolos con cierta dureza—, articulando explicaciones capaces de dar cuenta de lo nuevo. Cabe mencionar aquí, a modo de ejemplo, cómo Finley ha planteado el lugar del campesinado en el mundo greco-romano: "ese fenómeno nuevo, y pocas veces repetido, de la antigüedad clásica: la incorporación del campesino a la comuna política como miembro con todos los derechos"³⁰, de otra manera: "el campesinado había obtenido su libertad personal y su derecho a la tierra no sin luchas, en que también había conquistado la ciudadanía, el derecho de ser miembro de la comunidad, de la polis. Esto en sí mismo era radicalmente nuevo en el mundo"³¹.

Ciertamente, el asunto de la invención recorre, como dijimos de entrada, la obra de Finley. En *El nacimiento de la política* es donde encontramos el desarrollo más acabado: el autor propone que la política en el mundo greco-romano es un invento que conviene analizar sin remitir a la base econó-

mica. En este sentido, al estudiar las relaciones entre estado, clase y poder, el autor percibe que los términos más apropiados para pensar políticamente los sectores que componen el cuerpo de ciudadanos (estas partes sobre las que el estado intenta fundar un lazo social), son los ricos y los pobres. Y para que no exista confusión al respecto, cuando intenta ver qué son estos ricos y estos pobres desde un punto de vista económico, argumenta que lo que se encuentra es una diversidad de situaciones; por lo tanto, un análisis de la base económica de los grupos es posible pero no aclara demasiado en cuanto al funcionamiento de la política en el mundo antiguo. Plantear esta cuestión es necesario porque podría existir la tentación de asimilar a los ricos y los pobres con diferentes clases sociales, tentación que reinstalaría el problema de la explicación de la acción del sujeto político a partir de un determinante económico. Según la terminología de los antiguos, los agrupamientos ricos y pobres constituyen categorías que dependen del funcionamiento de la ciudad-estado y, por lo tanto, de la política, porque en un análisis político los términos conceptuales son, por necesidad, categorías de la política³².

Este cambio de paradigmas entre la etapa de los '60/'70 y la de los '80/'90, que hemos presentado aquí en forma muy esquemática, obedece para nosotros a una cuestión muy precisa: lo que hoy se festeja como el triunfo universal de la democracia es, desde nuestra perspectiva de la situación actual, la crisis de la política, tema ciertamente muy nombrado que, de todos modos, es necesario retomar ahora. En este terreno, nos topamos precisamente con el problema de la invención de la política, cuestión que si hoy podemos plantear es justamente porque asistimos a la crisis misma de la política, a su ausencia. Tal la peculiaridad, en definitiva, de es-

ta crisis, que aparece incluso bajo la idea de que hablar de invención de la política resulta hoy día una trivialidad. En efecto, la crisis de la política, la revolucionaria principalmente, es lo que ha permitido que en nuestro contexto actual se pudiera comenzar a hablar de invención de la política: ante su ausencia, ante su falta, ante su inexistencia actual, la posibilidad de inventarla. Ahora bien, entre la categoría de revolución y la de invención parece haber una gran diferencia: mientras que aquélla

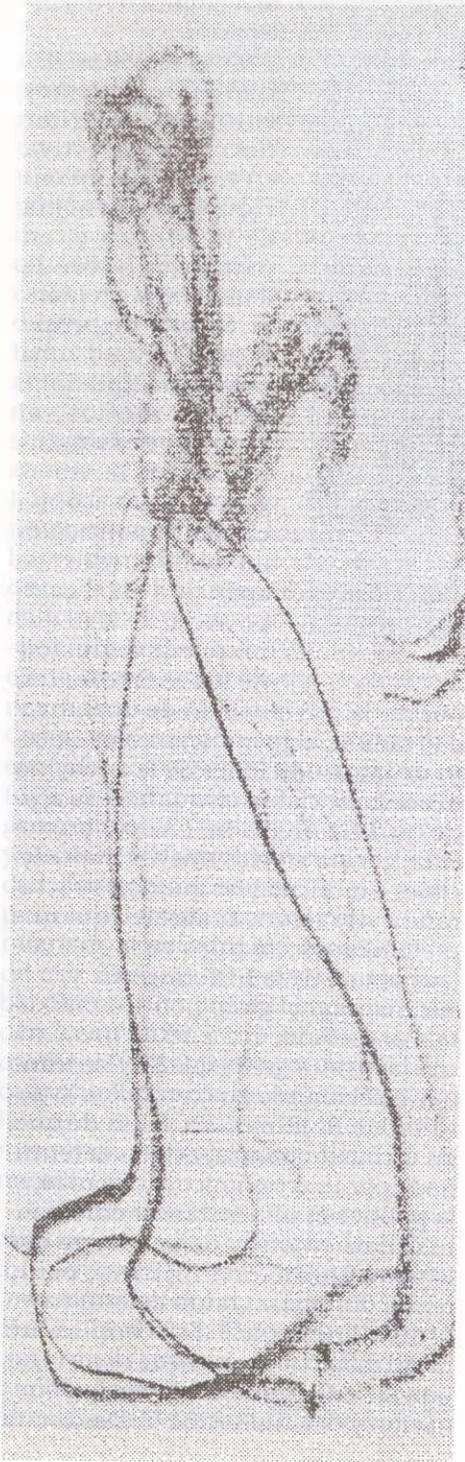
había quedado, a partir de la Revolución Francesa y la utilización que de ella empezó a hacer el marxismo³³, ligada a un proyecto y una práctica política efectiva de emancipación, ésta, en cambio, no remite a ningún proyecto de transformación de la sociedad sino que sólo destaca la necesidad de inventar una nueva política. Es así que al no haber política, al estar en crisis, la idea misma de invención se torna trivial. Ahora bien, esta crisis es también, y sobre todo, la crisis del marxismo. Pero no se trata para nosotros de sumarnos a la reacción antimarxista contemporánea sino de re-fundar la hipótesis de una política de la no-dominación, de la cual Marx ha sido el fundador³⁴. La invención de la política trasluce este deseo, aunque no siempre de manera consciente. Sin embargo, la invención de la política es también, desde un tiempo a esta parte, un tópico historiográfico que puede estar hoy día muy distanciado de la idea de fundar o re-fundar



una política de emancipación.

En el marco así delimitado, podemos entonces inscribir nuestra perspectiva en torno a la invención greco-romana de la política y, en particular, sobre la democracia ateniese. Se trata de pensar la política desde una mirada historiadora. En este sentido, el asunto puede plantearse así: la emergencia de un acontecimiento político es un modo singular de aparición en el campo social de algo que no puede deducirse de los antecedentes,

por ser la presentación de una novedad radical, algo indiscernible respecto de las condiciones de la situación histórico-social en las que hace su aparición. Esta irrupción, una vez producida, genera efectos nuevos impredecibles e incalculables que desestructuran la situación. Es desde aquí que pretendemos situarnos en la encrucijada actual de la historiografía y, a la vez, retomar el gesto político marxista. Por un lado, es menester una crítica a la historiografía que ha planteado que en el mundo greco-romano la política era dominante a causa de que, en última instancia, estaba determinada por lo económico. En verdad, si la política es una instancia dominante se trata entonces de una fuerza que le pone fines a otras fuerzas y, por lo tanto, domina en tanto determina en última instancia³⁵. Esto implica un juego estructural en el que tiene lugar una articulación estricta entre dominación y determinación³⁶. Desde esta



perspectiva, más que de una emancipación se trataría antes bien de una subordinación: todo se daría en una adecuación entre lo determinante y lo dominante. La idea de revolución, utilizada generalmente por el marxismo en este marco analítico, pierde así su fuerza de ruptura y discontinuidad, para adecuarse al juego de las instancias y las causalidades estructurales. No es que nosotros creamos que para el marxismo no hay posibilidad de creación en el campo de lo social —la propia idea de revolución así lo indica—, pero la subordinación de esta categoría a las de dominación y determinación ha hecho que las posibilidades de pensar la invención, lo radicalmente nuevo, se vieran limitadas. Pero, por otro lado, nuestro intento consiste en dejar de lado la cómoda base analítica de la determinación, y analizar la productividad política ateniense como una serie de sucesos conectados a la emergencia política de la polis democrática. Se trata entonces de pensar no en el hecho de que una fuerza le ponga fines a otras fuerzas (y, en consecuencia, domine, pues tal sería el caso de la política como instancia dominante), sino en encuentros entre las prácticas que debemos entender no como complementaciones entre instancias dentro de una estructura con dominante, sino en tanto suplementaciones mutuas entre la práctica política democrática y las demás prácticas sociales, según la singularidad de cada encuentro, y de manera diversa según la índole de las prácticas que se suplementan. De este modo, con un ajustado trabajo en torno a los conceptos y los procesos históricos quizá la idea de invención de la política no se vuelva un lenguaje trivial, y podamos rescatar la categoría de revolución —como lo hiciera Finley al final de su vida— a la espera de una política que retome el gesto marxista... ■

Notas

1. M.I. Finley, «La revolución en la antigüedad», en R. Porter y M. Teich, eds., *La revolución en la historia* (1a ed. 1986), Barcelona, 1990, pp. 71-87.

2. «Demogogos atenienses», en M.I. Finley, ed., *Estudios sobre historia antigua*, Madrid, 1981, pp. 11-36, en p. 35. El texto fue publicado por primera vez en *Past and Present*, 21 (1962), pp. 3-24.

3. *El nacimiento de la política*, Barcelona, 1986; *L'invention de la politique. Démocratie et politique en Grèce et dans la Rome républicaine*, Paris, 1984. Los diversos trabajos en los que el autor planteó y desarrolló esta cuestión son correlativamente los siguientes: *Los griegos de la Antigüedad* (1a ed. 1963), Barcelona, 1966, pp. 42-43; «Los griegos» (1a ed. 1965), en E. Cassin, J. Bottéro y J. Vercoüter, *Los imperios del Antiguo Oriente. III. La primera mitad del primer milenio*, México, 1971 (Historia Universal Siglo XXI vol. 4), pp. 255-305. (Este texto fue retomado en la segunda parte de su libro *La Grecia primitiva: Edad del Bronce y Era Arcaica*, 1a ed. 1970; trad. esp. Buenos Aires, 1974, pp. 107-210, cf. pp. 153-154; 2a ed. 1981; trad. esp. Barcelona, 1983, pp. 83-162, cf. p. 119.) Por último, *Vieja y nueva democracia* (1a. ed. 1973), Barcelona, 1980, p. 22, y «Política», en M.I. Finley, ed., *El legado de Grecia. Una nueva valoración* (1a ed. 1981), Barcelona, 1983, pp. 33-48.

4. T. Halperín Donghi, en R. Hora/J. Trimboli, *Pensar la Argentina. Los historiadores hablan de historia y política*, Buenos Aires, 1994, pp. 36-54, cita en p. 42. (El análisis al que alude es el de su libro *Revolución y Guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, 1972.) Halperín no parece haber utilizado tal «lenguaje trivial» sólo para la ocasión; en efecto, en el prefacio de su reciente libro *La larga agonía de la Argentina peronista* (Buenos Aires, 1994) presentaba su análisis sosteniendo lo siguiente (p. 9): «Es sabido que en la exploración de momentos como éste es preciso a la vez hacer justicia a lo que aportan de radical novedad, y a los vínculos que los unen con la etapa a la que han venido a dar desenlace; es sabido también que es ésta una de las tareas más difíciles para el historiador; muy pocos han logrado reconstruir con igual eficacia las dos caras a la vez complementarias y contradictorias de esos momentos radicalmente innovadores» (el subrayado me pertenece).

5. T. Halperín Donghi, en *Pensar la Argenti-*

na, pp. 47 y 48, respectivamente. El título que se le ha dado a la entrevista gira justamente en torno a estas cuestiones.

6. Esta idea ha sido asumida plenamente ahora por un periodista argentino, lo cual delata tal vez la impronta de nuestra época: «Ahora, en medio del triunfo universal de la democracia capitalista de tipo occidental, todos los dirigentes prometen lo mismo» (Mariano Grondona, *La Nación*, 20/10/1996, p. 9); o, de modo más extenso: «En una sociedad donde ha cesado el debate ideológico a partir de la caída del muro de Berlín y el fin de la guerra fría, donde todos son, con matices, partidarios de la democracia capitalista, lo único que le queda al ciudadano para escoger entre uno u otro político no es su ideología sino su credibilidad» (idem, *La Nación*, 13/10/1996, p. 9). Desde una crítica a esta perspectiva esto es lo que sostiene un filósofo contemporáneo: «Convengamos... en llamar nuestra democracia... capital-parlamentarismo. La hipótesis encubierta por el discurso sobre el triunfo de la democracia sería entonces la siguiente: estamos, políticamente, en el régimen del Uno, y no en el del múltiple. El capital-parlamentarismo es el modo único de la política, el único que combina la eficacia económica (o sea, el beneficio de los propietarios) y el consenso popular... El capital-parlamentarismo sirve de definición política a toda la humanidad» (A. Badiou, «Acerca de un desastre oscuro», *Acontecimiento. Revista para pensar la política*, 3, 1992, pp. 11-31, en p. 29). También podemos traer aquí otro tipo de crítica, en este caso a la función actual de los comunicadores sociales como Grondona: «La opinión en su esencia es voluntad de mayoría, y habla ya en nombre de una mayoría... (El reino de la opinión) triunfa cuando la cualidad escogida deja de ser la condición de constitución de un grupo, y no es más que la imagen o la "marca" de un grupo constituido que determina él mismo el modelo perceptivo y afectivo, la cualidad y la afección que cada cual tiene que adquirir. Entonces el marketing se presenta como el concepto mismo: "nosotros, los conceptuadores"... La filosofía de la comunicación se agota en la búsqueda de una opinión universal liberal como consenso, bajo el que nos topamos de nuevo con las percepciones y afecciones cínicas del capitalista en persona» (G. Deleuze y F. Guattari, *¿Qué es la filosofía?*, Barcelona, 1993, p. 148).

7. Como un ejemplo entre otros, cf. el fun-

damentado libro de D. Held, *Modelos de democracia*, Madrid, 1992.

8. Véase la serie de artículos y conferencias compilados por el autor justamente bajo el nombre de *Uso y abuso de la historia*, Barcelona, 1977.

9. *La nascita della categoria del politico in Grecia* (1a ed. alemana de 1980), Bologna, 1988. Cf. introducción y primera parte, pp. 9-49. Incluso el capítulo V (p. 149) se abre con el siguiente epígrafe: «Carolo Schmitt tou politikou investigatori illustri». Véase, también, su *Introducción a la antropología política de la Antigüedad clásica*, México, 1985, serie de conferencias dictadas en el Collège de France en 1984 y publicadas con un prefacio de Paul Veyne; y, junto con éste, *L'identità del cittadino e la democrazia in Grecia* (1a ed. alemana 1988), Bologna, 1989. Cf. P. Pissavino, «Polis e democrazia in Atene. Linee preliminari di ricerca», *Athenaeum*, 64 (1986), pp. 218-222.

10. Véase C. Schmitt, *El concepto de lo político*, Madrid, 1991, passim, y, especialmente, pp. 56-57. Una lúcida crítica reciente de los conceptos de Schmitt sin apelar a criterios institucionalistas o jurídicos, en A. Negri, *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*, Madrid, 1994, pp. 25-26 y 40-42. De todas maneras, Negri (cf. pp. 45-46) reconoce en Schmitt ciertos elementos con los cuales coincide, especialmente en cuanto a los postulados filosóficos de Baruch Spinoza que permiten comprender el concepto de poder constituyente poniéndolo a salvo de malentendidos y mixtificaciones. De modo específico, respecto de Spinoza, ver del propio A. Negri, *La anomalía salvaje. Ensayo sobre poder y potencia en Baruch Spinoza*, Barcelona, 1993.

11. R. Agapito, «Introducción» a C. Schmitt, *El concepto de lo político*, pp. 11-38, cita en p. 11. El autor de la introducción (y además traductor) trata de poner de relieve los alcances de la teoría schmittiana a partir del contexto histórico en que se desarrolla, ponderando de manera balanceada sus aspectos críticos y polémicos. (Cabe recordar aquí que, en el marco de los debates y las negociaciones por la reciente reforma constitucional argentina, se acusó al presidente Menem de utilizar argumentos provenientes de la teoría de Schmitt, en clara alusión al avasallamiento de las fuentes jurídico-constitucionales del poder político. En el momento en que reviso el texto -octubre de 1996- Menem parece haber vuelto a apelar a los conceptos schmittianos, haciendo

uso ahora de las nociones de amigo y enemigo.)

12. G. Cambiano, «I greci e il "politico"», *Athenaeum*, 60 (1982), pp. 547-554, esp. pp. 552-553; en p. 552 se consignan las críticas de H. Marcuse, G. Lukacs y A. Ferguson a las ideas de C. Schmitt.

13. T. Halperin Donghi, en *Pensar la Argentina*, p. 47.

14. Véase P. Demont, «A propos de la démocratie athénienne et de la cité grecque», *Revue des Etudes Grecques*, 108 (1995/1), pp. 198-210, especialmente p. 210. Con una fe de erratas aparecida en *ibid.*, 108 (1995/2), p. 575. Cf. también, C. Ampolo, «Polis e ideologia della polis», *Athenaeum*, 57 (1979), pp. 154-159; P. Pissavino, «La polis e la sua immagine complessa», *Athenaeum*, 63 (1985), pp. 489-491, y los trabajos de L. Gil, «La ideología de la democracia ateniense», *Cuadernos de Filología Clásica*, 23 (1989), pp. 39-50, y «La mentalidad democrática ateniense», *Helmantica*, 46 (1995), pp. 5-21.

15. *Ibid.*, p. 210.

16. J. Ober, *Mass and elite in democratic Athens. Rhetoric, ideology, and the power of the people*, Princeton, 1989.

17. *Ibid.*, p. xiv.

18. Cf. *ibid.*, pp. 3-35. Ver P. Demont, *op. cit.*, pp. 198-199 y 201-203. Respecto de las teorías actuales acerca de la democracia se encontrará un equilibrado análisis de las mismas en D. Held, *op. cit.*, pp. 175-266.

19. Tal es el título del último de los capítulos de la obra de D. Held, *ibid.*, pp. 321-359.

20. Cf. M.I. Finley, *Vieja y nueva democracia*, pp. 9-48.

21. *Ibid.*, pp. 34-35. Cf. *El nacimiento de la política*, caps. II y IV.

22. *Vieja y nueva democracia*, p. 7.

23. M.I. Finley, «El "progreso" en la historiografía» (Daedalus, 106, 1977, pp. 125-142), en versión abreviada, en *Historia antigua. Problemas metodológicos*, Barcelona, 1986, pp. 11-18.

24. *The Athenian democracy in the age of Demosthenes. Structure, principles and ideology*, Oxford, 1991, edición basada en su extensa tarea de investigación condensada en su obra publicada en danés, en seis volúmenes, con el título *Det Athenske Demokrati i 4 årh. f.Kr.*, Copenhagen, 1977-1981. Paul Demont (*op. cit.*), pp. 199-200 y 203-206 utiliza la traducción francesa: *La démocratie athénienne à l'époque de Démosthène. Structure, principes et idéologie*, Paris, 1993, basada en la edición inglesa citada en primer término. La enorme producción de

Hansen incluye tres importantes volúmenes sobre el funcionamiento de la asamblea ateniense, que resultan hoy día insoslayables para abordar el asunto: *The Athenian ecclesia. A collection of articles 1976-1983*, Copenhagen, 1983; *The Athenian ecclesia II. A collection of articles 1983-1989*, Copenhagen, 1989; *The Athenian assembly in the age of Demosthenes*, Oxford, 1987.

25. Véase, al respecto, M.H. Hansen, «On the importance of institutions in an analysis of Athenian democracy», *Classica et Mediaevalia*, 40 (1989), pp. 107-113, cita en p. 113 (la traducción me pertenece).

26. Respecto del lugar de la economía en la sociedad y su conexión con la política, una pequeña muestra será suficiente aquí: cf. M. Austin y P. Vidal Naquet, *Economía y sociedad en la Grecia antigua* (1a ed. 1972), Barcelona, 1986, pp. 17-44. M. Godelier, «La política como relación de producción», en *Lo ideal y lo material*, Madrid, 1989, pp. 240-259, y B. Hindess y P. Hirst, *Los modos de producción precapitalistas*, Barcelona, 1979, pp. 83-111; en todos ellos está presente la idea formulada por Karl Polanyi acerca de que la economía en las sociedades precapitalistas está «incrustada» (embedded) en otras esferas de la sociedad. Por otra parte, sobre el problema de la esclavitud, la producción es amplísima; ver los significativos planteamientos -por el momento en que aparecieron- de M.I. Finley, «¿Se basó la civilización griega en el trabajo de los esclavos?» (1a ed. Historia, 8, 1959, pp. 145-164), en AA. VV., *Clases y luchas de clases en la Grecia antigua*, Madrid, 1977, pp. 103-127, y P. Vidal-Naquet, «¿Eran los esclavos griegos una clase social?» (aparecido en *Raison Présente*, 6, 1968), en *Formas de pensamiento y formas de sociedad en el mundo griego. El cazador negro*, Barcelona, 1981, pp. 189-199. Para una puesta al día, M.I. Finley, *Esclavitud antigua e ideología moderna*, Barcelona, 1982.

27. El trabajo pionero en este tipo de cuestiones es el de Ch. Parain, «Los caracteres específicos de la lucha de clases en la Antigüedad clásica» (1963), en AA. VV., *El modo de producción esclavista*, Madrid, 1978, pp. 257-287. A este artículo le siguió uno de J. P. Vernant, «La lucha de clases» (1965), en *Mito y sociedad en la Grecia antigua*, Madrid, 1982, pp. 5-21 en el que intentaba precisar los límites de las categorías marxistas para el análisis de la polis. Una década más tarde, R. Padgug, «Clases y sociedad en la Grecia clásica», y D. Konstan, «Marxismo y esclavismo romano», ambos en AA. VV., *El marxismo y los estudios clásicos*, Madrid,

1981, pp. 73-103 y 127-148, respectivamente, buscaron articular, a través de una lectura de las *Formaciones precapitalistas de Marx*, distintos conceptos para el análisis marxista de la antigüedad clásica. También debe incluirse en este tipo de intentos a P. Anderson, *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo*, México, 1979, pp. 10-22. Aunque distanciado de los puntos de vista de los autores citados, habría que mencionar como otro modo de concebir la relación entre política y economía la postura de G. de Ste. Croix, *The class struggle in the Ancient Greek World*, London-New York, 1981, 31-326, quien hace un excesivo hincapié en las relaciones de explotación como base de todos los procesos y, consecuentemente, reduce la estructura de clases a una dicotomía entre explotadores y explotados. Recientemente, un trabajo de D. Plácido, «Nombres de libres que son esclavos (Pólux, III, 82)», en AA. VV., *Esclavos y semilibres en la Antigüedad clásica*, Madrid, 1989, pp. 55-79, retoma todas estas cuestiones.

28. En relación a la postura marxista, que hace del «modo de producción esclavista» la forma económicamente dominante, ver la bibliografía citada en la nota anterior. Respecto de la idea de «sociedad esclavista», cf. M.I. Finley, *Esclavitud antigua*, pp. 84-118, y K. Hopkins, *Conquistadores y esclavos*, Barcelona, 1981, pp. 127-162.

29. Acerca de esto último, véase, por ejemplo, los trabajos de E.M. Staerman y S.I. Kovaliov, y la crítica de S. Mazzarino, todos recogidos en AA. VV., *La transición del esclavismo al feudalismo*, Madrid, 1975, pp. 59-145; E.M. Staerman reformuló algunas de sus ideas en *La esclavitud en la Italia imperial* (en colaboración con M. Trofimova), Madrid, 1979, esp. pp. 355-378. De un modo diferente el problema ha sido retomado por P. Dockès, *La liberación medieval*, México, 1984. Desde un lugar más estructuralista, ver Ch. Wickham, «The other transition: from the Ancient World to feudalism», *Past and Present*, 103 (1984), pp. 3-36. Cf. la balanceada crítica de C.G. García, «Movimientos bogaúdicos en el Bajo Imperio Romano», *Boletín de Historia Social Europea*, 2 (1990), pp. 3-33.

30. *La economía de la Antigüedad*, México, 1974, p. 132 (el subrayado me pertenece).

31. *Esclavitud antigua*, p. 114 (el subrayado me pertenece); cf. también, *idem*, *La Grecia antigua. Economía y sociedad*, Barcelona, 1984, p. 188.

32. M.I. Finley, *El nacimiento de la política*, cap. I. A los trabajos de Finley (ver notas 1 a 3)



y de Meier (ver nota 9), deben agregarse, entre otros, los artículos de P. Vidal-Naquet, recogidos en *El cazador negro*, ed. cit., y en *La democracia griega, una nueva visión. Ensayos de historiografía antigua y moderna*, Madrid, 1992; cf. N. Loraux, *L'Invention d'Athènes. Histoire de l'oraison funèbre dans la «cité classique»*, 2a ed., Paris, 1993; «Aux origines de la démocratie. Sur la "transparence" démocratique», *Raison Présente*, 49 (1979), pp. 3-13; y P. Rahe, «The primacy of politics in Ancient Greece», *American Historical Review*, 89 (1984), pp. 265-293. Una crítica al lugar común de los griegos inventores de la política, L. Canfora, «El ciudadano», en J.-P. Vernant, ed., *El hombre griego*, Madrid, 1993, pp. 139-177, esp. pp. 144-145.

33. Cf. S. Lazarus, *La catégorie de révolution dans la Révolution Française*, Paris, 1988 (Conférences du Perroquet N° 15).

34. Sobre el problema de la crisis del marxismo y la posibilidad de otra política de la emancipación, véase A. Badiou, *¿Se puede pensar la política?*, Buenos Aires, 1990. Cf. M. Benasayag, *Pensar la libertad. La decisión, el azar y la situación*, Buenos Aires, 1996, pp. 169-200.

35. Cf. L. Althusser, *Filosofía y marxismo*, México, 1988, pp. 34-35, que plantea un desplazamiento para la idea marxista habitual de determinación en última instancia: «todo puede ser determinante en última instancia, es decir, todo puede dominar. Marx lo decía de la política en Atenas...».

36. Respecto de este punto, véase A. Badiou, «El (re)comienzo del materialismo dialéctico», en L. Althusser/A.B., *Materialismo histórico y materialismo dialéctico*, México, 1980, y *Teoría de la contradicción*, Madrid, 1982.

Exodus*

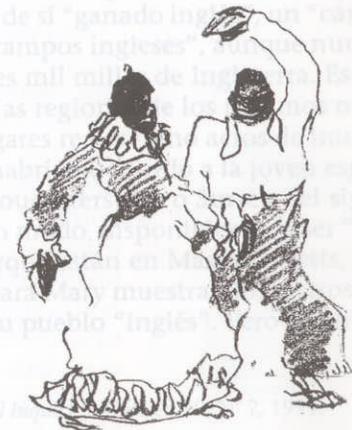
Benjamin Anderson

VI un lugar donde había estado el ganado inglés,
fue un consuelo para mí, tal como estaba,

Galería de textos

donde los indios se dispersaron rápidamente
por los desiertos campos ingleses!

La recién casada Mary Rowlandson, de diecinueve años de edad, recordaba así la experiencia de su captura por parte de los narragansetts, que la llevaron consigo a través de Massachusetts central -tal vez veinte millas al norte de la actual carretera- hacia mediados de febrero de 1675. Se observan en sus palabras singulares contradicciones totalmente criollas. Por un lado, ella no siente necesidad de explicar a sus lectores la localización de Squaukeag, ni menciona cómo pronunciar este llamativo topónimo no europeo. No es sorprendente su familiaridad: Squaukeag es, por así decirlo, "ese lugar camión abajo", en la medida en que ella nació y pasó toda su juventud en una Massachusetts igualmente no europea. Por otro lado, ve delante de sí "ganado inglés" y "desiertos campos ingleses", que ha estado a menos de tres mil millas de Inglaterra. Estos no son instantáneos de las regiones de los "campos de las douris" que eran lugares de la imaginación que nunca se le habrían ocurrido a un ministro de Gloria en el siglo diecisiete. Están, de algún modo, "inglés" precisamente porque están en Massachusetts, no en Inglaterra, y porque parecen mostrar los detalles de las labores agrícolas de su pueblo "inglés".



* Versión publicada en *Critical Inquiry*, vol. 12, no. 1, p. 107.



podemos adivinar positivamente que hasta el momento de su raptó había considerado al ganado como simple ganado y a los campos como meros campos. El momento de su "nacionalización" llega cuando, en poder de los narrangansetts, es separada con violencia de lo cotidiano y —justo en el mismísimo centro de su Massachusetts natal— se encuentra en un espantoso exilio. Ella lucha a lo largo de un camino que se convierte en inglés en el exacto momento en que está segura de que no puede dejarse caer y morir en él. Cuando es finalmente rescatada y regresa a su comunidad de origen, su "nacionalismo" desaparece. Porque se las ha ingeniado, de un modo u otro, para regresar a casa. Pero este hogar es Lancaster; no es (aún) América.

La paradoja aquí reside en que hoy podemos leer fácilmente a Mary Rowlandson como americana precisamente porque, en cautiverio, vio campos ingleses delante de sí. Acton estaba en lo cierto cuando escribió, doscientos años más tarde, que "el exilio es la nursery de la nacionalidad"³.



Del otro lado del Atlántico la narración de Mary Rowlandson fue publicada a un año de la primera edición de Massachusetts y resultó muy popular, acumulando treinta ediciones durante el siglo dieciocho⁴. Un público lector en rápido crecimiento en el flamante reino unido —Mary fue capturada dos décadas antes que Escocia— estaba tomando conocimiento de extrañas mujeres de escritura inglesa que nunca habían estado en Inglaterra pero que podían ser arrastradas a través de campos ingleses por "salvajes". ¿Qué eran? ¿Eran realmente inglesas? Estaba emergiendo el negativo fotográfico de "el colonial", de las inglesas no inglesas.



Los españoles no hispanos aparecieron muy tempranamente debido a que las conquistas españolas en el Caribe y en Sudamérica habían comenzado un siglo antes de los asentamientos ingleses permanentes en el norte. Ya en 1612, el teólogo dominico madrileño Juan de la Puente escribía que "los cielos de América inducen a la inconstancia, a la lascivia y a las mentiras: vicios propios de los indios y que las constelaciones hacen característicos de los españoles que nacen y se crían allí"⁵. Se estaba inventando figurativamente al criollo, para hacerlo luego cultural y políticamente. Podemos ver aquí —especialmente si recordamos que la ira de de la Puente fue posible por el sereno silbido de la imprenta en las dos direcciones del Atlántico— los orígenes históricos reales del "nativo", una

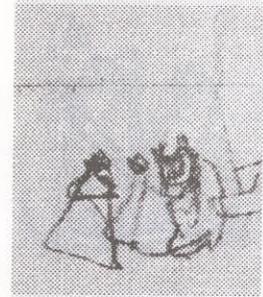
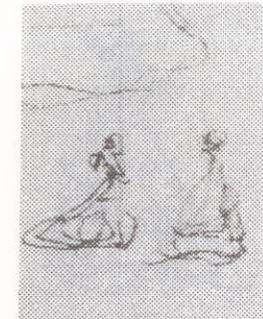
persona que persiste a veces bajo otros nombres hasta bien entrada nuestra época, en Europa tanto como en cualquier otra parte.

Porque el nativo, como el colonial y el criollo, es un negativo impreso. Su calidad de nativo está siempre desarraigada, su significación real es híbrida y oximorónica. Aparece cuando los moros, paganos, mahometanos, salvajes, hindúes y otros se están volviendo obsoletos, es decir, no sólo cuando, en la proximidad que da la vía impresa, números sustanciales de vietnamitas leen, escriben y tal vez hablan francés, sino también cuando los checos hacen lo mismo con el alemán y los judíos con el húngaro. Las castidades de los nacionalismos (como también sus purificaciones) están listas para emerger exactamente a partir de esta hibridez.

¿Qué fue lo que puso estas máquinas en movimiento? En otros términos, ¿qué posibilitó la inestable calidad de inglesa de Mary Rowlandson —y en su oportunidad, de Londres?— La respuesta sencilla es el capitalismo, cuyas instituciones permitieron el transporte de millones de personas libres, contratadas, o esclavizadas a través de miles de millas de agua desde mediados del siglo dieciséis. Pero los aspectos materiales de este transporte —barcos, armas de fuego y equipo de navegación— fueron guiados por el mapa inspirado matemáticamente de Mercator y el crecientemente vasto conocimiento acumulado difundido por la imprenta. Fue también a través del movimiento de ésta de un lado a otro del océano que se crearon los inestables e imaginarios mundos de las anglicidades y de las hispanidades.

Los nexos esenciales del transporte de larga distancia y de las comunicaciones impresas del capitalismo prepararon el terreno sobre el cual florecieron los primeros movimientos nacionalistas, hacia fines del siglo dieciocho. Es notable que este florecimiento tuviera lugar inicialmente en Norteamérica y posteriormente en las colonias católicas ibéricas del sur, cuyas economías eran preindustriales. Nada mejor, para ilustrar este proceso, que el hecho de que en la segunda mitad del siglo dieciocho había más prensas en la Norteamérica colonial que en la metrópoli.. Fue así como hacia 1765, en palabras de Michael Warner, "la imprenta había llegado a ser vista como indispensable para la vida política, y podía parecerle a hombres como Adams el agente principal de la emancipación del mundo. Lo que hace particularmente interesante a esta transformación de la prensa es que, a





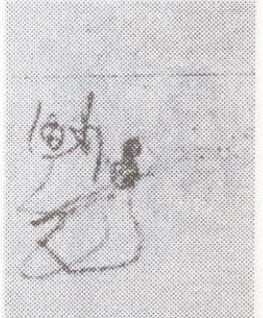
diferencia de la explosión del siglo diecinueve, virtualmente no involucró mejoras tecnológicas”⁶.

Estos mismos hechos sugieren con firmeza el carácter insostenible del argumento de Ernest Gellner de que el industrialismo fue la fuente histórica del surgimiento del nacionalismo⁷. (Podría agregarse que la mayoría de las zonas en las cuales llegaron a ser visibles los nacionalismos europeos del siglo diecinueve –digamos Irlanda, Grecia, Hungría, Polonia y Bohemia– fueron las más inexpertas en relación al “progreso industrial”). Sin embargo, el industrialismo, en un estadio posterior, sí llegó a tener una notable importancia para la difusión y la transformación del nacionalismo, primero en Europa y después en Asia y Africa. Lo fue al crear nuevos tipos de exilio, directa e indirectamente.

En su bizarra novela de 1847, *Tancred, or the New Crusade*, Benjamin Disraeli advertía que “Londres es una Babilonia moderna”⁸. En este oximoron, los ecos de la narrativa del cautiverio son tan fuertes como los de los proverbiales tropos de la lujuria y la corrupción. Se desprende lógicamente del celebrado subtítulo de *Sybil, or the Two Nations*, que Disraeli había publicado dos años antes. Al profundizarse, el capitalismo industrial había creado por entonces “dos naciones” dentro de un mismo estado territorial muy pequeño –más pequeño, si excluimos a Irlanda, que Pennsylvania y Nueva York juntas–, naciones que, sin embargo, no se correspondían en modo alguno con supuestas comunidades étnicas o religiosas. Friedrich Engels había sido precedido por George Stephenson cuando llegó a Manchester en 1842 y comenzó sus estudios sobre la condición de la clase obrera. La capital textil del mundo ya tenía una estación de ferrocarril. La locomotora había iniciado su misión histórica de transportar millones de aldeanos a los barrios bajos urbanos, una misión apenas menos trascendental que la que había desempeñado el barco de navegación trasatlántica durante los tres siglos precedentes⁹. Sólo una minoría podía regresar a terminar sus días en aquellos cementerios donde descansaban los rudos antepasados de la aldea. Gellner describe espléndidamente cómo la experiencia novedosa de la vida industrial transformaba radicalmente sus vidas y cómo esta transformación los hizo accesibles para el nacionalismo, pero su descripción debería ser leída bajo el signo del exilio. Estaba comenzando a ser posible ver “campos ingleses” en Inglaterra –desde la ventanilla del vagón del ferrocarril.

Mientras tanto, de la misma riqueza que el capitalismo industrial estaba produciendo para los Estados europeos, estaba surgiendo un exilio de diferente clase. Porque esta riqueza estaba posibilitando la difusión de un sistema de educación pública centralizado, estandarizado y acentuadamente jerárquico. E. J. Hobsbawm nos recuerda que para la época de la publicación de *Tancred*, en las vísperas de los levantamientos de 1848, había solamente alrededor de 48.000 estudiantes universitarios en toda Europa, un número sustancialmente más bajo que la matrícula actual de la Universidad del Estado de Ohio¹⁰. Pero en la segunda mitad del siglo, los ministerios de educación brotaron por todas partes como hongos –Suecia en 1852, Inglaterra en 1870 y Francia en 1882– y los niños comenzaron a ser obligados a migrar a las escuelas¹¹.

Cuando el maduro filipino Pedro Calosa fue entrevistado a mediados de los años 1960 y se le pidió que comparara las condiciones de ese tiempo con las del levantamiento de 1931 que él dirigió contra el colonialismo americano, observó con nostálgica satisfacción que “no había adolescentes” entonces¹². Porque este nuevo tipo humano –nómada entre la niñez y la adultez trabajadora– por entonces sólo estaba comenzando a surgir de los novedosos aparatos de los imperialistas para la educación masiva. Por lo general, sin embargo, la adolescencia era, desde la segunda mitad del siglo diecinueve, la situación sobre la cual el estado imponía su lengua vernácula estandarizada. Si ésta era un dialecto socialmente valorizado de una lengua ampliamente comprendida por los sujetos del estado (digamos, el inglés del rey), o una lengua determinada entre una multiplicidad de lenguas vernáculas (digamos, el alemán en Austria-Hungría), el efecto era típicamente la reestratificación y la racionalización de la jerarquía social y política de lenguas vernáculas y dialectos; en mayor medida cuanto que la nueva educación estaba crecientemente ligada a las posibilidades de empleo y a las oportunidades de movilidad social. Resulta poco sorprendente el hecho de que la gente estuviera adquiriendo mayor conciencia personal sobre sus prácticas lingüísticas y las consecuencias de esas prácticas. Con bastante frecuencia el efecto era una especie de exilio. En la medida en que una lengua vernácula estandarizada dejaba de ser meramente el lenguaje interno de los funcionarios para convertirse en el lenguaje oficial de un estado propagandista, lo





más probable era que emergiera en la Vieja Europa alguna reminiscencia del criollo o nativo: el alemán no realmente alemán, el italiano no enteramente italiano, el español no español. Apareció una especie de negatividad inestable, como en América. Por consiguiente, nada es menos llamativo que el hecho de que los movimientos nacionalistas que transformaron el mapa de Europa hacia 1919 estuvieran liderados por jóvenes bilingües, un patrón que sería continuado después de 1919 en Asia y África. ¿Cómo un niño que aprendió checo de su madre y alemán de su escolarización podía desaprender un checo que no había dejado rastros contaminantes en sus compañeros de clase germano-parlantes? ¿Cómo podía no ver su checo en el exilio, a través del telescopio invertido de su alemán?

A partir del panorama bosquejado hasta aquí, uno podría inclinarse a ver el ascenso de los movimientos nacionalistas y sus culminaciones variables en naciones-estados exitosos como un proyecto para regresar a casa desde el exilio, para la resolución de la hibridez, como una impresión positiva a partir de un negativo en el cuarto oscuro de la lucha política. Si alguien emigró desde una aldea en el delta del Ganges y fue a escuelas en Calcuta, Delhi y tal vez Cambridge; si alguien sobrellevó las contaminaciones indelebles del inglés y del bengalí; si alguien estaba destinado a ser cremado en Bombay, ¿dónde estaría claramente en casa?, ¿dónde podría nacer, vivir y morir unitariamente sino en "India"?

Al mismo tiempo, por todas las razones apuntadas, el hogar tal como surgió fue menos experimentado que imaginado, e imaginado a través de un complejo de mediaciones y representaciones. Al nivel más simple, este acto de imaginación tuvo lugar a través de símbolos visuales tales como banderas, mapas, estatuas, ceremoniales microcósmicos, y, a un nivel más profundo, a través del gobierno "propio" y "representativo". Me parece que la ingeniosidad de los mecanismos del sufragio popular consiste en la doble tarea que desempeñan. Individualmente, los legisladores representan intereses particulares, localidades y parcialidades; colectiva y anónimamente, como Parlamento, Dieta o Congreso, representan a una nación unitaria y a un estado soberano¹³.

Puede verse así porqué el establecimiento y el reconocimiento de los estados-nación fue tan central para los proyectos nacionalistas del siglo diecinueve, que destruyeron los sistemas imperiales dinásticos, vastos y polí-

glotas, heredados de la era del absolutismo. Porque se sentía que representaba, con sus instituciones republicanas características, un alineamiento sobre nuevas bases del hogar imaginado y de los imaginados dueños de casa, y que garantizaba ese alineamiento estabilizado por medio del despliegue organizado y sistemático de sus poderes y recursos. De ahí la plausibilidad del sueño de List de una economía nacional autoabastecida, custodiada por el arancel. De ahí también, puede sospecharse, la morfología de los sistemas de ferrocarril de List, proyectados hacia el interior desde las periferias estatales hacia las capitales de los estados, y a menudo, al estilo Zollverein, caracterizados en las fronteras por trochas diferenciales¹⁴. Si esta conjetura es correcta, podría verse a la locomotora junto con la prensa impresa como los puntos materiales de unión entre el proyecto clásico de estado-nación y el capitalismo en la etapa del industrialismo primitivo.

Sin embargo, la ironía es que, justo cuando el proyecto clásico de estado-nación estaba siendo reconocido cabalmente con la formación de la Liga de Naciones en 1919, el avance del capitalismo comenzaba a minar sus cimientos. Como en épocas más tempranas, las transformaciones más visibles ocurrieron en las áreas del transporte y las comunicaciones. Por tierra, los vehículos motorizados desplazaron crecientemente a la locomotora, mientras que los caminos pavimentados que proliferaron no fueron regulados en las fronteras nacionales. Por aire, la aviación comercial fue principalmente transnacional desde el principio, con la excepción de unas pocas naciones muy extensas y ricas como los Estados Unidos. Se voló para dejar el o regresar al propio estado nacional más que para moverse dentro de él, y el "espacio aéreo nacional" tuvo sólo una corta vida razonable antes de que el advenimiento del satélite lo hiciera obsoleto. La marcha y el empuje de estos cambios están vívidamente demostrados por las estadísticas de admisión de extranjeros no inmigrantes en la América históricamente inmigrante:

1931-40	1.574.071
1941-50	2.461.359
1951-60	7.113.023
1961-70	24.107.224
1971-79	61.640.389
1981-91	142.076.530 ¹⁵





(La década de 1930 fue la primera en la cual los no inmigrantes excedieron en número a los inmigrantes, y lo hicieron en una proporción de tres a uno).

La radio colocó incluso a poblaciones iletradas dentro del alcance de los medios de comunicación, y su recepción nunca estuvo limitada efectivamente a audiencias nacionales. Ningún periódico podría esperar acaudillar el campo de acólitos planetarios que le llegó a ser accesible a la BBC o la Voz de América. Posteriormente, el teléfono y el télex, el cine, la televisión, los *casetes*, las video-grabadoras y la computadora personal aceleraron y amplificaron casi todo lo que había iniciado la radio.

Estos desarrollos han tenido y continuarán teniendo vastas consecuencias precisamente porque son componentes integrales de la transnacionalización del capitalismo avanzado y de la acentuada estratificación económica de la economía global. En la actualidad, menos del 25% de la población mundial se apropia del 85% del ingreso mundial, y la brecha entre ricos y pobres se está ensanchando constantemente. Entre 1965 y 1990 la diferencia entre los estándares de vida en Europa y los de India y China se incrementó de una proporción de cuarenta a uno, a una de setenta a uno. En la década de 1980, más de 800 millones de personas –más que la población de los Estados Unidos, la Comunidad Europea y Japón juntos– “se volvieron aún más pobres de manera arrasadora, y uno de cada tres niños murieron de hambre”¹⁶. Sin embargo, esta desigualdad y miseria están en todos los sentidos más cerca que nunca del privilegio y de la salud, gracias al avión, al ómnibus, al camión y hasta al viejo ferrocarril. De ahí que la migración se ha movido, no como en siglos anteriores hacia el exterior, a las periferias del Nuevo Mundo o las Antípodas, sino hacia el interior, hacia los centros metropolitanos.

Entre 1840 y 1930 llegaron a Estados Unidos alrededor de 37.500.000 inmigrantes, abrumadoramente desde Europa, aproximadamente a un promedio anual de 416.000. En la década de 1970, la cifra anual alcanzó casi los 500.000 y en la de 1980 casi 740.000; el 80% de los recién llegados procedía del “Tercer Mundo”¹⁷. Paul Kennedy advierte que algunos demógrafos creen en general que entrarán a América hasta unos 15 millones de inmigrantes en cada una de las próximas tres décadas, a razón de un promedio anual de 1,5 millones, el doble que en la década de 1980¹⁸. Europa occidental absorbió más de 20 millones de inmigrantes en las tres décadas si-

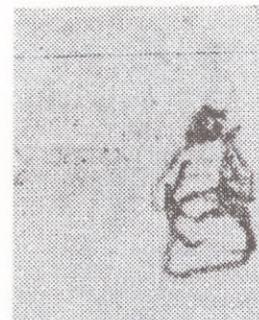


tuadas entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y la crisis del petróleo de los tempranos años '70. (Los guarismos habrían sido mucho más altos si no fuera por la utilidad de la cortina de hierro de Stalin). Pero en la última parte de la década de 1980 los números se han engrosado y probablemente continuarán haciéndolo a lo largo de los años '90. De los 79 millones de habitantes de Alemania, 5,2 millones (7%) son inmigrantes extranjeros; para Francia las cifras son de 3,6 (7%) de 56 millones; para el reino Unido, 1,8 (2%) de 57 millones; para Suiza, 1,1 (16,3%) de 6,8 millones¹⁹. (Incluso un Japón insular y restrictivo dice tener cerca de un millón de residentes extranjeros legales e ilegales). Y la implosión económica y política de la Unión Soviética todavía está trasladando gente en una medida que no puede ser afrontada por ningún sistema continental del fin-de-siècle.

Al mismo tiempo, la revolución de las comunicaciones de nuestro tiempo ha afectado profundamente la experiencia subjetiva de la migración. El obrero marroquí de la construcción en Amsterdam puede escuchar todas las noches los servicios de transmisión radial de Rabat y no tiene dificultades para adquirir *casetes* piratas de los cantantes favoritos de su país. El cantinero tailandés en un suburbio de Tokyo, extranjero ilegal, apadrinado por la Yakuza, muestra a sus compañeros tailandeses videos karaoke recién hechos en Bangkok. La mucama filipina en Hong Kong telefona a su hermana en Manila y envía dinero electrónicamente para su madre en Cebu. El exitoso estudiante indio en Vancouver puede mantenerse en contacto diario con sus antiguos compañeros de clases de Delhi por medio del correo electrónico. Por no decir nada de los aludes siempre crecientes de faxes. Es como si Mary Rowlandson estuviera viva hoy y pudiera ver campos y ganado “verdaderamente” ingleses, con perfecta seguridad electrónica a través de la pantalla en el dormitorio de su pequeño apartamento.

Pero por supuesto que el significado habría cambiado completamente, no sólo porque ella sólo puede ver lo que los amos de la pantalla eligen dejarle ver. Su vista nunca puede mirar más allá de su marco. La “anglicidad” de los campos no viene de su interior sino de una voz narradora fuera de ella. Más concretamente, consideremos la estampa bien conocida del solitario *gastarbeiter* del Peloponeso sentado en su oscura habitación de, digamos, Frankfurt. La única decoración de su pared es un resplandeciente poster de Lufthansa del Partenón, que lo





invita, desde Alemania, a tomarse unas "vacaciones inundadas de sol" en Grecia. El bien puede no haber visto nunca el Partenón, pero enmarcado por Lufthansa el poster le confirma a él y a cualquier visitante una identidad griega que tal vez sólo Frankfurt lo impulsó a asumir. Al mismo tiempo, le recuerda que está solamente a un par de horas de Grecia, y que si ahorra lo suficiente Lufthansa estará complacida de ayudarlo a tener una quincena de "soleadas vacaciones" en su heimat. Sabe también que, más que probablemente, luego regresará al exilio en Frankfurt. ¿O es que, en el más largo plazo, se encontrará en breves exilios anuales en el Peloponeso? ¿O en ambos sitios? ¿Y qué ocurrirá con sus hijos?



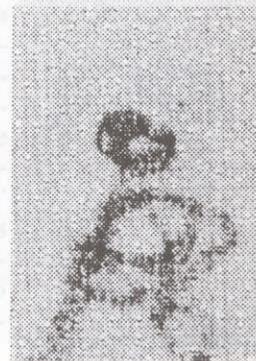
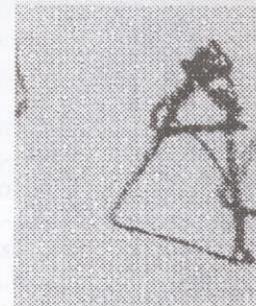
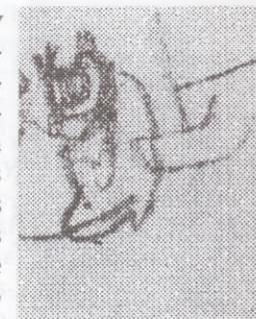
Antes de pasar a las consecuencias políticas de este bosquejo general del nomadismo post-1930, deben subrayarse brevemente dos efectos relacionados del capitalismo post-industrial, menores pero importantes. Consideremos los dos documentos oficiales de identidad personal más ampliamente generalizados y realmente modernos: el certificado de nacimiento y el pasaporte. Ambos surgieron en el nacionalista siglo diecinueve y posteriormente se eslabonaron. Es cierto que en las regiones cristianizadas del mundo la inscripción de los nacimientos precedió largamente al ascenso del capitalismo. Pero estos nacimientos eran registrados local y eclesiásticamente en iglesias parroquiales; su inscripción, que anunciaba bautismos inminentes, significaba la aparición de almas cristianas en nuevas formas corpóreas. Sin embargo, en el siglo diecinueve la operación de registro fue encarada por los estados, que asumían crecientemente un estilo nacional. En la Inglaterra preeminente industrialmente, por ejemplo, el cargo de archivero general fue creado recién en 1837. El registro obligatorio de todos los nacimientos, fueran seguidos o no de bautismos, no apareció hasta 1876. Al identificar al padre de cada bebé y el lugar de nacimiento, los certificados del estado crearon documentos fundamentales para la inclusión o exclusión de los niños de la ciudadanía (a través del *jus sanguinis* o del *jus soli*). (El o ella ya no nacían en la parroquia de Egham sino en el Reino Unido). El pasaporte, producto de la convergencia vectorial de la migración y del nacionalismo en una era industrial, estaba en condiciones de confirmar la identidad política del bebé al pasar a la adultez.

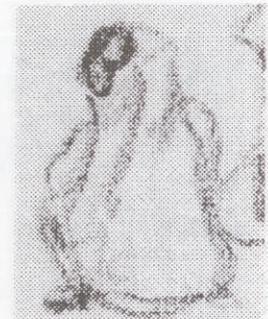
El nexo entre el certificado de nacimiento y el pasaporte fue institucionalizado en una era en la que las mujeres



carecían de derechos legales a la participación política y en la que la familia patriarcal era la norma más ampliamente incuestionada. Pero todo esto ha cambiado radicalmente en nuestro tiempo. Cuando se fundó la Liga de Naciones –y se estaba reconociendo el sufragio femenino– la proporción de divorcios y matrimonios en los Estados Unidos era de alrededor de uno a ocho; en la actualidad es virtualmente de uno a dos. El porcentaje de bebés nacidos de madres solteras se ha incrementado espectacularmente de 4,2% en 1960 a 30,6% en 1990²⁰. El nomadismo tanto intranacional como internacional de la vida moderna también ha contribuido a convertir en moneda falsa el certificado de nacimiento del siglo diecinueve. Por ejemplo, si leemos que Mary Jones nació el 25 de octubre de 1970 en Duluth, de Robert Mason y Virginia Jones, o incluso de Robert y Virginia Mason, no podemos inferir indiferentemente si fue concebida en ese mismo Duluth, si fue criada allí o si vive allí ahora. No tenemos idea si sus abuelos están sepultados en Duluth, y, aún si lo estuvieran, tenemos pocos fundamentos para suponer que Mary será sepultada a su lado algún día. ¿Virginia es todavía una Mason? ¿O una Jones? ¿O aun otra cosa? ¿Qué oportunidades hay de que Mary tenga algo más que un contacto telefónico periódico de larga distancia con Robert o con Virginia? ¿En qué grado ella es identificable, incluso para sí misma, como una duluthiana, una Mason o una Jones?

La calidad falsa o, podríamos decir, el bajo valor de mercado del certificado de nacimiento, tal vez está confirmado por la excepcionalidad de su falsificación. A la inversa, el inmenso volumen de falsificaciones de pasaportes y los altos precios dominantes muestran que en nuestra era, cuando se supone que cada persona pertenece a alguna de las Naciones Unidas, estos documentos reciben fuertes reclamos de veracidad. Pero también son falsos en el sentido de que son menos testimonios de ciudadanía, sin mencionar lealtad a un estado-nación protector, que de demandas de participación en mercados de trabajo. Los pasaportes de Portugal y de Bangladesh, aun cuando fueran genuinos, nos dicen poco sobre lealtades o hábitos, pero sí mucho sobre la probabilidad relativa de que a sus portadores les sea permitido buscar empleos en Milán o Copenhague. Las filas separadas que todos sufrimos en las vallas de inmigración del aeropuerto marcan el status económico mucho más que cualquier vínculo político. En efecto, simbolizan tarifas diferenciales de trabajo humano.



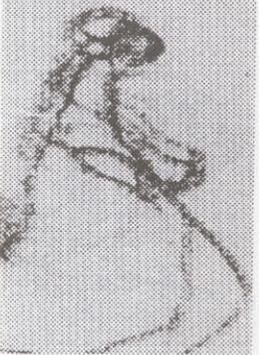
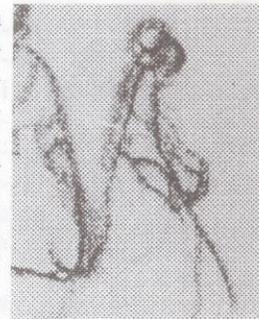


Pasemos ahora finalmente al dominio político. Los procesos explicados más arriba pueden estar desentrañando el proyecto nacionalista clásico del siglo diecinueve –que aspiraba al alineamiento total de hábitos, cultura, vínculos, y participación política exclusiva– en relación a, por lo menos, dos situaciones políticas distintas pero relacionadas.

La primera situación es más o menos congruente con la esencia postindustrial. Durante el siglo diecinueve y la primera parte del veinte, los así denominados países de inmigración –las Américas, principalmente, pero también las antípodas– tuvieron una capacidad destacable para naturalizar y nacionalizar a sus millones de inmigrantes. Los apellidos Galtieri, Eisenhower, Fujimori, Van Buren, O'Higgins y Trudeau hablan por sí mismos. Pero por entonces el certificado de nacimiento tenía una significación política fundamental, como lo permite la estipulación constitucional de que los presidentes de los Estados Unidos deben nacer dentro de las fronteras nacionales. Así, se era o no se era americano. Además, la participación militar al servicio de otro estado que no fuera los Estados Unidos estaba sujeta a la sanción legal de pérdida de la ciudadanía, lo cual estuvo siempre reforzado estrictamente. ¿Cuándo comenzó a debilitarse este régimen? ¿Tal vez en nuestros memorables años '30, cuando se permitió a los americanos integrarse a la Brigada Internacional en la Guerra Civil Española? ¿O en la posterior década de 1940, cuando a los americanos se les permitió tácitamente participar en la defensa del naciente estado de Israel? Sin embargo, creo que estas resquebrajaduras en las reglas establecidas fueron posibles debido a la confianza existente en que estos asuntos extralegales eran cuestiones menores, que concernían a pueblos sin importancia con bastante poca notoriedad. Además, nunca estuvo seriamente en cuestión la americanidad de los americanos involucrados. No obstante, estas condiciones comenzaron a cambiar después de la mitad de la década de 1960. Andreas Papandreu comenzó su vida como ciudadano griego, se convirtió en ciudadano americano y luego, cuando la oportunidad lo señaló, volvió a ser ciudadano griego y primer ministro de Grecia. Todavía es evidente cierto protocolo en su progreso. ¿Pero qué debemos pensar de la candidatura a la presidencia de Camboya en 1993 del millonario self made de Long Beach, Kim Kethavy? En las solemnes palabras del New York Times, él “lleva un pasaporte ameri-

cano... Las oficinas de sus cuarteles de campaña rebosan de banderas americanas. (De acuerdo a la ley de inmigración norteamericana, el señor Kethavy probablemente podría ser forzado a renunciar a la ciudadanía estadounidense en el improbable caso de que ganara)”²¹. Aquí todo es indicativo: la ciudadanía del señor Kethavy está entre paréntesis y el informe del diario cree que será obligado a renunciar a ella “probablemente” sólo si se convierte en presidente camboyano. Nada indica que el Times de los '90 encuentre algo extraordinario o desconsolador en la conducta del señor Kethavy –o del gobierno americano. Después de todo, los ciudadanos americanos Milan Panic y Mohammed Sacirbey han servido recientemente como jefe de gobierno de Serbia y embajador de Bosnia ante las Naciones Unidas, mientras que Rein Taagepera se candidateó infructuosamente para presidente de Estonia desde su cargo de profesor de la Universidad de California en Irvine. Este no es un fenómeno americano únicamente; el ciudadano canadiense y capitalista de sistemas de computación Stanislaw Tyminski compitió con Lech Walesa por la presidencia de Polonia.

La otra cara de esta moneda es la aparición reciente en los Estados Unidos y en otras naciones-estados más antiguas, de una etnicidad que se presenta como un bastardo Smerdyakov del nacionalismo clásico Dmitri Karamazov. El juicio por espionaje de Jonathan Pollard pocos años atrás es tal vez un símbolo de la variante americana. En la época del nacionalismo clásico, habría parecido grotesca la idea misma de que podría haber algo digno de alabanza en el espionaje de un ciudadano americano en América al servicio de otro país. Sin embargo, el espía resentido fue comprendido como la representación de una etnicidad transnacional por el número sustancial de judíos-americanos que sintieron simpatía por Pollard. ¿Qué otra cosa podría difuminar tan subversivamente la ciudadanía americana e israelí? Otro símbolo es la colosal audiencia no-negra magnetizada en 1977 por “Raíces”, la miniserie televisiva de Alex Haley. (El episodio final fue visto por el asombroso número de 36.000.000 de hogares). El propósito del programa era combatir la ideología del crisol de razas subrayando la “africanidad” ininterrumpida mantenida tal cual era por los ancestros de Haley a pesar de su americanización. Puede haber pocas dudas acerca de que la popularidad de “Raíces” debió mucho a este tema pasible de transpolación, dado el im-





petu, especialmente durante la década de 1980, de jóvenes cabalmente americanos que presionaban por programas de estudios étnicos en las universidades, y su ansiedad por estudiar idiomas que sus parientes cercanos con frecuencia habían decidido abandonar. Más allá de estos y otros impulsos, ha surgido el programa ideológico del multiculturalismo, que implica que ya no es más adecuada o aceptable una versión simple del americanismo del siglo diecinueve.

El cambio de lo americano desde, por ejemplo, lo armenio-americano a lo armenio-americano está siendo acentuado tanto por la revolución general del transporte y las comunicaciones ya comentada, como por la desintegración reciente de la Unión Soviética y Yugoslavia. Cleveland, por ejemplo, contiene más gente de origen esloveno que la misma Ljubljana, y ahora que Eslovenia se ha convertido en un estado independiente, ser esloveno en Cleveland reviste una elevada significatividad. Estas etnicidades comparten típicamente con "Raíces" un carácter fuertemente ficticio. Fácilmente puede resultarnos entretenido el bostoniano decididamente "irlandés" que conoce literatura no irlandesa, practica deportes no irlandeses, paga impuestos no irlandeses, presta servicios en un ejército no irlandés, no vota en elecciones irlandesas, y sólo tiene conceptos en días festivos sobre la Vieja Cerda. Sin embargo, es menos divertido reflexionar sobre el hecho de que la presencia visible de gays y lesbianas en las celebraciones del Día de San Patricio en Cork no ha hecho nada para moderar las pasiones que rodean a las mismas celebraciones en Nueva York.

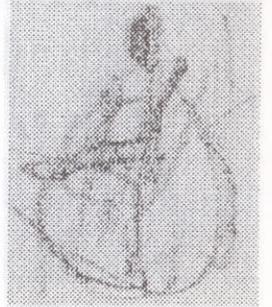
En Europa están operando tendencias comparables y todavía pueden ser acentuadas dentro de la Comunidad Europea por la integración económica y el movimiento libre del trabajo. El Frente Nacional, el movimiento de Le Pen, y el ascenso del extremismo de derechas en Alemania son todos signos del proceso de "etnización"²². Porque la acometida de su propaganda consiste esencialmente en trazar una línea rígida entre la nación política y la supuesta etnia original. Aun si un negro en el Reino Unido nació, asistió a la escuela y a la universidad, paga impuestos, vota y será enterrado allí, para el Frente Nacional él o ella nunca pueden ser genuinamente ingleses. Similarmente en la imaginación de Le Pen, Francia actualmente está llena de extranjeros, no de inmigrantes que todavía llevan pasaportes argelinos,

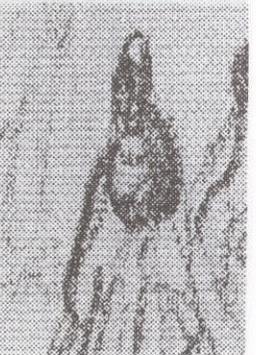


sino de ciudadanos "no franceses" de la Francia política. Podemos imaginarlo mirando a través de la ventanilla de un vagón de ferrocarril y viendo no campos, ni aun "campos franceses", sino "maldición, campos franceses". En estos movimientos el racismo es un elemento muy fuerte, pero creo que el racismo a largo plazo resultará menos importante que la etnización a medida que los europeos circulen más masivamente a lo largo de Europa.

La segunda clase de consecuencia política de todos estos rápidos cambios que hemos estado comentando, concierne a los migrantes mismos. Como un resultado no menor de la etnización de la vida política en los ricos estados postindustriales, está emergiendo visiblemente lo que podríamos denominar nacionalismo de larga distancia. Este tipo de política, dirigida principalmente hacia el Segundo y el Tercer Mundo, contempla el proyecto clásico de nación-estado desde un ángulo diferente. Una ilustración notable es la reciente y fatal destrucción de la mezquita de Babri en Ayodhya, que ha sumergido a la India en su mayor crisis desde la partición. El desmantelamiento, que fue planeado cuidadosamente e involucró amplios ensayos y entrenamientos por personal militar retirado y policial, fue patrocinado oficialmente por el Vishwa Hindu Parishad (Consejo Hindú Mundial), que "recaudó enormes sumas de dinero de sus sostenedores en Norteamérica y Gran Bretaña"²³. Huelga decir que la amplia mayoría de sus partidarios son indios que viven en ultramar²⁴. Muchos de los más intransigentes y fanáticos adherentes de un Khalistán independiente no viven en el Punjab sino que tienen prósperos negocios en Melbourne y Chicago. Los Tigres en Jaffna son apoyados en sus violentas luchas por comunidades tamiles en Toronto, Londres y cualquier otra parte conectada a la computadora por Tamilnet. Pensemos en el pernicioso rol de los croatas no sólo en Alemania sino también en Australia y Norteamérica, al financiar y armar al estado separatista de Franco Tudjman y al impulsar a Alemania y Austria a un funesto reconocimiento prematuro.

Obviamente sería un error considerar que el nacionalismo de larga distancia es necesariamente extremista. Hubo importantes números de filipinos fuera de las Filipinas que contribuyeron, no desde un exilio político, a la lucha contra Marcos; la economía filipina actual depende excesivamente de las remesas enviadas por esta





gente desde el Golfo, Italia, Arabia Saudita, Inglaterra, California, Hong Kong, Japón y España. El apoyo financiero y de otro tipo para el movimiento por la democracia que culminó en la masacre de la plaza de Tiananmen, también provino de muchos chinos no residentes en China y a menudo, en verdad, ciudadanos de otros estados.

Sin embargo, en general, el nacionalismo de larga distancia de hoy aparece como el presagio de una probable amenaza para el futuro. En primer lugar, es el producto de la falta de conciencia del capitalismo, que acelera la transformación de todas las sociedades humanas. En segundo lugar, crea una política seria que es al mismo tiempo radicalmente inexplicable. El que participa raramente paga impuestos en el país en el cual hace su política; no es responsable ante su sistema judicial; probablemente ni siquiera emite un voto en sus elecciones porque es ciudadano en un lugar diferente; no necesita temer a la prisión, la tortura o la muerte, como tampoco sus familiares inmediatos. No obstante, bien posicionado y seguro en el Primer Mundo, puede enviar dinero y armas, distribuir propaganda y construir circuitos intercontinentales de información computarizada, todo lo cual puede tener consecuencias incalculables en las zonas de su destino final. En tercer lugar, sus políticas, a diferencia de la de los activistas de los derechos humanos o de causas ambientales, no son ni intermitentes ni azarasas. Están profundamente enraizadas en una conciencia de que el exilio es autoelegido y de que el nacionalismo que proclama en el correo electrónico es también el terreno sobre el cual una identidad étnica dispuesta a dar batalla debe adaptarse a la nación-estado etnizada que está decidido a habitar. Esa misma metrópoli que lo margina y estigmatiza le permite simultáneamente desempeñar el papel de héroe nacional en un instante, al otro lado del planeta ■

Traducción:
María Inés Tato

Notas

1. Mary Rowlandson, *A Narrative of the Captivity and Restauration of Mrs. Mary Rowlandson*, 1682, en *Narratives of the Indian Wars, 1675-99*, comp. por Charles H. Lincoln (1913; Nueva York, 1952), p. 132. Squaukheag es actualmente Squakeag, cerca de Bear's Plain, Northfield, Massachusetts.
2. Terrenos con ondulaciones, especialmente las tierras montañosas del sur de Inglaterra (N. de la T.).
3. John Dalberg-Acton, *Essays in the Liberal Interpretation of History*, ed. por William H. McNeill (Chicago, 1967), p. 146.
4. Véase Nancy Armstrong y Leonard Tennenhouse, *The Imaginary Puritan: Literature, Intellectual Labor, and the Origins of Personal Life* (Berkeley, 1992), p. 204 y las referencias citadas allí.
5. Citado en D. A. Brading, *The First America: The Spanish Monarchy, Creole Patriots, and the Liberal State, 1492-1867* (Cambridge, 1991), p. 200.
6. Michael Warner, *The Letters of the Republic: Publication and the Public Sphere in Eighteenth-Century America* (Cambridge, Massachusetts, 1990), p. 32.
7. Véase Ernest Gellner, *Nations and Nationalism* (Ithaca, Nueva York, 1983).
8. Benjamin Disraeli, *Tancred, or the New Crusade* (1847; Londres, 1894), p. 378, en adelante abreviada como T. Considerando que su Inglaterra y su Europa están mortalmente amenazadas por el racionalismo de la Ilustración, el mercantilismo burgués y la herencia de la Revolución Francesa, el jovel Lord Montacute zarpa en su barco hacia Tierra Santa, en busca de renovación espiritual en "la única porción del mundo que su Creador se ha dignado visitar" (T, p. 421). Esta búsqueda lo conduce hacia las proto-aventuras políticas de T.E.Lawrence en Palestina y el Líbano, donde es guiado por sabios y valientes hebreos, de los cuales debe ser rescatado por mamá y papá, la duquesa y el duque de Bellamont. Lo que es especialmente asombroso en la novela es la manera en la que el judío Disraeli, anglicanizado por orden de su padre mediante el bautismo a los trece años de edad, descubre su "etnicidad" en el exilio de Babilonia. Montacute, inmensamente rico, aristócrata, inglés pero espiritualmente judío -Disraeli insiste repetidamente en que Cristo y los Apóstoles eran judíos- es una autoproyección alegremente snob del futuro primer ministro conservador del Reino Unido.
9. La velocidad con la que fue comprendida esta misión profana se muestra de forma entretenida en la conversación de *Tancredo* en la que el héroe sugiere a Lady Bertie y Bellair que ella y su esposo se le unan a una peregrinación a Jerusalén: "Eso nunca podrá ser", dice Lady Bertie; "Augustus no querrá ni hablar de eso; nunca puede estar ausente de Londres por más de seis semanas, así se pierde sus tertulias. Se podría hacer algo si Jerusalén fuera solamente un lugar al que se pudiera llegar; si por ejemplo hubiera un ferrocarril hacia allí."
—"¡Un ferrocarril!" exclamó Tancredo, con una mirada de horror. "¡Un ferrocarril a Jerusalén!"
—"No, supongo que no puede haber uno", continuó Lady Bertie en un tono pensativo. "No hay comercio". [T, p. 162].
10. Véase E. J. Hobsbawm, *The Age of Revolution, 1789-1848* (Nueva York, 1962), pp. 166-67.
11. Un costado industrial característico de este proceso fue la invención oficial de la educación del adulto en esta etapa.
12. "An Interview with Pedro Calosa" en David Sturtevant, *Popular Uprisings in the Philippines, 1840-1940* (Ithaca, Nueva York, 1976), p. 276.

13. Este es el patrón general, aunque hay significativas excepciones, como la Cámara de los Consejeros en Japón y el Senado en las Filipinas, donde todos los miembros son elegidos de un único distrito electoral abarcativo de toda la extensión de la nación.

14. Sin duda, por lo menos algunos sistemas ferroviarios, como el de Alemania, fueron proyectados sustancialmente para propósitos militares estratégicos. Las trochas diferenciales prometían llevar rápidamente las propias tropas a las fronteras amenazadas y al mismo tiempo bloquear la penetración de los enemigos vía ferrocarril.

15. *Information Please Almanac, Atlas, and Yearbook, 1987* (Boston, 1987), p. 787, e *Information Please Almanac, Atlas, and Yearbook, 1993* (Boston, 1993), p. 830. Estas tablas carecen de cifras para 1980, que probablemente estuvieron entre los ocho y nueve millones.

16. Perry Anderson, *A Zone of Engagement* (Londres, 1992), p. 353. Véanse también las fuentes citadas allí.

17. "Immigration", *The New Funk and Wagnalls Encyclopedia*, 25 vols. (Nueva York, 1945-46), 19:6892; *The World Almanac and Book of Facts*, 1992 (Nueva York, 1992), p. 137.

18. Véase Paul Kennedy, "The American Prospect", *New York Review of Books*, 4 de marzo de 1993, p. 50.

19. Véase "In Europe's Upheaval, doors Close to Foreigners", *New York Times*, 10 de febrero de 1993, pp. A1, A14. Nótese que estas cifras no incluyen los 25 millones de refugiados políticos estimados en el mundo, la mayoría de los cuales viven en viviendas "temporarias" precarias fuera de sus países de origen.

20. Los datos obtenidos de las cifras de la Oficina de Censos son citados en *The World Almanac and Book of Facts*, 1992, pp. 942, 944.

21. "For the Cambodian Vote, a Fourth of July Flavor", *New York Times*, 17 de febrero de 1993, p. A4.

22. La Liga Lombarda de los últimos años '80, actualmente Liga del Norte, aunque no es estrictamente análoga a estos movimientos, muestra sin embargo que algo cercano a la etnización puede desmembrar aun una nación supuestamente integrada. Puesto que las actitudes de la Liga hacia los italianos sureños son con frecuencia violentamente despectivas, como si los últimos fueran de una raza distinta e inferior.

23. Praful Bidwai, "Bringing Down the Temple: Democracy at Risk in India", *The Nation*, 25 de enero de 1993, p. 86.

24. Los números relativos a estas personas son importantes. La cifra total de sudasiáticos fuera del sur de Asia se acerca a los 8,7 millones. La descomposición de los guarismos es la siguiente: Europa 1.482.034 (de los cuales 1.260.000 están en el reino Unido); Africa 1.389.722; Asia 1.862.654 (de los cuales 1.170.000 están en Malasia); Medio Oriente 1.317.141, fundamentalmente en los estados del Golfo; Latinoamérica y el Caribe 957.330 (de los cuales 730.350 están en Guyana y Trinidad); Norteamérica 728.500 (de los cuales 500.000 están en los Estados Unidos); y el Pacífico 954.109 (de los cuales 839.340 están en Fiji). El profesor Myron Weiner me informa amablemente que aunque este cuadro cuenta a los sudasiáticos, las principales áreas de emigración han estado por largo tiempo dentro de las actuales fronteras de la India. El también cree que las cifras son demasiado moderadas: por ejemplo, el reciente censo de los Estados Unidos muestra que la población india en América está cerca de los 900.000. Lo más probable, en su opinión, es que el total real de indios que viven en ultramar esté entre 11 y 12 millones. Véase Colin Clarke, Ceri Peach y Steven Vertovec, "Introduction: Themes in the Study of the South Asian Diaspora", en *South Asians Overseas: Migration and Ethnicity*, comp. por Clarke, Peach y Vertovec (Cambridge, 1990), p. 2.

La sociología actual ante la globalización, los fundamentalismos y la identidad. Entrevista a Anthony Giddens

por José María Domínguez, Mónica Heras y Claudio Rueda

- ¿Podría contarnos un poco de su carrera como Sociólogo?

- Obtuve mi diploma en la Universidad de Hull, en Yorkshire, de dos exámenes de la London School of Economics por dos o tres años, donde escribí mi tesis de maestría. Posteriormente enseñé en Leicester y después llegué a Cambridge, cuando me inicié en esta profesión. La sociología estaba completamente dominada por la sociología americana, es decir por autores como Parson y Merton. El funcionalismo era muy influyente en la sociología internacional y pasamos gran parte de nuestro tiempo criticando esta orientación, buscando un abordaje diferente. Por otro lado, tentamos también un marxismo muy ortodoxo, lo que nos llevó a intentar establecer una alternativa, tanto a este marxismo como al funcionalismo. La mayoría de los debates giraban en torno a estas cuestiones. Sin embargo, hacia finales de los años sesenta todo cambió.

- Durante los años sesenta Ud. pasó un periodo en los Estados Unidos, ¿por qué?

- Estuve aproximadamente un año y medio en California y todavía mantengo más contactos. La primera vez que

estuve allí el movimiento estudiantil y el movimiento contra la guerra de Viet-

nam estaban en su punto más alto. La sociedad americana de aquel momento ya estaban apareciendo profundos resquebrajamientos, como en todo el mundo. Aquello me impactó profundamente. En aquel momento se presentaron todas las formas de compromiso político y varios movimientos sociales.

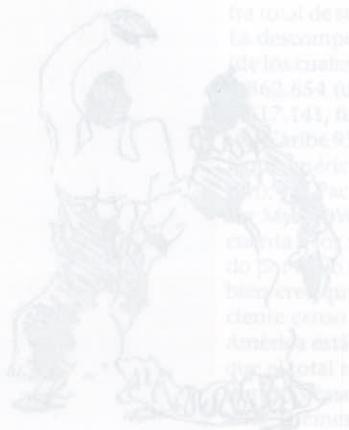
- ¿Ha modificado su visión sobre lo que debía incorporar la agenda de la izquierda europea?

- Tal vez. Una de las cosas que más me impresionaron fue que los radicales europeos eran bastante radicales en sus ideas aunque no lo fueran en sus estilos de vida. En Europa había muchos socialistas que vivían un estilo de vida bastante burgués. Hubo un cambio en California, en la Costa Oeste, donde las ideas radicales se empezaron a vivir según los principios que se escribía que significaban un estilo de vida mucho menos burgués. Había una mezcla de los socialistas radicales europeos con el movimiento. Estaba escribiendo un libro.

- Su trabajo reciente, *The Constitution of Society*, parece haber sido muy polémico. ¿En qué se basa su experiencia de los últimos años de vida, experiencias genuinas. Las personas no se



Entrevistas



11. ...

12. ...

13. ...

14. ...

15. ...

16. ...

17. ...

18. ...

19. ...

20. ...

21. ...

22. ...

23. ...

24. ...

La sociología actual ante la globalización, los fundamentalismos y la identidad. Entrevista a Anthony Giddens

por José Mauricio Domínguez, Mónica Herz y Claudia Rezende*

- ¿Podría contarnos un poco su carrera como Sociólogo?

- Obtuve mi diploma en la Universidad de Hull, en Yorkshire, de ahí me trasladé a la *London School of Economics* por dos o tres años, donde escribí mi tesis de maestría. Posteriormente enseñé en Leicester y después llegué a Cambridge. Cuando me inicié en esta profesión, la sociología estaba completamente dominada por la sociología americana, es decir por autores como Parsons y Merton. El funcionalismo era muy influyente en la sociología internacional y pasamos gran parte de nuestro tiempo criticando esta orientación, buscando un abordaje diferente. Por otro lado, teníamos también un marxismo muy ortodoxo, lo que nos llevó a intentar establecer una alternativa, tanto a este marxismo como al funcionalismo. La mayoría de los debates giraban en torno a estas cuestiones. Sin embargo, hacia finales de los años sesenta todo cambió.

- Durante los años sesenta Ud. pasó un período en los Estados Unidos, ¿no es así?

- Estuve aproximadamente un año y medio en California y todavía mantengo mis contactos. La primera vez que

estuve allí el movimiento estudiantil y el movimiento contra la guerra de Vietnam estaban en su pico máximo. La sociedad vivía una gran efervescencia, más de lo que podía imaginar. En la sociedad americana de aquel momento ya estaban apareciendo profundos resquebrajamientos, como en todo el mundo. Aquello me marcó profundamente. En aquel momento se presentaron todas las formas de compromiso político y varios movimientos sociales.

- ¿Esto modificó su visión sobre lo que debía incorporar la agenda de la izquierda europea?

- Tal vez. Una de las cosas que más me impresionaron fue que los radicales europeos eran bastante radicales en sus ideas aunque no lo fueran en sus estilos de vida. En Europa había muchos socialistas que vivían un estilo de vida bastante burgués, en cambio en California, en la Costa Oeste en general no era así. Las personas que tenían ideas radicales tendían mucho más a vivir según estas ideas. Esto implicaba que siguiesen estilos de vida mucho menos tradicionales que la mayoría de los socialistas u otros tipos de radicales europeos, al menos en aquel momento. Esto marcaba un gran contraste.

* La entrevista fue realizada en Londres y publicada originalmente en *Estudios Históricos*, Río de Janeiro, Vol VIII, N° 16, julio/diciembre de 1995.

La traducción del portugués al castellano pertenece a Norberto Ferreras.

- Su trabajo reciente, de alguna forma, parece remitirse a esa experiencia.

- En cierta forma es así. Aquellas eran experiencias con estilos de vida, experiencias genuinas. Las personas no te-

nían miedo de hacer grandes cambios en sus vidas. Claro que no eran experiencias generalizadas del conjunto de la sociedad. Eran, sobre todo, pequeños grupos de personas bien individualizados. Aunque la experiencia política estaba desarrollándose claramente en los Estados Unidos de los 60 hoy está mucho más generalizada aunque de una manera diferente. Actualmente existe un tipo de experiencia en la que están todos comprometidos. Cuando, por ejemplo, uno decide que quiere estar con otra persona, o enamorarse, no tiene más las categorías tradicionales. Hoy en día, esta experiencia está más articulada con la globalización y tiene efectos sobre las tradiciones locales, tradiciones que afectan, por ejemplo, al género o a la familia y no solamente a las tradiciones religiosas. En este momento estoy intentando trabajar con estas cuestiones. Lo que está ocurriendo con la tradición me parece decisivo.

– Recientemente la teoría social pasó a tener una gran importancia en la sociología inglesa y en esto su trabajo ha desempeñado un papel relevante.

– Aquí, en Inglaterra, existía una combinación de la tradición de la London School of Economics y de trabajos empíricos además de la producción de gente como Hobhouse y Ginsberg. Es verdad lo que Perry Anderson dice sobre el impacto del marxismo –el marxismo fue algo en lo que tuve que sumergirme, y autores como Dahrendorf y otros me ayudaron mucho en esto–. Realmente no teníamos una cultura teórica. Tuvimos que importar todas esas ideas que de hecho no estaban articuladas efectivamente a las tradiciones inglesas. Cuando las ideas teóricas se volvieron centrales hubo un gran cambio. Esto data de la década del sesenta y obviamente no se reduce a mi, envuelve a una pleyade de personas que trabajaron para introducir la dis-

cusión de cuestiones filosóficas y culturales que no eran demasiado debatidas. Esto llevó a encuentros entre varias tradiciones dominantes en aquel período. La teoría de la estructuración surgió en parte de aquellos encuentros.

– La teoría de la estructuración, que Ud. elaboró, ha sido criticada por investigadores relacionados con estas tradiciones. Algunos la clasifican de subjetivista y otros la denuncian como objetivista. Alexander, por ejemplo, la considera demasiado individualista en cuanto a Kiebling la critica por ser excesivamente estructural y determinista. ¿No le parece a Ud. que acertó en el equilibrio entre estos factores?

– Como Ud. dice he sido criticado desde ambos lados. Algunos dicen que no presté suficiente atención a la acción subjetiva y otros opinan que le di poca importancia a las condiciones estructurales y esto me hace suponer que, en gran medida, acerté. Básicamente, este tipo de críticas no me molesta. De todas maneras y en términos generales no me siento inclinado a cambiar la perspectiva que sugerí.

– Ud. reconoce cierta inspiración en Marx, particularmente en las "Tesis sobre Feuerbach". ¿No podríamos decir que Ud. busca articular una dialéctica entre sujeto y objeto?

– De manera general esas cuestiones se relacionan con ciertos aspectos de algunas partes de Marx. Inicialmente, hay cosas que usé como fuente de inspiración pero no creo que exista mucha conexión entre mi trabajo y Marx.

Es decir, creo que existe una conexión filosófica-histórica. Coloco la teoría de la estructuración dentro de un movimiento de transición general de todas las tradiciones de filosofía y teoría social en dirección al abandono del predominio del sujeto o del objeto, que engloba a ciertos movimientos generales de cambio, incluso en la física. Se trata

de dar lugar a la recursividad, a las condiciones de reproducción de la vida social que emergen de la misma, sin cualquier centro real. Por lo tanto, realmente trabajo con una dialéctica entre sujeto y objeto. Aunque esto me parece un tanto impreciso. Es necesario ser más preciso. Yo sugeriría que es necesario teorizar sobre que es el sujeto y que es la acción, por que esto no es evidente.

Lo mismo ocurre con los problemas estructurales que no deben ser tomados ni podemos intentar comprenderlos a partir del funcionalismo. Necesitamos una teoría para ocuparnos de esto. Parto de la premisa de la continuidad de la vida social, no del individuo o de la sociedad. Por lo tanto es necesario desconstruir el individuo y la sociedad. Tomemos como dato que la sociedad es equivalente al Estado-nación. Aunque en realidad es necesario teorizar las condiciones sobre las cuales los Estado-nación emergen. No es posible crearlos a partir de una evaluación filosófica como sujeto y objeto.

– Entonces Ud. prefiere acentuar la necesidad de una discontinuidad con la teoría social del siglo XIX para poder comprender la sociedad contemporánea. Es necesario un nuevo inicio, una nueva perspectiva.

– Sí, creo que es necesaria una ruptura sustancial con el pensamiento del siglo XIX. Desde que comencé a trabajar sobre esta cuestión en la década del setenta con el libro sobre "Capitalismo y teoría social moderna" yo estaba intentando reinterpretar el período clásico en contra de la perspectiva de Parsons, que se había vuelto el punto de partida para muchos análisis de la sociedad moderna. Me parece necesario mirar el pasado de la teoría social y al mismo tiempo realizar una nueva ruptura con ella. Creo que se puede tener una gran inspiración a partir de las figuras clásicas, pero las condiciones sociales cambiaron tanto que apenas podemos usar

ciertos elementos de sus ideas. Por esto busco tanto una ruptura como una continuidad con la teoría social clásica.

– Ud. busca esto en términos europeos y no americanos acentuando el impulso de las corrientes teóricas en Europa.

– Básicamente es así. Lo que los americanos –como Parsons– hicieron fue escribir sobre la historia de la teoría social como si esta hubiese sido europea hasta los años 20 y desde entonces se hubiese transformado en americana. Es como si posteriormente nada interesante hubiese sucedido en Europa. Esto no es así por lo que decidí rebatir esa interpretación.

– Ud. da una gran importancia a sistemas y estructuras tanto como a los individuos como agentes reflexivos. Algunos autores dirían que existe una brecha en su teoría, como la falta de una categoría en términos de acción colectiva, en términos de clase como agentes, como lo señala Marx, o en términos de "actores colectivos" en el sentido de Parsons. ¿Ud. reserva la acción reflexiva para los agentes individuales?

– Tampoco cambiaría mi visión de esta cuestión. La acción reflexiva es esencial en varios sentidos de la acción humana y esta es una propiedad de los individuos. Es preciso una noción de estructura que sea diferente de las más ortodoxas. Existen también circunstancias en las cuales los grupos actúan pero es un error tratar a los grupos como si fuesen análogos a los individuos, siempre fui hostil a esta perspectiva. Pero hay una necesidad de una noción de jerarquía social. Ciertas cosas que plantea Mouzelis no me parece que sean incompatibles con lo que yo siempre pensé. Obviamente, reservo un papel importante para las instituciones, las cuales evidentemente son diferentes, por ejemplo, de los movimientos sociales que son reflexivamente mucho más abiertos. Me parece que Mouzelis no

tiene mucho para decir sobre esta cuestión. Jamás sugerí una conexión simple entre el individuo y el sistema dado que existe un universo de medios a través de los cuales las colectividades se organizan. Este tipo de cuestiones me parece intrínseco a lo que quería discutir.

– *Ud. habla de la causalidad de los actores individuales y de la causalidad condicionante de las estructuras sobre esos actores. ¿No sería necesario hablar de la causalidad específica de la acción colectiva de los sistemas sociales?*

– Los movimientos sociales y las organizaciones son las dos grandes formas de sistemas sociales que existen en las condiciones sociales modernas. En cierta forma estos actúan aunque de manera muy complicada. No se a donde usted quiere llegar, aunque me parece que lo que tiene en mente no existe. Es preciso traducir esto de otra manera. No hay actores sociales excepto en un sentido elíptico, y esto tal vez marque una diferencia entre nosotros. Nunca acepté la versión parsoniana de los actores colectivos para organizaciones y Estados, por ejemplo.

– *¿Qué quiere decir con “estructura” dado que defiende una conceptualización diferente de este término?*

– Hablo de propiedades estructurales de organizaciones y de sistemas y no de algo similar a la estructura física de un edificio, es decir de algo que podría ser visto de una manera concreta. La estructura debe ser pensada en términos de la “recursividad” de la vida social. No es algo que este ahí simplemente, pasa por la acción de los individuos y, en ese sentido, existen interesantes similitudes entre las estructuras de sistemas y las estructuras del lenguaje puesto que estas existen solamente en la medida en que las personas hablan, pero no tienen una continuidad dentro de las comunidades a través del tiempo y del es-

pacio. Y las personas hablan una determinada lengua en cuanto que conocen las formas y reglas para hacerlo. Hay algo de coercitivo en esto y no es necesario recurrir a Durkheim para explicar estas cuestiones. En la sociología ortodoxa se buscan causas sociales aunque estas realmente existen a través de la acción de los individuos. Para mí la estructura tiene dos sentidos: es habilitante tanto como coercitiva.

– *Entonces, su concepto de estructura es muy diferente del concepto del estructuralismo.*

– El estructuralismo es, básicamente, una orientación equivocada. Es por esto que soy bastante hostil a ciertas versiones del posmodernismo. Se equivocan en la construcción de la teoría del significado y ello implica un error fundamental. En el estructuralismo, el significado es una relación entre ítems dentro de un sistema semiológico o de un código semiótico, de manera que es organizado internamente como, por ejemplo, en el caso del lenguaje o de otro sistema de comunicación. Esto está equivocado dado que el lenguaje se desarrolla en el contexto de su uso, por eso prefiero una teoría más wittgensteiniana del lenguaje.

– *¿Ud. le atribuye un carácter substancialista a las estructuras, o se siente próximo a Bourdieu y les asigna un carácter meramente de un modelo que el investigador abstrae de la realidad?*

– Yo no lo hago y no creo que lo haga Bourdieu. Las estructuras existen, como en el caso del lenguaje (que no es solamente una estructura semiótica), solo que no existen en el tiempo y en el espacio. Están organizadas mediante encuentros prácticos con el mundo real en los cuales se comparten esquemas perceptivos comunes y es aquí donde encuentro similitudes con Bourdieu. Aunque haya sido influenciado por el

estructuralismo no lo acepto como un cuerpo teórico general así como tampoco al posestructuralismo. Es una pena que tantas discusiones sobre la posmodernidad hayan sido influidas por ellos.

– *En su reciente trabajo sobre las relaciones personales Ud. habla bastante sobre el “yo” (self) como un proyecto reflexivo. No menciona mucho los condicionamientos sociales de este proyecto como, por ejemplo, los de clase. En la construcción de la identidad la elección personal sería mucho más importante.*

– La acción reflexiva afecta la estructura de clase y otras formas de organización de la vida moderna, aunque Ud. no puede hablar de clase como si fuese un dato y desde ahí trazar el impacto que tiene en las biografías personales, en el estilo de vida o en la vida afectiva. Hay que analizar los cambios en la estructura de clase y ver como esto afecta el tipo de cambio personal del que estoy hablando. Existen muchas conexiones obvias. Porque si Ud. está en la situación, digamos, de una mujer indigente en una zona pobre de una “inner city”, esto caracteriza una radical destradicionalización, en las cuales hay que tomar muchas decisiones con el telón de fondo de una carencia de recursos y todos los tipos de problemas que no se aplican a una persona de clase media.

– *¿Y qué podemos decir de la cuestión de género? Ud. habla del yo como un proyecto reflexivo, ¿pero puede ser caracterizado de la misma manera para hombres y mujeres?*

– Creo que esto puede ser contestado en dos planos. Teóricamente, en general, creo que no hay influencias de género. Es una cuestión de la manera en que se vive en una sociedad que se está destradicionalizando. En este sentido, el proyecto reflexivo se aplica tanto a hombres como a mujeres. Esto debe tratarse como una parte central del análisis del yo, de sus emociones y de su relación

con otras personas. Aunque las diferentes historias de géneros se cruzan cuando se llega a cuestiones substantivas. Es lo que intento mostrar en mi libro “La transformación de la intimidad” – las diferentes trayectorias del yo en relación a la vida afectiva en la sociedad moderna–. Por ejemplo, el lado emotivo del hombre en la civilización moderna ha sido poco revelado por las ciencias sociales que se relacionan con la interpretación ortodoxa que los hombres tienen de sí mismos. Si consideramos los clásicos de las ciencias sociales, por ejemplo *La ética protestante*, tenemos una teoría de las emociones, una teoría del impulso que motiva el crecimiento económico pero es sólo una teoría de la emoción masculina, del empresario masculino, del hombre en el espacio público que no discute la vida amorosa del empresario, ni lo que sucede en la familia, ni otras emociones que serían relevantes en la sociedad moderna. En cierta medida las mujeres están obligadas a volverse especialistas en el amor que es tan importante para la civilización como los impulsos que motivan a los empresarios y al espacio económico público de la sociedad moderna. Ellas prestan un gran servicio emocional para los hombres en la civilización moderna. Por lo tanto, me parece que podría producirse una teoría de las relaciones de género y de las emociones partiendo de este tipo de estudios, claro que debería apoyarse en una interpretación más abstracta del yo. Contrariamente a lo que opinan algunas feministas, no creo en la idea de que el género precede a la subjetividad.

– *¿De qué manera se da ese cambio de intereses que van desde cuestiones teóricas más amplias hasta una preocupación por las relaciones personales como las discutidas en sus últimos libros? El desarrollo de la teoría de la estructuración ¿fue una preparación para esto?*

– Esa transición fue algo que realicé más o menos deliberadamente. Primero pensé en hacer una revisión de la historia del pensamiento social para luego trabajar algunas cuestiones metodológicas en las ciencias sociales. Al mismo tiempo, yo quería desarrollar un acercamiento de formas más substantivas de cambio social –este tipo de temas es menos filosófico, más fácil de leer y de trabajar–. Son cosas que desarrollé simultáneamente pero evidentemente es necesario cierta preparación. Comencé con cuestiones institucionales pero me interesé por la historia de las emociones en la sociedad moderna que no está escrita. Hice terapia durante dos años, lo que me influyó bastante. Además, esto me pareció una transición natural: hasta entonces no había escrito lo suficiente sobre emociones. Entendía a los actores de una manera muy práctica y cognitiva, actualmente creo que eso es una forma muy masculina de ver las cosas.

– *Ud. parece estar bastante interesado en la psicología social americana aunque no tanto en Freud que tampoco ha influido mucho en Inglaterra.*

– No sé, ciertas formas de psicoanálisis son fuertes en Inglaterra. Algunos seguidores de Freud construyeron círculos psicoanalíticos. Es verdad que nuestra vida cultural no ha sido tan grande como en otras sociedades, pero tampoco fue insignificante. En mi caso estaba reaccionando contra el psicoanálisis lacaniano. Me intereso más por la interpretación de las relaciones objetales del psicoanálisis, en parte porque me parece que es más adecuado a la vida emotiva de las personas y, por lo tanto, sería posible desarrollar una teoría sociológica a partir de aquí. Aunque no estaba interesado particularmente en el psicoanálisis, busqué en Europa continental acercamientos que pudiesen oponerse a la corriente lacaniana y al es-

tructuralismo. Sartre fue mi punto de partida para articular lenguaje y subjetividad, comencé a unirlos con una noción de confianza discutida por Erickson de una manera muy interesante y que entiendo es muy importante.

– *El psicoanálisis tuvo una fuerte penetración en Estados Unidos y Brasil en términos de clientela que recurre a él. ¿Por qué no ocurrió esto en Inglaterra a pesar de cierta influencia en los círculos académicos?*

– Hubo grandes cambios en la sociedad inglesa, como en otras sociedades occidentales, aunque no necesariamente ligados al psicoanálisis que lleva mucho tiempo, es muy caro y muchas veces elitista. Hubo un crecimiento significativo de varias formas de terapias que expresan, para mí, una creciente reflexividad social y una destradicionalización de la sociedad. Aún no siendo tan común como en los Estados Unidos, hay muchas personas en Inglaterra que buscan terapeutas de un tipo o de otro. Pero, veo eso como una forma de un cambio social más amplio que no está relacionado con la cultura británica o americana que tal vez haya sido más abierta y menos tradicional que la europea y, por esto, adoptó antes estas cosas.

– *¿Ud. asocia el crecimiento de las terapias a la cuestión de la modernidad y de la capacidad reflexiva?*

– Sí, al desarrollo de lo que llamo acción reflexiva social e institucionalizada. No veo esto como un fenómeno individual.

– *En su definición de modernidad Ud. discute dimensiones institucionalizadas como capitalismo, vigilancia e industrialismo, sumados a los conceptos de tiempo y espacio y las cuestiones de los mecanismos de desenraizamiento (desembedding) y de confianza. ¿Cómo relaciona estos aspectos?*

– Intento distinguir las dimensiones de la modernidad. Existen algunas tendencias dinámicas que son más importantes que otras. Las dos fuerzas institucionales generales más importantes son la expansión del capitalismo y la naturaleza del Estado-nación. Esos son los dos loci institucionales más transformadores en la historia moderna. En ambas áreas encontramos actuando mecanismos de desenraizamiento. Por ejemplo, los contratos de trabajo capitalistas son un mecanismo de desenraizamiento porque separan al trabajador de su localidad y lo sitúan en un sistema socioeconómico mucho más amplio. Pero las cuestiones de riesgo y de confianza no pueden ser originadas en instituciones como el capitalismo y el Estado-nación pero sí de las condiciones que ambos producen. Esas condiciones están relacionadas a los aspectos generales de la modernidad asociados a la cuestión del control del futuro y de la organización del tiempo y del espacio en relación al pasado. La noción de riesgo es esencial para esto pues es básicamente una forma de organizar el tiempo. Es un modo de colonizar el futuro.

– *¿Ud. considera la situación de desenraizamiento cómo una especie de consecuencia del desarrollo de los aspectos institucionales de la modernidad?*

– Sí, especialmente su impacto sobre el pasado y la tradición y su orientación para la ocupación del futuro. La noción de riesgo es esencial para todos estos aspectos ya que es principalmente una relación con el tiempo y el espacio. Pero esos aspectos son más generales que una clasificación de las instituciones.

– *En su libro The Nation-state and violence Ud. discutió el rol del estado en la modernidad y trabajó con las teorías realistas. Pero lo que sorprende es que no haya discutido la escuela inglesa o la literatura racionalista que enfatiza el papel de*

las normas y de los valores comunes que permiten no solamente un sistema de Estados, sino una sociedad de Estados en los términos de Hedley Bull o un orden internacional. ¿No existen mecanismos de confianza que se desarrollen entre los Estados, entre las elites estatales?

– Intenté decir, aunque tal vez no lo haya hecho con la claridad suficiente, que no se puede tener un sistema de Estados soberanos a no ser que haya reglas que organicen la soberanía del exterior tanto como del interior. Para que exista el Estado-nación es necesario un sistema de Estados que no puede ser totalmente anárquico, dado que es preciso que haya ciertas reglas: la soberanía no puede ser solamente interna. En el libro lo llamé “sistema reflexivo de Estados”. Tanto que no intenté entrar en el problema kantiano del orden global. De hecho, el libro tiene un foco específico. Para discutir cuál es la naturaleza del sistema de Estados tendría que escribir un libro diferente. Tampoco discutí exactamente lo que es intrínseco al Estado –la naturaleza del sistema legal, por ejemplo–, lo que tendría que ser hecho si estuviese haciendo un análisis más detallado. Yo estaba intentando completar un hueco en la literatura con respecto a las conexiones entre violencia y territorio y entre control de los medios de violencia y territorio. Por lo tanto, el libro no pretendía ser una teoría de las relaciones internacionales.

– *¿Esta fue una consecuencia sin intención de su proyecto?*

– Bueno, ahora se habla de globalización mucho más que de internacionalización. No hay forma de evitar debatir lo que se acostumbraba llamar como la provincia de las relaciones internacionales, como disciplina. Me parece que hay muchas personas en la materia que están en desacuerdo con ella, que esencialmente está desapareciendo, en parte, no se puede hablar más de relacio-

nes entre Estados en forma separada de lo que pasa dentro de ellos. Hay importantes procesos de globalización que hoy atraviesan el campo de las relaciones internacionales concebido de una manera ortodoxa. Muchas de estas cuestiones se han tornado temas sociológicos que les interesa a personas de otras ciencias sociales y, por otro lado, las relaciones internacionales han dejado de ser un campo para especialistas, si alguna vez lo habían sido.

– Según su opinión, ¿Es necesario mantener una división de disciplinas a la manera tradicional?

– Ud. siempre puede sostener una división académica en campos, una división del trabajo, porque siempre hay diferentes tradiciones de pensamiento y de formación. Por lo tanto, es inevitable que un especialista en relaciones internacionales tenga una formación especializada diferente a la de un sociólogo. Pero, me parece, que cada vez es más difícil defender esas divisiones, en gran medida porque los cambios que estoy intentando analizar se refieren a la intersección entre la globalización –y globalización no es el desarrollo de una cultura global, sino el desarrollo de nuevas texturas de experiencias en el tiempo y en el espacio– y la transformación de la vida cotidiana. De modo que lo que uno hace en su vida cotidiana tiene consecuencias globales y lo que ocurre en el nivel global tiene consecuencias personales. Es un mundo muy diferente de aquel en el que se vivió anteriormente. Me parece también que el nuevo cuadro que tiene que ser comprendido no encaja en las actuales divisiones académicas. Entonces, veo la globalización no sólo referida a grandes sistemas, “allá afuera”, sino aquí y ahora, como algo que afecta el tejido de la experiencia de la vida de cada uno, porque estoy pensando en términos tanto del impacto de los medios electrónicos de comunica-

ción como de, digamos, las relaciones entre los Estados y la división internacional del trabajo. De manera que Ud. puede tener una familiaridad mayor con lo que pasa en Bosnia que con lo que está ocurriendo en alguna comunidad cercana a la suya o en su propia comunidad. Muchas interesantes transformaciones surgirán de lo que veo como una nueva agenda para el análisis social que cruza muchos de los campos preexistentes. Se trata de una nueva agenda para el mundo dado que uno no puede ser un especialista profesional exclusivamente en alguna de estas cosas. Todos piensan al respecto y estas cuestiones son discutidas reflexivamente –Bosnia, la Unión Soviética, o el futuro de Europa–. Estas se articulan con su propia reflexión. Así, la posición de un observador especializado es muy diferente de lo que era. Ud. comparte un discurso. Y para mí esto tiene consecuencias más allá de las relaciones internacionales. Esto significa que los Estados no pueden tratar a sus súbditos como lo hacían antes. No existen más los súbditos (subjects) propiamente dichos. Tenemos gente mucho más activa, lo que podemos llamar “personas diestras” – que son, como Rosenau dice en su libro, personas que no es que sean más inteligentes que antes sino que tienen una relación mayor con los grandes sistemas pues son parte de sus vidas. Es muy interesante ir al Brasil y ver que los pobres para no perder con la inflación deben saber de tasas de interés y jugar el juego de los mercados financieros mundiales. Las organizaciones mundiales también cambian, las burocracias no tienen la misma forma, el socialismo desaparece. Todas estas cosas están unidas a la interacción entre la globalización y la transformación de la vida personal. Y nosotros todavía estamos luchando para tratar, mundial y académicamente, con muchas de estas cosas. Esto también tiene que ver con la teoría de

la estructuración, puesto que el mundo está descentrado. Ahora todas las acciones e interacciones se articulan para volver a las preguntas anteriores. La teoría de la estructuración es una perspectiva que se relaciona con ese mundo.

– ¿Pero, que podemos decir de las relaciones de los pueblos con diferentes culturas e historias, de los conflictos que surgen de la globalización y de la expansión de una forma de modernidad que, hasta cierto punto, es occidental?

– De nuevo, esta es una cuestión enorme aunque es posible llegar a una aproximación crítica de alguno de estos aspectos. Aquí hay dos cuestiones: una, sobre la naturaleza de esos conflictos; y otra, si la modernidad es o no un proyecto occidental. Obviamente, están surgiendo nuevas formas de conflicto, hay una reacomodación de la sociedad global después de la guerra fría, hay una reacomodación del sistema combinada con las cosas que vengo analizando. Tenemos un nuevo impacto del fundamentalismo. En mis escritos recientes intento relacionar la teoría del fundamentalismo en conflictos locales y la transformación de la tradición por la globalización. Argumento que, cada vez más, vivimos en un mundo cosmopolita del cual no hay forma de salir pues estamos inmersos en un choque de culturas. En este tipo de mundo el estatuto de la tradición cambia. Las tradiciones eran algo que no necesitaban ser defendidas porque si se creía en una tradición eso era suficiente. Esa es una forma auténtica de ser y tiene un tipo de ritual, una forma de verdad. Cuando las tradiciones son forzosamente colocadas en conflicto no se pueden seguir sosteniendo de aquella forma. O si se lo hace, se torna en fundamentalismo que no es nada más que la tradición defendida de forma tradicional. En una situación de cosmopolitismo cultural forzosamente el fundamentalismo surge por todos

lados, no sólo en términos religiosos, sino también nacionales, étnicos, e incluso en términos de género y de culturas locales. En lo que estoy escribiendo sobre sexualidad y violencia, intento decir que hay un fundamentalismo de género. Esto implica básicamente que el hombre normal se niega a dialogar con la mujer, y es más, la agrede. Esta es una forma de negación de la comunicación, una forma de fundamentalismo. Por lo tanto, veo una estrecha relación entre la diversidad de fundamentalismo y la violencia en el mundo moderno como una forma potencial de ida y vuelta. Tenemos un tipo de espiral de comunicación positivo que la diferencia cultural hace posible. Por ejemplo, si un hombre y una mujer o dos personas cualquiera, se encuentran sexualmente, se puede usar esto como una prueba de comunicación. Sus diferencias se oponen y juegan con las otras diferencias, pudiéndose encontrar una comprensión mayor de su propia diferencia. O se deja que las cosas se deterioren y degeneren en una situación de violencia y odio. Me parece, aunque suene un poco exagerado, que es similar a lo que sucede en una relación –uno comienza amando una persona y termina odiándola–. Esto es lo que sucedió en Bosnia. Tenemos un ciclo de deterioro en el que las cosas que antes unían a las personas producen un ciclo del odio. Las cosas que en un principio te gustaban de una persona son aquellas que te llevan a odiarla cuando la relación concluye, las pequeñas excentricidades se vuelven horribles, son cosas que irritan. Creo que el mundo está luchando contra esas posibles formas de comunicación, el fundamentalismo y la violencia. Estas son condiciones sociales bastante novedosas –pureza y fundamentalismo–, porque me parece que es un tipo de tradición que está cercada; por lo tanto, el desarrollo del separatismo étnico es relativamente nuevo.

– *¿Entonces, el renacimiento de las ideologías neofascistas en Europa está relacionado con estas cuestiones?*

– Sí, pero genéricamente está el hecho de que personas que parecían ser capaces de vivir juntas ya no lo están como en algunas regiones del mundo, por ejemplo, en la India y Kashmir. Por lo tanto, tengo, esencialmente, una interpretación de que existen nuevos focos de conflicto en el mundo y surgen de aquellas uniones problemáticas que son con frecuencia una versión renovada de otras más antiguas, como las relaciones entre culturas musulmanas y cristianas. He desarrollado la idea de que vivimos en una sociedad postradicional. Por esto, pienso que una teoría de la tradición es tan interesante, y no me refiero sólo a las grandes tradiciones, sino también a tradiciones de género, de sexualidad, de familia que también se están transformando. Esas transformaciones de la intimidad significan una revolución histórica en el mundo tan importante como las revoluciones políticas. Cuando vemos a las mujeres afirmándose en todo el mundo y dejando de aceptar que son propiedad de otra persona, estamos ante un cambio enorme en la historia mundial por lo que no es sorprendente que haya una guerra contra las mujeres. El libro de Marilyn French, *War against women*, recibió muchas más reseñas de comentaristas hombres. La guerra contra las mujeres es una marea creciente de violencia masculina y un rechazo de que las mujeres resistan a los hombres, aunque de esto no participen todos los hombres o todas las mujeres. Anteriormente, los hombres controlaban a las mujeres controlando a otros hombres: si un hombre se salía de la línea eran otros hombres quienes lo castigaban, si un hombre se relacionaba con alguien que no debía o embarazaba a alguien tenía que casarse, pagar una multa o era castigado físicamente. Obviamente, los

hombres no pueden controlar a otros hombres como antiguamente y esto produce más violencia contra las mujeres. Este problema está conectado con los temas del fundamentalismo, de la diversidad, del diálogo, de la violencia y junto con la violencia sexual es un gran problema en algunas sociedades.

– *¿No le parece que esa tendencia a acentuar las particularidades –las mujeres, los negros, los pueblos indígenas– pueden ser articulados en ese patrón de reacciones a la globalización?*

– Sí, en el contexto de lo que la globalización hace con los medios de vida locales que son habituales. Cuando tenemos un mundo de cosmopolitismo forzado estas cuestiones no significan lo que solían significar. El mundo siempre fue cosmopolita aunque acostumbraba serlo a través de la separación geográfica. Existían muchas culturas diferentes bastante separadas unas de otras. Ahora eso no puede ocurrir más. Yo vería alguna de esas cosas como formas de fundamentalismo. La negritud, o el odio a la negritud o a la religión islámica, estas cosas toman una nueva forma contra esa globalización, la transformación de la vida local y la destradicionalización. La destradicionalización no es la desaparición de la tradición, es una reorganización, es la tradición retrabajada. Si bien no todos los fundamentalismos son perniciosos, algunos sí lo son. Es importante remarcar que el énfasis que pongo en la globalización no se limita al desenvolvimiento de la economía mundial ni al sistema mundial. La globalización es principalmente la transformación del tiempo, del espacio, de la experiencia local, no es una sola cosa, es un conjunto complicado de transformaciones de las condiciones básicas de la vida social. No produce necesariamente un mundo más unido, produce fragmentación. Estos dos elementos se encuentran yuxta-

puestos uno en el otro. No sé si en portugués o español es así, aunque de cualquier manera el tratamiento de estas cuestiones es reciente en la literatura en inglés; esto se asocia, comúnmente, al nombre de Wittgenstein. En inglés, hasta los años 50, no existía el concepto de fundamentalismo. Pero la globalización no es un proceso único, aunque los medios electrónicos de comunicación como los satélites sean el factor individual más importante pues permiten tener mercados financieros las 24 horas. Cuando los indios del Brasil se encontraron con Sting dejaron de ser un objeto que se citaba en la bibliografía y listo; esto no se puede hacer más. Nadie está afuera de la globalización o de la acción reflexiva.

– *Esto tiene importantes reflejos sobre el Estado. ¿No le parece que estos procesos reducen la soberanía del Estado?*

– En realidad tiene efectos diversos en las diferentes partes del mundo, si bien de un modo general concuerdo con que el Estado-nación está siendo profundamente transformado. Algunas sociedades consiguen más poder, e inclusive es mayor dentro de sus fronteras. Obviamente, esto es lo que ocurre en Europa Oriental desde que se libraron de la Unión Soviética aunque en términos generales el Estado-nación está cambiando. Cuanto abarcará esta reestructuración todavía es una cuestión abierta.

– *Con todo esto el mundo se está volviendo un lugar bastante peligroso ¿No es así?*

– Bueno, es el riesgo que debemos enfrentar: tenemos peligros globales que antes no existían pero también tenemos ventajas globales. Hay muchas cosas que podemos hacer con menos riesgos que antes. Es una situación ambigua y contradictoria pero no podemos hablar específicamente de pesimismo u optimismo. Es preciso pensar en la

centralidad de los riesgos, limitarlos, circunscribir los daños que resultan de la intervención humana en el mundo. Los peligros solían ser extremos –peligro de inundaciones, de terremotos, etc.–. Los riesgos en un mundo reflexivo son creados, en gran medida, por nosotros mismos. El riesgo, por ejemplo, de formalizar una relación con alguien cuando no se sabe qué pasa con el casamiento, no se sabe qué género es más significativo, cuál es su vida afectiva; esas son oportunidades en potencia para los desastres. Además la naturaleza solía ser externa, ahora es un medio de riesgo socialmente organizado. Así el recalentamiento global tiene un papel diferente que el de las inundaciones tradicionales. Y esto está unido a la transformación de la tradición. La naturaleza y la tradición eran escenarios externos donde la acción se desarrollaba. Ahora todo debe ser decidido. Por ejemplo, la vida de las mujeres, debido a la maternidad y a los hijos, unía naturaleza y tradición. Con las familias pequeñas y los anticonceptivos esto cambió.

– *¿Por qué hoy estos movimientos e ideas de tipo fundamentalistas parecen tener un peso mayor que las ideologías universalistas como el socialismo?*

– Es lo que intento desarrollar en mi libro sobre política. Mi teoría es que el socialismo, y otras formas de pensamiento que intentaban tomar el pulso de la historia, funcionaron muy bien en un mundo organizado por naciones y Estados, inclusive en términos económicos, y donde existían estilos de vida relativamente estables. Es por esto que el keynesianismo y el comunismo funcionaron bastante bien hasta fines de los años 60. Pero no funcionan bien bajo condiciones de globalización y acción reflexiva, de transformación de la vida local.

Estamos ante un mundo que se pro-

yecta contra los límites de la modernidad que no puede ser vista como historia, donde la historia no tiene el mismo sentido. Precisamos una política para un mundo dañado en términos de medio ambiente y de solidaridades sociales. Estos daños ofrecen oportunidades, en cierto sentido, pero tienen que ser controlados, limitados. Se necesita mucho trabajo de reparación para reestablecer las solidaridades sociales, para conectar las diferentes partes del mundo y superar las fragmentaciones. Un nuevo tipo de protesta radical, aunque no sea de izquierda, parece que debería asumir, paradójicamente, temas conservadores. Al final de cuentas un liberalismo que reivindica ser una forma de filosofía de derecha, que se juega por el mercado, debe tener su propio conservadurismo. Pero las fuerzas de mercado destruyen la tradición que son aquellas cosas de las que dependen los conservadores. Por eso pienso que cierta dosis de conservadurismo es también una manera de enfrentarse con un mundo dañado, un mundo donde no se puede tener una modernidad permanente, un cambio sin fin.

– *¿Es contra esa modernidad que no deja nada en pie que sería necesario buscar una mayor estabilidad?*

– Actualmente ser radical es, en parte, luchar por una fuerza estabilizadora ante el impacto global del neoliberalismo que es muy radical. Él no tiene tiempo para la tradición, solamente da libertad a las fuerzas del mercado para transformar el mundo según su voluntad. McDonalds por todos lados y todo el resto del capitalismo comercial que conocemos. Lo que necesitamos hoy es una crítica del capitalismo y de algo más allá del mismo pero que, ciertamente, no es el capitalismo. Sin embargo, hay un modo diferente de ver la vida que, por ejemplo, mantenga la continuidad entre las generaciones, las re-

laciones entre los sexos o acentúe las formas de solidaridad en las ciudades. Estas cosas serían realmente radicales.

– *Entonces, ¿Ud. se refiere a un tradicionalismo con capacidad reflexiva?*

– Sí, sería un uso de la tradición no tradicional que evite el fundamentalismo. Fundado en la conexión biológica entre culturas diferentes, usando las espirales positivas de la comunicación para detener las espirales negativas. La manera de detener lo que ocurre en Bosnia no es moverse luego que estas cosas sucedieron pues es imposible detener el odio; y existen muchas espirales de odio en el mundo como resultado de esas transformaciones. Es preciso, en principio, controlarlas y limitarlas. La comunidad mundial puede intentarlo, las naciones poderosas pueden intentarlo. Estoy interesado por las conexiones entre política ecológica y conservadurismo filosófico pero lejos de posturas derechistas, pienso en una conexión sobre el sentido de tener una comunidad, de ser solidarios, una comunidad entre generaciones.

– *Este tipo de cuestiones se conecta con lo que Ud. llama “política de los estilos de vida”. ¿Y la “política de las oportunidades de vida”? ¿No implican movimientos sociales? ¿Una cosa excluye la otra?*

– Estas dos cosas son importantes. Políticas de clase y políticas de decisiones de vida en que Ud. tiene que decidir incluso sobre la tradición porque la política de los estilos de vida esta unida con el hecho de vivir en un mundo des-tradicionalizante. Uno podría decidirse a ser tradicional, ser un cristiano “remecido”; hasta los indios en la selva brasileña están capturados reflexivamente en la cultura mundial. Pueden defender sus antiguas tradiciones pero esto es una decisión. Hay pocas situaciones en el mundo en que se pueden vivir las tradiciones de manera tradicional, a no ser

que la persona se torne fundamentalista. Por lo tanto, hoy en día la política de la vida es central y con frecuencia precede las luchas por la igualdad. Podríamos pensar que es preciso emancipar a todos y entonces las personas descubrirían como vivir. Me parece, por el contrario, que es preciso descubrir de qué manera se quiere vivir frecuentemente antes de la emancipación, o como parte de la emancipación. Uno tiene que descubrir el sentido de la vida porque vale la pena vivir: como se pueden solucionar las cosas, como se puede vivir con los otros, como vivir una vida satisfactoria, como alcanzar una identidad razonable y una gama razonable de derechos. Todas estas son cuestiones abiertas. Pero ambas cosas van juntas. Por ejemplo, vea lo que ocurre en Europa Occidental con el trabajo. Desempleo, género, trabajo: todo tiene que ver con la desigualdad y está ligado a cómo las personas ven al trabajo en sus vidas, cómo vivencian su tiempo libre, cómo permanecen con sus hijos, etc.

– *¿Y en el plano global?*

– Pasa lo mismo en este plano. Si se quiere vivir en una sociedad en la cual desarrollo económico no es el fin de todo, eso demanda cambios en el estilo de vida y de orientación frente a los otros pueblos.

– *¿Es una metáfora su referencia a los daños? ¿Hay alguna relación con el concepto similar de Adorno?*

– No, es una idea mucho más amplia. Es una metáfora cuando está aplicada a la vida social aunque creo que se pueden ver solidaridades damnificadas por todos lados. El problema de la política moderna está en cómo reconstruir la solidaridad de manera tal que sea compatible con los derechos individuales, con la autonomía y con el yo reflexivo. En el libro sobre la intimidad estaba intentando mostrar que ciertos tipos de

cambios profundamente democráticos en la vida personal pueden ser medios de solidaridad que ya no es más del tipo tradicional ni tiene nada que ver con el mercado; ni *Gemeinschaft* ni *Gesellschaft*, es algo realmente diferente. Con un fuerte involucramiento personal pero sin la necesidad de la proximidad física. Tomemos una persona que se encuentra del otro lado del mundo y que mantiene con Ud. una conexión de alta proximidad a través del sistema de comunicación electrónica o de otro tipo. Las familias modernas dependen de ello, por lo menos la mayoría está separada físicamente, pues para mantener cierta solidaridad, hay que mantener contactos de formas que no implican la interacción cara a cara.

– *Cuando se ve la globalización desde el ángulo de las relaciones internacionales se observa que está relacionada con el orden internacional, con ciertas normas e ideas que se expanden y afectan a cada individuo en su vida cotidiana, pero que, al mismo tiempo, es un proceso controlado por ciertos centros occidentales. ¿Cómo entran los diferenciales de poder en esta discusión?*

– La globalización, sobre la cual ya he escrito, está mucho más descentralizada que anteriormente. Debido a un conjunto de influencias pero también dada la naturaleza de la comunicación instantánea que existe hoy en día. Todavía pervive un imperialismo en la vida económica y cultural, vía la comunicación de masas, pero no de la misma manera que ocurría antes y esto es en parte porque no podemos pensar refiriéndonos a las viejas alternativas. Teníamos aquellas contrafactuales, inclusive el socialismo, a partir de lo que pensábamos era la dominación de Occidente, el imperialismo, la dependencia y cosas por el estilo. Sin esto la dominación internacional no se presenta de la misma manera. Aunque, de hecho, los Estados

Unidos son la única superpotencia y todavía mantienen la ventaja de no tener problemas internos de nacionalidad.

– ¿A Ud. le parece aceptable tratar a los Estados Unidos como la fuente de estabilidad del sistema internacional?

– No me parece que sea deseable pero me parece que por el momento es inevitable. De todas maneras, no desarrollé específicamente una discusión sobre geopolítica y no tengo nada muy puntual para decir sobre el papel de los Estados Unidos. De todas maneras entiendo que necesitamos una teoría normativa de la violencia que nos permita pensar como la controlamos para comprender cuáles son las condiciones que la originan. Por ejemplo, se mantiene la violencia masculina contra las mujeres como una guerra, aunque no podemos decir directamente que ésta es la causa de la guerra; pero, existen ciertas articulaciones entre temas psicológicos y condiciones sociales. Para pensar la perspectiva de un mundo pacificado es preciso articular las cuestiones del fundamentalismo, del diálogo y del cosmopolitismo e imaginar instituciones capaces de enfrentar esas cuestiones en el plano global y en el personal.

– ¿Ud. no relacionaría su trabajo con una tradición radical inglesa que contiene a figuras como Bertrand Russell, trabajando temas como la violencia y la vida personal, y que al mismo tiempo es bastante diferente de las corrientes de Europa continental?

– Apenas existe una conexión general. Quien trabaja con una teoría de la violencia en términos personales e intenta pensar una teoría política de la violencia hasta cierto punto tiene que comenzar de cero. El socialismo no ha tenido una teoría de la violencia, además de la violencia de clase y del Estado. Las relaciones internacionales tienen una teoría de la violencia del Estado-Na-

ción aunque obviamente no la tienen sobre la violencia de género o de otro tipo. Las teorías liberales son las que dicen mucho sobre la violencia aunque la ven como algo endémica e inherente a la condición humana, y esto no es suficiente de ninguna manera. A mí me gustaría cruzar diferentes literaturas para intentar llegar a una teoría de la violencia que, por otro lado, reconozca la especificidad de cada una de sus expresiones. Sería una teoría crítica normativa en la que colocaría la cuestión del control de la violencia.

– ¿Ud. se ve intentando moldear la agenda de las ciencias sociales de Gran Bretaña?

– Sí, aunque en este momento estoy más interesado en la política, en la necesidad de modificar la agenda radical la cual no es, al menos de una manera ortodoxa, de izquierda y que sin embargo, debe encarar un mundo que está equivocado. De cualquier manera hay que acostumbrarse a aceptar que el mundo es imperfecto. La filosofía conservadora tiene un tipo de teoría de la imperfección que supone la posibilidad de transformar infinitamente el mundo de acuerdo a los propósitos humanos. La ilustración pensaba que, como los problemas eran creados humanamente, podían ser resueltos también de esta forma. Pero hoy eso no es tan así, no obstante existen cuestiones como la pobreza global que están dentro de esa categoría de problemas que fueron creados y pueden ser solucionados por los seres humanos.

– ¿Ud. ve a la teoría de la estructuración como una teoría crítica?

– No, es apenas un instrumento. Una teoría crítica depende de esas formas de realismo utópico de las cuales hablábamos y deberá ahondar en el tipo de cuestiones sobre las que estoy llamando la atención: ya no puede seguir siendo puramente emancipatoria ■

Advertencia

La primera versión del presente trabajo fue escrita antes que se pusiera en marcha la reforma educativa que hoy está dando sus primeros e inciertos pasos. Cuencadas las sucesivas versiones de los Contenidos Básicos Comunes de la Enseñanza General Básica, así como los borradores de la Educación Polimodal, observamos que algunos elementos críticos centrales del artículo quedaban en cierto modo contemplados o salvados. Así todo, consideramos que el trabajo conserva vigencia por diversos motivos: ante todo porque de hecho siguen en aplicación los antiguos planes; luego porque continúan aun las discusiones sobre la implementación del nuevo plan sin que haya un criterio uniforme de cómo se lo terminará de instrumentar a nivel de las provincias y de la ciudad de Buenos Aires; por último porque contiene una serie de sugerencias de aplicación de la historia regional, que con viejos o nuevos planes pueden ser de utilidad. De allí que decidimos, a excepción de algunos retoques que no alteran el fondo, conservarlo tal como lo habríamos concebido antes que se iniciara la transición educativa.

A medida que se fueron delimitando las líneas de los contenidos en Cien-

Historia y Educación

cias Sociales fue necesario pensar que lo local y regional, dentro de los primeros niveles de enseñanza, debía ser tratado a la luz de la perspectiva de la historia y de la geografía. En este sentido, el trabajo intenta ser un aporte a la historia y a la geografía de la enseñanza, en particular a la historia y a la geografía de la enseñanza de la historia y de la geografía. En este sentido, el trabajo intenta ser un aporte a la historia y a la geografía de la enseñanza, en particular a la historia y a la geografía de la enseñanza de la historia y de la geografía. En este sentido, el trabajo intenta ser un aporte a la historia y a la geografía de la enseñanza, en particular a la historia y a la geografía de la enseñanza de la historia y de la geografía.

Pero no es el objeto de este artículo realizar un análisis crítico de la transformación del sistema de enseñanza general, ni de las condiciones de las ciencias sociales en el mismo, sino dejar en claro que la historia y la geografía de la enseñanza, en particular a la historia y a la geografía de la enseñanza de la historia y de la geografía.



La Historia local y regional en la enseñanza como alumnado de la historia y de la geografía de la enseñanza.

De las conclusiones presentadas en

*Unidad de Investigación en Historia Regional, Universidad Nacional de Luján.

Unidos son la única superpotencia y todavía mantienen la ventaja de sus propios problemas internos de nacionalidad.

—¿A Ud. le parece apropiado que a los Estados Unidos corresponda la fuente de estabilidad del sistema internacional?

—No me parece que sea deseable pero me parece que por el momento es inevitable. De todas maneras, no desarrollé específicamente una discusión sobre geopolítica y no tengo nada muy particular para decir sobre el papel de los Estados Unidos. De todas maneras entiendo que necesito daros una teoría que maneje los temas de la guerra y la paz y que piense en cuáles son las condiciones que la originan. Por ejemplo, se quiere que la violencia sea un fenómeno que surge de la vida social, pero yo creo que es necesario decir directamente que esto es la causa de la guerra, pero, existen ciertas articulaciones entre temas psicológicos y condiciones sociales. Para pensar la perspectiva de un mundo pacificado es preciso articular las cuestiones del fundamentalismo, del diálogo y del cosmopolitismo e imaginar instituciones capaces de enfrentar esas cuestiones en el plano global y en el personal.

—¿Ud. no relacionaría su trabajo con una tradición radical inglesa que contiene a figuras como Bertrand Russell, trabajando temas como la violencia y la vida personal, y que al mismo tiempo es bastante diferente de la corriente de Europa continental?

—Apenas existe una tradición general. Quien trabaja con temas de la violencia es un filósofo, pero yo intento pensar en una política de la violencia y en un punto de vista que comienza desde el socialismo. No he tenido una teoría de la violencia, además de haber escrito un libro y un estado. Las relaciones internacionales tienen una teoría de la violencia del Estado-Na-

ción, con una abstracción de la violencia sobre la violencia de género o de otro tipo. Los filósofos liberales son los que han visto muchos otros, la violencia en animales, la violencia en los individuos y la violencia a la condición humana, y sin embargo, suficiente de ninguna manera. A mí me gustaría hacer diferentes lecturas para intentar llegar a una teoría de la violencia que, por otro lado, reconozca la especificidad de cada una de sus expresiones. Sería una teoría crítica, normativa en la que colocaría la cuestión del control de la violencia.

—¿Ud. se ve intentando mildear la agenda de las ciencias sociales de Gran Bretaña?

—Sí, aunque en este momento estoy más interesado en la política, en la posibilidad de modificar la agenda nacional, lo cual no es, al menos de una manera, un tema de izquierda y que sin embargo, debe ser un punto que no está equivocado. De cualquier manera, hay que arriesgarse a aceptar que el mundo es imperfecto. La filosofía conservadora tiene un tipo de teoría de la imperfección que supone la posibilidad de transformar infinitamente el mundo de acuerdo a los propósitos humanos. La ilustración pensaba que, como los problemas eran creados humanamente, podían ser resueltos también de esta forma. Pero hoy no es tan así, no obstante existen cuestiones como la pobreza global que están dentro de esa categoría de problemas que fueron creados y pueden ser solucionados por los seres humanos.

—¿Ud. ve a la teoría de la estructuración como una teoría crítica?

—No, es apenas un instrumento. Una teoría crítica depende de esas formas de realismo utópico de las cuales hablábamos y deberá ahondar en el tipo de cuestiones sobre las que estoy llamando la atención, ya no puede seguir siendo puramente emancipatoria. ■

La historia local y regional en la enseñanza

Marcelo Lagos*

Advertencia

La primera versión del presente trabajo fue escrita antes que se pusiera en marcha la reforma educativa que hoy está dando sus primeros e inciertos pasos. Conocidas las sucesivas versiones de los Contenidos Básicos Comunes de la Enseñanza General Básica, así como los borradores de la Educación Polimodal, observamos que algunos elementos críticos centrales del artículo quedaban en cierto modo contemplados o salvados. Así todo, consideramos que el trabajo conserva vigencia por diversos motivos: ante todo porque de hecho siguen en aplicación los antiguos planes; luego porque continúan aún las discusiones sobre la implementación del nuevo plan sin que haya un criterio uniforme de cómo se lo terminará de instrumentar a nivel de las provincias y de la ciudad de Buenos Aires; por último porque contiene una serie de sugerencias de aplicación de la historia regional, que con viejos o nuevos planes pueden ser de utilidad. De allí que decidimos, a excepción de algunos retoques que no alteran el fondo, conservarlo tal como lo habíamos concebido antes que se iniciara la transición educativa.

A medida que se fueron delimitando las líneas de los contenidos en Cien-

cias Sociales fue quedando en claro que lo local y regional, de fuerte peso en el primer nivel de la EGB, tiende a diluirse y desaparecer a medida que se avanza hacia los otros niveles. Llegados a la instancia polimodal, donde la historia pierde identidad propia en pos de la pluridisciplina, el objeto de nuestra preocupación parece no merecer el tratamiento de "profundización" que tiene como meta este nivel, dado que desaparece del contenido de los distintos bloques. Entonces, si antes la historia de las regiones no existía en los planes, ahora sólo tiene presencia en los primeros niveles, quedando marginada cuando los estudiantes transcurren la adolescencia, donde podrían realizar, no mejores, pero si seguramente más críticas reflexiones sobre la realidad de su entorno.

Pero no es el objeto de este artículo realizar un análisis crítico de la transformación del sistema educativo en general, ni de los contenidos de las ciencias sociales dentro de ese marco, sino dejar como toque de atención reflexiones relativas a la importancia que debe tener, en cualquier esquema de educación, lo local y regional como fuente de conocimiento.

La Historia local y regional como alternativa de la enseñanza tradicional

De las conclusiones presentadas en

* Unidad de Investigación en Historia Regional. Universidad Nacional de Jujuy

trabajos de más de un centenar de profesores de la ciudad de Jujuy, luego de un curso de actualización en historia regional, se desprendía la necesidad de instrumentar en forma operativa contenidos de historia local y regional en la educación. De esa inquietud, que lleva largos años de postergación, nació la idea de escribir este artículo.

Creo necesario aclarar que no pretendo aquí desplegar una planificación al respecto sino sumarme con algunas reflexiones, las más producto de casi veinte años en las aulas, a la sentida necesidad, común con mis colegas, de transmitir el conocimiento del pasado local a nuestros jóvenes.

La realidad educativa en que nos movemos muestra paradójicamente que lo local es casi inexistente en la currícula. Los planes maestros, pensados desde la Capital, han relegado hasta ahora ese terreno del conocimiento a unas pocas nociones. Esto no es así en todo el país, sabemos de provincias que hace años difunden con éxito entre niños y adolescentes la historia de su región. Lo mismo sucede en nuestro ámbito, pero de forma espontánea, ya que muchos docentes, de hecho, lo incluyen en sus programas.

Esa misma realidad impone limitaciones a quienes por propia voluntad intentan impartir nociones históricas de la región. La carencia de textos es el primer obstáculo. Es que los manuales con que nos manejamos siguen teniendo una visión que mira a las regiones interiores desde Buenos Aires. Las problemáticas regionales aparecen en ellos muy someramente sólo cuando el escenario de algún acontecimiento político o militar se desarrolla en esos lugares. Cuyo o el Noroeste parecen sólo existir en tiempos de la Guerra de Independencia, luego desaparecen del devenir histórico. La iconografía e ilustraciones de estos textos, hasta de los más recientes y novedosos, sigue

los pasos antes indicados. La preeminencia de las imágenes de Buenos Aires, ciudad y campaña, es notable. Lo mismo sucede cuando se realizan análisis económico-sociales, la descripción de las actividades mercantiles del puerto o las ganaderas del campo bonaerense parecen suficientes para caracterizar al país entero como unidad indiferenciada.

Esto se debe a que es en Buenos Aires donde se escribe la historia y se genera la política editorial, pero también es responsabilidad de los historiadores del interior desconectados en general de lo que significa la transmisión de conocimiento histórico a nivel de difusión y aplicación en la enseñanza. Esto a su vez estuvo condicionado por el hecho de que no era necesario producir este tipo de textos ya que no existía un mercado para ellos, dado la no obligación desde los planes de estudio de incluir contenidos regionales. Si hoy esa situación se ha revertido, por lo menos en lo planificado para los primeros niveles de la EGB tal como hemos mencionado, no tenemos conocimiento de historiadores profesionales que se estén encargando del asunto, menos aun que desde las autoridades educativas de la provincia se la piense instrumentar con la intervención de investigadores locales.

Este tipo de enfoque prácticamente no ha sufrido variantes desde el siglo pasado cuando fue concebido. Así es, la aplicación de la historia en los planes de estudio respondía a una necesidad de legitimar la idea de nacionalidad en un país en proceso de profundas transformaciones demográficas y con una imperiosa necesidad de afirmar su identidad. En ese marco las diferenciaciones regionales provocaban malestar; eran un atentado contra el principio de uniformidad que intentaba imponerse, amen de recordar viejas luchas interregionales las cuales se



creían definitivamente superadas y por lo tanto era necesario desterrar de la memoria.

También, como vestigio del siglo pasado queda aún la estructuración de los contenidos que, herencia del modelo erudito francés, hemos incorporado y escasamente modificado.

Estos estaban programados de tal forma que parecían ir en el exacto sentido opuesto de lo que es la mentalidad de un joven: lo más lejano en el tiempo y espacio era lo primero que se intentaba enseñar; las culturas orientales, la Edad Antigua eran el objeto de estudio de los jóvenes de trece o catorce años, que de entrada sentían que la historia era algo absolutamente remoto y de escasa utilidad, salvo que algún dato curioso o exótico la hiciera en alguna forma entretenida. El turno de saber sobre su ciudad, su provincia, el lugar donde vive, no llega nunca.

¿No es lógico como forma de incentivo del interés de los alumnos hacer partir las preguntas hacia el pasado en función de las preocupaciones y expectativas de nuestro presente regio-

nal? ¿O es que acaso no tiene suficiente riqueza nuestra realidad como para motivar a los adolescentes? ¿Será una obviedad decir que la historia está a nuestro alrededor y la más de las veces no la sabemos aprovechar como elemento de incentivación para despertar inquietudes por el pasado...?

Estamos planteando partir del medio, pero trascender de él. Caer en un localismo cerrado sería absolutamente contraproducente, significaría un achique del campo de mira. Lo que el conocimiento del medio debe despertar es el ansia de preocupaciones más abarcadoras, que a su vez se convertirán en marco explicativo necesario para la mejor comprensión del entorno del cual se está partiendo.

La enseñanza de la historia local y regional puede constituirse en una herramienta de ruptura con la usanza tradicional de transmitir la historia si acompaña a ésta la aplicación de nuevas técnicas de acercamiento al pasado. Esta renovación es necesaria, pues de lo contrario reemplazaríamos con una sucesión de datos locales y regio-



nales los "nacionales" y "universales" que aún hoy se imparten.

La historia tradicional ha tendido a hacer del alumno un ente memorista y repetitivo, alguien preparado para recibir pasivamente un discurso ya sea de un profesor, de un manual o de una imagen que luego debe reiterar como muestra de que lo ha asimilado. La historia tradicional ha tendido a hacer de la mente del joven una especie de agenda-almanaque donde acumular fechas y datos. Con este panorama, la falta de interés de los alumnos, cuando no el rechazo generalizado hacia la asignatura por encontrarla inmensamente aburrida, es el resultado lógico inapelable.

Es que, así dadas las cosas, el joven encuentra que los temas que debe aprender están desconectados en absoluto con su momento, su realidad, sus vivencias. La historia aparece como un armario de cosas viejas y recuerdos que sin sentido parece necesario conservar. Qué diferente sería su experiencia si ese conocimiento le sirviera para entender por qué la provincia donde vive pasa de una crisis a otra, por qué tiene compañeros con apellidos de origen italiano, español, árabe o indígena o por qué la música que está empezando a gustar se interpreta

con charangos y quenás. Explicaciones de cosas cotidianas, pero no por ello sin importancia¹.

Los interrogantes, los cuestionamientos, las inquietudes, siempre parten de lo más cercano en el espacio y tiempo. Allí es donde la historia local y regional podría tener la ventaja de partir con incentivos diferentes de lo que ha ofrecido la tradicional, podría crear en los jóvenes un interés sentido y concreto, una necesidad por entender las cosas que están a su alrededor, que son parte de su existencia diaria.

Otra tendencia en la enseñanza tradicional de la historia en nuestro país, producto de la necesidad de crear prohombres del siglo pasado, es la propensión a armar modelos estereotipados, que han hecho la más de las veces desarrollar concepciones maniqueas de nuestro pasado. El joven duda de esos superhombres que se presentan impolutos porque la realidad le muestra a diario que las cosas son diferentes: al lado de hombres probos los hay corruptos; junto a los que mantienen la palabra están los que hoy afirman una cosa, mañana hacen otra; los ídolos hasta ayer modelos humanos entran en desgracia y de golpe aparecen todas sus lacras. Surgen entonces las preguntas ¿Es que en tiempos pasados esto no sucedía? La historia quiere imponernos la idea de hombres irreales? ¿Sólo de grandes personajes tenemos que ocuparnos?

La historia local y regional no debería reemplazar unos héroes por otros, sino perseguir un sujeto más social para su enfoque, buscando que sus personajes abarquen un amplio espectro: obreros, intelectuales, artistas, campesinos, etc. El papel de los "grandes hombres" debe dejar lugar a actores sociales más reales y cotidianos, para que no se sienta la historia como cosa extraña y ajena, propia de seres privilegiados.

Otro defecto de la historia tradicional ha sido el de presentarse al alumno como cosa acabada, como caso cerrado, algo sobre lo cual ya no hay nada más que agregar u opinar. Por contraste, la realidad se le presenta complicada, contradictoria, le resulta difícil hallar adultos que concuerden sobre un tema político o económico; los medios de comunicación lo bombardean y le muestran la complejidad de la realidad. Al alumno inteligente ese pasado perfecto, donde todo encaja, también le resulta sospechoso. Además, se trata de un pasado sobre el cual no puede tener opinión, pues ya está todo dicho, su palabra no tiene validez para reabrir juicios, otra vez la posibilidad de despertar interés queda coartada.

La historia local y regional tiene todas las posibilidades de utilizar el medio para que el alumno se sienta un constructor de la historia, sobre todo de la más reciente. El alumno puede llegar a sentirse un partícipe de la investigación, un constructor de conocimientos y no un sujeto pasivo-receptivo, condición a que lo había relegado la enseñanza tradicional. Pero esta iniciación en la investigación partiendo del aprovechamiento que brinda el medio no debe caer en una micro historia, que haga realizar al estudiante una investigación excesivamente puntual. La meta no debe ser convertir al joven en un especialista, sino que la idea es aprovechar el medio como punto de partida para hacer crecer su inquietud, su curiosidad, su deseo de investigar. Que el conocimiento de cómo y cuándo surgió y creció su barrio no se constituya un fin en sí mismo sino sólo el primer paso para interesarse por su ciudad, su provincia, su país. Por eso reiteramos que el medio es un excelente punto de partida que permite iniciarse desde lo concreto, lo conocido, lo que se encuentra al alcance de la mano, pero no debe ser la meta final.



Las generalizaciones, las comparaciones y las abstracciones deben ser introducidas en forma progresiva de acuerdo a su grado de complejidad.

En casi todos los lugares, y en especial desde el siglo pasado, la enseñanza de la historia ha cumplido una función legitimadora del Estado-nación y del poder constituido y se la ha tomado como herramienta preponderante para moldear la conciencia colectiva de las sociedades². Nuestro país no escapó a esta regla general y el sistema educativo asignó a la historia el papel prioritario de forjadora de una "conciencia nacional". Si tomamos esta premisa a nivel del marco regional, podemos afirmar que aquí es nulo lo que se ha hecho en pos de una conciencia histórica ya que ésta simplemente no se imparte y eso significa dejar librado al azar el tema de la identidad y la protección del patrimonio cultural. No queremos convertir a la historia en la defensora de esos conceptos hoy tan polemizados, mucho menos resignarla al papel al que aludimos anteriormente, sino por el contrario opinamos que debe ser el instrumento capital que coadyuve a la conformación de una conciencia colectiva crítica del entorno. De allí la importancia que le otorgamos a su enseñanza.

Aprovechamiento del medio como punto de partida del conocimiento histórico

Dentro de las posibilidades históricas que nos brinda el medio tenemos una serie de técnicas aún poco aprovechadas en el nivel secundario.

a. Historia oral

Los testimonios orales siguen siendo poco utilizados por ser considerados una fuente poco fidedigna, muy subjetiva y poco digna de ser tenida en cuenta. La formación positivista, relacionada a una tradición y culto al documento escrito y por entero ligada a la historia fáctica, es la forjadora de esa visión despectiva.

Sumados a esos prejuicios se agrega que no existe en la formación profesional de la gran mayoría de los historiadores de nuestro país una capacitación metodológica para la utilización de la historia oral, su aplicación y transmisión al alumnado. Paul Thompson, pionero en la disciplina, opina que "La realidad es que la oposición a la evidencia oral se basa tanto en apreciaciones personales como en principios. Los historiadores de la vieja generación que ocupan las cátedras y tienen las llaves en sus manos son instintivamente reacios a la introducción de nuevos métodos. Lo cual implica que ya no controlan todas las técnicas de su profesión. De aquí los comentarios despectivos acerca de los jóvenes que patean la calle con grabadoras"³.

No entraremos en reflexiones metodológicas respecto de temas muy debatidos en este campo como el de la memoria, la parcialidad del informante o el peso del investigador en la gestación de la información, tampoco a los aspectos referidos a su técnica y práctica de aplicación, sólo

nos interesa la utilidad y ventajas respecto de la historia que estamos proponiendo.

Ante todo las fuentes orales pueden dar al pasado una dimensión afectiva, algo de lo que suelen carecer los textos con que nos manejamos, que rara vez crean en el alumno la sensación de que en el pasado también había vida. Proyectos de historia oral sobre el medio local pueden llenar el vacío afectivo que caracteriza a nuestra enseñanza de la historia. Justamente con este objetivo podemos acercarnos a información diferente de la que comúnmente nos puede brindar la documentación escrita: costumbres, actitudes, opiniones, aspectos de la vida cotidiana, etc.

También este tipo de fuentes puede acercarnos al sectores sociales que buscamos en cuanto sujetos de nuestras inquietudes y que no se expresan por escrito (por ejemplo campesinos analfabetos de la Quebrada o Puna) o que no tienen por costumbre manifestarse a través de ella (sectores populares que no registran sus vivencias en diarios, ni tienen la posibilidad de escribir un libro o guardar un archivo).

La historia oral se constituye en la práctica en un trabajo de campo donde el alumno, individual o grupalmente, puede sentirse el constructor de la historia. Pero es de suma necesidad que el docente esté consciente y alerte a sus dirigidos sobre cuáles son las limitaciones que en manos de jóvenes, como en las de cualquier otro aficionado, tiene el manejo de la técnica y los resultados a que se puede arribar. Habrá de tener en claro el docente que lo más importante será la experiencia en sí misma, más allá de los resultados alcanzados. Una experimentación que tenga otras pretensiones deberá contar con la participación de un especialista en el asunto y dedicar al proyecto un tiempo que re-

basará seguramente las horas cátedra que tiene asignadas cualquier profesor de historia.

Por eso creemos que "la oral" sólo tiene que ser una de las técnicas de acercamiento a la historia local, no la única, ni tampoco excluyente. Muchos temas se prestan para un interesante intercambio comparativo con documentación escrita⁴.

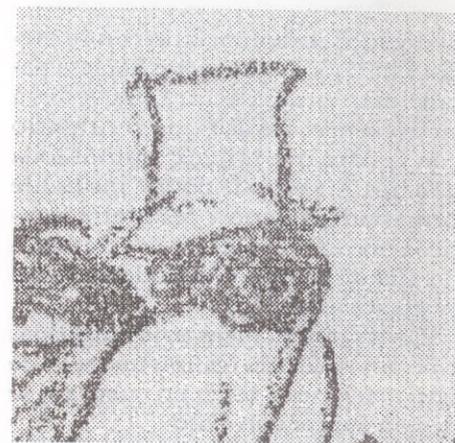
b. Historia de vida

Otra técnica muy poco frecuentada en el nivel secundario es el de las "historias de vida". Dentro de las técnicas de investigación social ésta entra dentro del análisis de lo cualitativo, de serio cuestionamiento en ciencias sociales desde el momento en que lo cuantitativo pasó a convertirse en dato supestando, al igual que lo escrito sobre lo oral.

La mayoría de las justificaciones teóricas de este tipo de reconstrucciones parten del principio de que el hombre es un conjunto de relaciones sociales y que siendo todo protagonista perteneciente a una determinada sociedad y cultura, éstas están detrás de su pensar y obrar, de allí que el hombre particular es la manifestación y exponencia de toda una carga histórico cultural.

Al igual que en puntos anteriores no buscamos aquí dilucidar aspectos epistemológicos, sino sólo analizar la viabilidad de aplicación que esta técnica puede tener en el nivel medio.

Es una técnica muy apta para estudios sobre comportamiento social: costumbres, valores, roles familiares, idiosincrasia, etc. La historia de vida utiliza el documento "personal", es decir la descripción en primera persona y espontánea (aunque en gran cantidad de oportunidades es inducida por el investigador) del pasado, acciones, experiencias y vivencias de un individuo.



No se trata de una biografía clásica, que generalmente está basada en documentos escritos y realizada por un profesional sobre un personaje de reconocida trayectoria; tampoco necesariamente tiene que ser producto de una entrevista ni limitarse al testimonio oral, ya que como veremos a continuación, muchos documentos escritos pueden ser la fuente principal o complementaria de la reconstrucción. Los documentos personales más utilizados suelen ser: las autobiografías, los biogramas (esquemas biográficos), memorias (si son orales deben ser textuales), diarios íntimos, agendas, diarios de viaje, cartas, etc.

Si bien las historias de vida en su sentido original tienden a ser un amplio y extenso material que intenta abarcar la totalidad de la vida de un protagonista, ello no excluye la posibilidad de focalizar la atención en algún aspecto específico o momento de la vida, que en algunos casos se constituye en el objeto central del estudio.

Creemos que a nivel de aplicación en la escuela secundaria esta última modalidad y los biogramas son los de mayor adaptabilidad por varias razones. Ante todo no olvidemos que estamos intentando entusiasmar al joven para que sea un aprendiz de in-

investigador, de contactarlo con su medio y de hacerlo proyectar hacia el pasado para que encuentre respuestas a su presente. De allí que recargarlo con la tarea que implica realizar toda una historia de vida podría insumirle demasiado tiempo y resultaría extenuante para alguien no acostumbrado a la disciplina y método de la investigación⁵.

De las dos técnicas antes sugeridas creemos necesario realizar una serie de observaciones a tener en cuenta si se desean aplicar con éxito.

Ante todo están los límites temporales que éstas nos imponen. Cuanto más lejano es lo que queremos rescatar, obviamente menor es el número de interlocutores potenciales, al tiempo que se reduce la fiabilidad de los testimonios. Esta reducción de posibilidades cronológicas para el caso que nos ocupa no la vemos como atentatoria contra la aplicación de la experiencia, debemos encontrar una temática que no sobrepase los últimos cincuenta años, de forma tal que no constituya un impedimento hallar informantes.

Por otra parte, debemos inculcar en los alumnos un espíritu crítico a fin de que encuentren en cada testimonio la carga inevitable de subjetivis-



mo; éste no lo consideramos negativo en sí mismo en este tipo de documentos, por el contrario puede constituir una parte muy valiosa del testimonio, lo importante será que el joven logre deslindarlo.

Será importante que la utilización de estas técnicas no haga caer la reconstrucción histórica en una serie de anécdotas, casos curiosos o pintorescos. Desvirtuaríamos los objetivos si el alumno termina por creer que de eso se trata la investigación del pasado local.

De la misma forma habría que prestar atención al hecho de propiciar en forma permanente las relaciones, comparaciones, en especial con marcos mayores, que permitan tener una dimensión correcta de lo analizado.

Por último, teniendo en cuenta que buena parte del trabajo se realizará fuera del aula, el docente deberá ser un orientador muy atento de las inquietudes y dificultades que se le vayan presentando a sus dirigidos, en estos casos el seguimiento de las tareas será de importancia primaria.

c. Aprovechamiento de testimonios monumentales

Todo lugar, urbano o rural, por pequeño que sea, tiene su historia. Las huellas que ha dejado el pasado no siempre son utilizadas como recurso o material para la enseñanza, es más, en la mayoría de los casos, por resultar demasiado cotidiano, se le resta importancia. Otras veces esto sucede porque su conservación no es buena, o simplemente no la tiene, o porque no cuenta con una organización e infraestructura que se preste para que docentes y alumnos la puedan aprovechar. Nuestra provincia es tan rica en vestigios como pobre en los recursos que se destinan a conservarlos.

Los docentes son en general reacios,

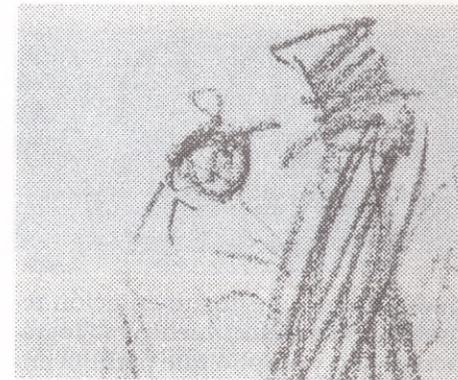
por el tiempo, la organización y las responsabilidades que implica, a alejarse de la tarea del aula. Sin embargo, pocas experiencias educativas pueden brindar la vivencia, la atmósfera que ayude a comprender la vida en el pasado como una visita a un lugar histórico bien orientada. Todo se verá facilitado si nuestro objeto de estudio se encuentra en nuestro entorno, bastarán pocos recursos para acceder a las fuentes materiales, quizá la de menor utilización en la enseñanza de la historia.

Es importante tener en cuenta algunos aspectos antes de emprender una de estas experiencias. En primer lugar la visita a un lugar histórico debe responder a propósitos de estudio, el alumno debe contar con información previa y conocer de antemano con qué objetivos va al lugar y qué tareas realizará. Carecerá de fundamento pedagógico convertir esto en un mero paseo. Asimismo, será necesario que el docente conozca con anterioridad el sitio para que de esa forma logre aprovechar al máximo las posibilidades que éste ofrece. También lo será que durante la visita, tanto para la observación como para la confección de trabajos, el docente (y los guías, de haberlos) orienten en todo momento a los alumnos.

Proponemos no reducirse a las visitas tradicionales. Cada tema podrá traer a la mente del docente sitios propicios para lograr la ambientación histórica: un antiguo camino comarcal, un caserío abandonado, campos donde se libraron batallas, salas de antiguas haciendas, edificios públicos, civiles y religiosos, monumentos conmemorativos, etc.⁶.

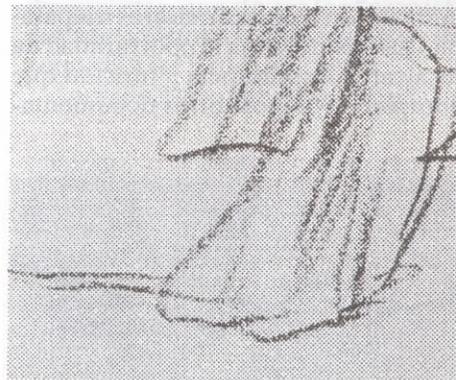
d. Aprovechamiento de testimonios documentales

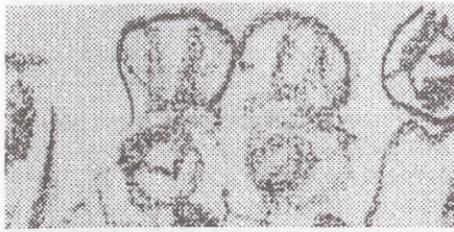
Son, obviamente, desde la profesionalización de la historia en el siglo pasado los que mayor utilización tienen



en la enseñanza. Los textos actuales traen muchas transcripciones documentales con actividades sugeridas, pero si deseamos iniciar al alumno en la tarea propia del historiador sería interesante que en alguna ocasión tenga la oportunidad de conocer un archivo y tener un original en sus manos. Esto que planteamos acarrea una serie de riesgos que el docente deberá tener muy en cuenta.

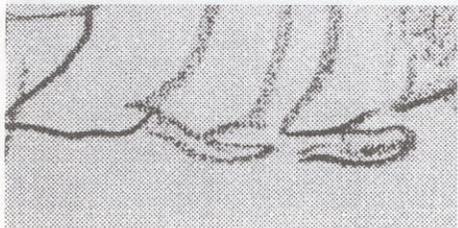
Partimos de la idea de que el alumno no está en condiciones de realizar ningún tipo de investigación en base a documentación, por lo que el docente debe abstenerse de enviar solos a los estudiantes a los archivos en busca de información sobre temas que están tratando en clase. Esta práctica, lamentablemente bastante generalizada, carece de utilidad. Ante todo por-





que el manejo de documentación requiere de un conocimiento bibliográfico previo y amplio que permita encuadrar correctamente la información contenida, y que el joven en general no posee. Luego, porque para la lectura de cualquier documento que no sea de este siglo hace falta una buena práctica paleográfica de la que carecen en absoluto los alumnos. Por último, porque "ubicarse" en un archivo, saber qué se busca, saber cómo pedirlo, etc. requiere de oficio. Con frecuencia hemos visto estudiantes en un total estado de desorientación pedir "algo sobre la Presidencia de Sarmiento" por ejemplo, enviados por su profesor. También asistimos alarmados al manejo descuidado de la documentación.

A pesar de lo expresado, si se adoptan los recaudos necesarios puede ser positiva la experiencia. Una visita bien planificada a un archivo debería estar precedida de una charla concientizadora sobre los cuidados que se deben tener en el manejo de documentos históricos como piezas únicas cuya destrucción o desaparición es irreparable. Asimismo, sería la oportunidad de recalcar la importancia y función que cumplen los repositorios documenta-



les y enseñarles sobre la mecánica del manejo de ficheros, catálogos, repertorios, etc. En todos los casos será necesaria la presencia del docente, no debiendo confiar al personal de los archivos la responsabilidad del tratamiento que sus dirigidos puedan hacer de los documentos.

Al igual que en casos anteriores proponemos la apertura. No se debe pensar que sólo es factible concurrir a un archivo provincial, puede ser el de un colegio, un municipio, el privado de alguna familia o alguna hemeroteca⁷.

e. Aprovechamiento de testimonios visuales

El mundo de la imagen es utilizado cada vez con más frecuencia en el nivel medio. La reducción de los costos tecnológicos ha generalizado de tal forma el video que es hoy una herramienta didáctica sumamente frecuentada. La predilección de los estudiantes por la imagen ha hecho que muchos docentes incluyan proyecciones cada vez que la temática lo permite. A nivel de historia local y regional no es abundante la disponibilidad de videos, pero ello no significa que no podamos utilizar otros medios visuales al alcance de nuestras manos. En esta oportunidad tocaremos en especial el caso de la posibilidad de aprovechamiento de la fotografía testimonial.

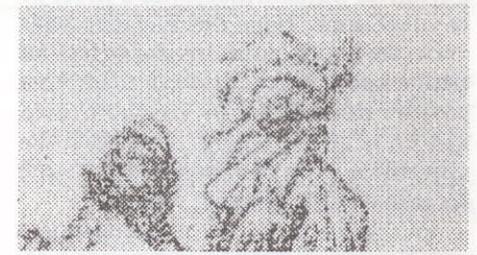
Entendemos que el objetivo general cuando se trabaja con imágenes es lograr que la observación se convierta en reflexión. Al tiempo que se demuestra que el pasado también es recreable a través de esos testimonios y que es necesario agudizar el sentido visual para descubrir que una imagen puede contener múltiples informaciones.

La imagen alcanzará su objetivo, al igual que cualquier otra técnica, si cumple con algunos preceptos meto-

dológicos. Por lo tanto no puede constituirse la ilustración en una simple demostración visual con una explicación del docente, sino lo que intentaremos es crear habilidades a través de la práctica para que sea el mismo alumno el que vaya sacando el mensaje propio de cada imagen.

Se puede comenzar con simples ejercicios de descripción, donde el docente alerte y oriente a descubrir detalles que al joven se le escurren por falta de práctica. Bastará con utilizar ilustraciones de los textos. Hacer observaciones respecto de los cambios en las modas, es a la vez una temática muy rica y sumamente agradable. Un segundo paso es el de comenzar a establecer comparaciones entre dos o más imágenes. Las vistas de la evolución de una ciudad a lo largo del tiempo, lleva no sólo a comparaciones puntuales sino que permite avanzar sobre terreno de las relaciones y las conclusiones. Para arribar a las reflexiones el profesor se propondrá una temática general y buscará una serie de ilustraciones que le permitan al alumno no sólo hacer consideraciones de carácter general sino también indicar con precisión qué elementos del material utilizados son los que le permiten realizar las afirmaciones. Temas de espectro amplio como la guerra, la evolución de las técnicas, los conflictos sociales, permiten establecer un interesante diálogo entre lo obtenido de la observación con información de otro origen.

La utilización del medio nuevamente se presta para la realización de todo tipo de tareas. Desde un ambicioso proyecto de realización de un corto en video, o un audiovisual con textos y música propia, hasta una simple recolección de postales viejas, pueden dar inicio a interesantes pesquisas y trabajos en grupo donde más de un docente se verá sorprendido por la creatividad de sus pupilos cuando entran a manejar el lenguaje de la ima-



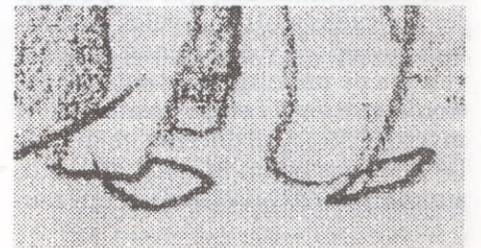
gen por el que parecen tener inclinación preferencial⁸.

A modo de conclusión

Hasta no hace mucho la historia local y regional estuvo en manos de aficionados, anticuarios o descendientes en pos del rescate de glorias familiares pasadas. Tenía finalidades esencialmente conmemorativas, casi un hecho obligado en los discursos de efemérides escolares, constituía una adaptación de héroes y hechos locales equivalentes a la "historia oficial" nacional. Nosotros opinamos que sus objetivos hoy son más altos y amplios.

Se ha producido una apertura temática y de enfoques debida no sólo a modas del momento sino esencialmente a la incorporación de profesionales especializados en la misma. La aparición de éstos no ha eliminado "el ejercicio ilegal de la historia", como diría Castellán, pero ha aportado la visión de los especialistas, que sin ser los "propietarios" de la historia son una voz muy importante a ser tenida en cuenta.

Sumado a esto se han verificado im-



portantes transformaciones a nivel de la enseñanza. Hace dos décadas atrás eran casi inexistentes los docentes con título habilitante, hoy ese problema casi ha desaparecido, lo que indica que en la gran mayoría de los establecimientos enseña historia gente que ha sido capacitada para ello.

La conjunción de los dos factores que hemos mencionado hace que estén dadas las condiciones para que la historia que estamos propugnando tenga tanto un desarrollo en el aspecto de la investigación como en el de la aplicación. Pero en vista de la meta propuesta no creemos que la fórmula sea: intelectuales-investigando, docentes-aplicando, lo entendemos más como un asunto a encarar desde dos puntas que al mismo tiempo se alimentan mutuamente. Docentes y estudiantes planteando problemas, descubriendo nuevos medios técnicos, aportando con sus investigaciones puntuales; historiadores discutiendo y descubriendo nuevas formas de hacer llegar sus conocimientos sobre el pasado para que puedan ser utilizados en la enseñanza y no queden como un producto que no pasará de un número selecto de publicaciones y lectores especializados. Juntos todos, superando las distancias que prejuiciosamente a veces los separan, para construir la historia que está por hacerse.

Dadas las posibilidades de aplicación queremos resaltar someramente las ventajas que la historia local y regional tiene para la enseñanza.

Ante todo permite el acercamiento al pasado a partir de variadas técnicas, aún casi inutilizadas, que no podrían ser aplicadas a otros niveles de estudios históricos y que tienen la doble ventaja de permitir al estudiante entrometerse en el campo creativo de la investigación, y al docente librarlo de las ataduras de un manual de texto, aunque somos conscientes de que mu-

chos no querrán abandonar las comodidades rutinarias que éstos brindan.

Por otro lado, puede permitir romper la inercia e indiferencia de los alumnos frente al pasado, problema que no lo catalogamos como menor. Porque si "los jóvenes viven la incertidumbre del futuro, sobre la base de un presente también incierto ¿Vale la pena implicarlos en un pasado que no los involucra para nada?"⁹ Por eso planteamos un sujeto lo más amplio posible para esta historia, uno que los involucre, y que no los excluya. Será la única forma que sientan válida la posibilidad de reflexión sobre el pasado y de acercamiento a la conciencia histórica. Una conciencia que sirva; no para rescatar "los valores sagrados" y "las más puras tradiciones", que sólo interesan a aquellos que usan de la historia como soporífero adormecedor de la misma; sino que sea herramienta de respuesta de los problemas actuales y que lleve al rescate de la memoria colectiva.

Por eso planteamos una historia que no sea ajena y lejana, externa a las preocupaciones sociales actuales del entorno, a los conflictos cotidianos, y a los mismos problemas personales inmiscuidos e imbuidos de ellos, sino una que sirva de fuente de explicación de la mayor cantidad de cuestionamientos. Por eso planteamos una historia que sea problema a resolver; que nazca de interrogantes que constituyen inquietudes. Problemas que obliguen a pensar, a informarse e investigar; a encontrar explicaciones, a dar respuestas, a proponer soluciones.

Por estas solas razones la historia local y regional puede ser la más dinámica de las que se enseñen en el nivel medio. Ninguna otra historia podrá superarla en posibilidades, recursos y ventajas. No por esto nos atrevemos a afirmar que tendría que ser la única y exclusiva, sólo nos limitamos a pedir que al menos no sea la única excluida ■

Notas

1. Ver reflexiones al respecto en Ferrarotti, Franco, *La historia y lo cotidiano*. Barcelona, Península, 1991. y Heller, Agnes, *Historia y vida cotidiana*. México, Grijalbo, 1985.

2. Cfr. Ferro, Marc, *Cómo se cuenta la historia a los niños del mundo entero*. Buenos Aires, F.C.E., 1993. y Reikenberg, Michael (comp.), *Latinoamérica: enseñanza de la historia, libros de texto y conciencia histórica*. Buenos Aires, Alianza Ed., 1991.

3. Citado en Burke, Peter: *Formas de hacer historia*. Madrid, Alianza Ed., 1993. p. 146.

4. A partir de la presente nota incluiremos, a modo de ejemplo, actividades que pueden servir de orientación en caso de que el docente desee aplicar la técnica. Con idéntico objetivo indicaremos algunas lecturas que puedan ser orientadoras.

Relación de la historia del medio con un acontecimiento de repercusión nacional. Tema: Ascenso y llegada del peronismo al poder, efectos sobre la política local. Planteamiento de hipótesis y comprobación en base a historia oral (memoria colectiva).

Actividades:

a. Búsqueda bibliográfica con orientación del profesor para información general del tema.

b. Planteamiento de hipótesis en conjunto sobre cómo pudo afectar el acontecimiento en la comunidad en que viven.

c. De las hipótesis se desprenderá un conjunto de preguntas con las que se abordará a informantes locales bajo la modalidad de entrevista. Las preguntas deberán estar formuladas de tal forma que aseveren o nieguen las hipótesis.

d. Se realizarán las entrevistas a informantes previamente seleccionados.

e. En base a las respuestas se elaboran conclusiones tentativas.

f. Se comparan éstas con la información bibliográfica previa.

Sobre historia oral ver Moss, W. et. al., *La historia oral*. Buenos Aires, CEAL, 1991.; Sitton, Thad et. al., *Historia oral: una guía para profesores*. México, FCE, 1993.

5. A modo de ejemplo: Reconstrucción del pasado local a través de historias de vida. Tema: Creación de Altos Hornos Zapla y crecimiento poblacional de Palpalá.

Actividades:

a. Búsqueda de información general sobre el tema, especialmente en periódicos de época.

b. Selección de informantes aptos y variados capaces de aportar información sobre el tema (ej.: un minero, un técnico, un obrero, un administrativo, un ama de casa, etc.)

c. Solicitar las memorias por escrito, en caso de no ser factible realizar entrevistas abiertas.

d. Se procesa el material en base a criterios a establecer entre docentes y alumnos, por ejemplo: acontecimientos, vivencias, anécdotas, etc.

e. Se establecen comparaciones entre las diversas memorias.

f. Se elaboran conclusiones y se redacta un informe final.

Sobre historia de vida ver: Magrassi, G., y Rocca, M., *La historia de vida*. Buenos Aires, CEAL, 1990.; Saltalamachia, Homero: *Historia de vida*. Puerto Rico, CIJUP, 1992.; Pujadas Muñoz, Juan José: *El método biográfico: el uso de las historias de vida en las ciencias sociales*. Madrid, CIS Cuadernos metodológicos N° 5, 1992.

6. Actividad propuesta: visita a la Posta de Hornillos. Tema: Economía y transportes coloniales.

Actividades:

a. Información bibliográfica.

b. Aprestamiento en la técnica de confección y redacción de informes. Organización de grupos de trabajo.

c. Visita de un día al Museo de la Posta de Hornillos y sus alrededores. Notas de campo.

d. Confección de un informe grupal complementado con croquis, dibujos y material fotográfico.

e. Lectura en común de parte de los informes grupales elaborados.

Sobre este aspecto ver: Luc, Jean N.: *La enseñanza de la historia a través del medio*. Barcelona, Kapelusz-Cinzel, 1981.; Iber, Didáctica de las ciencias sociales, geografía e historia. N° 2. *El patrimonio histórico-artístico*. Barcelona, Graó, 1994.

7. Ejemplo de una actividad a realizar: Lectura de documentos. Tema: La época de Rosas.

Actividades:

a. Selección y transcripción de documentos por parte del profesor. Elaboración de una guía de análisis.

b. Planteamiento de los objetivos a lograr con la concurrencia a un archivo.

c. Charla de ambientación en el archivo. Observación de los originales.

d. Lectura de fotocopias de los documentos. Análisis de la información contenida

en base a una guía distribuida por el docente.

e. Comparación de los datos obtenidos en el documento con los conocimientos bibliográficos previos.

De utilidad en la temática: Moradiellos, Enrique: *El oficio de historiador*. Madrid, Siglo XXI, 1994.; Trepát, Cristófol: *Procedimientos en historia. Un punto de vista didáctico*. Barcelona, Graó, 1995.

8. Actividad sugerida: ventana al pasado. Tema: Vida y costumbres en Jujuy en las primeras décadas del siglo XX.

Actividades:

a. Localización de fotografías o postales familiares o de otros donantes que muestren la ciudad, barrios, campos circundantes, festividades, ceremonias, actividades laborales, etc.

b. Entrevista con los donantes para conocer más detalles sobre el contenido y significado de las fotos.

c. Puesta a consideración de todos los alumnos el material conseguido. Clasificación

por temas. Elaboración de conclusiones. Elaboración de una cartelera con las mismas.

d. Montar una exposición donde los propios alumnos serán los guías que comentarán a sus otros compañeros cómo se vivía en su ciudad hace más de cincuenta años.

Al igual que en el caso de cualquier otra documentación el docente deberá recalcar la importancia que tiene el cuidado de este material.

Ver Ossana, Edgardo; Barguellini, Eva y Laurino, Elsie, *El material didáctico en la enseñanza de la historia*. Buenos Aires, El Ateneo, 1984.; Corominas, A., *La comunicación audiovisual y su integración en el curriculum*. Barcelona, Graó, 1994.

9. Saab, J. y Castelluccio, C., *Pensar y hacer historia en la escuela media*. Buenos Aires, Troquel, 1991. p. 14. En este aspecto Cfr. Obiols, Guillermo y Di Segni de Obiols, Silvia, *Adolescencia, posmodernidad y escuela secundaria*. Buenos Aires, Kapelusz, 1995.

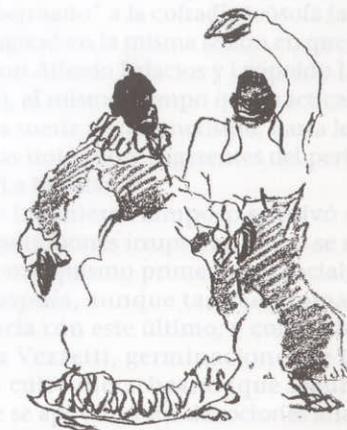


Aventuras de Freud en el país de los argentinos.
De José Ingenieros a Enrique Pichon-Rivière
Editorial Paidós, Buenos Aires-México-Barcelona, 1996,
293 págs.
Hugo Vazzetti

Con su habitual y divertida traza, Vazzetti nos ofrece en este trabajo *Freud en la Argentina* una historia algo antes de la desdoblada interpretación producida entre los años 1950 y el resultado en el caso que el de un texto relevante acerca a la formación del campo conceptual de la psicología de los talleres argentinos. Aparte en todo caso a la "historia intelectual" con despliegue de habilidades interpretativas que permiten resumir y cambiar otros textos y contextos.

Si el desideratum decisorio del texto es el retrato a nuestro siglo, hizo increíbles producciones científicas y divulgación -algo común para todos los campos del conocimiento, convocados a revelar más allá de la comunidad de pares-, es probable que ello se haya reforzado con relación a los niveles estafados tendientes a explicar los comportamientos. No cabe dudar de que sobre todo a partir de las últimas décadas del XIX, tesis y presunciones psicológicas inundaron diversos canales y consiguieron variadas implantaciones, generalmente mostradas es claro si se examinan los efectos perturbadores que entraron la circulación. Y justamente Vazzetti, al indagar las manifestaciones "paretoides" de los Ingenieros -figura central en la gestión de ese campo "psíquico" que, entre otras cosas, produce la ruptura con una nuda tradición médica neurológica incorporando el concepto de neurosis-, resalta las resonancias ante todo literarias del psicoanálisis, los ecos de otras traducturas de significado y las asimilaciones de segunda mano. Vazzetti nos propone que el propio pensamiento singularizado (pero no decir científico) no es lo mismo y los textos de alguna forma de "preinterpretación" -esto es a asimilar fórmulas ya de-

gordadas, tal como ocurre con la psicopatología de los sueños, tópico en el que Ingenieros incurrió en precorrespondencia (1904) y al que revisó con posterioridad le han sucedido las menciones a Freud, inauguradas por los trabajos que seguramente se ha hecho desde Sauret y Vasciolo. De las cuestiones en esta línea también ha sido un tema de los sueños podría conectarse con la búsqueda esotérica que Ingenieros hizo por esos años. Sin embargo, podría aventurarse una sutil hipótesis de construcción de subjetividad "científica" en un proceso tensionado por racionalidades múltiples que lo convocaban a desvelar misterios. Ello está sugerido por sus devociones al campo de la ciencia normalizada mientras se incorporaba como "esotérico" a la cultura que él la que ingresó en la misma. En este aspecto, al igual que en otros momentos de alguna manera, los Ingenieros se incorporó a la "cultura" de la época. En este último punto, Vazzetti nos recuerda que, como es cierto, el psicoanálisis no es simplemente un método, sino un modo de mirar. Quizá, tuviera mucho que ver con las



berse convertido en “un mediador inadvertido de Freud”, especialmente por sus preocupaciones relativas a la “psicopatología sexual” y a los enredos del amor.

Vezzetti manifiesta que en los textos que dedica a la psicopatología sexual Ingenieros suspende la ley de recapitulación de Haeckel –ley por la que todos los organismos “reviven” a nivel individual la historia de la especie y también de la evolución general–, ya que introduce la posibilidad no determinista de la libertad subjetiva, cuyo ejemplo más contundente es la ingobernable pasión. Creo que esta percepción puede ser discutible una vez que la citada ley sustancia la construcción de los conceptos de onto y filogénesis que continúan siendo centrales en el desarrollo de Ingenieros sobre la cuestión, ley que por otra parte no privó a los pos darwinistas y neolamarckianos de vérselas con los sentimientos, sin duda una evidencia torturante entre la necesidad fisiológica y la libertad anímica.

Pero lo más importante es que Vezzetti repone un Ingenieros sexólogo cuya práctica va más allá de las convenciones entonces permitidas por el campo, con aperturas extemporáneas para una comprensión de la masturbación, para las intervenciones terapéuticas con parejas; llevado muchas veces por un agudo sentido común llega a aconsejar a los pacientes obteniendo, al parecer, eficacia terapéutica. De la misma manera, en sus apreciaciones sobre el amor arrecian los inconformismos en buena medida tributarios, como señala el autor, de los “valores de esa ética social libertaria” que se contraponen y supera a las instituciones destinadas a amañarlo.

Entre esta primera estación en la que se sitúa Ingenieros y las siguientes, Vezzetti nos brinda un ensayo rico destinado a evidenciar planos de una historia de la sexualidad en el país bajo los influjos de la modernidad. Desde luego, enunciados, sujetos y preocupaciones están fuertemente balizados por la medicina, el higienismo y por el rectorado de la eugenesia, esgrimida a derecha e

izquierda con mayor o menor sutileza. Mientras tanto también se hizo lugar a una ciencia sexológica, iniciada antes que Freud, que posibilitó durante los años 1920 experiencias difusoras como la de la editorial “Claridad”. La notable popularidad del manual de Van de Velde “El matrimonio perfecto”, –aunque parecía reclamar sujetos altamente letrados para abordar el conocimiento sexual– fue propiciante de un terreno silvestre pero enormemente fértil para la adopción “avant la lettre” de referencias freudianas populares. La misión banalizante de este texto entre diversos sectores sociales urbanos parece comparable al papel cumplido entre los profesionales del campo psique, por Stefan Zweig cuyo libro dedicado a Freud, “La curación por el espíritu” (1932) gozó de muy buena acogida. Vezzetti le adjudica con razón haber diseminado la idea de que el freudismo representaba una reforma de la moral cultural, atravesada por el reclamo de autenticidad, que impactó con fuerza sobre los espíritus proclives a las transformaciones.

Las aventuras freudianas en nuestro medio no pueden eludir las figuras gravitantes de Gregorio Bermann, Aníbal Ponce, Jorge Thénon y Enrique Pichon-Rivière, y de dos oficiantes menos reconocidos, y hasta paradójales, pero por cierto no menos eficaces en la divulgata de Freud: Emilio Pizarro Crespo y Alberto Hidalgo. Vezzetti propone que Bermann, reconocido psiquiatra ya a inicios de los años 1930, miembro conspicuo de la izquierda y uno de los pocos argentinos que se entrevistaron con Freud, lo introduce desde la revista Psicoterapia dentro de una perspectiva que intenta superar la crisis que se plantea en las disciplinas psiquiátricas –procurando claridad y unidad–, al par que hace jugar al creador del psicoanálisis un papel crítico en la sociedad. Ponce, por su parte, hace una somera incursión en el maestro vienes redundando en interpretaciones aún más biológicas debido al acento sobre la neurofisiología.

Tal vez más atento indagador de Freud se encuentra Pizarro Crespo quien, como Bermann, también integrará las milicias internacionales en la Guerra Civil española. Pero la exégesis de Pizarro Crespo quiere ir más lejos: en sus interpretaciones hay una asimilación de las tesis de Freud a las de Marx, subjetivismo y economía se rigen por la misma ley de la socialización; el narcisismo retrocede frente a una economía que no reconoce propietarios. Lo inesperado fue que Pizarro Crespo, al regreso de la experiencia de la guerra, pasó con armas y bagajes al campo de la reacción.

Por su parte Jorge Thénon se encuentra entre los adoptantes de Freud y en su caso también se sobrepusieron preocupaciones sociales, aunque a partir de la incursión en la hipnosis hubo algunas aproximaciones de mayor envergadura a los núcleos teóricos, como el complejo de Edipo. Thénon también asimiló del pensamiento freudiano la idea de que en la histeria toda la sintomatología era psíquica. La adhesión al marxismo lo alejaron del psicoanálisis conduciéndolo a la reflexología.

La incorporación de Alberto Hidalgo, controvertido escritor peruano radicado en el país, a la ruta de Freud no puede ser más azarosa y vinculada a propósitos divergentes. Tras el seudónimo de Dr. Gómez Nerea (cómo no recordar ese enigmático nombre entre las colecciones familiares!) la Editorial Tor se lanzó a ganar un mercado de lectores sin duda ávidos de mayores corrimientos de los velos de la sexualidad, tarea exitosamente cumplida durante la década de 1930 a juzgar por la enorme difusión de las publicaciones. Vezzetti le dedica un ensayo notable por la reconstrucción del personaje y por el minucioso análisis que le dedica, sin duda convencido de que el “saqueo” (sic) freudiano del Dr. Gómez Nerea, más allá de las limitaciones del autor, constituyen la lectura “más extensa y original” –dice Vezzetti– que se haya producido hasta inicios de los '50.

Pichon-Rivière fue atraído hacia el freudismo desde preocupaciones clínicas que se iniciaron con la epilepsia para pasar más tarde a la investigación de la melancolía. Se tiene la impresión de que, entre los profesionales del campo abordados por Vezzetti, Pichon-Rivière pudo suspender preocupaciones con el cuadro social general y dialogar con las tesis freudianas desde un más ceñido lugar de terapeuta, algo que abona su dedicación a caracterizar la “enfermedad única” y los transbordos de la psiquiatría a la medicina psicosomática. Pero fue a través de su incursión en el análisis de lo siniestro propiciado por los poemas del Conde de Lautréamont que Pichon-Rivière se aproximó algo más a la irreverente propuesta de un psicoanálisis más libre, por la vía del arte, reclamado por el surrealismo.

Como el propio Vezzetti concluye, el psicoanálisis se desarrolló en nuestro medio por una vía angosta, disciplinaria y tributante del campo psique y por otra notablemente más generosa y de múltiples ramificaciones, que él denomina “plebeya”. De la primera hay más pruebas –hasta la consagración académica de los 60–, de un interés “desde afuera” que permitió adoptar en muy bajas dosis las ideas de Freud para asimilarlas a propósitos de transformación social. De la segunda abundan las pruebas de un interés “íntimo”, revelador de las inquietudes por el comportamiento sexual y, sobre todo, peticionantes de autorización de la ciencia para liberar el deseo. Pero en definitiva esta legitimidad se anticipó a la otra. Con la excelente contribución de Vezzetti es necesario pensar que el posterior éxito del psicoanálisis en la Argentina es una prueba de la eficacia de una banalización anticipada, probablemente muy ligada a las orientaciones letradas de la sociedad argentina y a la búsqueda de resoluciones del intimismo cuyas claves y urgencias todavía deben ser develadas ■

Dora Barrancos

En el reino de Ceres.

La expansión agraria en Córdoba. 1870-1914.

Córdoba, Instituto de Economía y Finanzas.

Facultad de Ciencias Económicas.

Universidad Nacional de Córdoba, 1996, 170 páginas.

Aníbal Arcondo

Desde fines de la década de 1970 distintos trabajos han dejado su impronta en la historia de la expansión agraria de la Argentina durante el período de 1870 a 1914, nos referimos a los trabajos de Roberto Cortés Conde *El Progreso Argentino 1880-1914*¹, la obra de Ezequiel Gallo *“La Pampa Gringa”*² y *“Capitalismo y Ganadería. La fiebre del lanar. Buenos Aires 1850-1890”* de Hilda Sabato³. Los trabajos de Cortés Conde y Sabato ubicaban como base para su trabajo la conformación de los mercados de tierras y mano de obra la provincia de Buenos Aires, mientras que el de Gallo hizo lo propio con el proceso de colonización de la Provincia de Santa Fe. La aparición del trabajo de Arcondo resultaba auspiciosa en este sentido ya que sería un aporte más para mejorar nuestra comprensión sobre el período y los problemas del mundo rural incorporando la problemática de la expansión de la agricultura en la Provincia de Córdoba.

El autor declara desde un principio su intención de escapar del autismo de la mayoría de los trabajos de historia regional tradicionales que se limitan a describir y ponderar la historia lugareña para insertarse dentro de los procesos históricos que ocurren a nivel nacional. Este objetivo es logrado en los capítulos referidos al proceso de colonización de la provincia de Córdoba, (Cap. III), al transporte de cargas (Cap. V) y donde se trata de relacionar el desarrollo agrario de la provincia con su desarrollo político (Cap. VII).

En los primeros capítulos el autor trata de explicar desde su perspectiva como la expansión agraria de Córdoba estuvo ligada desde un primer momento al crecimiento de la agricultura en la región, asociando dicho crecimiento con

el proceso de apropiación de la tierra pública, las campañas de colonización oficiales y privadas que provocaron el crecimiento de la población y el desarrollo de la red ferroviaria. Esta expansión, basada desde su perspectiva en las ideas económicas del liberalismo, no estuvo exenta de conflictos sociales que hicieron eclosión al final del período en 1912 dando por concluida entonces la edad de oro del liberalismo económico y el conservadurismo político.

En la introducción Arcondo traza una descripción de los debates ideológicos acaecidos en torno a la “cuestión agraria” en las últimas tres décadas, lapso que relaciona con el camino seguido hasta la publicación del trabajo, haciendo explícito su objetivo de alejarse de estos debates para limitarse a explicar la expansión agraria de Córdoba entre 1870 y 1914, más allá de la importancia relativa de los debates anteriores.

Señala la importancia del período colonial en el desarrollo posterior tanto del mercado de tierras, en cuanto al modo de apropiación de la tierra pública, como en su usufructo y puesta en producción. Aquí (Cap. II) resaltan las ausencias más significativas del trabajo ya que respecto a la conformación del mercado de tierras la visión del autor se contrapone notoriamente con la de los trabajos de Cortés Conde y Gallo al ponderar tal vez en demasía los factores institucionales ligadas al poder político como principal forma de acceso a la propiedad de la tierra. Incluso dentro de esta visión su enfoque también se contrapone con el clásico trabajo de Miguel Ángel Cárcano⁴ referido a Las tierras públicas y sin embargo, no se plantea al respecto debate ni discusión ni acerca de la fuentes que le permiten cues-

tionar el papel de notorios miembros de la elite cordobesa en la “corrupción” por la entrega de tierras a las empresas ferroviarias inglesas o a los intereses comerciales de “porteños y bonaerenses”. Ciertamente maniqueísmo aflora en esta visión que contrapone los intereses de pequeños arrendatarios de interior (cordobeses o cuyanos) contra los grandes capitales provenientes de las empresas ferroviarias inglesas o de porteños y bonaerenses.

Se advierte también la ausencia de mapas catastrales que permitan visualizar más claramente la evolución de la propiedad en las distintas regiones, la ubicación de los distintos proyectos de colonias, las tierras expropiadas por el ferrocarril y las entregadas a cambio de estas y la existencia de algún tipo de vinculación o no, entre el avance del tendido de la red ferroviaria, los cambios en la producción rural y la subdivisión de tierras como realizara Cortés Conde para un período similar en la Provincia de Buenos Aires.

En cuanto al usufructo y puesta en producción de las tierras los trabajos de Juan Carlos Garavaglia, Jorge Gelman⁵ o Carlos Mayo⁶ han vuelto a rediscutir la importancia de los cultivos en la economía de las pequeñas y medianas empresas rurales desde el período colonial hasta mediados de siglo XIX relacionando y vinculando más estrechamente la agricultura, la ganadería y el comercio, que aquí el autor analiza separadamente y como ciclos sucesivos.

En el tercer capítulo realiza una minuciosa descripción de la política de colonización llevada adelante tanto por el gobierno de la provincia de Córdoba, como por particulares y empresas privadas. Este es uno de los aspectos más logrados del trabajo ya que se ordenan cronológicamente las distintas legislaciones referidas a la utilización de la tierra pública por parte de los colonos, la necesidad de la provincia por su puesta en producción y la sistemática falta de fondos públicos que hacen que el Estado Provincial vaya liquidando sistemáticamente su disponibilidad de tierras.

La población, su crecimiento y el impacto de las migraciones tanto internas como externas sobre el mercado de trabajo de la provincia son analizadas en el capítulo cuarto. Es -probablemente- en esta parte del trabajo donde más se note la diversidad de actividades económicas que componen la provincia (y tal vez su difícil integración en una sola región) al destacarse claramente el despoblamiento de la región noroeste y el acelerado crecimiento de las regiones centrales y Sudeste mucho más ligadas e integradas a la economía agroexportadoras. En este punto el autor trató de establecer la relación existente entre las dificultades económicas ocasionadas por las crisis económicas con el comportamiento demográfico de la población (bajas en la tasa de nupcialidad y de crecimiento vegetativo). Consideramos que en este punto el trabajo adolece de un análisis de mayor cantidad de fuentes que permitan una mejor evaluación del tema ya que no aparecen registros de las Cédulas de los primeros Censos Nacionales o de actas de matrimonio o nacimientos ubicados en registros civiles o parroquiales de las distintas regiones, a los fines de establecer por ejemplo si existía relación entre las fechas de matrimonios y la estacionalidad de la demanda de trabajo lo que haría fluctuar el número de casamientos a lo largo del año.

Tampoco es muy eficaz en este punto la relación establecida por el autor para determinar que un bajo porcentaje de familias “argentinas” eran propietarias de tierras en contraposición con los altos porcentajes de extranjeros. Este punto es cuestionable debido a que la construcción de la categoría de nacionalidad de la “familia propietaria” no es explícita acerca de si la misma esta basada en la nacionalidad del jefe de familia, de la mayoría, o de la totalidad de los miembros que componían la misma. Asimismo nada se dice acerca de la distribución de las cantidades de tierras utilizando el mismo parámetro ya que puede llegar a mostrar resultados diferentes.

En este capítulo también el autor ex-

plícita su idea acerca de que el mercado de trabajo no se constituye hasta la primera década del siglo XX debido a las fuertes fluctuaciones de los saldos migratorios pero no los contrapone con las ideas de Cortes Conde e Hilda Sabato y Luis Alberto Romero quienes ubican el surgimiento del mercado de trabajo en la segunda mitad del siglo XIX, ni algunos trabajos de Garavaglia que llevan este problema hacia fines del siglo XVIII. Asimismo el autor se atiene a pautas tradicionales para enfocar las relaciones de producción del ámbito rural donde valora en demasía la legislación que reprimía la vagancia. Como prueba de que la misma esta enfocada a disciplinar y castigar a los marginales señala como penados a: 21 peones y jornaleros (19,81%), 23 labradores (21,69%), 6 comerciantes (5,66%), 9 estancieros (8,49%), 6 artesanos (5,66%) y 3 médicos y cirujanos (2,84%)..." (p. 91). Si bien nada nos dice acerca del 35,85% que no figura en este listado, lejos podemos considerar como delinquentes marginales a médicos, cirujanos, estancieros, pequeños artesanos y comerciantes o como representantes del espíritu que José Hernández quiso reflejar en el Martín Fierro, aunque si consideramos que era un buen ejemplo de la discrecionalidad con que se ejercía el poder político en la campaña.

El análisis que realiza marcando que los salarios de Córdoba eran menores a los pagados en Buenos Aires y Santa Fe (aunque mayores que los de Entre Ríos) esta basado en los informes oficiales de la época y no resultan confiables para evaluar si los mismos influían en la decisión de los inmigrantes para llegar, permanecer o probar suerte en otro lugar.

En el capítulo V Transporte y Desarrollo Agrario el autor describe muy bien los problemas que ocasionaban a los productores la falta de caminos adecuados desde los lugares de producción hasta las estaciones de ferrocarril y como este factor era determinante en los costos. Agrega además los inconvenientes sistemáticamente denunciados por los productores tanto de Córdoba como de otras pro-

vincias referidos a la escasez de vagones en la época de cosechas y la falta de una política de construcción de galpones y silos de almacenamiento que le permitiera tanto a propietarios como arrendatarios eliminar la incertidumbre acerca del destino final de sus cosechas. Si bien el autor menciona al transporte como parte de la problemática acerca de la existencia de una renta diferencial o ventajas comparativas para el agro pampeano no termina por incorporar resultados concluyentes acerca de este debate.

Los últimos capítulos están dedicados a la descripción de la expansión de la agricultura principalmente de las áreas sembradas con trigo, maíz y lino siendo acompañadas adecuadamente por mapas que indican las densidades de producción. Es también en estos capítulos donde se marca la impronta de los conflictos sociales y su repercusión política. La baja de los precios internacionales, la caída de los flujos migratorios, el aumento de los arriendos rurales y la discrecionalidad en el uso del poder político por parte de los jueces de paz se conjugan con los efectos de la reforma electoral de 1912 y el ascenso del Radicalismo como alternativa política. Se señala el traspaso generacional de los arrendatarios italianos a los campesinos argentinos (hijos estos de los primeros) y el fracaso del sistema de colonización basado en los arriendos.

Podemos señalar entonces que este trabajo de Aníbal Arcondo es irregular en cuanto a sus resultados. Posiblemente esto se deba a que como explica el autor se trata de un trabajo de largo aliento y falla principalmente en su intento de escapar a ser considerado como parte de una historia local. El mismo se vuelve en algunos capítulos excesivamente descriptivo, la bibliografía utilizada no siempre es la más actualizada o la más adecuada y lo que es más llamativo no realiza ninguna vinculación entre la problemática local y los problemas historiográficos que se debaten a nivel nacional ■

Daniel Reynoso

Referencias bibliográficas

1. Cortés Conde, Roberto, *El Progreso Argentino, 1880-1914*, Sudamericana, Buenos Aires, 1979.
2. Gallo Ezequiel, *La Pampa Gringa*, Sudamericana, Buenos Aires, 1983.
3. Sabato, Hilda, *Capitalismo y Ganadería en Buenos Aires. La fiebre del lanar, 1850-1890*. Sudamericana, Buenos Aires, 1989.
4. Cárcano, Miguel Angel, *Evolución histórica del régimen de la tierra pública, 1810-1916*, Eudeba, Buenos Aires, 1968.
5. Garabaglia, Juan Carlos y Gelman, Jorge, *El mundo rural rioplatense a fines de la época colonial: Estudios sobre producción y mano de obra*, Biblos, Buenos Aires, 1989.
6. Mayo, Carlos, *Estancia y Sociedad en La Pampa, 1740-1820*. Biblos, Buenos Aires, 1995.
7. Sabato, Hilda y Romero Luis Alberto, *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado, 1850-1880*, Sudamericana, Buenos Aires, 1992.



Revista del Area interdisciplinaria de Estudios de la Mujer
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

n° 2 / agosto 1996

Acerca de Mora, *Celina Manzoni* / La tecnología del género, *Teresa de Lauretis* / Naturaleza, yo y género, *Val Plumwood* / **Homenaje a Sor Juana Inés de la Cruz**: La respuesta y sus vestidos, *Beatriz Colombi*; / "Cuán violenta la fuerza de un deseo", *Gabriela Moguillansky* / Territorios del cuerpo, *Andrea Giunta* / La mujer, la Virgen, *Adriana Di Pietro*, *Victoria del Carril* / Victoria Ocampo: Una ínsula para Fani, *Julio Schwartzman* / Colectivismo versus universalismo, *Susana Reisz* / Una mujer es una mujer, *Leonor Arfuch* / Mujeres de "Nuestra Tribuna", *Dora Barrancos* / ¿Lo personal es lo político?, Entrevista a Dorothy Thompson, *Sheila Rowbotham* / Sobre feminismos y estrategias... Entrevista a Celia Amorós, *María Luisa Femenías* / Mirada retrospectiva: Pekín '95, *Sánchez, Maffia, Lipszyc, Rosenberg* / Reseñas

Para compra, canje y colaboraciones, dirigirse a: AIEM. Facultad de Filosofía y Letras. UBA.
Puán 480. 4° piso (1406) Capital Federal. República Argentina

Fax: (54) (1) 432-0121. Dirección electrónica: remun@tirica.filo.uba.ar

The Labor Wars in Córdoba, 1955 - 76: Ideology and Labor Politics in Argentine Industrial City,

Harvard University Press, Cambridge, 1994, 440 pages

(En español *El cordobazo, las guerras obreras en Córdoba, Sudamericana, Buenos Aires, 1996*).

James P. Brennan

En noviembre de 1972 Juan Domingo Perón regresó de su exilio a la Argentina. El retorno del legendario líder populista y presidente de los argentinos ocurrió en un momento de aguda polarización política marcado por una explosiva protesta popular, una elevada movilización obrera y un incremento de la violencia por otras partes. En los años que van desde 1968 hasta el golpe militar de 1976, dos años antes del golpe había muerto Perón cuando aún era presidente, la ciudad industrial de Córdoba estuvo en el centro de la política nacional y de la vida gremial.

Con una población de 800.000 habitantes, Córdoba fue catapultada a un lugar prominente de la vida nacional cuando en 1969 una tumultuosa protesta obrera la transformó, por espacio de dos días, en una zona donde combatió sus habitantes con la policía y el ejército. Con un saldo estimado de entre 12 y 60 muertos, el Cordobazo debilitó de manera decisiva al gobierno militar de Onganía, contribuyó a preparar el camino para el retorno de Perón y sirvió para afianzar los lazos entre los estudiantes radicalizados de la ciudad y el combativo movimiento obrero local. En su detallado capítulo sobre el Cordobazo, James Brennan ilumina una nueva dimensión sobre este levantamiento popular tan discutido y ofrece un análisis revisionista de los acontecimientos mismos.

Aun antes de los descontrolados hechos de 1969, el movimiento obrero independiente de Córdoba había emergido como clave nacional en la oposición a la política acomodaticia y "verticalista" de los poderosos líderes sindi-

cales de Buenos Aires y, como resultado del cordobazo, tuvo nacimiento una nueva forma de radicalismo obrero conocido como "clasismo", en la segunda ciudad industrial de la Argentina.

El "clasismo" comenzó como una rebelión en las plantas automotrices de Fiat y Kaiser-Renault pero involucró a todo el movimiento laboral y político disidente de comienzos de los setenta. En su mayor parte el clasismo apareció como un episodio efímero de inspiración maoísta, hiper-radicalizado y ajeno a las tradiciones peronistas y a la vida cotidiana de los trabajadores cordobeses. Esta caracterización parece autoevidente a la luz de una de las primeras consignas adoptada por uno de los gremios clasistas: "Ni golpe ni elección, revolución", que había sido acuñada, se nos dice, por un intelectual local. El autor critica correctamente este abordaje esquemático y altamente politizado porque no comprende que el descontento en el lugar de trabajo preparó el camino para la insurgencia de una nueva izquierda obrera.

Sin embargo, Brennan no niega el indudable radicalismo de esta forma de organización obrera revolucionaria que hablaba abiertamente de las metas socialistas de los trabajadores. A diferencia de algunos observadores, analiza las afiliaciones partidarias y el proyecto revolucionario que había sido adoptado por muchos líderes clasistas. A pesar de sus simpatías por el clasismo nunca confunde a las bases que sostenían a los activistas clasistas de las plantas fabriles con la aceptación de la agenda política antiperonista de los líderes clasistas previa a su derrota. Claramente consciente de los errores de la

juventud clasista, la perspectiva de Brennan es más próxima a la del legendario dirigente del gremio de Luz y Fuera, Agustín Tosco. Admirablemente descripto, el líder sindical, fue la clave estratégica que unificó a un pluralista movimiento obrero cordobés y ayudó a guiarlo, con no pocos éxitos, a través de un periodo extremadamente complejo marcado por conflictos intensos con los empleadores, el estado y los poderosos líderes peronistas de la Capital.

En muchos sentidos, el gran logro de Brennan es hacer creíble los acontecimientos surrealistas del periodo donde se combinaban huelgas generales, ocupaciones de fábricas y el secuestro y asesinato de los líderes obreros y de gerentes de empresas (los directores de personal de Fiat e Ika Renault fueron asesinados por la guerrilla que actuaba independientemente pero en solidaridad con los sindicatos clasistas). Como cabe a la época, está también el caso del cónsul estadounidense Patrick Egan, quien antes de ser secuestrado y ejecutado por la guerrilla en 1975 (p. 406) "brindó uno de los mejores análisis de la política obrera en Córdoba en este período" (1973). Este enfrentamiento llamado "guerra", fue, sin embargo, de naturaleza decididamente desigual ya que innumerables dirigentes obreros, abogados e intelectuales izquierdistas e independientes fueron "desaparecidos", torturados y asesinados en Córdoba durante estos años.

El libro de Brennan ofrece un apasionante estudio de la política y de los acontecimientos de los sindicatos obreros así como de los actores y movilizaciones de esta trágica época basándose en una investigación que impresiona por el uso de una amplia colección de fuentes, incluso registros sindicales y los archivos de Fiat y Renault. El resultado final es un relato minuciosamente detallado del trabajo en Córdoba desde la incipiente industrialización a mediados de la década del cin-

cuenta hasta el golpe militar de 1976. Brennan, se debe enfatizar, ofrece una narración magistral de una era completa de Córdoba estudiada por varios investigadores de primer nivel, entre ellos Mónica Gordillo e Iris Marta Rolán.

En particular, Brennan maniobra en medio de un campo confuso de facciones sindicales y políticas izquierdistas con habilidad y claridad. En su tratamiento de la compleja dinámica del movimiento obrero cordobés, evita etiquetas abstractas y categorizaciones atemporales. En su discusión, día a día, de la política obrera demuestra una notable comprensión de los cálculos, estratégicos y tácticos, que subyacen a las maniobras de cada uno y de todos los segmentos de las facciones de los líderes obreros de la ciudad. Muestra, además, sensibilidad hacia las peculiaridades individuales y colectivas, que garantizan en el mundo real, que aún adhiriendo a posiciones políticas similares no se producen, necesariamente, resultados idénticos. Tampoco es unilateral en sus juicios sobre las decisiones tomadas por las organizaciones sindicales vis a vis con las compañías, el estado, las organizaciones rivales internas y a los "punteros" externos al poder de los sindicatos. Aunque insiste sobre la importancia del contexto estructural reconoce, acertadamente, la importancia de la personalidad individual de los líderes sindicales, la causalidad e incluso las antipatías regionales. Las que jugaron un papel importante -sugiere- en el surgimiento del radicalismo obrero local.

Brennan hace aún otra contribución a través de su rica exploración del proceso de trabajo dentro de la industria automotriz. Presenta una comprensión plenamente contextualizada del conflicto obrero-gerentes sobre la base de una compañía específica dada la enorme variación de las técnicas productivas y estilos de conducción de la Fiat (antisindicalista) y Renault (tole-

rante) . El autor trata estos temas magistralmente dentro del marco comparativo de la industria automotriz. Su aguda explicación adolece, sin embargo, de un punto débil: el vínculo entre proceso de trabajo y la organización política de los sindicatos no queda bien desarrollada como uno esperaría dado

el objetivo declarado del libro de probar el carácter central de la fábrica sobre la esfera pública en la creación de los sujetos de la clase obrera ■

John D. French

(Traducción Mirta Zaida Lobato)

PUNTO DE VISTA

Revista de cultura / N° 56 / Diciembre 1996

Variaciones sobre la memoria / Censura: Francia 1789 y Alemania 1989 / Adiós al cine / El mito en Freud Escriben: Vezzetti • Arfuch • Belinsky • Kracauer • Monjeau • Gramuglio • Sarlo • Darnton

Suscripciones: Argentina, tres números \$18 / Exterior, seis números, u\$s 40. Cheques y giros a nombre de Beatriz Sarlo, Casilla de Correo 39, Suc. 49, Buenos Aires

PUNTO
DE
VISTA

ENTRE PASADOS

Indices N° 1 a 10

N° 1 - Fines de 1991

Editorial

¿Por qué Entre Pasados?

Artículos

Participación electoral y prácticas políticas en los sectores populares en Buenos Aires 1912-1922
Aníbal VIGUERA

Espacio, economía y sociedad regional. Neuquén: el auge del ciclo ganadero y la organización social del espacio 1879-1930
Susana O. BANDIERI

Galería de textos

El trabajo en la gran ciudad
Eric HOBBSBAWN

Historia y Educación

Una reflexión para los historiadores. ¿Qué llega de nuestra producción a la escuela media?
Silvia FINOCCHIO

Entrevista

A Adolfo Prieto
por *Emilia CIBOTTI* y *Mirta Zaida LOBATO*

En Debate

El catolicismo integral en la Argentina (1930-1946)
Susana BIANCHI y *María Esther RAPALLO* comentan a Fortunato Mallimacci.

Fuentes de Archivo

Industria y Trabajadores: el valor de los archivos de fábrica como fuente documental
Mirta Zaida LOBATO y *Fernando ROCCHI*

N° 2 - Principios de 1992

Artículos

Los anarquistas en el gabinete antropométrico. Anarquismo y criminología en la sociedad argentina del 900
Patricio GELI

Crítica en los años '30: entre la conspiración y el exilio
Silvia SAITTA

Itinerario intelectual y político de los Maestros-ciudadanos
(Del fin de siglo a la década de los '20)
Leticia PRISLEI

Galería de textos

Folklore, antropología e historia social
E. P. THOMPSON

Historia y Educación

Esquizohistoria e historiofrenia. Del secundario a la carrera de Historia y vuelta al secundario.
Ana María BARLETTA y Gonzalo DE AMEZOLA

Entrevista

Historia y cultura: una conversación con Carlo Guinzburg

En Debate

Buenos Aires I; el video como ensayo de historia
Adrián GORELIK, Beatriz SARLO y Graciela SILVESTRI

Centralidades y periferia. Para pensar la antigüedad tardía
Horacio BOTALLA y Hugo ZURUTUZA

Fuentes de Archivo

Los archivos de la inmigración
Ema CIBOTTI

Una red para proteger la memoria obrera y popular
Susana FIORITO

N° 3 - Fines de 1992

Artículos

Historia contadas en los márgenes. La vida de Doña María: historia oral y problemática de géneros
Daniel JAMES

Memorias militantes: Un lugar y un pasado para los trabajadores argentinos
L. GUTIÉRREZ y M. Zaida LOBATO

Ciudad o Aldea. La construcción de la historia urbana del Buenos Aires anterior a Caseros
Fernando ALIATA

Historia y Educación

La localidad en la escuela. Entre el consenso y el desconcierto
Patricia PICCOLINI y Juan RUIBAL

Entrevista

Acerca de la historia de las mujeres: Una entrevista a Reyna Pastor
por *Mirta Zaida LOBATO*

En Debate

Memoria y ciudadanía
Edgard DE CECCA

V Centenario y después
Enrique TANDETER

Problemas en las teorías actuales del discurso colonial
Benita PARRY

Fuentes de Archivo

El acervo histórico de la Facultad y Museo de La Plata: huesos y flechas para la nación
Irina PODGORNY

N° 4/5 - 1993

Artículos

El aporte en la historiografía argentina de una generación ausente: 1983-1993.
Ema CIBOTTI

Una estrategia socialista para el laberinto argentino. Apuntes sobre el pensamiento político de Juan B. Justo.
Patricio GELI - Leticia PRISLEI

Trabajadores y movimiento obrero: entre la crisis de los paradigmas y la profesionalización del historiador.
Mirta Zaida LOBATO - Juan SURIANO

Una genealogía para el parricidio: Juan María Gutiérrez y la construcción de una tradición literaria.
Jorge MYERS

El concepto de la nación en la región del Plata (1810-1831)
Michael RIEKENBERG

Historia y Educación

Algunas consideraciones respecto de los contenidos en la enseñanza de la historia
Jorge SAAB

Entrevista

Reflexiones sobre la historia política y el oficio de historiador:
Una entrevista con Antonio Annino
Ema CIBOTTI

Fuentes de Archivo

La situación de los archivos frente a la privatización de las empresas públicas
Graciela SWIDERSKI - Elisabet CIPOLLETA

La OEA y un proyecto para la identificación de fuentes privadas

N° 6 - Principios de 1994

Artículos

Domiciliarios y transeúntes en el proceso de formación estatal bonaerense (1820-1832)
Carlos CANSANELO

Hacia una Antropología de la Producción de la Historia
Rosana GUBER

La construcción del consenso en los inicios del sistema político moderno argentino: formación y disciplinamiento de la oposición pública (1862-1868)
Alberto LETTIERI

¿Quién habla por la ciudad? La política porteña y el affaire CHADE, 1932-1936
Luciano PRIVITELLIO

Ciudadanía, participación política y la formación de la esfera pública en Buenos Aires, 1850-1880
Hilda SABATO

En Debate

Las virtudes del parricidio en la historiografía. Comentario sobre la mirada de Ema Cibotti a la "generación ausente"
Roy HORA y Javier TRIMBOLI

Redefinición de las luchas por los límites: un debate posible para las nuevas generaciones en la Sociología
Lucas RUBINICH

Galería de textos

Edward Thompson. Historia social y Cultura política: La formación de la "esfera pública" de la clase obrera, 1780-1850
Geoff ELEY

Entrevista

Halperín en Berkeley. Latinoamérica, historiografía y mundillos académicos
Entrevista a Tulio Halperín Donghi
por *Diego ARMUS y Mauricio TENORIO GRILLO*

Historia y Educación

Las fuentes orales en la enseñanza de la historia
Silvia FINOCCHIO, Daniel PLOTINSKY y Dora SCHWARZSTEIN

Nº 7 - Fines de 1994

Artículos

Periodismo político y política periodística, la construcción pública de una opinión italiana en el Buenos Aires finisecular
Ema CIBOTTI

Periodismo y política en los años '60: Primera Plana y el golpe militar de 1966
Daniel H. MAZZEI

La armonía de los opuestos: Industria, importaciones y la construcción urbana de Buenos Aires en el período 1880-1920
Fernando ROCCHI

El período colonial en la historiografía argentina reciente
Enrique TANDETER

En Debate

Reconsiderando la esfera pública: una contribución a la crítica de la democracia realmente existente
Nancy FRASER

Galería de textos

Barbarie, una Guía para el usuario
Eric HOBSBAWM

Entrevista

Historia y prácticas culturales
Entrevista a Roger Chartier
por *Noemí GOLDMAN y Leonor ARFUCH*

Historia y Educación

La selección de contenidos curriculares: los criterios de significatividad en el conocimiento escolar. Apuntes para la selección de contenidos de historia
Lea F. VEZUB

Fuentes de Archivo

Entre historiadores y anticuarios. Acerca del proyecto de recuperación, protección y clasificación del archivo de la Justicia Letrada del Territorio Nacional del Neuquén
Enrique MASES

Archivos de Protocolo: la conservación de la propiedad, la conservación de los documentos
Verónica SECRETO

Nº 8 - Principios de 1995

Editorial

Entrepasados ante las reformas de los Contenidos Básicos Comunes

Artículos

Notas para un estudio de las relaciones entre Juan B. Justo y Alfredo L. Palacios
Ricardo NUDELMAN

Ideas y prácticas "políticas" del anarquismo argentino
Juan SURIANO

Galería de textos

Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella
Carlo GINZBURG

Entrevista

De la política a la historia
Entrevista a Eugene Genovese
por *Gustavo PAZ*

Historia y Educación

Contenidos Básicos Comunes en Ciencias Sociales

Los Contenidos Básicos Comunes de Ciencias Sociales para la Educación General Básica
María Dolores BEJAR

¿Ciencias sociales sin proceso histórico? Análisis de los nuevos contenidos básicos de Ciencias Sociales para la educación general
María Ernestina ALONSO

Fuentes de Archivo

Los archivos fílmicos. Un ejemplo local: la Cinemateca Argentina
Susana STRUGO

N° 9 - Fines de 1995

Artículos

El lento y contradictorio proceso de inclusión de los habitantes de los territorios nacionales a la ciudadanía política: un clivaje en los años '30
Orietta FAVARO y Mario Arias BUCARELLI

El gaucho que supimos construir. Determinismo y conflictos en la historia argentina
Jorge GELMAN

Dossier

Problemas y dilemas de la historia oral

Presentación
Mirta Zaida LOBATO

Entrevista a Paul Thompson
Daniel JAMES

Tendencias y temáticas de la historia oral en Argentina
Dora SCHWARZSTEIN

Virginidad ortodoxa/recuerdos heterodoxos: hacia una historia oral de la disciplina industrial y de la sexualidad en Medellín, Colombia
Ann FARNZWORTH-ALVEAR

Memorias de mestizaje en el movimiento campesino nicaragüense
Jeffrey L. GOULD

Poesía, trabajo fabril y sexualidad femenina en la Argentina peronista
Daniel JAMES

En Debate

El pasado que no pasa: La *Historiekerstrit* y algunos problemas actuales de la historiografía
Jorge Omar ACHA

Galería de textos

La teoría crítica, el materialismo histórico y el supuesto fin del marxismo: retorno a la miseria de la teoría
Bryan D. PALMER

Fuentes de Archivo

Los historiadores y la recuperación de fuentes no tradicionales: el archivo fílmico del Canal 10 de Córdoba (Noticias de las décadas del '60 y del '70)
Silvia ROMANO y María Cristina BOJARDI

Artículos

La idea del verde en la ciudad moderna. Buenos Aires 1870-1940
Diego ARMUS

Historia y experiencia

José SAZBON

Dossier

Repensar a Jorge Sábato

Jorge Sábato y la historiografía rural pampeana: el problema del otro
Juan Manuel R. PALACIO

En busca del empresario perdido: Los industriales argentinos y las tesis de Jorge Federico Sábato

Fernando ROCCHI

En Debate

La historiografía argentina en la democracia: Los problemas de la construcción de un campo profesional

Luis Alberto ROMERO

Entrevista

"Simplemente amo la historia" Entrevista a Robert Darnton
por Jeremy ADELMAN

Galería de textos

¿Repensar la microhistoria?
Edoardo GRENDI

Microanálisis y construcción de lo social
Jacques REVEL

Fuentes de Archivo

El Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam. Modelo para armar
Patricio GELI

ESTUDIOS SOCIALES
Revista Universitaria Semestral

Consejo de Redacción: Darío Macor (Director), Ricardo Falcón,
Eduardo Hourcade, Enrique Mases, Ofelia Pianetto, Hugo Quiroga

N° 10 - Primer semestre 1996

ARTICULOS

JACQUES REVEL: *Historia y Ciencias Sociales: una confrontación inestable.*

CARLOS BARROS: *El paradigma común de los historiadores del siglo XX.*

LUIS ALBERTO ROMERO: *Política democrática y sociedad democrática. Una perspectiva histórica.*

SUSANA BELMARTINO: *Servicios de salud, solidaridad y mercado: apuntes sobre el caso argentino*

RICARDO FALCON: *La relación Estado-sindicatos en la política laboral del primer gobierno de Hipólito Yrigoyen.*

MARIA MOIRA MACKINNON: *La primavera de los pueblos. La movilización popular en las provincias más tradicionales en los orígenes del peronismo.*

SILVIA YANNOULAS: *Brasileras, argentinas, vidas paralelas? (1870-1930).*

SANDRA GAYOL: *Entre lo deseable y lo posible: perfil de la policía de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX.*

ENTREVISTA: a ROBERT DARNTON por *Cristina Godoy*

ENCUESTA: a F. HERRERO Y A. LETTIERI. *La enseñanza de la Historia Argentina en las Universidades Nacionales:* Susana Bandieri, Susana Belmartino, Oreste Cansanello, Noemí Girbal de Blacha, Noemí Goldman, Darío Macor, María Silvia Ospital, Hilda Sabato.

NOTAS Y COMUNICACIONES

Comunicaciones: ARTURO FERNANDEZ: *Flexibilización laboral y Sindicatos*

Notas y comentarios: JUAN CARLOS GARAVAGLIA: *Discurso, textos y contexto.*

Notas bibliográficas: MARCOS GUEDES VENEU, LUCIANO ALONSO, EDUARDO HOURCADE, ALEJANDRO HERRERO, MONICA BIBILONI, MARIO LATTUADA.

ESTUDIOS SOCIALES, Universidad Nacional del Litoral; 9 de julio 3563,
telefax (042) 554292; Casilla de Correo 353, (3000) Santa Fe, Argentina;

Prometeo Libros

Libreros especializados
Av. Corrientes 1916 - Capital Federal
Tel.: 01-953-1165 – Fax: 01-952-4486

Ofrecemos una mayor y mejor
Actualización Bibliográfica

Importación directa desde Estados Unidos, Francia, España y México

- Revistas culturales españolas
- Suscripción a Publicaciones periódicas españolas

Servicio de venta a distancia

Efectivo y Tarjetas Visa/Argencard/Mastercard

*Desde junio disponemos, para todo tipo
de consultas, de una dirección de
Correo Electrónico:*

prometeo@amtp1.aminter.com.ar

**BOLETIN DEL INSTITUTO DE HISTORIA ARGENTINA
Y AMERICANA "DR. EMILIO RAVIGNANI"**

Comité Editorial: José Carlos Chiaramonte (Director), Fernando Devoto, Jorge Gelman, Juan Carlos Korol, Noemí Goldman, José Luis Moreno, Luis Alberto Romero, Enrique Tandeter, Oscar Terán, Roberto Schmit (Secretario de Redacción).

ISSN 0524-9767

Número 13, Tercera Serie 1er. Semestre de 1996

JOSE MATEO: Bastardos y Concubinas. La ilegitimidad conyugal y filial en la frontera pampena bonaerense. (Lobos 1810-1869)

LILIA ANA BERTONI: Soldados, gimnastas y escolares: la escuela y la formación de la nacionalidad a fines del siglo XIX.

PABLO BUCHBINDER: Vínculos provados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina.

LUIS ORTEGA: Semper Idem. Los límites de la modernización Chile 1850-1880.

- Notas y Debates
- Reseñas Bibliográficas

Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" es una publicación de la Facultad de Filosofía y Letras, U.B.A. y del Fondo de Cultura Económica. Suscripción Anual: particulares: Argentina U\$A 25, América Latina y E.E.U.U. U\$A 35, resto del mundo U\$A 36. Instituciones: Argentina U\$A 31, América Latina y E.E.U.U. U\$A 39, resto del mundo U\$A 41.

Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani". 25 de mayo 217, 2º piso, 1002 Capital Federal, Argentina. Teléfonos: 3347512-3425922-3431196 (int 105) Fax: (54-1) 3432733.



**Asociación Internacional de Historia Oral
con la colaboración de la Asociación Brasileña de Historia Oral**

Historia Oral: Retos para el siglo XXI

X Conferencia Internacional de Historia Oral
(Río de Janeiro, Brasil, 14 a 18 de junio de 1998)

Convocatoria

Subtemas de la Conferencia:

- Violencia y Silencio
- Memoria e Identidad
- Globalización
- Encrucijada de Disciplinas
- Nuevas Técnicas, Nuevas Tecnologías
- Teoría, Método y Procedimientos

Invitamos a las personas interesadas de todo el mundo a contribuir con propuestas para esta Conferencia Internacional. las propuestas pueden ser desarrolladas como ponencia, taller de trabajo o mesa redonda y deben tener una extensión máxima de una cuartilla e incluir un esbozo del trabajo, junto con los siguientes datos: Título y nombre del autor, afiliación (institución, asociación, independiente) y breve *Currículum Vitae*, así como dirección postal y electrónica, teléfono y fax de cada presentador.

El Comité Científico de la Conferencia confirmará, a partir del 1 de setiembre de 1997, las propuestas que hayan sido aceptadas o rechazadas. El trabajo final, de un máximo de 15 cuartillas a doble espacio, debe llegar a los organizadores, a más tardar, el 30 de enero de 1998 para su publicación en las Actas de la Conferencia antes de su celebración. Los trabajos deberán escribirse en Inglés (con un resumen en español o portugués) o en español o portugués (con un resumen en inglés).

La fecha límite para presentación de propuestas es el 1 de julio de 1997 (sellado por el correo antes de la fecha límite) y deben dirigirse a:

Comité Organizador X Conferencia Internacional de Historia Oral
C/O Marieta de Moraes Ferreira
Fundación Getulio Vargas, Sector de Historia Oral
Praia de Botafogo 190/1107
22253 - 900 Río de Janeiro, RJ Brasil
(Tel.: 5521-53 69 265. Fax: 5521-55 12 649)
<http://filo.uba.ar/ravignani/historal/ioha.html>

Asociación Internacional de Historia Oral Invitación a asociarse

La nueva Asociación Internacional de Historia Oral se constituyó formalmente en junio de 1996 durante la IX Conferencia Internacional de Historia Oral celebrada en Göteborg, Suecia. El objetivo de la Asociación es proporcionar un foro a los historiadores orales de todo el mundo, para estimular la comunicación y la cooperación internacional, así como para mejorar la comprensión de la naturaleza y el valor de la historia oral. El asociarse incluirá los siguientes beneficios:

- Subsidios en cuotas de inscripción para las Conferencias Internacionales Bianuales.
- Ejemplares de la nueva revista de la Asociación –que incluye artículos, comentarios, noticias nacionales e internacionales sobre historia oral, información sobre conferencias, cartas y listas de artículos aparecidos sobre Historia Oral– de periodicidad semestral (inicialmente disponible en inglés, español y portugués).
- Acceso a la nueva red electrónica internacional de historiadores orales.
- Derecho de voto en las Asambleas generales de la Asociación y en las elecciones al Consejo.
- Participación activa en la comunidad internacional de historiadores orales.

La invitación a hacerse miembro está abierta a cualquier individuo o institución que promueva los principios y los objetivos de la Asociación. La Asociación está gobernada por un Consejo elegido en la Asamblea General que se celebra en la Conferencia Internacional Bianual de Historia Oral. La presidenta fundadora de la Asociación es Mercedes Villanova, de España y actual Consejo está compuesto por representantes de Alemania, Argentina, Australia, Austria, Brasil, Estados Unidos de América, Inglaterra, Italia, México, Suecia, Turquía y Zimbabwe. La próxima Asamblea General tendrá lugar en Río de Janeiro en junio de 1998.

Cuota bianual de socio (1997-1998):

Individual: \$90.00 DM Estudiante: \$45.00 DM Institucional: \$180.00 DM

Solicitud de Inscripción

Complete y devuelva esta forma a Alexander von Plato, Secretary International Oral History Association, c/o Institut für Geschichte und Biographie, Fernuniversität Hagen, Haus der Fernuniversität, Leibstraße 11, 28511, Ludenscheid, Germany.

Sí, me gustaría pertenecer a la Asociación Internacional de Historia Oral

Nombre

Dirección Postal

Fax E-Mail

Me gustaría recibir las publicaciones de la Asociación en inglés / español / portugués

Adjunto cheque a nombre de "Internacional Oral History Association" por DM

por concepto de cuota como miembro individual*/ estudiante*/ Institución*.

o carguen a mi cuenta la cantidad de \$ US por concepto de cuota

como miembro, a través de American Express*/ Visa*/ Mastercard*.

Número de tarjeta

Fecha de caducidad

Firma

(Por favor tache lo apropiado)